AMY JEAN

UN AMOR INVENTADO



NdeNovela

Contenido

Portada

PORTADILLA

DEDICATORIA

LEMA

ES LA INOCENCIA PERDIDA

CHATEAU MARMONT

PRIMERA PARTE. EL RODAJE

1. LA LECTURA DE GUION
2. EL ODIO DE CATHERINE EARNSHAW
3. EL DÍA QUE CONOCÍ A RONAN O'CONNELL
4. EL DÍA QUE CONOCÍ A LA GRAN DELILAH WILLIAMS
5. EL LAZO BLANCO
6. NO SÉ SI ES EL ADECUADO
7. SUMERGIR LA CABEZA
8. LAS DUDAS ME COMEN
9. UNA CABAÑA EN MEDIO DE LA NADA, YORKSHIRE
10. ES MÁS FÁCIL JUZGAR QUE COMPRENDER
11. EL INSTINTO
12. LA TÉCNICA MEISNER

13. AVANZAR JUNTOS
14. LAS BOTAS ROJAS
15. HACIA LOS PÁRAMOS
16. SU SONRISA SALPICADA DE TIERRA
17. SOLO BAILAR
18. ELLA REINÓ
19. Y... ¡ACCIÓN!
20. ACTUAR ERA SINÓNIMO DE JUGAR
21. UN MORDISCO EN LA MEJILLA
22. UNA VENTANA A LOS MONSTRUOS
23. LA SUERTE DE MI VIDA
24. EL MISMO PATRÓN
25. UNA NOCHE EN UN BALCÓN
26. NO TE DEJARÉ CAER
27. ESO ERA LA DEVOCIÓN
28. TAN SOLO EXISTIR
29. JAQUE MATE
30. DAME LA MANO
31. EL FINAL
32. UN ÁNGEL ESCULPIDO EN MÁRMOL
33. UNA DESPEDIDA
34. UN DESEO ABRUMADOR
35. ¿ALGUIEN ME VE?
36. HUIR

SEGUNDA PARTE. HABITACIONES VACÍAS EN HOTELES SOLITARIOS

1. LA DANZA DE LOS PÁJAROS
2. ODIABA A DELILAH WILLIAMS

3. EL DORADO ERA UN DISFRAZ
4. LA CIMA
5. EL NACIMIENTO DE UNA ESTRELLA
6. OTRA VIDA
7. LAS PISCINAS
8. TORONTO, CANADÁ
9. BERLÍN Y ROSAS MOJADAS
10. UN PASILLO SOLITARIO Y LA MADRUGADA
11. PARÍS, FRANCIA
12. ETERNO RESPLANDOR
13. UNA VILLA EN FLORENCIA
14. EL ALMA LO TRASPASA TODO
15. ESCURRIR ESPAGUETIS EN UNA RAQUETA
16. ERA IMPOSIBLE
17. LO QUE HAY DETRÁS
18. LA REVELACIÓN
19. UNA NUEVA JUGADA
20.PARECE QUE HE ACERTADO
21. UNA CORONA DE ROSAS AZULES
22. SUBMUNDO
23. EL MIEDO COMO MOTOR
24. DESPERTAR
25. DUBLÍN, IRLANDA, MI HOGAR
26. LLUVIA DE VERANO
27. MEMORIZAR CADA RINCÓN EN MIAMI
28. EL MÁRMOL TAMBIÉN ARDÍA
29. LAS LUCES DE TOKIO
30. CANCIÓN DE KARAOKE

31. TODO ERA TAN AZUL
32. HAZNOS ETERNOS
33. ¿DÓNDE ESTÁ EL CIELO?
34. BADLANDS, DE TERRENCE MALICK
35. EL FINAL DE ALGO
36. #DELAN

TERCERA PARTE. LA VIDA SIN MÁS

1. SU HOGAR
2. SIEMPRE HAS SABIDO LEERME
3. FESTIVAL DE LA CEREZA
4. LA VIDA LENTA
5. SENTIR SU MIEDO
6. UNA DECEPCIÓN MÁS
7. ¿QUÉ HAY DE SUS SUEÑOS?
8. LA ÚNICA
9. LA LLAMADA
10. UNA DESPEDIDA BAJO EL SOL
11. UN REGUERO DE EMAILS

CUARTA PARTE. EL AMOR AL ARTE

1. EL TIEMPO PARA SANAR
2. LA CARTA
3. CON FALDAS Y A LO LOCO
4. LA SANGRE ARDIENDO
5. UNA EXTRANJERA EN IRLANDA
6. UN PUB EN DUBLÍN
7. BAJO UN MISMO TECHO
8. YA NO SOMOS LOS MISMOS

9. TRABAJO DE FONDO
10. VOLVER A CREER
11. AL PACINO, Y ELLA
12.LOS OJOS MÁS TRISTES DEL MUNDO
13.SOBREVIVIR ES UN ARTE
14. BAILAR DESNUDA BAJO LA LUNA
15. COMO LA SEDA
16. EL FUTURO
17. ATRAVESAR LA FRONTERA
18. ME FASCINAS
19. UN PROPÓSITO
20. UN TEMPLO AL QUE VOLVER
21. LEJOS, OTRA VEZ

QUINTA PARTE. LOS AFORTUNADOS

1. LA GLORIA ESTÁ EN TI
2. UN VESTIDO COLOR AGUAMARINA
3. LA ESTATUILLA DORADA
4. CORAZÓN, ¿A QUIÉN LATES?
5. LAS NUEVAS ILUSIONES
6. OTRO SUEÑO: TÚ
7. CUANDO ES REAL
8. ERES LO QUE AMAS
9. EL EPÍLOGO

AGRADECIMIENTOS

CRÉDITOS

UN AMOR INVENTADO

Amy Jean

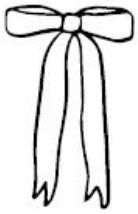
NdeNovela

Para todas esas chicas que escuchan
a Lana del Rey

Sea cual fuere la sustancia de la que están hechas las almas, la suya y la mía son idénticas.

Cumbres Borrascosas, EMILY BRONTË

ES LA INOCENCIA PERDIDA



Delilah

A veces ardía como un fuego. Brincaba por la noche a la espera de alguna emoción fuerte que aplacara toda la tristeza. Ese sentimiento que se había soldado con los años y que me pertenecía pugnaba por escaparse de la celda que era mi cuerpo. Así que a menudo me obligaba a hacer algo para remediarlo. Esa noche estaba en algún lugar de Los Ángeles, bebida y demasiado dolida para hacer otra cosa que no fuera bailar frenéticamente bajo las luces azules. Como si aquella danza pudiera espantar todos mis demonios.

Me moví con torpeza por la pista hasta llegar al lugar donde pinchaba el DJ. Lo llamé por encima del ruido y me alcé para pedirle cerca del oído que pusiera *Gods & Monsters*. Él asintió con la boca abierta cuando se percató de quién le había dado aquella orden. Me había reconocido. Sonreí, vacía, como tantas veces había hecho a lo largo de mi vida. Y volví a la abarrotada pista alzando los brazos, dispuesta a abandonarme porque esa maldita canción parecía sacada de mi propia vida.

Me habían traicionado de nuevo.

Sentía asco de mí misma por caer de nuevo en las redes de algo enfermizo.

Y ahora solo deseaba arder.

Tragué saliva cuando percibí cierta aspereza en la lengua, como si ese trozo de carne no estuviera unido a mi boca. Y continué bailando, siguiendo la lenta cadencia de aquella canción, tarareando la letra con el anhelo ansioso de poseer la capacidad para huir de mi realidad.

Pero era imposible.

Me levantaba cada día siendo Delilah Williams, y eso no iba a cambiar jamás.

A lo largo de los años, había sido tantas personas, y en realidad ninguna de ellas, que me costaba cada vez más reconocerme frente al espejo. Tan solo existía una cosa que nunca me abandonaba: el afilado consejo que mi madre me repetía una y otra vez antes de entrar en un set.

«Sonríe y finge ser feliz».

La niña de diez años que había sido un día se lo había tatuado en el alma. Y, durante el tiempo que vino después, había perfeccionado mi técnica en el arte de fingir. Volví al presente con un grito de júbilo. Los altavoces rugían mientras Lana del Rey atravesaba la noche con su voz de hechicera murmurando algo sobre que nadie se llevaría lejos su alma.

Y fingí. Siempre lo haría. Porque no sabía quién era y tenía miedo de llegar a descubrirlo.

CHATEAU MARMONT



Ronan

Estaba en el Chateau Marmont y el insomnio me devoraba. Todavía podía recordar cada una de las noches en mi viejo apartamento en las que había soñado con llegar hasta allí. A un hotel como aquel, ubicado en West Hollywood, que rezumaba gloria por sus cuatro costados. Caminar por sus legendarios pasillos simbolizaba el éxito de haber sido elegido. Atravesar su jardín interior, decorado con columnas y techos abovedados, era la promesa de un futuro lleno de glamur y esplendor.

Llevaba horas sentado en un cómodo sillón, mirando al frente, hacia la pared en la que se dibujaban las sombras de las palmeras que rodeaban la edificación, cuando bebí de mi vaso de Macallan. El alcohol me bajó por la garganta y me acordé de lo obsesionado que había estado en el instituto con una foto de James Dean en la que miraba a cámara en este mismo lugar. La pegué en mi carpeta desgastada y solía observarla para recordarme que ese era mi único propósito. Llegar ahí. Tal como lo había hecho él. Y ahora podía

sentir lo cerca que estaba de rozar aquel sueño con la punta de los dedos.

Todo había pasado como un relámpago. Había sido rápido. Luminoso. Intenso. Hacía un año, solo era un chico solitario deambulando por las calles de Dublín, conectando trayectos larguísimos que me conducían desde el pub en el que trabajaba hasta el teatro, situado en el otro extremo de la ciudad. Pero entonces apareció una oportunidad en forma de un proyecto que jamás podría haberme imaginado. Y con él, también había aparecido Delilah Williams. Me había arrasado como una plaga aguamarina caída del cielo.

Hacía meses que no la veía. Lo cierto era que no había vuelto a coincidir con ella después del rodaje de la película que en las últimas semanas se publicitaba a gran escala en todas las autopistas de Los Ángeles. Nuestra película. Y ahora apenas quedaban unas horas para reencontrarme con aquella estatua de mármol. La adrenalina me quemaba en la boca del estómago. Por eso era incapaz de dormir. Porque sabía que la vería. Porque notaba su presencia a pesar de las paredes, de los muros y del cielo. Porque el anillo de águila pesaba en mi dedo como nunca antes y aún recordaba el aroma que había desprendido su cuerpo. Porque ese olor me tenía sumido en un estado de agitación desesperante. Y porque la odiaba.

PRIMERA PARTE
El rodaje

Un año y dos meses antes

Lana del Rey decía que bajo su cama vivían monstruos
contra los que no podía luchar.
Y yo sabía que contaba la verdad.

El regreso de Delilah Williams

Por Claire Wells

Después de casi dos años de ausencia, Delilah Williams se pondrá otra vez delante de las cámaras para protagonizar *Heights*, una nueva adaptación del clásico de Emily Brontë, *Cumbres Borrascosas*, la historia de amor más oscura, visceral y vengativa de todos los tiempos.

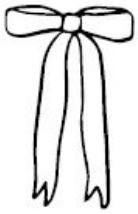
La exitosa actriz de veintidós años lleva alejada de la gran pantalla desde que *Road*, su última película, se estrellara en taquilla. Aquella producción independiente que tocaba temas controvertidos le acarreó un mar de críticas al alejarse de los papeles que había interpretado hasta el momento, y también por ser una propuesta desvinculada de Hollywood.

Parece ser que a nadie le gustó el nuevo rumbo que Delilah tomó para su carrera, pero sus admiradores más fieles vuelven a estar de enhorabuena. Se prevé que este mismo mes comience el rodaje de *Heights*, cinta que estará dirigida por Eliza Grey, la joven realizadora británica que deslumbró en la pasada temporada de premios con su ópera prima, *Era agosto*.

Williams interpretará a Catherine Earnshaw, un personaje repleto de aristas y valles tan sombríos como los propios páramos de Yorkshire. Estará acompañada por el debutante Ronan O'Connell, quien interpretará al impenetrable Heathcliff.

1

LA LECTURA DE GUION



Delilah

—Hola a todos —anunció Eliza, la directora, acercándose al micro—. Lo primero que quiero hacer es daros las gracias por estar aquí y formar parte de *Heights*. Como ya sabéis, se trata de una adaptación libre del clásico de Emily Brontë y estoy emocionada e increíblemente feliz porque todos estemos aquí para hacerla realidad. Me muero por dar comienzo a la lectura, por escuchar por primera vez los personajes a través de la voz de estos actores tremendamente talentosos. Esta es una historia inmortal que siempre levantará pasiones, una obra maestra de la creación de atmósfera y de personajes. Y precisamente esos son los dos focos en los que centraremos la producción. Ambientación y personajes. Tenemos por delante un rodaje difícil de cincuenta y seis días, muchas localizaciones y posibles adversidades meteorológicas. Pero era importante rodar en este lugar, en la localización real. En los páramos de Yorkshire.

Desde hacía algún tiempo, las lecturas de guion significaban un lugar seguro para mí. Aquella era la primera reunión importante del equipo y del elenco, allí se empezaría a dar forma a la película que había conseguido ilusionarme de nuevo.

Ya había perdido la cuenta de las veces que había estado en aquella situación, ante una mesa enorme, rodeada por todos los miembros del equipo y junto a mis compañeros de reparto, con un micro de mesa a escasos centímetros de la boca para que mi voz proyectara a la perfección las líneas de diálogo. Sin embargo, en esa ocasión resultaba diferente. Para empezar, iba a vivir en Inglaterra varios meses. La idea no me entusiasmaba, teniendo en cuenta que en los últimos tiempos vivía en una colina de Bel Air. Pero ese proyecto lo requería, y necesitaba estar dentro de esa película igual que necesitaba seguir respirando. Porque deseaba revertir la deteriorada imagen pública que se había proyectado de mí el último año. Así que esa oportunidad suponía mi regreso a la actuación después de un extenso parón. Era un nuevo objetivo. Un paso necesario para abrirme al futuro.

Pero las dudas me asaltaron cuando le conocí.

Ronan O'Connell iba a ser el encargado de interpretar al otro protagonista de la historia. La otra ancla de la obra, al igual que lo era yo. Él era alguien atractivo que poseía un magnetismo acaparador. Su mirada oscura te aceleraba el corazón. Sí. Tenía ese tipo de encanto rebelde irlandés. Pero también estaba envuelto en un aura de inexperiencia que me preocupaba. Esa iba a ser su primera película, su primer contacto ante las cámaras en un proyecto de gran envergadura, y yo desconfiaba de si estaría a la altura de las expectativas.

Además, Ronan era alguien que venía del teatro. Un arte, a mi entender, muy distinto a lo que la película de Eliza Grey aspiraba a

ser. Algo sutil, en lo que todo lo importante estaba en los detalles..., no algo sobreactuado y lleno de grandes movimientos escénicos. Así que esos primeros días estaba convencida de que Ronan no iba a poder lidiar con aquello. ¿Cómo iba a hacerlo si había sido incapaz de mirarme a los ojos más de tres segundos seguidos cuando nos habíamos conocido?

Una vibración me alejó de mis pensamientos y me hizo regresar al presente. Era un golpeteo que procedía de debajo de la mesa y que pronto descubrí que se trataba del intenso compás que marcaba la pierna de Ronan.

Estaba nervioso.

Antes había observado cómo sus dedos, adornados por anillos de plata, doblaban las esquinas de las páginas del guion como si se tratara de alguna rutina tranquilizadora. En la portada del manuscrito, en la parte inferior, había esbozado una palabra con letra pulcra: «Heathcliff».

Lo cierto era que parecía tan fuera de lugar en aquella producción como el propio personaje de *Cumbres Borrascosas* entre sus vecinos ricos. Y de pronto quise poner mi mano sobre su rodilla para detenerlo y tranquilizarlo. Pero no tenía esa clase de confianza con él, y era evidente que quizá debería empeñarme en construirla para que aquella película funcionara. Sin embargo, la breve interacción que había mantenido con Ronan en una cafetería de Londres me hacía temer que no iba a ser fácil.

Aquel movimiento de pierna me empezó a impacientar. Estaba a punto de pedirle que parase cuando Eliza comenzó a hablar de nuevo:

—Tenemos que conseguir que la gente sienta que está dentro de esta historia, que la huela, que la acaricie, que caiga rendida ante sus intensas emociones —continuó la directora al tiempo que

desplegaba su atención entre todo el equipo—. Y sois vosotros —ahora miraba directamente hacia la zona de la mesa en que estábamos colocados los actores, capitaneados por Ronan y por mí— los que vais a hacerla real. Los que vais a batallar con sus sentimientos, los que vais a mostrarnos ese fragmento de vida, esa clase de pasión inalcanzable. Esa venganza que nace de lo peor. Estoy convencida de que todos juntos vamos a hacer un trabajo increíble. Pero ahora me muero por escucharos entonar los diálogos y poner las cosas en común. —Nos señaló haciendo una reverencia con la mano—. ¿Estáis listos?

Todos asentimos a la vez.

Después, nos sumimos en un baile oral y pausado en el que la historia empezó a aflorar. Era Eliza la encargada de leer las descripciones del guion. Y fueron James y Sally, ambos de unos trece años, quienes dieron las primeras pinceladas de los protagonistas cuando eran tan solo dos niños.

La historia fluía, el guion escrito por Eliza era evocador, tenía un ritmo endiablado, y pronto llegó mi turno. Percibí cómo el silencio se volvía sepulcral cuando interpreté la primera frase de Catherine. La sala entera estaba sumergida en un ambiente de expectación, y todo parecía encajar e ir por la senda correcta, que se presentaba sin obstáculos.

Hasta que *él* habló.

Y el relato se tornó oscuro.

Porque su voz era como si el granito impactara contra el suelo.

Ladeé la cabeza y posé mis ojos en su perfil concentrado, sus labios moviéndose sobre unas palabras que adquirían otro significado cuando salían de su boca.

Entonces lo supe. Tal vez Ronan O'Connell fuera un novato, alguien desconocido del teatro de Dublín, pero poseía todo lo que

una estrella necesitaba para brillar en el cielo.

2

EL ODIO DE CATHERINE EARNSHAW



Ronan

Desde que había entrado en la sala, su presencia me oprimía el pecho. Sentía que mi cuerpo contenía un remolino de nervios que era incapaz de dominar. Estaba ante la gran oportunidad de mi vida. Este equipo. Esta película. Esta directora. Y, en última instancia, esta compañera de reparto. Me sentía intimidado por ella y, debido a eso, intentaba buscar un resquicio de alivio. Pensaba que Delilah Williams era una de las mejores actrices de su generación. Por supuesto que sí. Había estado nominada a un óscar con tan solo once años, y su carrera había sido estelar. Pero no podía evitar preguntarme si era la indicada para interpretar a Catherine Earnshaw.

Si Delilah era una chica *old money* que veraneaba en su mansión familiar de los Hamptons, Catherine retozaba en el fango de su establo. Delilah era una americana de pura cepa, Catherine había nacido cosida a las raíces británicas. Delilah era la sonrisa más

radiante de Hollywood, Catherine rara vez sonreía a lo largo de la historia...

Al empezar la lectura, se abrió ante mí un grandioso mecanismo de escape. Concentrarme en mi trabajo, sumergirme en ese guion y transitar por la atmósfera de ese libro que no hacía mucho tiempo me había ayudado a abstraerme de mi propia realidad me hizo por fin respirar. Nada más sentir el peso de su mirada en mi mejilla ya no pude apartar los ojos de aquellas hojas.

A medida que pasaban los minutos, me adentré por completo en la trama y me mimeticé tanto con mi personaje que, cuando llegamos a una de mis partes favoritas, la cagué. En ese contexto de presión y exposición en el que me encontraba, la gran no declaración de matrimonio de Cathy en la que degradaba a Heathcliff me caló de un modo distinto. Y solo me concentré en escuchar su siguiente diálogo.

—Quiero engañarme a mí misma y pensar que Heathcliff no tiene ni idea de estas cosas. ¿Verdad que no sabrá lo que es estar enamorado?

Juro que intenté tragarme la carcajada socarrona que se fraguó dentro de mí, pero fracasé, se me escapó un resoplido por la nariz. Menos de un segundo después, todas las cabezas de la sala apuntaron en mi dirección y el silencio se vio sustituido por un murmullo de fondo.

—Perdona, ¿pasa algo? —El tono de Delilah fue mucho más beligerante que mi gruñido.

—Eh..., no —logré decir mientras levantaba la cabeza para encontrarme con su simétrico rostro. Tenía un ojo cubierto por una de sus ondas de cabello dorado—. Solo que... es tan evidente que lo odia...

—Ella no lo odia.

—Ah, ¿no?

—Quizá un poco, pero por todo lo que le hace sentir. Culpa a Heathcliff por esas emociones intensas e incontrolables.

Indignado, me moví en mi silla y orienté todo mi cuerpo hacia ella; ahora nos mirábamos de frente. Más cerca que antes. Y, cuando respiré, me choqué con el suave olor a canela que desprendía su cuello.

—Ella lo odia por ser inferior, tan inferior que ni siquiera puede brindarle la vida que cree que merece —repliqué con el ceño arrugado.

La sala enmudeció de nuevo, atentos todos a nuestra pequeña disputa.

—Chicos —quiso mediar Eliza—, lo cierto es que las dos interpretaciones son válidas. Por eso esta historia es tan interesante. Y eso es lo bonito de este guion, las partes que claramente se dejan abiertas...

—Pero hay cosas que están claras dentro de la novela —solté—. El odio que arrastra a Catherine es una de ellas. La obra de Emily Brontë merece ser pensada y reflexionada, para eso está escrita.

De pronto, observé cómo la expresión de Delilah cambiaba. Un mínimo movimiento de la comisura de su boca, un leve surco de su garganta al tragar. Y mis ojos se achicaron para inspeccionarla mejor.

—¿No has leído *Cumbres Borrascosas*? —pregunté.

—No.

—¿En serio?

—Sí.

Debí cerrar la boca, pero su manera de desafiarme hizo que perdiera el control.

—Creo que puedes tener un problema si no sabes nada más del personaje que lo que pone en el guion.

—¿Por qué no te centras en tus propios asuntos?

—¡Eh! ¡Chicos! —nos llamó Eliza—. ¿Podemos continuar? Estamos en el camino correcto, todos perfectamente alineados y, aunque no lo creáis, estas pequeñas discrepancias son tan necesarias para llegar al lugar donde quiero que estéis que me detendría más en ellas, pero este no es el momento.

De nuevo, aquel intenso sentimiento de inferioridad se me atrancó en el puto esternón. Por eso al final murmuré más para mí que para ella:

—Pues buena suerte, Delilah.

Me arrepentí nada más decirlo. ¿Quién era yo para hablarle de ese modo?

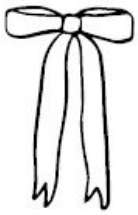
—No necesito suerte, Ronan. Todo lo que necesito está en este guion.

Su respuesta fue tan soberbia que caí preso de la perplejidad durante el resto de la lectura. No podía entender que se creyera tan brillante como para presentarse allí sin haber leído la novela en la que se basaba la película.

Cuando por fin llegamos a la última página, lo único que atisbé con claridad fue la sonrisa ladeada de Eliza mientras paseaba su mirada entre mi compañera de reparto y yo. Al igual que había hecho la primera vez que nos vio juntos en aquella cafetería.

3

EL DÍA QUE CONOCÍ A RONAN O'CONNELL



Delilah

Llovía a cántaros en Londres.

Los clientes dispersos alrededor de las mesas de la cafetería me dedicaban miradas furtivas mientras yo me aferraba a mis auriculares rogando porque nadie se acercara a pedirme un autógrafo. Una luz gris y tenue envolvía el ambiente por la poca claridad que se colaba por las ventanas, y el día transcurría en un blanco y negro sobrio y elegante. Mi atención estaba puesta en la puerta cuando apareció. Y, como si se tratase de una señal divina, la lista de música aleatoria cambió de canción.

Ronan O'Connell caminó a mi encuentro al ritmo de *Music to Watch Boys To*.

Lo primero que sentí fue la fuerza de su magnetismo y la manera en que su presencia atraía la atención de los comensales.

Un andar valiente.

Una chaqueta vaquera.

Anillos de plata cubriendo varios de sus dedos.

Y el cabello oscuro completamente empapado.

Un latido de corazón después, lo tuve enfrente. Me dedicó su primera y última sonrisa, algo tan bello y cohibido que me recordó a la delicadeza de una pluma movida por el viento. A partir de entonces todas sus miradas fueron evasivas. Cuando arrastró la silla y tomó asiento, todo su ser me golpeó. Incluso pude oír el sonido que precedía a una rotura. Un crac ahogado.

Apestaba a calle, a lujuria, a peligro. A alguien que no sigue las reglas y que ha creado una patria de su propia soledad.

Y, por aquel entonces, yo huía de chicos como él.

4

EL DÍA QUE CONOCÍ A LA *GRAN* DELILAH WILLIAMS



Ronan

No recuerdo qué era lo que esperaba de Delilah Williams. Pero no imaginaba que llegaría el día en que, al entrar en una cafetería de un Londres gris y acuoso, algo me dejara sin palabras. No imaginaba que toda ella, tan fuera de lugar y directamente aterrizada de Nueva York, afectara tanto a la belleza de aquel local. Era una escultura preciosa en medio de un lugar terrenal, esa canción con forma de embrujo que te arrastraba hasta un limbo en el que quedabas atrapado para siempre.

No imaginaba que no fuera amable. ¿Cómo no iba a ser encantador un rostro como ese? Ondas del color del trigo rodeando el rostro más clásico y simétrico que yo había tenido el placer de observar. Me sabía todas sus sonrisas de memoria, y no me dedicó ninguna.

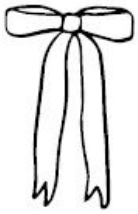
Ese primer día comprendí que se trataba de una criatura mitológica. No solo porque la había visto a través de la televisión todos esos años atrás, sino porque en ese momento, frente a mí, dándole un sorbo a su café con un movimiento condenadamente elegante, la encontraba mucho más inalcanzable que cuando solo se componía de miles de fotogramas animados.

Durante toda mi vida, Delilah Williams había sido una fantasía en mi austera realidad. Por ese motivo, no esperaba que la fuera a odiar a primera vista con una pulsión incontrolable. Pero eso fue justo lo pasó, porque con cada gesto, con cada palabra que soltaba, lograba constatar la gran diferencia que nos unía. Y yo no era inmune a sus aires de superioridad ni a las miradas altivas que tenía el placer de regalarme.

Tampoco imaginaba que la aguamarina de sus ojos me arrastraría hacia un lugar desconocido para mí. Pero lo hizo. Y ya no logré salir de allí jamás.

5

EL LAZO BLANCO



Delilah

Era evidente que encajábamos. Al menos si hablábamos de lo que se transmitía a través de la pantalla. Una chica con el pelo dorado rodeando un rostro de piel clara como la viva imagen de la inocencia, al lado de un chico con mechones negros cayéndole por la frente, unos aros pequeños adornando sus orejas y unos marcados rasgos repletos de oscuridad. Y, entre nosotros, una intensa mirada que nos conectaba, que nos hacía existir por y para el otro, mientras caminábamos de manera improvisada por esa sala vacía y desprovista de calidez. Todo era neutro para que así destacáramos mucho más, había comentado Eliza al llegar.

Los contrastes eran bellos. Gran parte de la armonía de la vida se sustentaba en ellos. Un tigre en la nieve tendido ante una presa, desgarrando su carne ensangrentada y caliente para alimentarse. O ese gorrión diminuto que se posaba en la azotea de un gran edificio.

La vida estaba repleta de antítesis. Y la cámara también amaba aquellas diferencias acentuadas que presentábamos Ronan y yo.

Un rato antes, cuando él había entrado en la sala, me había desestabilizado comprobar que llegaba con su personaje sobre los hombros. No conocía a Ronan, pero sabía que probablemente Heathcliff fruncía el ceño constantemente y evitaba mirar a la gente a los ojos. Los estiramientos que había comenzado a ejecutar poco después fueron la prueba definitiva de que Ronan era uno de esos actores de método que tenían que crear un ambiente y un estado corporal y mental concretos para poder desarrollar su trabajo. Exactamente todo lo contrario a lo que yo era: una actriz intuitiva que se mimetizaba con el personaje tan solo un momento antes de que gritaran «acción» dentro de un set.

Eliza nos perseguía por toda la habitación con su cámara en la mano. Buscándonos, dejándonos existir por primera vez juntos, observando con atención toda nuestra dinámica en silencio, mandando directamente la señal de aquellas imágenes a una pantalla anclada a una de las paredes, adonde yo dirigía la mirada ocasionalmente.

De nuevo, había estado en aquella misma situación miles de veces. Las pruebas de cámara eran rutinas que el director llevaba a cabo semanas antes del rodaje para ver, entre muchas otras cosas, cuál era la imagen que los actores proyectaban a través del objetivo. El problema era que, en esta ocasión, me sentía más expuesta que nunca, deambulando por una intensidad que nada tenía que envidiar a los días de rodaje... Y todo se debía a él.

Desde el principio habíamos iniciado un juego en el que el gato perseguía al ratón, por lo que yo danzaba con paso indeciso mientras que Ronan se limitaba a pisarme los talones y a obstaculizar con su propio cuerpo mis movimientos. Hasta que me vi

encajada entre su pecho y la pared, y no pude hacer nada más que subir la cabeza para encontrarme con su férrea mirada. Comprobé que él estaba entregado al personaje cuando observé la potencia con la que me recorría el rostro, el aire enrareciéndose a nuestro alrededor. Era como un lobo después de la medianoche. Y noté cómo Eliza tomaba posiciones a nuestro alrededor para capturar un detalladísimo primer plano de aquello.

Fue ahí cuando lo miré a los ojos por primera vez. Y no eran del todo negros, sino de un tono muy oscuro que tenía cierta similitud con las aguas turbias de un pantano. Quizá verde, quizá marrón, tal vez un gris gastado y poco definido. El cuerpo se me tensó cuando lo observé levantar una mano frente a mí con suavidad, para luego retroceder un poco ante la mirada de advertencia que le dediqué.

—Cathy... —susurró acercándose aún más y acorralándome contra la pared.

Ahí estaba la gran evidencia de que había decidido tomarse aquella prueba como algo más. Estaba sintiendo a su personaje, y yo también, hipnotizada por aquel Heathcliff salvaje. La respiración de Eliza apenas era un murmullo lejano entre el silencio espeso que nos rodeaba.

—No quiero que me toques —solté yo a media voz sin dejar de mirarlo.

—Está bien. —Ladeó la cabeza—. Pero creo que me gustas más con el pelo suelto.

Y entonces Ronan hizo lo único que podía sacarme de aquel trance por el que levitábamos. Alzó su mano de nuevo, pasó a un lado de mi mejilla y cerró dos dedos en torno al lazo que me recogía el cabello. Tiró de él y liberó aquella capa de mechones. Ante su sonrisa triunfal, alcé el mentón amenazante y le lancé una

advertencia. ¿Quería ver a su Cathy? Casualidad que era su día de suerte.

—No vuelvas a hacer eso. Nunca más —grazné.

Cerré la mano sobre su muñeca y le arranqué el lazo de los dedos. Aquel accesorio de seda blanca era lo único que me quedaba de mi padre. Un regalo que me llevaba a una infancia cada vez más lejana y borrosa. Y siempre, siempre, me recogía el pelo con él el primer día de trabajo en un proyecto, como si se tratara de un talismán. No soportaba que nadie tocara aquel tesoro irremplazable y no iba a explicarle por qué. No iba a mostrarme vulnerable frente a alguien que me había tratado como él lo hizo en la lectura de guion.

La tensión se volvió tan insoportable entre nosotros que Eliza no tardó en intervenir:

—Y ahí está Catherine —celebró al tiempo que bajaba la cámara y permanecía a nuestro lado—. Muy bien, chicos, genial. A ver..., es evidente que tenemos que trabajar la confianza. Vuestros personajes chocan de muchas maneras. A veces se odian, otras se quieren... Pero hay algo que nunca cambia entre ellos, y eso es la confianza que se profesan. Y esa confianza irrompible tiene que traspasar la pantalla porque, precisamente, es el foco principal en esta película.

—Estoy convencida de que lo haremos —me atreví a decir, porque de algún modo sentía que había sido yo la que había estado insegura todo el tiempo—. Esto es solo una prueba de cámara.

—Exacto —convino Eliza dedicándome una cálida sonrisa—. Ya tengo todo lo que necesitaba, así que podéis seguir con vuestra agenda. En la sala de vestuario os esperan desde hace un rato.

—Bien —soltó Ronan recogiendo la mochila que había dejado olvidada en una esquina—. Muchas gracias.

Lo observé caminar sin ningún tipo de vacilación hacia la puerta y lo seguí. Fuera, todo el mundo estaba pendiente de mí. La rueda

empezaba a girar de nuevo.

—Delilah. Ronan —nos llamó Eliza antes de que cruzáramos el umbral—. Sois algo increíble juntos. Pura dinamita. Sois la Catherine y el Heathcliff con los que siempre he soñado y confío plenamente en vosotros.

6

NO SÉ SI ES EL ADECUADO



Ronan

Llevaba un par de horas en un camerino enorme, frente a un espejo con los bordes repletos de notas y fotografías con los conjuntos que habíamos elegido, cuando el séquito de Delilah Williams cruzó la puerta y arrasó con todo.

Lizzie, mi asistente de vestuario, y yo despegamos la vista de la camisa de manga abullonada que en ese momento me estaba probando, y solo pudimos observar la escena con la boca abierta. La estrella estaba rodeada por varias personas que sujetaban walkie-talkies por los que susurraban palabras que no llegábamos a oír. Pero alguien destacaba por encima de todos ellos: una mujer alta vestida completamente de negro, elegante, con la melena lisa como la seda y los ojos rasgados, que se movía por la habitación como si esta le perteneciera, a medida que inspeccionaba cada elemento con el que se cruzaba. A Delilah apenas se la veía, rodeada como estaba

por todas esas personas que, como auténticas hienas, le hablaban y exigían respuestas de manera ininterrumpida.

—¿Quién es toda esta gente? —logré decir por fin abrochándome el último botón.

—Su equipo de estilismo al completo.

—¿Por qué son tantos?

—Porque es Delilah Williams —contestó Lizzie como si aquella respuesta lo aclarase todo.

Y tal vez lo hiciera. Ensimismado como estaba contemplando aquel circo mientras la ayudante de vestuario me sacaba fotos, no me percaté de que alguien se paraba a mi lado. Era la líder de la manada: hombros rectos y barbilla alzada. Todo en ella gritaba que me estaba perdonando la vida.

—¿Nos despejáis el espejo? —gruñó.

Observé en silencio cómo el rostro de Lizzie palidecía.

—Eh... —La chica no sabía qué demonios contestar, y me sentí mal por ella al instante—. Nos dijeron que este espejo le corresponde a Ronan y ese de allí, el más grande, a la señorita Williams.

—Necesitamos los dos, a poder ser dentro de un minuto. Gracias.

La mujer no dio tiempo a réplica y se dirigió al corro de individuos que no hacían más que levitar alrededor de la actriz. Levanté una ceja cuando me percaté de que Lizzie, que llevaba toda la tarde trabajando en mis estilismos, empezaba a despejar fotografías del espejo que teníamos delante.

—¿Qué estás haciendo, Lizzie? No vamos a movernos.

—No pasa nada, Ronan. Nos darán otra sala y lo colocaré todo de nuevo allí. En realidad, hemos avanzado mucho hoy.

Su sonrisa resignada me hizo saber que ni de lejos estaba tan indignada como yo.

—Este es mi día a día —explicó.

Me negaba a dejar las cosas así. Por eso mis piernas empezaron a caminar directamente hacia la boca del lobo.

—Perdona —me disculpé a la nada mientras sorteaba cuerpos para llegar a mi objetivo—. ¿Cómo te llamas?

La mujer de mirada gélida me observó de arriba abajo antes de decir:

—¿Te refieres a mí?

—Sí.

La habitación enmudeció de repente y ladeé la cabeza para observar de reojo a una Lizzie que se estaba tapando la boca de la impresión.

—¿Tú sabes quién soy yo?

Si yo no hubiera sido un chico que se había criado en la calle, su tono pasivo-agresivo me habría intimidado.

—¿Alguien que es incapaz de respetar el trabajo de los demás?

Un tenso silencio inundó la habitación y la mujer dio un paso hacia delante. Luego otro. Hasta que estuvo frente a mí.

—Soy Georgia De Luca. Puedes buscarme en Google y aprender algo más sobre este mundo.

—Tengo mejores cosas que hacer.

—Que alguien le explique a este novato cómo funcionan las cosas conmigo, por favor —levantó la voz dirigiéndose a toda su *troupe*.

Estaba punto de mandarla a la mierda cuando una mirada clara, casi transparente, se cruzó en mi dirección. Delilah estaba observando toda la escena a través del reflejo de su espejo y sus ojos asustados me suplicaron que cerrara la boca. Que diera media vuelta y acatara las normas. Le sostuve aquella mirada hasta que una mano se cerró sobre mi muñeca y me obligó a retirarme de allí. Era Lizzie.

Unas horas más tarde, volví en busca de mi mochila, la había dejado olvidada en la sala. Justo cuando estaba a punto de entrar, escuché unas voces que me dejaron clavado en mi sitio. Reconocí, de inmediato, la voz de Eliza y agudicé el oído detrás de la puerta entornada.

—Confía en mí —pedía ella—. Si no os hubiera visto esta misma mañana juntos... Quizá... No, tampoco entonces. Ronan O'Connell tiene un talento innato y un futuro prometedor, y necesito que estemos en el mismo barco en esta película.

—No sé si es el adecuado para un proyecto así de grande —escuché responder a Delilah. Y sentí un mazazo en el pecho—. Hemos coincidido dos veces y las dos ha causado problemas. Se comporta como un crío, me mira con recelo, me rehúye cuando entro donde él está. Creo que no entiende muy bien cómo funciona este mundo.

—Es normal..., teniendo en cuenta que nunca ha estado en un proyecto de este tipo.

—Eliza, se ha pasado toda la tarde fulminando con la mirada a Georgia De Luca porque le ha pedido que le despejara un espejo para nuestras cosas. Es evidente que tiene un problema con las jerarquías. Y esto va de actuar, sí, pero también entran en juego otras cosas, ¿no? En fin..., creo que deberíamos atajar el problema de raíz.

Mi respiración se había acelerado y sabía que tenía que salir de allí cuanto antes. Porque era probable que, si escuchaba otro ataque más hacia mi trabajo, se me iba a pirar la cabeza sin remedio alguno.

—Delilah, Ronan es perfecto para el papel, estoy convencida. Al igual que lo estoy contigo. Y me fío de su forma de actuar. Al cien por cien.

Delilah Williams no confiaba en mí como actor.

Ella no me había visto trabajar y ya me había condenado. Intentaba arrebatarme la oportunidad por la que tanto había luchado. Yo necesitaba ese papel porque era mi billete a una vida con la que soñaba, y porque amaba ese guion, pero sobre todo porque la actuación me había salvado.

Y estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por meterme en la piel de Heathcliff.

Seguía perdido en mis divagaciones rabiosas cuando la puerta se abrió por completo y apareció ella, con el cansancio reflejado en los ojos y el pelo tan brillante como siempre. Levantando la cabeza con cierto orgullo, la encaré, porque a partir de ese momento no iba a volver a huir jamás. Me dije que, si quería que aquello funcionase, tenía que mandar bien lejos mi complejo de inferioridad.

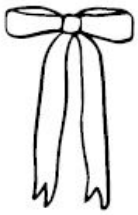
Delilah se sorprendió al comprender que yo había estado escuchando la conversación, pero no bajó la cabeza. Me miró, de nuevo desafiante, esperando a que yo dijera algo. Y le di el gusto. Por supuesto que sí.

—Si tienes algún problema conmigo, me lo puedes decir a la cara.

Di media vuelta y desaparecí por el pasillo con el corazón latiéndome en las sienes y dispuesto a entregar todo lo que tenía.

7

SUMERGIR LA CABEZA



Delilah

Imaginé que estaba en una playa de los Hamptons, a lomos de Hepburn y frente a un atardecer del color del fuego. Y entonces tuve que sacar la cabeza del agua cuando me faltó el oxígeno. Abrí los ojos y observé mi alrededor. La estancia era enorme, como solo podían serlo los baños de las mejores suites de los hoteles. Pero me sentía más fuera de lugar que nunca, rodeada de aquella decoración que parecía sacada de otra época y de esa luz gris que se colaba por las ventanas.

Una hora atrás, me había sumergido en una bañera de agua caliente después de un larguísimo día de trabajo. Esas jornadas previas eran tan agotadoras como el rodaje en sí. Mis músculos me lo agradecieron al instante. Pero ya había pasado más de una hora, el agua estaba tibia y sentía un hueco en el pecho que no se cerraba. La falta de ritmo me estaba pasando factura, pues llevaba más de un año sin participar en ningún proyecto. Sin actuar. Habían

sido varias las circunstancias que me habían conducido hasta esa situación. Lo primero había sido aceptar aquella película alternativa y alejada de los papeles que normalmente mi madre me aconsejaba interpretar. Lo que nadie sabía era que, en realidad, lo había hecho por mera supervivencia. Después, llegaron las críticas. Cuando la niña dorada de Hollywood se salió del camino que habían trazado para ella, su vida dio un vuelco. Todo el amor se convirtió en un odio desmedido. Y mi interpretación de aquel personaje desvergonzado que enseñaba mucha más piel de la que era aceptable fue recibida por la mayor parte del público como una ofensa personal.

Después la película fracasó, porque lo cierto era que no era tan buena. Pero toda la culpa recayó en mí, en su protagonista, en la actriz de Hollywood que se había vuelto loca aceptando hacerla. Que había mostrado una cara diferente. La opinión mediática me había obligado a recular y a mantenerme fuera del ojo público para no perder los últimos vestigios que quedaban de mi reputación. Y, al final, los días fueron pasando, y las semanas, y los meses...

Hasta que Alan Jones llegó y me agarré a él como si fuera un salvador enviado por el mismísimo Dios.

Me enamoré, y en cierto sentido ese fue el paréntesis que necesitaba.

Un año después, Eliza Grey apareció en mi vida con su guion y su Catherine Earnshaw bajo el brazo para despertar de nuevo mi motivación y rescatarme del lugar oscuro en el que me encontraba. Así que acepté, sin pensármelo, deseando regresar y hacer frente a todas las humillaciones que había sufrido. No quería que ellos ganaran.

Muchas cosas en mi vida habían acabado. Había otras con las que ni siquiera me atrevía a soñar. Pero algo era seguro. Yo era actriz. Siempre lo iba a ser. Había dado mi vida por esa profesión, y yo no

existía sin ella. La interpretación estaba cosida a mi piel con un hilo indestructible, y la amaba a mi manera. Así que solo me quedó confiar en Eliza y en su película, y saltar al vacío.

Sin embargo, aceptar participar en *Heights* también había supuesto perder a Alan. En las últimas horas, lo había llamado ocho veces y, todas ellas, me había saltado el contestador. Así que, de nuevo, estiré el brazo por encima de la bañera para alcanzar el móvil y marcar su número.

Un tono.

Dos tonos.

Y, otra vez, el buzón de voz.

Sabía que aquello no tenía nada que ver con la diferencia horaria que nos separaba. Y sí con esa última discusión en la que me prometió que, si salía de su apartamento y me subía a ese avión, las cosas iban a cambiar. Pensé que quizá él podría haberme acompañado, como había hecho yo con él en el último año en algunas de sus interminables giras. Pero esa posibilidad ni siquiera se había contemplado. Mi abuela siempre me había repetido que un hombre jamás debe hacerte renunciar a nada, que esa era la máxima señal de alarma en una relación, por lo que decidí con cierto orgullo montarme en ese avión. Pero ella no me había hablado de la tristeza que acarreaban ese tipo de decisiones. Y comenzaba a pensar que quizá me había equivocado. Porque estaba en un hotel en York, al norte de Inglaterra, a punto de comenzar un proyecto ilusionante, pero también agotador, con el compañero de reparto más fastidioso con el que me había cruzado nunca. Encajábamos, sí. En el sentido estético y profesional del término. Pero no conectábamos. Éramos diferentes, veníamos de lugares muy distintos y ninguno parecía estar dispuesto a hacer nada por remediarlo.

Y ahora necesitaba a Alan para distraerme, para que me hablara de la próxima canción que iba a publicar, de la próxima fiesta a la que iba a asistir. Pero él no contestaba, y ese hueco en mi pecho cada vez se abría un poco más. En ese momento, solo era una chica triste que sumergía la cabeza en bañeras ajenas para sentirse viva.

Jane entró por la puerta y captó toda mi atención. Era mi asistente personal, la sombra que me acompañaba sin descanso desde hacía cinco años. Cuando la mente me jugaba malas pasadas, pensaba que quizá no estaba tan sola como creía solo por el hecho de que Jane siguiera a mi lado como una fiel compañera. Me había demostrado en más de una ocasión que no solo era una excelente asistente, sino que también era mi única amiga verdadera.

—¿Han traído por fin las cerezas? —pregunté sentándome dentro de la bañera y posando la barbilla sobre una rodilla.

—Nada de cerezas, dicen que aún no es temporada...

Enarqué una ceja.

—Pues diles que las busquen donde sea. Puedo pagar lo que pidan.

—Ya se lo he dicho.

—¿Y?

—Se han puesto a ello, pero te advierto de que el ritmo de aquí es bastante diferente al de Nueva York, para que no te hagas ilusiones y creas que vas a tenerlas para desayunar, ¿vale?

Solté una carcajada porque tenía toda la razón. En realidad, no necesitaba cerezas. Me encantaban, pero podía vivir sin ellas. Aunque los rumores decían lo contrario, nunca había sido una de esas actrices déspotas que pedían todo tipo de excentricidades para sus hoteles y camerinos. Pero sí que era supersticiosa, y mis mejores proyectos siempre habían sido aquellos en los que había comido

cerezas en los descansos. O cuando llegaba al hotel por la noche. O en aquellos caterings que las incluían para el desayuno.

Jane se acercó y se quedó de pie frente a la bañera. De pronto, noté un cambio en su mirada.

—Tu madre ha vuelto a llamar —soltó sin vacilar.

Las ganas de meter la cabeza debajo del agua me invadieron de nuevo.

—¿Qué quiere?

—Lo de siempre. Que le contestes al teléfono; se ha enterado de que vas a rodar la película por la prensa.

—Ella ya no es mi representante, ni tampoco está en mi equipo.

Alcé la cabeza y alcancé a ver cómo la compasión teñía las facciones de Jane. No. No quería eso, la lástima de quien conocía la verdad. No quería ser una chica triste, sola y también *humillada*.

Me estiré, preparándome para sumergirme en el agua otra vez, pero, justo en ese momento, mi móvil emitió un sonido. Y, un segundo después, el de Jane también. Alcancé el teléfono con la esperanza de que fuera Alan, pero resultó ser un mensaje de Eliza.

—Parece que ha solicitado una reunión de última hora —me informó mi amiga mientras se dirigía a la puerta—. Te espero fuera dentro de quince minutos.

Por fin a solas, hundí la cabeza en la bañera. Tan solo necesitaba un minuto más sin ser consciente de mi vida.

8

LAS DUDAS ME COMEN



Ronan

Cuando entré en el bar del hotel, Finn me estaba esperando sentado a una mesa al fondo. Mientras me acercaba a él, mi amigo me sonrió con toda la cara, tal como acostumbraba hacer. Nunca había conocido a nadie tan alegre, a pesar de las cartas que la vida le había repartido. Jamás le había oído quejarse. Jamás faltaba esa sonrisa que le dibujaba pronunciadas patas de gallo.

—No hacía falta que vinieras, tío —le dije cuando nos fundimos en un abrazo que no sabía que necesitara tanto.

—¿Cómo no iba a venir a darte mi bendición? —me rebatió él—. Eres mi amigo, Ronan, y estás a punto de hacer historia.

—Solo voy a ser el protagonista de una película.

—Lo que te decía, joder. ¿Eres consciente de lo que tienes entre manos?

—Sí —admití.

Sin embargo, la mueca insegura que esbocé lo convenció de lo contrario. El camarero apareció y dejó dos pintas frente a nosotros.

—He pedido lo de siempre —confirmó él.

Asentí y luego eché una ojeada a mi alrededor por si acaso me encontraba con la famosísima actriz con la que compartía aquel lujoso hotel. Era mi día de suerte: no estaba allí.

—¿Qué es lo que pasa? —quiso saber Finn—. ¿Es que ya han descubierto el carácter amargo y machacón de alguien que no descansa frente a las injusticias?

—Peor.

—¿Qué puede ser peor que que te acusen de ser un pesado insoportable?

—Que Delilah Williams quiera que te eliminen de cuajo de la ecuación. Y que hable con la directora de la película para animarla a hacerlo.

Mi amigo se llevó la mano al pecho y tosió un par de veces antes de poder contemplarme de nuevo.

—¿Delilah Williams? —preguntó alucinado—. ¿Rubia, irresistible y una de las tías más deseadas del planeta? ¿Esa Delilah? ¿Esa con la que te acojonaba trabajar porque según tú era una de las...?

—Sí, esa misma.

Nos miramos un momento a los ojos, disfrutando de nuestra cerveza fría en silencio. Aquello era bochornoso. Me había pasado toda la tarde trabajando en las partes del guion que aún no tenía memorizadas, pero mi mente siempre se las apañaba para rememorar, una y otra vez, aquella frase.

«No sé si es el adecuado para un proyecto así de grande».

—Ronan —me llamó Finn para que volviera a la conversación.

—¿Qué?

—Eres la persona más talentosa que conozco, tío —anunció, haciendo desaparecer esa sonrisa eterna—. Sé lo que has luchado por estar aquí, sé todo el sacrificio que hay detrás y sé que todo pasa por algo. Esto es para ti.

—¿Y si no es suficiente?

—Lo vas a hacer bien, confía en ti. —Finn soltó la pinta, se acercó y me puso la mano en la nuca. Aproximó su frente a la mía—. Y si no sale bien tan solo tienes que volver; Erin y yo te estaremos esperando.

Por estúpido que pareciese, aquellas palabras me quitaron un peso enorme de encima. Me aterraba no estar a la altura, pero esperaba que aquella película no fuera la única oportunidad que se me presentara por el camino.

—Gracias por venir hasta aquí. Sé que Dublín no está cerca precisamente, así que te lo agradezco, tío.

—Tienes suerte de que Erin me diera el día libre en el pub sin rechistar. Todo para hacer feliz a su camarero favorito —alzó las cejas, sonriendo—, que, por supuesto, no soy yo, sino tú. Por si todavía no te había quedado claro.

—Lo sé.

—Y también quiero que sepas que eres mucho mejor actor que camarero, y eso que eres un camarero increíble. Eso te tiene que llenar de confianza, ¿no?

Negué con la cabeza sin poder evitar reírme de su ocurrencia. Fue entonces cuando comprendí que aquel era un espacio seguro para desahogarme. Tal vez el único que tenía.

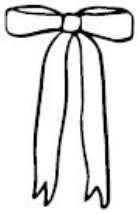
—Quiero hacerlo bien. Necesito sentir que me merezco esto —murmuré fijando la mirada en mi mano, que tenía apoyada en la mesa.

—Que nadie te haga pensar nunca que no te mereces algo. Ni siquiera esa tal Delilah.

Justo en ese momento, mi móvil vibró. Era un mensaje de Eliza. Y me citaba para una reunión urgente en media hora.

9

UNA CABAÑA EN MEDIO DE LA NADA, YORKSHIRE



Delilah

Lo había intentado. Me había resistido hasta el final para no estar donde me encontraba ahora mismo. Dentro de un jeep alquilado que Jane conducía torpemente mientras transitábamos por carreteras secundarias infinitas de un solo carril y caminos de tierra embarrados. Hacía bastante rato que la civilización había quedado atrás para dar paso a paisajes propios de una naturaleza virgen, rodeada por todos los lados de bosques, arbustos y páramos. Yo estaba intranquila. No solo porque parecía que cada vez nos alejábamos más de la seguridad del hotel, sino porque aquel paisaje encapotado nos iba a acompañar durante algo más de una semana.

El *cottage*, así lo había llamado Eliza, estaba cada vez más cerca. Y mi malestar se iba intensificando con cada bache en la carretera que lográbamos superar.

—¿Estás bien? —preguntó Jane desviando un segundo la atención del frente para posarla en mí.

—No mucho.

Jane esbozó una minúscula sonrisa que me hizo encogerme.

—Será divertido —aseguró.

—Esto no es un juego. Es un trabajo —repliqué—. Y ya sabes que mi modo de trabajar se aleja bastante de esta parafernalia.

—Solo vais a trasladar los ensayos preliminares a una casa en el campo alejada de cualquier distracción.

Observé cómo su mirada recaía en los matorrales que íbamos dejando atrás, en los laterales de la carretera.

—Jane.

—¿Qué?

—Vamos a convivir durante días, días enteros, con un actor que parece tener un problema con acatar las normas...

Me hundí en el asiento soñando con que el latido de mi sien no se convirtiera en una migraña insufrible. Ronan me provocaba dolores intensos de cabeza. Tampoco podía soportar la superioridad moral que, en ciertas ocasiones, acompañaba a los actores de método.

—Recuerda que estaré contigo.

Esa había sido la única condición que le había puesto a Eliza cuando, en medio de una reunión de última hora, nos comunicó paso a paso el plan que tenía en mente.

Habían alquilado una casa de campo perdida en un páramo de Yorkshire.

Querían que Ronan y yo ofreciéramos el máximo en esa película, pues habían apostado por todo lo alto contando conmigo para el papel principal.

Querían que esa animadversión que habíamos desarrollado durante los primeros días se evaporara como por arte de magia,

como si el canto de los pájaros pudiera embrujarnos para que no nos odiáramos.

Querían que la convivencia entre nosotros diera lugar a la confianza sin la que este proyecto estaría destinado al fracaso.

Estuvimos debatiendo más de una hora de reloj acerca de por qué aquello me parecía la peor idea del mundo. Pero éramos uno contra tres, a pesar de que mi *opinión* fuera la más valiosa, debido al caché, de los que estábamos sentados a la mesa.

Eliza estaba convencida de que su plan iba a funcionar.

Buster, el productor ejecutivo, la secundaba sin pestañear y con los brazos cruzados.

Y Ronan...

A Ronan sencillamente le parecía un plan maestro.

¿Cómo no iba a ser así? Para él, un actor de método que necesitaba hurgar en sus personajes el mayor tiempo posible durante el día, aquello era el paraíso. Un auténtico caramelo que saborear mientras mis nervios me arrancaban la poca cordura que me quedaba.

Una cabaña en medio de la nada en Yorkshire.

Siete días de convivencia.

Y un arduo trabajo por delante.

El coche se detuvo con un frenazo seco en medio de una bifurcación.

—Creo que es por la izquierda —dudó Jane girando la cabeza hacia un lado y luego hacia el otro.

—¿Crees? —pregunté, demasiado cansada ya de la situación—. Lo que yo creo es que vamos a dar media vuelta. No va a funcionar.

—Vale, voy por la izquierda —decidió un segundo antes de avanzar por un camino forestal tan estrecho que las ramas de los árboles rozaban los cristales del jeep.

Varios minutos después, aparcamos frente a una casa de piedra con un tejado a dos aguas rodeada por completo de vegetación. Algunas hiedras de diferentes colores se adherían a la parte alta de la fachada. En uno de los lados había una mesa de forja con varias sillas que ocupaban todo lo que era el porche delantero. La casa era pequeña, pero rebosaba encanto a raudales. La propiedad habría parecido sacada de una de esas postales hechas en un día soleado que invitan a los turistas a viajar a la zona si no hubiese sido por la llovizna que caía sin descanso de unos imponentes nubarrones. Bajo ese manto gris, la casa era más bien aterradora, inhóspita.

Nos apeamos del coche y, nada más posar un pie en el suelo, el tacón de la bota se me hundió en el barro. Ahí tenía la señal que estaba esperando de que aquello iba a ser aún peor de lo que imaginaba. Me abotoné el abrigo de *tweed* cuando el ambiente helador me impactó en la cara.

—Para colmo me he quedado atrapada —anuncié, intentando sostenerme en pie a medida que el tacón se hundía cada vez más.

—Te avisé de que esas botas no eran adecuadas para un lugar así.

Jane caminó con brío hasta el maletero y comenzó a sacar nuestro equipaje.

—Para empezar, lo que no me parece adecuado es esta situación —solté enfurruñada—. Y, para terminar, ¿quién diablos piensa que con este tiempo vamos a poder trabajar a gusto?

—Solo es un poco de lluvia.

Abrí la puerta trasera del vehículo y alcancé mi bolso. Sabía que para Eliza era importante que trabajáramos en desarrollar una confianza ciega entre nosotros de cara a facilitar las cosas en el rodaje. Y también para que todo lo que ella había imaginado sobre su película viera la luz. Una de las primeras cosas que aprendemos los actores es a debernos al director (directora, en este caso), pues

siempre es el guía que capitanea un barco enorme y desafiante. Por eso, finalmente, había aceptado su propuesta. También porque tenía una carrera como actriz que reavivar. Una vida a la que regresar.

Cuando cerré la puerta del coche, observé que Jane ya caminaba hacia la entrada arrastrando nuestras maletas. Dispuesta a seguirla, emprendí el camino justo cuando la puerta de la cabaña se abrió. Ronan apareció tras ella y se apresuró a ayudar a mi amiga. Me quedé clavada en el barro, con los tacones hundidos e incapaz de saber qué hacer. Mi compañero de reparto volvió a salir para quedarse con el hombro apoyado en el marco de la puerta. Nos miramos desde la distancia a medida que la lluvia me empapaba el cabello. Él iba vestido con un anorak negro y unas botas de goma, y tuve que reconocer que su atuendo era mucho más adecuado para ese lugar que el mío. Se metió una mano en el bolsillo, del que sacó una cajita pequeña de metal para llevarse algo a la boca. Su mandíbula empezó a mascar una hoja de menta mientras me observaba con atención. Apenas nos separaban diez metros, pero yo sentía aquella distancia como un gran océano que debía atravesar. Saqué un pie, después el otro. Los hundí en el barro. A todas luces, era como ver moverse a un pato mareado. Y él estaba en la primera fila de aquel espectáculo.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó cuando tardé más de lo normal en desenterrar el tacón de aquella húmeda tierra inglesa.

No contesté. Solo alcé la cabeza con orgullo y me concentré en llegar dignamente hasta la zona pavimentada frente a la puerta principal. Volví a mirarlo fijamente a los ojos. Dos pozos oscuros bajo unas cejas cinceladas.

—Ronan —lo saludé con sequedad.

Él alzó una de las comisuras de la boca un puñetero centímetro.

—Delilah —respondió, y un ligero rastro de olor a menta me rozó la nariz.

Después, desaparecí dentro de aquella cabaña infernal.

10

ES MÁS FÁCIL JUZGAR QUE COMPRENDER



Ronan

Estaría mintiendo si dijera que toda aquella situación no me divertía hasta la médula. Sí. Ver a Delilah Williams con sus botas caras de tacón hundirse en el barro me había hecho reír. Pero tan solo por dentro, pues de cara al exterior mi fachada de tipo imperturbable continuaba intacta.

La seguí cuando entró en la casa porque no quería perderme la primera impresión de alguien que venía de tener a su disposición trescientos metros cuadrados de suite. A mí esa casa me parecía un sueño. Totalmente alejada del ruido, con una zona de estar acogedora que incluía dos sofás de pana mullida enfrentados junto a la chimenea, y el suficiente espacio libre para que dos actores pudieran ensayar cómodamente. La cocina se comunicaba con el salón por un lateral. Era independiente, pero no tenía puerta, y estaba totalmente equipada, con una estantería solo para las tazas y

demás menaje y una ventana sobre el fregadero que daba directamente al jardín.

Sin embargo, la joya de la corona era una pequeña estancia al lado de las escaleras que conducían a los dormitorios en el piso superior. En aquella sala había una mesa redonda junto a un gran ventanal por el que se vislumbraba una impresionante llanura verde. A lo lejos se podían apreciar los páramos. Y veías cómo el cielo se cernía, poderoso, sobre aquella tierra. Nunca me había sentido más cerca de una inmensidad tan demoledora que ante aquella ventana repleta de paz. Mientras esperaba a que Delilah y Jane aparecieran, me había sentado allí, rindiéndome a observar. Nada más que eso. A capturar aquella naturaleza existiendo, lejos de todo, con la intención de llevarme ese lugar para siempre en mi memoria.

Un ruido me sacó de mis pensamientos y puse toda mi atención en Delilah, que caminaba por aquel salón a la vez que inspeccionaba todo en silencio. Fijó sus ojos en las llamas de la chimenea, que yo había encendido un rato antes.

—¿Dónde está la cocina? —preguntó con la boca pequeña.

—Por aquí —dije antes de dirigirme hacia allí.

Ella me siguió y, ya dentro, nos quedamos frente a frente y nos miramos a la cara por primera vez. Si íbamos a ser Catherine y Heathcliff, tendríamos que romper el hielo en algún momento.

—La cocina tiene de todo, igual que los dormitorios y los baños —le comenté. Delilah me observó en silencio—. Mi dormitorio, quiero decir. No es que haya entrado en el tuyo ni nada parecido. Hay un cartel en la puerta.

La actriz recorrió la estancia con la mirada y se detuvo en un frutero que decoraba una mesa pegada a la pared.

—¿Hay cerezas? —preguntó, desabrochándose un abrigo que tenía pinta de ser muy caro.

—Eh... —Aquello me cogió de improvisto—. Creo que no.

—Lo suponía.

—Es que no es época de cerezas.

—Tampoco es época de estar en medio del monte con este frío y míranos.

Delilah deambuló por la cocina hasta pararse frente a la ventana. Abrió el grifo, se mojó la palma de una mano y se la llevó a la frente. Sus ojos se cerraron en respuesta al alivio que la inundó.

—Respecto a eso... —comencé a hablar. Ella abrió los ojos y observó el jardín a través de la ventana. Aún lloviznaba—. Sé que no hemos comenzado con buen pie. Sé que somos diferentes. Sé que piensas que no soy la mejor opción para este proyecto, pero quiero que sepas, más bien necesito que sepas, que no hay nada más importante para mí que actuar.

Sus hombros se tensaron tras mi discurso y agachó la cabeza. Me había pasado toda la tarde pensando qué palabras utilizaría. Eliza había tramado ese plan con la intención de obligarnos a establecer un vínculo necesario para que confiásemos el uno en el otro dentro del set. Y yo estaba dispuesto a todo por conseguirlo. A tragarme mi orgullo y olvidar que había intentado echarme del proyecto. Incluso a construir puentes blancos y delicados, repletos de lirios y palomas blancas, que me condujeran hasta Delilah Williams.

Solo eran unos meses.

Solo era una película.

Y la puñetera oportunidad de mi vida.

—Te aseguro que voy a darlo todo —puntualicé—. ¿Podrás tú hacer lo mismo?

Observé cómo giraba la cabeza lentamente hasta que su mirada se encontró con la mía. Creo que esa fue la primera vez que me perdí en sus ojos color aguamarina.

—Yo siempre doy lo mejor de mí —recalcó, con la voz dura y el ceño fruncido.

—Hay algo más importante que nosotros, y es la película que vamos a rodar.

—Estoy de acuerdo. Ahora, si me disculpas...

Delilah se secó la mano con un trapo y caminó hacia la salida, donde yo aún permanecía apoyado en la pared.

Y desapareció. Claro que lo hizo. Se encerró en su habitación y no supe nada de ella en toda la tarde. Paseé por los alrededores con mi chubasquero, crucé un par de palabras cordiales con Jane y me volví a sentar a la mesa redonda junto a aquel ventanal con vistas a los campos infinitos. Me pasé toda la tarde estudiando el guion y llenando mis libretas de apuntes mientras la luz menguaba y las gotas de lluvia decoraban el cristal de la ventana.

Esa noche, sentado a la mesa de la cocina, ante un plato de verduras salteadas con pollo que yo mismo había cocinado, por fin le pregunté a Jane:

—¿Delilah no va a cenar? ¿Tiene alguna dieta especial?

—Qué va —respondió ella, pinchando un trozo de zanahoria con el tenedor—. A veces le dan crisis de migrañas.

—Ah. Como es tan tiquismiquis para algunas cosas...

Jane, que era menuda y bastante mona, sonrió mientras asentía.

—Todos lo somos.

—¿Cuánto hace que trabajas con ella?

—Algo más de cinco años.

Resoplé y alcancé mi vaso de agua para dar un trago. Jane era agradable y práctica. Una persona organizada y eficiente que llevaba

a la perfección todo el entramado en el que consistía la vida de Delilah Williams. Pronto me compadecí de ella.

—Ha debido de ser duro. —Mi tono bromista la hizo sonreír de nuevo.

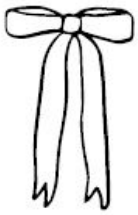
—Supongo que siempre ha sido más fácil juzgarla antes que comprenderla —contestó ella mientras masticaba su comida. Cuando tragó, continuó hablando—: Gracias por la cena, Ronan. Está muy buena.

Y así fue como entendí que Jane consideraba a Delilah una amiga, alguien a quien defender. Cambié de tema de inmediato y conversamos durante un buen rato sobre la zona, el encanto que poseía y también los pormenores del clima. Ante nuestros platos de comida vacíos, pensé que, muchas veces, detrás de una gran actriz había una persona interesante como asistente que velaba por su bienestar. Y quise preguntarle por su vida.

Al terminar, Jane me convenció de que ella se ocuparía de fregar los platos y recoger la cocina. Y yo no pude más que complacerla subiendo a mi habitación. Antes de entrar, pasé por delante de la puerta tras la que se encontraba la hermética actriz. Esa chica a la que, según Jane, nadie se había dignado a comprender. Detrás de las paredes se oía una canción que hablaba de escuchar a los pájaros en la brisa del verano. Y recuerdo que pensé que quizá Delilah quería huir.

11

EL INSTINTO



Delilah

Esa mañana, frente a la ventana de la cocina, estaba dándole un sorbo a mi café mientras pensaba en si era demasiado joven para sentirme tan triste. En el fondo, sabía que ese era el verdadero motivo por el que huía a otras vidas, a esos personajes que podía habitar sin que hubiera consecuencias. Lo que deseaba era alejarme de mi tristeza y olvidarme de mi soledad. Para mí, actuar era encontrarle una salida al dolor y poseer una herramienta para comprender el mundo que acontecía ante mis ojos.

El día anterior, al entrar en mi habitación había encontrado una nota de Eliza. «Es importante no olvidarse del lado lúdico de la actuación», rezaba el papel, que aún descansaba sobre la mesita de noche. Así que, en ese momento previo al primer ensayo, percibí que la emoción por buscar ese espacio de juego, igual que cuando era una niña y asistía a mis primeras clases de teatro, desbancaba ese vacío que gritaba en mi interior.

Unos pasos acercándose se colaron en mis pensamientos. Ladeé la cabeza y observé cómo Ronan entraba en la cocina. Llevaba el pelo húmedo y una toalla alrededor del cuello. Supongo que no esperaba verme ahí; por eso, después de toparse con mi mirada, calculó cada paso que daba mientras alcanzaba una taza y se inclinaba sobre la cafetera.

—¿Hay café? —preguntó.

—Sí, si es que a eso se le puede llamar café.

Él giró la cabeza y me echo un vistazo por encima del hombro.

Después de unos segundos, volvió a centrar su atención en la tarea de servirse la bebida.

—¿Acaso hay algo con lo que alguna vez estés satisfecha?

Maravilloso, pensé. Primera discusión de calentamiento antes de que empecemos a pasar el texto del guion.

—Parece que no —contesté—. ¿No es así como funciona el mundo?

Ronan se dio la vuelta y se apoyó en la encimera.

—Quizá el tuyo sí que funcione así.

—En los próximos días, compartiremos un mismo mundo, el de esa historia favorita tuya...

—¿Qué te hace pensar que es mi historia favorita?

—¿El clamor con el que defiendes la novela y el rencor que me profesas por no haberla leído?

Sus labios se curvaron. Sin embargo, su sonrisa no apareció.

—No te preocupes —anuncié mientras dejaba mi taza en el fregadero—. Creo que sobrevivirás a mi insatisfacción crónica. Aunque pueda parecer lo contrario, no soy una mala compañera de convivencia.

—En eso estoy de acuerdo contigo. Ayer no te vi ni un solo cabello de esa melena —replicó él, secándose el pelo con la toalla—. ¿Qué

tal está tu cabeza?

—Mejor, gracias.

Luego, me dispuse a dar un par de pasos decididos y elegantes antes de pararme a reclamar su atención de nuevo.

—Pero, Ronan...

—¿Qué?

—El rodaje será distinto. Allí me tendrás que aguantar. Me verás, aunque no quieras hacerlo. Y tendrás que acatar las órdenes y ceder en ciertas cosas... Una grabación de una película es algo intenso, incontrolable y que pocos están dispuestos a soportar. Por eso hablaba el otro día con Eliza. Solo... Estaba preocupada por el proyecto... ¿Seguro que estás preparado?

Su mandíbula se tensó. Sus hombros se cuadraron. Su nuez se movió lentamente cuando tardó más tiempo del habitual en tragar un sorbo de café. Y supe que, bajo mis palabras, Ronan había captado el tono de desafío.

—Claro que estoy preparado —contestó él.

Por cómo dijo aquella frase, pareció que tenía otro significado. Algo así como: «Por supuesto que voy a callarte la boca, Delilah».

El sonido del motor de un vehículo rebotó entre las paredes.

—Parece que Eliza ha llegado.

—Sí —contestó él, como si hubiera recuperado de golpe toda la calma de la montaña—. Ahora podemos empezar a hacer lo que de verdad nos gusta.

No se lo reconocí, pero Ronan tenía razón. Lo que de verdad amábamos era actuar. Utilizar nuestro propio cuerpo y nuestra voz para dar vida a un personaje. Frente a frente, como nos encontrábamos ahora, en medio del salón, ninguno podía ya huir del

otro. Así que, por primera vez, nos observamos desde una distancia de pocos centímetros. Y solo vi determinación en sus ojos. Una pasión tan sagrada por aquel momento que casi perforó un agujero en mi capa de la experiencia.

—Lo primero que vamos a hacer es el juego del espejo —anunció Eliza, equipada con su cámara de vídeo, desde una esquina de la habitación—. Quiero que os acostumbréis el uno al otro, que os resulte natural teneros cerca, que os podáis reconocer hasta en la oscuridad.

Nosotros no apartamos la mirada del otro. Aquello era intenso. E instintivo.

—Quiero que os imitéis durante un rato antes de que empecemos con el ensayo —añadió—. Podéis comenzar cuando queráis.

La última vez que había hecho algo parecido a aquella dinámica tenía siete años. Era algo básico que aprendían los niños actores.

Entonces, él se movió primero.

Alzó una mano por encima de nuestras cabezas, a la que yo seguí con la mía al instante. Empecé a moverme calcando sus movimientos, sin quitarle los ojos de encima ni un solo instante. Al cabo de unos pocos minutos, nos movíamos por la habitación tan sincronizados que incluso Eliza comenzó a seguirnos con la cámara encendida. Terminé por *casi* adelantarme a sus propios movimientos, pues sabía que, cuando Ronan ladeaba un pelín la cabeza a la derecha, significaba que iba a dar un paso a la izquierda. Y viceversa. También había observado que parpadeaba de manera sosegada antes de acercar su cuerpo al mío.

Entre vaivenes, nos trasladamos junto a la pared de la chimenea, el uno frente al otro, con uno de nuestros hombros tocando la piedra. Respirábamos agitados por el esfuerzo y habíamos logrado la gran hazaña de no despegar los ojos del otro ni un solo segundo.

Como si dudara de algo, Ronan agachó la mirada solo para alzarla de nuevo y volver a posarla en mí. Parpadeó, separó los labios y me fijé en el atisbo de dientes que asomaban por la ranura, en la ligera separación que había entre sus incisivos. Aquello me distrajo, por lo que su siguiente movimiento me pilló desprevenida. Posó una mano en mi mejilla y la deslizó con sumo cuidado por mi piel. Mi columna vertebral se erizó. Su mano me pareció firme como una roca pero tan suave como la erosión que el tiempo provocaba en ella. Leyó la sorpresa en mi cara, porque los dos sabíamos que en aquel juego tocar no estaba permitido, pero existía un desafío latente entre nosotros. Existía el impulso de ir más allá, de explorar caminos que nos llevaran a lugares en los que brilláramos juntos. Eliza quería que actuáramos con libertad, que experimentáramos cualquier idea. Y Ronan me estaba mostrando una.

Lo imité. Coloqué mi mano sobre su mejilla y mis dedos se deslizaron por su mandíbula, al mismo tiempo que él hacía lo mismo conmigo. Fuimos bajando poco a poco hasta detener nuestras manos sobre el cuello del otro, en la parte superior de la clavícula. Con una sincronía sublime, apartamos nuestras miradas a la vez. En cuanto cerré los ojos, sentí el empuje. Como si fuéramos dos imanes, dimos un paso adelante, y percibí el calor que emanaba de la cercanía de su cuerpo. Su respiración brincando sobre mi sien. Yo retuve la mía un poco más en los pulmones, hasta que la solté en un suspiro cuando noté sus dedos a punto de tocar mis labios. Mi cuerpo me incitaba hacia aquel contacto, yo deseaba saborear algo que aún no conocía, y mi boca se entreabrió sin pretenderlo. No sabía de dónde nacía aquel anhelo, pero lo más real de ese momento era que quería que me tocara de nuevo. *Deseaba* que lo hiciera.

—Muy bien, chicos. —Eliza dio una palmada y me sacó de inmediato del universo paralelo con olor a menta en el que me encontraba.

Abrí los ojos para toparme con el rostro concentrado de mi compañero, presidido por esa grieta vertical formada por el modo en que fruncía el entrecejo.

—Me ha sorprendido veros tan compenetrados. Se nota que habéis avanzado un poco.

Tan pronto como Ronan fue consciente de las palabras de Eliza, su expresión se transformó, mudando a una de diversión. Una comisura levantada en la que me sentí derrapar. Él sabía, al igual que yo, que aquella atmósfera que se había creado había sido el resultado de la casualidad más pura, porque apenas nos habíamos cruzado por la casa.

12

LA TÉCNICA MEISNER



Ronan

El ejercicio consistía en poner el corazón sobre la mesa. Pero, por encima de todo, en dar rienda suelta al instinto. Eliza nos había confesado que lo que más le interesaba era trabajar en nuestra química, en nuestra confianza y en las reacciones de nuestro instinto. Así que íbamos a hacer una improvisación utilizando la técnica Meisner. Según Sanford Meisner, al que había estudiado en mis años en el teatro, «actuar era hacer». Resultaba evidente que yo estaba exultante con la forma de funcionar que nos había propuesto Eliza: profundizar en nuestro propio interior para afrontar unos personajes tan complejos como aquellos. Unirnos a base de improvisación e ir engrandeciendo el guion.

Aunque imaginaba que Delilah debía de pensar de forma completamente diferente.

Sentados en dos sillas y frente a frente como estábamos, podía sentir la tensión en su espalda. Ella era una actriz fiel a su texto y a

las escenas meticulosamente estudiadas. A seguir lo marcado. Aun así, la fuerza escénica y visual que era capaz de conjurar de un segundo a otro era algo de otra galaxia. Un instante, Delilah dudaba. Al siguiente, era la viva heredera de Helena de Troya, enfrentándose ella sola a todo un reino. Otro instante, Delilah temblaba de incertidumbre con el primer atisbo de mi contacto. Y, al siguiente, deseaba con cierta agonía que posara mis dedos sobre esas cumbres rosadas que poseía por labios. Si Eliza no nos hubiera interrumpido, yo habría conocido la textura exacta de sus labios en la yema de mis dedos. Me habría recreado en ellos, *sobre* ellos.

—Si os parece, vamos a realizar una actividad de repetición —nos hizo saber Eliza mientras se alejaba de nosotros—. Me interesa ver cómo reaccionáis y buscáis la verdad en el momento. Como imagino que ya sabéis, el ejercicio se basa en escuchar al otro, en repetiros una frase una y otra vez. En conectar con lo que sintáis en el ahora, en bucear en las emociones. Centraos por completo en el otro y, por favor, nunca os olvidéis de jugar.

Cuando puse mi atención en ella, descubrí que Delilah tenía la mirada perdida en el paisaje plomizo que enmarcaba la ventana. El viento barría las ramas de los árboles que cercaban el jardín y el sol entraba taimado debido a las nubes que lo cubrían.

—Ey —la llamé para volver a atraer su interés.

Tan pronto como giró la cabeza, me atravesó con unos ojos que vaticinaban un desafío y el vello se me puso de punta. Porque hacía mucho tiempo, quizá meses, quizá años, tal vez toda una vida, que yo no sentía el tipo de emoción que te dejaba exhausto y sin saber muy bien cómo vivir después de experimentarla. Así que me concentré en su cuerpo, en la pulcra camisa blanca que vestía, en las ondas doradas de su cabello, que yo había observado en el pasado en cada una de sus fotografías.

Y empecé por ahí.

—Te brilla el pelo.

—Me brilla el pelo.

—Te brilla el pelo.

—Me brilla el pelo —repitió por segunda vez con un tono envuelto en cierta condescendencia.

—Te brilla el pelo.

—Me brilla el pelo.

Delilah adoptó una postura en la silla que expresaba que estaba haciéndole perder el tiempo. Así que empecé a jugar de verdad. Porque a mí me encantaba jugar.

—Creo que me odias.

La sorpresa surcó su rostro y entornó esos dos diamantes aguamarina tan suyos.

—Creo que te odio.

—Creo que me odias —afirmé, absolutamente convencido y acompañando aquella afirmación con un asentimiento de cabeza.

—Creo que te odio. —Delilah respondió con rudeza.

Y yo me abandoné a aquella danza verbal.

—Creo que me odias y que, además, te divierte.

—Creo que te odio y... me divierte.

Su boca sonrió, y yo me sentí caer por un puto precipicio ante ese gesto tan hermoso.

—Me odias y... ni siquiera sabes por qué.

—Sé muy bien por qué.

—Sabes muy bien por qué, ¿eh?

—Sé muy bien por qué.

—Quizá es porque no conoces a nadie como yo.

—¿Que no conozco a nadie como tú? —Su carcajada se le atascó en la garganta y cruzó las piernas, bastante segura de sí misma.

—No conoces a nadie como yo.

—¿Estás seguro?

—Lo estoy.

—Estás seguro.

—Lo estoy.

—¿Y de qué más estás seguro?

—¿De qué más estoy seguro...?

—Sí. ¿De qué más estás seguro?

La batalla acontecía en el espacio vacío entre nuestros cuerpos, así que, antes de responder, me incliné hacia delante y pude ver con certeza el tobogán perfecto que era el tabique de su nariz.

—De que estás rota.

En cuanto solté aquello, observé cómo el castillo de cristal de la reina de Nueva York se derrumbaba. Lo supe por cómo cerró los ojos para salir de aquella actividad que ni siquiera soportaba. Al momento me arrepentí. Esa frase era mi intento de conseguir un resultado auténtico, de conectar profundamente con ella, pero no había medido las posibles consecuencias. Había sido cruel. Poco a poco, el ruido del exterior penetró en nuestra atmósfera cargada, y al observar a nuestro alrededor, nos dimos cuenta de que Eliza no estaba en la habitación. Ni siquiera nos habíamos percatado de que se había marchado. Su voz nos llegó a través de la puerta entornada de la entrada, pues estaba hablando por teléfono.

Volví mi atención a Delilah y vi que se frotaba los hombros con ahínco, como si tuviera frío. Me preocupó que su mirada estuviera perdida en el vacío; era evidente que había alzado sus murallas de nuevo dejándome fuera. Y la posibilidad de haberla herido y el hecho de que ahora ella se encontrara más lejos de mí que antes se me hizo de pronto insoportable.

Sin embargo, lo que había sentido hacía tan solo unos minutos cuando habíamos interactuado había sido mágico. Actuar junto a Delilah me hizo creer en la magia.

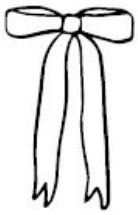
Hinqué un codo en una rodilla y apoyé la barbilla sobre mi puño, pensativo. Por primera vez, tuve la certeza de que esto iba a funcionar. Sencillamente lo percibía dentro de mí. Muy dentro. Lo haríamos. Aún faltaba todo un sendero por recorrer, pero la chispa que resultaba imprescindible estaba ahí. Al alcance de nuestras manos.

El salón se sumió en un silencio incómodo y pesado. Volví a posar mis ojos en ella, otra vez imperturbable. Otra vez inaccesible. Deseé volver a jugar para decirle que parecía tan sacudida por la vida como yo, a pesar de todas sus circunstancias brillantes y privilegiadas. A pesar de su posición en la torre más alta de Hollywood. A pesar del oro que rezumaba por sus poros.

Quise confesarle que yo también estaba roto y que, mirándola a ella, actuando con ella, jugando con ella, había fantaseado con encontrar los pedazos.

13

AVANZAR JUNTOS



Delilah

Dos días después, el sol por fin salió y brillaba con fuerza por encima del horizonte. Jane y yo estábamos sentadas a la mesa de forja que presidía el porche, ante nuestro desayuno y cubiertas con dos mantas de pelo que habíamos rescatado de un altillo. La concentración de mi amiga residía por entero en su portátil, que gozaba de mejor ubicación en la mesa que su propio plato.

—Se te va a enfriar el café —la avisé.

—No te preocupes, estoy acostumbrada —respondió ella con tono sarcástico sin despegar la vista de la pantalla—. Al final terminaré pidiendo que me lo pongan con hielo.

Un escalofrío me invadió y me temblaron las manos cuando empecé a mezclar la fruta en mi bol de yogur con copos de avena.

—Nada más pensar en una bebida fría en este lugar me da repelús.

Por muy hermoso y bucólico que me resultara aquel paisaje, echaba de menos Los Ángeles. Esos días dorados y de gafas de sol de los que Alan y yo habíamos gozado los últimos meses. Pero en aquellos días también había añorado abrir un guion y sumergirme en él hasta olvidarme de todo lo demás. Y ahora tenía delante uno. Prometedor y certero, al que me aferraba para no pensar en los problemas que tarde o temprano tendría que afrontar. Cogí el manuscrito encuadernado y lo coloqué en mi regazo.

—¿Ya te has aprendido todo el texto? —quiso saber Jane tecleando en rachas breves pero intensas.

—Me queda un poco. —Lo abrí por la mitad, justo donde me había quedado la noche anterior—. En los ensayos vamos un poco por libre.

—¿Qué quieres decir?

—Que huimos del texto para no tenerlo dentro ni pensar en él, creo. Y ya sabes que yo soy metódica.

—La mujer más metódica y profesional que conozco, sí —concordó Jane—. Y la mejor actriz, también.

—La verdad es que tengo un poco de miedo.

Por fin mis palabras atrajeron su atención. Alzó la vista del portátil y, con ese gesto tan suyo de comprensión, me instó a seguir.

—Tú nunca tienes miedo, Lilah —me aseguró ella—. Y aún no has descubierto todo tu potencial. Este proyecto te va a hacer florecer aún más.

En ese momento, Ronan hizo su aparición. Salió de la casa con una bandeja en la mano y vestido con un pantalón de chándal, sus deportivas y un jersey oscuro de lana. Nunca pensé que esa combinación de prendas tan dispar pudiera parecerme atractiva. Sin embargo, algunas cosas que yo daba por sentadas estaban

comenzando a cambiar. Como que no pudiera sentir cierta fascinación por la inexperiencia.

—Hola, chicas —saludó él antes de tomar asiento frente a mí y al lado de Jane—. Me siento a desayunar con vosotras.

—Claro. —Mi amiga le dio la bienvenida.

Comencé a comer mi desayuno y Ronan empezó a devorar el suyo. Unos huevos revueltos con beicon que acompañaba con una tostada. Era bastante evidente que no queríamos encontrar nuestras miradas, cosa que en cierto modo se debía a que el día anterior Eliza no pudo trabajar con nosotros porque había estado reunida durante horas. Ronan y yo apenas nos habíamos visto más allá de saludarnos desde la lejanía cuando él regresaba de correr por el bosque y yo observaba el paisaje por el enorme ventanal de una de las salas. Por cómo se movía por la pradera, con una cierta rudeza y distanciamiento, entendí que estaba trabajando el personaje internamente. Yo evitaba cruzarme con él después de lo último que me había dicho en el ensayo, pues había revuelto cosas dentro de mí que me habían hecho sentir expuesta. Así que me había pasado el día sentada ante esa ventana preparándome el texto.

Un móvil vibró sobre la mesa perturbando la paz silenciosa de aquel desayuno. Era el de Jane. Tan pronto como mi amiga se percató, se levantó arrastrando la silla, alcanzó el teléfono y desapareció dentro de la casa.

Cuando terminamos, no nos quedó más remedio que levantar la cabeza para encontrarnos. Y desafiarnos, como hacíamos siempre. Sin embargo, su expresión estaba relajada y me puso nerviosa que no recogiera su bandeja y se marchara. Subí las piernas a la silla y me acerqué las rodillas al pecho antes de zambullirme de nuevo en el guion. Necesitaba huir de su atención, pero...

—¿Pasamos el texto juntos? —preguntó en un intento de integrarse en mi dinámica de trabajo—. Creo que nos puede venir bien.

—Vale. —Me asustó un poco la rapidez con la que contesté.

Y es que quizá aquella cabaña en la nada más apartada de Yorkshire me hacía sentir aún más sola. Siempre era mejor leer un guion con otra persona que te diera la réplica, más aún si se trataba del otro protagonista de la historia. Así que empecé a pasar las hojas hacia el principio.

—Voy adentro a por mi guion y mis libretas. —Ronan se levantó y se apresuró a entrar en la casa.

Preparé los bolígrafos y los subrayadores y miré al frente, hacia donde el paisaje era verde, marrón y azul. Una nada silenciosa donde parecía que el ser humano aún no había pisado tierra. Pensé que quizá la vida era eso: una persona en medio del vacío sin el ruido exterior y bajo un cielo despejado de nubes.

Un montón de libretas impactaron sobre la mesa antes de que Ronan tomara asiento frente a mí otra vez.

—¿Para qué son todas esas libretas? —pregunté con curiosidad.

—Bueno, me gusta escribir biografías de los personajes que interpreto.

—¿Biografías? ¿En plural? —Abrí mucho los ojos y su boca se cubrió con un intento de sonrisa.

—Sí, en plural —contestó mientras abría el guion y empezaba a pasar las páginas.

—¿No te sabes la novela de memoria?

—Siempre existen huecos en blanco que me gusta rellenar.

Aquella idea, a pesar de venir de él, me resultó interesante. Cuando solo cuentas con la información que te ofrece el texto para interpretar a un personaje, hay escenas que se te escapan. Y era

cierto que su método abría posibilidades interesantes. De todos modos, no iba a confesarle aquello y, al final, solo pregunté:

—¿Te parece bien que comencemos directamente pasando los diálogos de nuestras escenas?

Ronan levantó la cabeza y, por primera vez desde que lo había conocido en aquella cafetería de Londres, me dedicó una sonrisa de verdad. Luciendo la casi inexistente separación entre sus dos incisivos centrales. Era mínima, pero ahí estaba, y eso le hacía parecer peligroso como un gánster y tierno como un niño. Todo al mismo tiempo.

Durante el siguiente par de horas, nos ceñimos a leer e interpretar el texto en voz alta. Ambos tomábamos anotaciones cada tanto y resoplábamos cuando sobrevolábamos las escenas importantes. Ambos amábamos aquello. A ambos nos sobraba el mundo en ese instante en el que el reloj se detenía en nuestras palabras recitadas.

Él tenía una voz gruesa, impactante, de esas que se intensifican cuando cierras los ojos. Y yo tenía un absoluto control sobre la mía. Años y años de formación, de experiencias, de directores y también de mi madre susurrándome al oído acotaciones infinitas sobre el tono que era adecuado para cada escena.

Al terminar, los dos apoyamos la espalda sobre el respaldo de la silla y observamos el cielo. Empezaba a conectar aquella historia con esas tierras y algo dentro del proceso simplemente encajó.

—¿Cuándo fue la primera vez que sentiste que actuaste en algo de verdad? —Sus palabras acompañaron la brisa que se levantó en el porche.

—La primera vez que pisé un set fue para un anuncio de un chicle con pinta de ser cancerígeno —le conté mientras me arrebujaba más en la manta antes de continuar—. Pero supongo que la primera vez que sentí que participaba en algo verdaderamente importante fue en

Al final del sendero. Todo aquello resultaba enorme para una niña de diez años... Cuando hice el monólogo final donde terminaba llorando, todo el set enmudeció y luego estalló en aplausos. A partir de entonces, empecé a ser *la niña de las lágrimas*.

—¿Cómo lo hacías? Eras muy pequeña.

—Aprendí la técnica. Pensaba en el último recuerdo que tenía con mi padre y las lágrimas acudían a mis ojos. Después, tuve que sustituir recuerdos porque ni siquiera era capaz de acordarme bien de aquella sensación.

Mi compañero asintió y empezó a recoger las libretas y los papeles que había desperdigados por toda la mesa.

—¿Y tú? ¿Cuál fue tu primera vez de verdad? —pregunté poco después.

—Serie nacional adolescente —masculló—. Yo soy un chico de teatro... Seguro que se me nota. —Solo me quedó asentir con ahínco—. Pero hace un par de años me presenté a un casting y me seleccionaron. Fue para interpretar a un personaje secundario. El amigo un poco pasado de rosca del protagonista. Apenas tenía unas líneas de diálogo, pero escribí tres cuadernos como estos sobre aquel personaje.

Una carcajada espontánea emergió de mi boca, libre, y sanó un pelín el vacío. ¿Cuánto hacía que no me reía de verdad? Atisbé cómo Ronan se quedaba prendado con el movimiento de mis labios antes de continuar con su relato.

—Me lo tomé muy en serio, porque actuar siempre ha sido mi pasión y poder ganarme la vida con ello me permitiría dedicarme a lo que más me gusta. Así que lo di todo. El director se quedó tan satisfecho con mi actuación que en la segunda temporada me dio más protagonismo. Fue todo un éxito. Y después Eliza Grey se fijó en mí.

—Y el resto es historia.

—El resto es historia.

—Es bueno recordar que hay gente que elige la actuación.

—¿Qué quieres decir? —Su ceño se frunció como si se hubiera perdido algo de la conversación.

—Que a veces no tienes otra opción. Yo nací destinada a posar para una cámara.

14

LAS BOTAS ROJAS



Ronan

La voz de Delilah era como escuchar cantar a un ruiseñor después de una lluvia de primavera. Me había bastado leer el texto con ella a solas para saber que no existía nadie mejor para interpretar a Catherine Earnshaw. Tenía interiorizados sus comportamientos, sus aristas, incluso los silencios que plagaban aquel guion. Unos días atrás, estaba convencido de que ella no era la indicada. Pero ahora aquellas razones me parecieron banales. Prejuicios sin sentido que cada día ella se empeñaba en derribar. Sí. Delilah era americana, sofisticada y con unos modales impolutos. Lo contrario a un personaje como Cathy. Pero también era la mejor actriz de su generación. Al menos, para mí lo era. Lo había sido siempre. Y supongo que me obligué a olvidarlo cuando, al conocerla, quedé relegado a su total indiferencia. Al ver peligrar aquel sueño que de momento había cumplido y por el que no iba a dejar de luchar.

El mundo tenía una idea de ella. Yo tenía una idea de ella. Y, en los últimos tiempos, ella se había retorcido contra esa imagen. Pero seguía siendo Delilah Williams, la chica dorada de Hollywood, emparejada con Alan, el roquero rebelde de San Francisco que había nacido en una cuna de oro al igual que ella. Sin embargo, ahora, y ante mis propios ojos, aquella mujer se salía del molde.

Hacía tan solo unos minutos, me había quedado impresionado porque, a medida que avanzábamos por la trama mediante diálogos, hizo algo que ayudó a que nuestra dramatización creciera aún más. Empezó a trenzarse el cabello mientras continuaba exponiendo sus líneas. Me fue imposible salir de ese gesto tan sencillo en apariencia, pero a la vez tan tierno e íntimo para un personaje explosivo como lo era el de Catherine. Era el riesgo, el contraste, y también la excelencia.

Y precisamente ese fue el momento en el que Delilah se me clavó.

Esa misma mañana ya había empezado a verla de otra manera. Bajaba por las escaleras a las seis de la mañana, preparado para mi carrera matutina, cuando me quedé paralizado al escuchar esa voz. Alcancé a observar sus papeles esparcidos por la mesa frente a la ventana, antes de que sus palabras me obligaran a quedarme quieto en el sitio.

—Hola, Alan. —Tenía el móvil colocado cerca de la boca, para que el micrófono captara bien su voz—. Me he quedado toda la noche trabajando para intentar salvar la diferencia horaria. Pero, cuando te he llamado, tampoco me has contestado. —Subió las piernas a la silla y pegó las rodillas a su pecho, un poco abatida—. Sé que la última vez discutimos, que no querías que aceptara este trabajo, pero necesitaba hacerlo. Esto me hace feliz. Pero no quiero perderte, porque me encuentro muy sola sin ti —confesó—. Supongo que querrás saber que por aquí todo va bien, aunque el tiempo sea un

fastidio y no me gusten mucho los británicos. —Soltó una risa bajita mientras cerraba el guion encuadernado—. Y he descubierto que tampoco soporto a los irlandeses.

Me reí, sin más. Y el sonido le hizo agitar todo su cuerpo, asustada. Estaba realmente jodido si me parecía tan divertido que una chica le dijera a su pareja en un mensaje de voz que no me soportaba.

—Vale, no te robo más tiempo —reculó ella rápidamente—. Llámame, por favor.

Pulsó la pantalla y dejó el móvil encima de la mesa.

—Buenos días —la saludé bajando los últimos escalones en dirección a la puerta.

—¿No te enseñaron que es de mala educación espiar a la gente? —Se mostró sorprendida, pero no demasiado molesta.

—En realidad, no —contesté sonriendo—. A los irlandeses nos encanta escuchar detrás de las puertas.

Después de aquello, Delilah se convirtió en un acertijo para mí. Un problema que quería resolver. Un juego al que quería ganar. ¿Por qué una de las actrices más famosas del mundo parecía tan sola y tan desamparada? ¿Por qué Alan Jones no quería que aceptase este proyecto? ¿Por qué cojones no le respondía las llamadas? Desde fuera, aquella relación era un auténtico carrusel dorado. Pero por dentro... No tenía ni puta idea de lo que pasaba por dentro.

No pude dejar de pensar en ello mientras corría y expulsaba vaho por la boca. La piel expuesta al frío dolía. La mayor parte del camino estaba enfangado por la intensa lluvia que había caído de madrugada, y tuve que volver caminando a la casa.

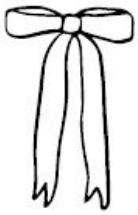
Lo primero que hice cuando llegué fue ir a buscar unas botas de agua rojas que había visto en uno de los zapateros. Me paré delante

de su habitación y las dejé junto a la puerta, acompañada de una breve nota:

Todos los irlandeses tienen un par de estas.
Me lo agradecerás cuando pasees por los alrededores.

15

HACIA LOS PÁRAMOS



Delilah

Los últimos días habíamos trabajado hasta la extenuación a las órdenes de Eliza. Más escenas de improvisación, más marcajes de coreografías de las secuencias más complicadas, más debate sobre las acciones y los comportamientos de los personajes. Sin duda, aquello había sido una labor a fondo que no podía comparar con ninguno de mis trabajos anteriores. Incluso habíamos acudido a una clase de hípica en la que tuve que sacar mi faceta de profesora. Yo poseía una experiencia más que remarcable con caballos, pero Ronan nunca se había subido a uno. Así que le propuse orientarlo con las lecciones más básicas. Al principio, su orgullo le había impedido pedirme ayuda, pero, cuando el caballo hizo un pequeño amago de encabritarse, perdió la paciencia y los nervios tomaron el control. Al final terminó por aceptar mis consejos con un tierno entusiasmo que rivalizaba con su empeño por dar lo mejor de sí mismo. Lo que proponía Eliza era una forma exhaustiva y

desbordante de encarnar una actuación. Y, a cada día que pasaba, Ronan y yo nos sentíamos más conectados en torno a aquella historia.

Al oír la puerta principal cerrarse sentí curiosidad, así que di un último sorbo a mi café y corrí hasta el salón para calzarme las botas de agua y enfundarme en mi abrigo de *tweed*. Me encaminé a la salida y abrí la puerta. Por el sendero de entrada de la casa, Ronan se dirigía hacia su coche aparcado. Llevaba puesto un gorro de lana, sus zapatillas desgastadas y una cámara de fotos colgada del hombro. Cerré la puerta y avancé hacia él con enormes zancadas hasta que conseguí alcanzar su espalda.

—Ey —lo llamé al tiempo que el frío me impactaba en la piel de la cara.

Él giró la cabeza y me miró por encima del hombro.

—Ey.

—¿Vas a salir?

—Sí —contestó—. Como hoy nos lo montamos por nuestra cuenta, quiero ir a visitar los páramos —añadió frunciendo el entrecejo y observando el campo a nuestro alrededor.

Los pájaros cantaban melodías que se replicaban por el todo el valle.

—¿Vas a visitar el lugar en el que Emily Brontë se inspiró para su novela?

Recordé que más de una vez había mencionado que Haworth, la ciudad donde vivieron las hermanas Brontë, no estaba muy lejos de nuestro *cottage*. Así que los páramos que recorrió la autora durante su vida también se encontrarían cerca.

—Así es. Creo que nuestros personajes no existirían sin esta ambientación. Al final es todo lo que mueve la historia... —

argumentó mientras se quitaba el gorro y la bufanda y los tiraba en la parte de atrás del vehículo.

La tarde anterior la habíamos pasado analizando diferentes escenas, y siempre terminábamos debatiendo sobre cómo la atmósfera visual y sonora iba a contar exactamente lo mismo que la trama y los personajes, así que era tan importante como ellos. Miré hacia el cielo repleto de nubes que se deslizaban a paso lento por encima de nuestras cabezas y me invadió un impulso.

—¿Puedo acompañarte?

Ronan se quedó tan quieto que temí que algún músculo se le hubiera agarrotado en la espalda.

—¿Quieres acompañarme?

Asentí.

A pesar de que intentaba disimular su sorpresa, yo ya conocía algunas de sus expresiones. No solo estaba sorprendido, sino que intentaba desbloquear un temor naciente.

—Necesito despejar la cabeza —le dije.

—Vale. Sube al coche entonces.

Lo primero que sentí al bajar del vehículo fue el viento salvaje. Me golpeó en la cara e invitó a mi cabello a bailar frenético sobre mi rostro. El silencio había reinado entre nosotros en todo el trayecto, solo perturbado por el sonido de los intermitentes cuando nos incorporábamos o girábamos hacia una nueva salida.

Ahora el ruido del viento era casi ensordecedor.

Mientras caminaba hacia la cima de una colina cercana, oí a Ronan cerrar la puerta del coche. Cuando me detuve ante aquel horizonte, un paisaje colosal y redentor se abrió frente a mí.

Ante nosotros se extendía un terreno yermo de un verdor apagado y húmedo surcado por algunos caminos naturales y salpicado, a lo lejos, por un par de aldeas. Las fuertes rachas de aire balanceaban los helechos y los brezos, y a mí me pareció que el cielo se había quedado a vivir allí para siempre. Un halcón solitario sobrevolaba el valle planeando con un lento y cautivador dominio. Tuve la sensación de que aquellos páramos, de que todo lo que me envolvía, estaban cubiertos por un manto hostil, al igual que la historia de Catherine y Heathcliff. De que había cierta violencia en cómo el viento racheaba a un par de árboles que se erguían solitarios en un extremo. En cómo la humedad hacía brillar las grandes piedras negras apostadas en la tierra. Había cierta belleza inmortal en las raíces que permanecían ancladas bajo la superficie. Como aquel lugar viejo, importante y fiero. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies.

—Ten —oí que me decía Ronan a mi espalda—. Ponte la bufanda y el gorro.

Me tendió las prendas y luego se colocó a mi lado listo para capturar la primera instantánea.

—¿No las necesitas tú? —pregunté, incomodada por parecer que de un momento a otro podía sucumbir al envite de la naturaleza más hostil.

—No. —Negó con la cabeza sin dejar de mirar por el objetivo—. Vengo mejor preparado que tú.

Me cubrí el cuello con la bufanda de lana y me enfundé el gorro en la cabeza. Me quedaba enorme, pero lo encontré cálido y desprendía un agradable aroma a limpio.

—Espero que no nos llueva, porque te vas a calar entera con ese abrigo de paño.

—Es de *tweed*.

—¿No es lo mismo?

Nos quedamos mirándonos unos segundos con el viento silbando entre los rincones que creaban nuestros cuerpos, hasta que Ronan dio media vuelta y empezó a caminar páramo adentro.

—¡Vamos! —gritó cuando estaba más adelantado—. No quiero que se nos haga tarde y tengamos que volver de noche por esas carreteras.

—¿Adónde quieres ir exactamente? —vociferé yo mientras intentaba alcanzarlo sin éxito.

—A las ruinas de Top Withens. Es una granja cerca de Haworth que inspiró la casona de *Cumbres Borrascosas*.

—¿Está muy lejos? —El viento embestía contra mi cuerpo sin piedad.

—Qué va —contestó, aún varios centímetros por delante—. Ya me parecía que eras demasiado sofisticada para caminar por estos lares...

Mientras atravesábamos aquella tierra, el silencio imperó entre nosotros. Las rachas de viento se debilitaron y los únicos sonidos que nos rodeaban emanaban del propio ecosistema que nos envolvía. Algunos pájaros solitarios danzando en la tarde, la brisa atravesando las laderas, los cardos temblando. También el clic del obturador de la cámara de mi compañero de reparto. Ese sonido solía ponerme alerta, justo en la línea del disparadero, pero allí fue diferente.

Todo el ruido mediático junto al que había crecido y el gran estruendo público que era mi vida parecían desaparecer junto a Ronan. Era alguien callado, introspectivo, que no se había achantado ante una estrella de talla mundial como yo. Y, en aquel momento, lo agradecí. Me sentía abrazada por su serenidad. Dando pisadas que se hundían en la tierra, me internaba en aquella inmensidad rural y austera. Mientras mi pelo danzaba con violencia contra el paisaje,

tuve una certeza. Allí no había nadie a quien agradar. No había nada que esconder. No había espectadores, ni focos, ni la máscara del maquillaje. No tenía que mostrarme perfecta. No había nada que corregir ni nada que esconder. Mi madre no me susurraba al oído indicaciones para mejorar. No había que sonreír y fingir ser feliz. Allí podía olvidarme del texto sin que hubiera consecuencias. No tenía que esperar un mensaje de Alan para sentirme completa. Podía existir sin el mundo. Y el mundo podía continuar sin mí. En ese páramo plagado de humedad y cielos plomizos, Delilah Williams podía desaparecer.

Sentí cómo las cadenas, que me anulaban desde que tenía memoria, allí no tenían poder.

Allí era libre.

Y, entonces, cuando por fin comprendí todo aquello, me entraron unas ganas inmensas de correr.

Así que lo hice.

Me fundí con el horizonte del valle y el viento se introdujo en mí.

16

SU SONRISA SALPICADA DE TIERRA



Ronan

Delilah salió corriendo por la llanura y yo no pude hacer otra cosa que seguirla.

—¡Delilah! ¡Para! —grité tras ella, sin llegar aún a alcanzarla—. Vas a hacerte daño. No podemos poner en peligro el rodaje...

Entonces nos cayó la primera gota y el cielo se estremeció. Tendría que haberlo previsto cuando el viento se detuvo de golpe. Era la calma antes de la tormenta. Al sonido de la lluvia lo acompañó de pronto el de la risa de mi compañera mientras corría. Apreté el paso a medida que el agua me empapaba y, justo cuando iba a alcanzarla, Delilah se detuvo en medio del páramo. Así que nuestro choque fue inevitable, y terminamos por caernos sobre la hierba mojada.

—Mierda —bufé en el momento en que me incorporaba para comprobar el desastre.

El rostro de aquella actriz, tendida sobre los helechos a mi lado, solo daba muestras de diversión. Y de travesura. Nos miramos en medio de la suave lluvia. Las gotas caían sobre nuestros cuerpos y a nuestro alrededor. Delilah tenía el pelo empapado y, en algún instante de la caída, la tierra mojada le había salpicado un par de motas en la comisura del labio. Me sonrió. Fue algo involuntario que le nació de las tripas. Y pensé que tal vez yo solo había venido al mundo para contemplar aquello. Para apreciar ese rostro rociado de aguamarina y de tierra cuando la máscara caía. La mano en la que sostenía la cámara de fotos me empezó a arder, así que no me quedó más remedio que alzarla, ponerla ante mis ojos y disparar.

Capturé una fotografía de Delilah Williams frente al paisaje, con el cabello azotado por el viento y con esa sonrisa que yo aún no conocía manchada de barro. E inmortalicé para siempre el momento en el que Heathcliff se enamoró de Catherine en mitad de los páramos.

Pero, cuando bajé la cámara y la protegí dentro de la chaqueta, su sonrisa había muerto y sus ojos me observaban entornados.

—No es momento para cámaras, Ronan.

—Tienes razón, tenemos que irnos. —Me levanté y luego le tendí una mano que ella no aceptó.

—No —soltó en el instante en el que se dejó caer de espaldas sobre la hierba—. Ya ha parado un poco. Túmbate un rato conmigo.

—No sé si es buena idea, ni siquiera tienes un abrigo en condiciones. Seguro que te has calado hasta los huesos.

—No seas carca. Tengo gorro y bufanda. —Su morro arrugado provocó que quisiera retratarla de nuevo; pero, en vez de hacerlo, terminé echándome a su lado.

Era verdad que ahora solo lloviznaba, pero estábamos empapados por el chaparrón de minutos atrás.

—Tan solo quiero quedarme aquí tumbada un momento, existir en este trocito de mundo y nada más —murmuró a mi lado.

Clavé la mirada en las nubes grises que nos acechaban desde las alturas y me impregné de los sonidos calmos que nos rodeaban y del suave olor de algo parecido a la canela que se desprendía del cabello húmedo de Delilah.

Respiré. Y pensé en la película. En el sueño que iba a cumplir. En qué hubiera pensado, de saberlo, ese chico que se había quedado sin nadie en el mundo y sin esperanza. En medio de aquel paisaje, me visualicé en la puerta de cada casa de acogida. En cada expectativa que no logré superar para alcanzar la llave que te hacía pertenecer a algo. En la soledad que yo mismo había forjado a mi alrededor y que dudaba mucho que desapareciera algún día. Desde hacía mucho tiempo, tan solo éramos las historias y yo.

Su voz me arrancó de mis recuerdos y se fundió con el ambiente cuando dijo:

—Estoy sin aliento.

—Yo también —respondí, consciente de que nuestras respiraciones aleteaban en el aire por culpa de nuestra carrera.

—¿Así es como se sentían Cathy y Heathcliff cuando solo eran unos críos?

Admito que provocó algo en mi interior que se acordara de ellos. Yo también pensaba a menudo, quizá demasiado tiempo para mi propio bien, en esos dos amigos que crecieron entrelazados.

—Supongo que sí. Echaron raíces aquí.

Con el siguiente silencio que nos sobrevino, mi mente divagó sobre aquello. Las raíces. Tan importantes y determinantes en la vida de un ser humano. A veces, las raíces lo eran todo. Y yo era consciente de que no tenía raíces. Mi única raíz había sido mi madre y hacía ya demasiado tiempo que había desaparecido de mi vida.

Siempre terminaba por preguntarme... ¿podía una persona sobrevivir sin raíces? Yo aún estaba vivo, ¿no? La actuación me mantenía con vida.

—¿Lo echas de menos? —pregunté de pronto.

—¿A qué te refieres?

—A la actuación. Llevas mucho sin rodar.

—¿Qué esperabas después del fracaso de mi última película?

Caí en la cuenta y recordé la rabia que me invadió al ver aquellas críticas injustas hacia ella tiempo atrás.

—Los medios, el director, toda esa gente... Fueron muy injustos contigo. Tu interpretación fue increíble. Pero, por muy buena que sea la protagonista, una película sin visión y sin dirección no funciona. Con lo que tenías hiciste un trabajo excelente, Delilah.

—Ajá —concordó conmigo sarcásticamente—. Por eso me vi obligada a dejarlo un tiempo.

Joder. No quería meter el dedo en la llaga, pero eso era justamente lo que acababa de hacer.

—Y contestando a tu pregunta... —volvió a hablar para mi alivio—. Fue duro alejarse de esto de actuar durante un tiempo. En realidad, al principio no lo fue, no del todo. Alan y yo estábamos empezando, y ya sabes...

—¿Ya sé el qué? —Me di un puñetazo mental por interrumpirla.

—Me sentía justo en medio de esa explosión de amor, cuando conoces a alguien y todo lo demás pasa a no importarte.

—Ah. —La verdad es que no tenía ni pajolera idea de lo que hablaba, nunca había experimentado algo así.

—Pero luego... —Suspiró antes de que un trueno sonara a lo lejos —. Luego echaba de menos el set. Los personajes en los que habitaba. Las indicaciones del director. Las lecturas de guion...

Incluso echaba en falta las horas y horas que pasaba en cada sala de caracterización.

Ella amaba aquel arte tanto como yo. Y había sido un completo inútil por pensar lo contrario.

—Quiero decirte algo. —Me descubrí abriendo la boca de nuevo. Giré la cabeza y observé su perfil—. No sé si el otro día en la primera improvisación que hicimos te incomodé o algo, pero necesito que sepas que no hay nadie en este mundo que no esté roto. Nadie, Delilah.

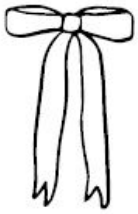
Delilah ladeó la cabeza y se encontró con mi mirada. Joder, esos ojos imposibles existiendo en medio de todo el gris del condado de York. Le bastó con curvar una de las comisuras de los labios para ponerme el estómago del revés. Ninguna fotografía, ninguna película, nada, absolutamente nada le hacía justicia a ese puto rostro. Era la belleza de lo clásico, de lo que perduraba en el tiempo.

—Y yo no creo que haya nadie mejor que tú para interpretar a Heathcliff.

Pues exactamente eso: el estómago del revés.

17

SOLO BAILAR



Delilah

Eran las dos menos cuarto de la madrugada y no conseguía dormir. Aún mantenía la esperanza de que Alan contestara a mi mensaje, pero, a medida que las horas iban pasando, la habitación parecía tragarse todo el aire que necesitaba para respirar. Metida en la cama, tapada con varias mantas hasta el cuello y ataviada con un pijama de satén que había sido una de las peores elecciones de mi vida, suspiré con frustración. Encima, ese día tampoco estaba Jane. Y había pasado las últimas doce horas atendiendo a las directrices finales de Eliza para que llegáramos al rodaje con todo encaminado.

Aquella era la última noche que pasaríamos en la cabaña. Estaba claro que no la iba a echar de menos. Ni el frío, ni los suelos que crujían en plena noche, ni la niebla que aparecía al amanecer y que empañaba las ventanas. Sin embargo, algo dentro de mí se resistía a volver a ser el centro de todas las miradas. Aún quedaban varias semanas en las que pensaba dar todo de mí para que ese proyecto

saliera a flote. Para que mi reputación volviera al mismo lugar de antes de la tragedia. Para que esa película se convirtiera en algo importante. Porque lo que era sólido y se cuidaba hasta el más mínimo detalle siempre merecía triunfar. El instinto que había desarrollado a lo largo de años sumergida en el mundo del espectáculo me gritaba que Eliza Grey tenía el talento necesario para dejar su sello como autora.

También sabía que Ronan O'Connell se convertiría en una de esas estrellas rebeldes y enigmáticas, repletas de secretos, que todos amarían por el sencillo hecho de que nunca encajaría en los cánones.

El aire seguía sin llenar del todo mis pulmones e intenté cerrar los ojos y no pensar en nada. Pero un latigazo de imágenes de la tarde que habíamos pasado visitando los páramos me atravesó la mente. Recordé los dedos de Ronan repletos de anillos pulsando el disparador de la cámara. Y también volví a la imperante necesidad que me había atravesado de correr y sentirme libre. En plena noche, me descubrí deseando salir de esa cama y regresar al páramo yo sola. Tumbarme allí y preguntarle al cielo: «¿Y ahora qué? ¿Por qué nada es suficiente?».

Salí de la cama descalza, bajé las escaleras hasta la cocina para beber un vaso de agua fría, pero terminé por desviarme hacia la salida. Me daba igual que el frío volviera a paralizar mi cuerpo, simplemente quería respirar. Pero al girar me percaté de la pequeña luz que iluminaba la zona de los sofás junto a la chimenea. Ronan, tumbado sobre la alfombra, me taladró con sus ojos por encima del libro que sujetaba entre las manos. *El retrato de Dorian Gray* lucía un aspecto igual de desgastado que las demás novelas con las que se había paseado por la casa todos esos días. Esa era una de las pocas cosas que había descubierto de él. Era un apasionado de la

literatura clásica. Y habíamos existido entre sus silencios introspectivos cuando leía y mi capacidad de concentración mientras volvía una y otra vez a un guion que ya estaba más que aprendido.

—¿No puedes dormir? —Fue él quien rompió el silencio de la madrugada.

Negué con la cabeza.

—Veo que tú tampoco.

—Tengo una bola de nervios en el estómago —dijo incorporándose y sentándose sobre la alfombra—. Soy nuevo en todo esto y... no quiero cagarla. Eliza ha confiado tanto en mí que no quiero decepcionarla. ¿Algún consejo?

—No sueltes nunca al personaje.

—Eso puedo hacerlo.

—No lo dudes. No sueltas al personaje ni para ir al baño...

Sonrió como si se enfadara. Y tuve la impresión de que Heathcliff seguía cargado sobre su espalda a pesar de que era Ronan el que me estaba observando, con el pelo despeinado debido a las horas y vestido con un pantalón de chándal a juego con una camiseta ajustada. La comodidad también resultaba atractiva en él. Como la pequeña sombra que se le había acentuado bajo los ojos.

Posé mi atención en el frasco que Eliza nos había dejado y que aún contenía dentro un papelito. El primer día, la directora nos había regalado un recipiente de cristal que guardaba en su interior pequeñas notas de papel en las que había escritas diferentes situaciones para que Ronan y yo improvisáramos basándonos en ellas. Todos esos días atrás habíamos trabajado sacando papelitos y más papelitos.

—Todavía queda un papel —anuncié mientras iba hacia la mesa y metía la mano dentro del frasco—. ¿Te apetece una última improvisación antes de que nos marchemos?

—Siempre me va a apetecer una última improvisación. —Ronan recogió las piernas hasta quedar sentado con las rodillas cerca del pecho. Se las rodeó con los brazos y me clavó la mirada—. Sobre todo, si es contigo. Aunque sea de madrugada, haga un frío horrible y la chimenea esté en las últimas.

—Allá vamos.

Abrí el papelito que tenía en la mano y lo leí.

—Somos dos viejos amantes que, a pesar del tiempo, del destino y de la distancia, todavía se desean. —Remarqué la última palabra porque Eliza la había subrayado con ahínco al escribirla—. Aún morirían el uno por el otro sin importar las consecuencias para los demás.

—Parece algo sacado de *Cumbres Borrascosas* —apuntó él, y luego se puso de pie.

—¿Tú crees? —pregunté teniendo de pronto delante su alta y definida figura—. Yo diría que la historia de Catherine y Heathcliff no es una historia de amor.

Ronan abrió la boca en una sonrisa y me resbalé en esa minúscula separación de sus dientes. Me quedé ahí y otra vez me faltó el aire como en la habitación.

—Pues yo creo que, en el fondo, todas las historias hablan del amor —declaró.

Ronan respiró hondo, sorteó mi cuerpo y caminó hacia el fondo de la estancia en una danza callada que yo ya sabía que era su preparación para entrar en el papel. Atravesó el salón que ya se sabía de memoria de extremo a extremo, con los ojos cerrados y estirando el cuello de un lado a otro. Luego, observé cómo se colocaba de nuevo frente a mí. Y, cuando abrió los ojos, el negro pantanoso de su mirada me indicó que él ya había buceado dentro

del personaje. Esa fue mi señal para que yo hiciera lo mismo un segundo antes de que él hablara.

—¿No hace demasiado frío para ese pijama, Delilah? —quiso saber, con la voz arrastrada por un huracán.

Bajé la vista mientras la sonrisa se dibujaba en mis labios. El satén era frío. Pero más fríos me parecieron sus anillos cuando me habían acariciado la mejilla en una de aquellas improvisaciones. Al subir la mirada, la posé en aquella plata que adornaba dos manos grandes y elegantes.

—Tus anillos —solté, notando como el aliento que provenía de su exhalación llenaba el espacio libre entre nosotros—. Aún conservas los anillos.

—Sí. Me recuerdan a ti.

—¿Cómo un águila de plata puede recordarte a mí? —pregunté, consciente de que ahora tenía que acabar de alzar la cabeza para encontrarme con su rostro.

Ya lo había visto así de cerca. Ya había descubierto el pequeño lunar encima de su ceja derecha. Las curvas suaves de sus labios que contrastaban con las duras facciones de su rostro. Lo armónico que parecía cada rasgo dibujado en su cara.

—Me diste un picotazo en el corazón y me heriste para siempre.

Me reí, sorprendida y saliendo por un segundo de mi personaje. Ronan era el mejor improvisando y quise ponerme a su altura. Incluso superarlo. La rivalidad entre nosotros, ese odio naciente que no había ido a más, me insuflaba ganas. Una motivación poderosa que no pensaba rechazar.

—Yo creo que el águila eres tú. Todo altivo, presumiendo de plumas y de realeza. Eres un hedonista, Ronan. Como ese Dorian Gray amigo tuyo.

Ahora fue él el que curvó sus labios en un destello fugaz que desapareció.

—Si soy un águila es solo porque son aves que vuelan en solitario. No necesitan a nadie y su determinación es incomparable —razonó —. ¿Sabes qué hacen las águilas cuando alcanzan cierta edad?

—¿Qué?

—Cuando sus garras se vuelven débiles, su pico se dobla hacia abajo y no pueden planear por el pesado grosor de sus plumas. Esa es la señal para que el animal tome una decisión. Tiene que elegir entre dejarse morir o volar hacia el pico de una montaña para reconstruirse por completo.

Di un par de pasos y tomé asiento en el sofá, al lado de la chimenea. Me acomodé entre las mantas.

—¿Y cómo se supone que hace eso?

—Es algo difícil de escuchar, ¿seguro que puedes con ello?

—Sé que piensas que me he pasado toda la vida entre algodones, pero...

—Exacto, eso es lo que pienso. —Su condescendencia logró crisparme los nervios—. ¿Acaso me equivoco?

—¿Puedes decirme de una vez qué es lo que hacen las águilas?

—Se retiran a la montaña más alta y comienzan a golpear su pico contra las rocas hasta que se lo arrancan. —Tragué saliva mientras fingía que aquello no me afectaba—. Después, con el nuevo pico que ya les ha crecido, empiezan a desprenderse de las uñas una por una. Y, cuando ya tienen todas las nuevas garras fortalecidas, las utilizan para arrancarse las plumas pesadas que no les dejan volar. —Concluyó su relato y yo entorné mucho los ojos—. Ya ves. Un proceso largo y doloroso. Pero, después de eso, el águila vuelve a alzar el vuelo en solitario para vivir una nueva vida.

—Eso suena más a un mito que a cualquier otra cosa —farfullé.

—Bueno. —Ronan se acercó y se puso de rodillas frente a mí—. ¿Quién puede diferenciar hoy en día lo que es un cuento inventado de la realidad, Delilah?

La proximidad de su cuerpo me intimidaba. Para buscar alguna distracción, posé la vista en su clavícula, que se le marcaba bajo la camiseta ajustada. ¿Cómo sería tocarlo ahí?

—Lo que realmente quiero decirte es que estoy hecho de persistencia. Y deseo volver a tenerte.

Sus ojos oscuros reclamaron los míos, que empezaron a empañarse por el calor sofocante que palpitaba en mis mejillas. Necesitaba respirar, otra vez, porque, aunque estaba dentro de mi propio personaje, me tambaleaba hacia un extremo en el que perdería el rumbo. Un lugar en el que algo similar al murmullo del deseo levitaba bajo mi vientre. Entonces, vi en su rostro las ganas de jugar, de fundirnos en la realidad alternativa que era la actuación. De existir en un mundo que no fuese este. Ni ninguno. Un planeta que habíamos creado al sacar un papel de un frasco de cristal. Ahí teníamos la libertad de solo *ser*, sin *padecer*.

Así que salté sin saber si el agua llenaba aquella piscina.

—Entonces, ¿me deseas? —La sensualidad que contenía mi pregunta lo pilló desprevenido.

Entrecerró los ojos como si se hubiera convertido en esa águila renovada, lista para atacar. Comenzó a acercar su rostro al mío y, cuando su aliento casi tocaba mi respiración, ladeó la cabeza y acercó su boca a mi oreja.

—¿Quieres acercarte más y comprobar por ti misma lo que me provocas?

Su olor a menta me embriagó y apreté los muslos contra mi asiento. Nunca habíamos llegado tan lejos en eso de improvisar. Y sentí que una barrera caía entre nosotros. El peligro de dos cuerpos

que se anhelaban. Porque sí, mi cuerpo anhelaba el calor del suyo. Y había sido así desde que entró en la cafetería en la que nos conocimos. La tensión que flotaba entre nosotros provocaba la envidia del fuego que crepitaba en la chimenea. Ronan cogió mi mano y la posó con delicadeza sobre su pecho, justo encima del corazón, que danzaba a un ritmo maniaco.

Yo ya sabía que Eliza decía la verdad. Que nuestra química era inigualable, extraordinaria e inclasificable. Aunque ahora estaba comprobando que era imposible huir de algo así.

—¿Todavía? —Esa vez fui yo la que se acercó a su oído para susurrar—. Han pasado diez años.

Ronan se movió hacia atrás.

—Y, ahora que te tengo delante, parece que solo han sido tres segundos.

—¿Tres segundos?

—Tres. Putos. Segundos.

Eché el cuerpo hacia delante y posé mis manos sobre sus hombros, muy cerca de aquella clavícula que tanto me atraía.

—Lo cierto es que tres segundos han sido toda una vida y ahora estoy casada —confesé, al tiempo que lo empujaba hacia atrás y me alzaba para apoyarme en la pared al lado de la chimenea.

El calor me envolvió el cuerpo como un manto mientras observaba a Ronan levantarse del suelo con un movimiento felino dispuesto a acorralar a su presa. A mí. Lo vi aproximarse y pensé en una pantera en medio de la selva.

—¿*Tú* te has casado? —preguntó con los ojos brillando de intensidad.

—¿Tan raro te parece?

—Odiabas las bodas tanto como a los irlandeses —canturreó poniendo una mano sobre la pared por encima de mi cabeza.

No pude evitar soltar una carcajada real. Demasiado real. ¿Había dicho ya que Ronan era el mejor improvisando? ¿Y que guardaba en su baúl de actor cualquier información, por pequeña y por falsa que fuera, que pudiera ponerte del revés en cualquier momento?

—Bueno... —comencé a decir, buscando en mi mente una réplica que estuviera a la altura—. Todo el mundo odia cosas con cierta pasión desmedida hasta que se hace mayor.

Colocó la otra mano en la pared, apresándome dentro de su cuerpo. Ya no podía huir de él, ni de su olor a jabón y a ropa limpia. Ni de sus ojos animales. Alcé la mirada y contemplé su boca. Recuerdo pensar que aquellos labios habían sido creados por la mismísima locura y que a él lo habían tirado en la Tierra para que perdiéramos la cabeza intentando poseerlos.

Ronan se percató y los abrió para suspirar cerca de mi frente.

—¿Y a mí, Delilah...? —susurró con una voz cargada de las peores intenciones—. ¿Ya has dejado de odiarme?

—Apenas.

—Puedo escuchar tu corazón desde aquí.

—Es que estás muy cerca.

—Está descontrolado porque tú también me deseas —susurró él acercando su boca a la mía—. Todavía.

En ese momento, en el que todo el calor se concentraba en un beso imaginario, Ronan separó sus manos de la pared alzándose hacia atrás. El aire frío volvió a rodearme y la sensación de ahogo que me había provocado su cuerpo casi desapareció, porque justo entonces aquel actor me tendió una mano amigable desde su nueva posición.

—Solo quiero bailar contigo —musitó con la voz ronca—. Solo una canción.

—¿Solo una canción?

Ladeé la cabeza apoyada en la pared, intentando adivinar si iba de farol.

—Solo una canción —prometió.

—Las canciones terminan, Ronan.

—Como todo lo bueno.

Decidí lanzarme y aceptar su mano. Y, de pronto, me vi envuelta en sus brazos.

—¿Y la música?

—Vamos a bailar sin música.

—Eso es imposible.

Ronan se separó un poco de mi cuerpo, pero continuó con una mano agarrada a la mía y la otra apoyada en mi cadera.

—Pues entonces inventémosla, Delilah.

Nos acercamos y empezamos a movernos lentamente por aquel salón, encontrándonos en cada respiración, adentrándonos cada vez más hondo en una atmósfera que era absorbente. Dejando existir la piel en la piel del otro. Dos manos unidas, dos cuerpos acercándose y un par de dedos que dibujaban delicadamente una calle en mi cintura.

A veces, la química podía confundirse con la necesidad.

Otras veces, la química solo se trataba de bailar con alguien en silencio en medio de la madrugada mientras los troncos de leña se consumían en una chimenea.

18

ELLA REINÓ



Ronan

La primera vez que vi a Delilah pisar un set de rodaje me quedé sin palabras. El pulso se me precipitó sin control y la sangre empezó a hervirme bajo la piel. Solo sentía calor. Ese día se despertó en mí una admiración digna de algo platónico e incontrolable.

Ni las decenas de camiones que cercaban los límites del área de la grabación. Ni los gigantescos y engorrosos aparatos de iluminación. Tampoco los grupos de personas pertenecientes a diferentes equipos dentro de aquel perfecto entramado que caminaban estresados de un lado a otro. Ni la premura agónica que embargaba todo el ambiente. Ni el asistente personal que me habían asignado y que no me concedía ni un minuto de soledad. Ni la exquisita concentración con la que Eliza Grey, con sus auriculares sobre las orejas y su visor de director en una mano, nos honraba a cada minuto que pasaba.

Nada de eso. Nada de todo lo que suponía un rodaje de esas magnitudes. Tanto dinero invertido, tanto material y equipamiento

desperdigado por cada rincón, tantos tráilers aparcados en la periferia de las localizaciones. Tantos equipos de personas perfectamente sincronizadas.

Nada de todo eso.

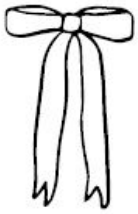
Nada.

Nada me impresionó tanto como cuando observé a Delilah Williams entrar en escena, posarse delante de la cámara y, sencillamente, actuar.

Y también reinar.

19

Y... ¡ACCIÓN!



Delilah

—Es grave, Delilah —me explicó Jane—. Varios medios han contactado conmigo para preguntar si harás declaraciones, asumen que ya lo sabes. Y todos dicen lo mismo.

—¿Dónde está? ¿En Los Ángeles? —Mi amiga asintió, apenada—. ¿Con quién?

—Con sus amigos de siempre y... —con ojos fieros, le rogué que continuara— con varias chicas.

Estábamos dentro de mi tráiler personal, frente al tocador, caracterizada como Catherine y a punto de dar comienzo al primer día de rodaje de *Heights*, y las piernas se me bloquearon sobre el suelo de aquel módulo tan pequeño. La compasión que surcaba el rostro de Jane me carcomía aún más que las propias circunstancias de mi vida. El gran Alan Jones siendo infiel a una de las actrices más cotizadas de Hollywood. Una humillación. Algo que destrozaría por

completo los cimientos que intentaba construir para volver a lanzar mi carrera como actriz.

Ese fue el instante exacto en el que oí un cerrojo de hierro alrededor de mi corazón.

—¿Se han publicado ya?

—No, la agencia las ha parado, Alan ha amenazado con denunciar —contestó ella, aferrándose al montón de papeles que sostenía en una mano—. Pero ya sabes cómo es esto, al final se filtrarán. Es cuestión de semanas, Del. Quizá dos o tres... Tienes que estar mentalizada.

Fenomenal. Todo saltaría por los aires mientras yo estaba rodando, y eso me dejaba sin margen de maniobra.

—No puedo hacerlo. —Mi voz se escapó de mi boca sin permiso—. Sabes que siempre que estoy en un proyecto me separo del móvil. Y esta vez no voy a poder lidiar con toda la incertidumbre de no saber qué está pasando. Es demasiado.

Desde bien pequeña, mi madre me había enseñado que mostrar debilidad suponía una herejía. Porque lo que veíamos frágil solo nos generaba rechazo. En ese momento el mundo se me había venido encima y yo no podía reaccionar. Estaba paralizada. Al menos Jane estaría a mi lado, como la hermana que no tenía.

—Sí que puedes, Lilah —me aseguró mi amiga abrazándome—. Alan no te merece.

Bufé y di media vuelta hasta estar delante del espejo del tocador.

—Él se quedó, Jane. Él me quiere. No me dio la espalda cuando todo se puso difícil.

Aún no podía creer que aceptar hacer esta película hubiera supuesto el final de nuestra relación. Me sentía culpable, pero ni siquiera sabía por qué.

—Lo sé. Pero ahora te está haciendo daño —dijo intentando esconder su frustración—. ¿Es que no lo ves?

—Yo me alejé para venir a rodar a otro continente. Fue culpa mía.

—Oye, ya basta. Estás haciendo tu trabajo, estás centrada en tu carrera, al igual que él.

—Pero...

—Pero nada, Delilah.

—Me duele. No sé si esta vez podré salir a flote. Sin él.

—Podrás —declaró Jane—. Mírate en el espejo, observa a la Catherine que has construido con tanto empeño e ilusión. Eliza ha confiado en ti cuando todo estaba en tu contra. Toda esa gente de ahí fuera te necesita. Y lo que es más importante: tú te necesitas a ti misma, Lilah.

La mirada de tristeza que Jane me dedicó fue como el picotazo de una abeja. Una punzada dolorosa.

—Voy a ganar un poco más de tiempo en el set, ¿vale? Ya vamos con retraso.

Cuando Jane salió del remolque, me derrumbé frente al espejo. Me habían oscurecido el pelo para encajar aún más con el personaje y llevaba uno de esos vestidos encorsetados con una falda larga de color marrón. Al mirarme, me sentí atrapada. El azul de mis ojos destacaba sobre la masa oscura que era yo.

Era Catherine Earnshaw.

Ella también estaba rota. Su dolor no era el mismo, no. Catherine no escuchaba por las noches la voz de su madre susurrándole que todo el mundo desaparecería de su lado si lo hacía mal. Que dejarían de llamarla para aparecer en las películas. En su caso, era el fantasma de la mismísima Catherine el que a veces regresaba a su antigua habitación para susurrar cosas en plena noche de tormenta. Pero, a decir verdad, a las dos nos unían las ganas de gritar y

compartíamos el hondo precipicio al que nos enfrentábamos cada vez que atravesábamos los confines de nuestras mentes.

Una lágrima se deslizó con rebeldía por mi mejilla. Y, como si el mismísimo personaje que interpretaba cobrara vida dentro de mí, la sequé enfurecida con el dorso de la mano. Me eché un último vistazo y agarré la falda para levantarla del suelo antes de dirigirme hacia la salida.

Tres auxiliares de Producción me esperaban fuera, claramente nerviosos. Los seguí hasta que llegamos al set mientras uno de ellos se ocupaba de que mi falda no tocara el suelo en ningún momento. Al entrar, todas las cabezas giraron en mi dirección. Y yo continué con mi mirada concentrada en el horizonte cambiante frente a mí. Hasta que las luces me colorearon el rostro desde diferentes ángulos y varias voces empezaron a gritar indicaciones a mi alrededor.

¿Cuánto tardaba un corazón roto en desangrarse sin que hubiera vuelta atrás?

No lo sabía. Pero me descubrí allí, en medio de toda esa gente, queriendo poner remedio a mi tristeza. Así que desafié el vacío que había florecido en mi interior. Me coloqué diligentemente en mi marca delante de la cámara y cerré los ojos. Cuando los abrí de nuevo, solo me quedaba fingir. Una vez más. Olvidar mi propia vida y proyectar en otra todo mi dolor.

20

ACTUAR ERA SINÓNIMO DE JUGAR



Ronan

Cuatro días bastaron para que me adaptara a la dinámica de aquel rodaje colosal. Al quinto me levanté más temprano de lo habitual para poder demorarme bajo el chorro de agua caliente. Necesitaba relajarme. Teníamos la primera sesión de rodaje en exteriores, o lo que era lo mismo, una localización en medio de la nada a la intemperie. Pero ese no era el motivo por el que mis nervios se habían descontrolado en las últimas horas, sino el hecho de que por primera vez compartiría planos, diálogos y secuencia al completo con Delilah.

Temblaba por la anticipación. También por la incertidumbre. Por lo visto, la actriz con la que había estrechado lazos interpretativos en una cabaña en medio del campo había desaparecido cuando había puesto un pie dentro del set. Delilah se había cruzado conmigo en un par de ocasiones en las que solo me había dedicado un «ey» como saludo. Caminaba por las localizaciones como si fuera un robot

diseñado para hacer su trabajo con la mayor de las eficiencias. Y siempre tenía una expresión entre ausente y concentrada anclada en su rostro.

Al llegar al páramo abierto donde habían acotado la zona para la grabación, decidí meterme concienzudamente en el personaje. Vestido con un pantalón de lino y una camisa sucia, eché un par de carreras por la llanura a la espera de encontrar la emoción idónea para enfrentarme a aquella escena. Quería bordarla. Simple y llanamente. Porque Delilah iba a estar frente a mí. Quería que aquello se convirtiera en un combate férreo para ver quién podía hacerlo mejor.

Comencé a danzar bajo las altas lonas que suavizaban la luz diurna y que se alzaban como un manto por encima de nuestras cabezas, fundiéndome con un viento embrujado que me despeinaba el cabello. Entonces giré dentro de mi ruta y la vi. Estaba en un extremo, con la vista clavada en el suelo y presa de una concentración exquisita. Delilah llevaba unos cascos sobre las orejas y me pareció que movía los labios mínimamente. Pensé que quizá estaba escuchando a Lana del Rey, como había hecho cada uno de los días que habíamos pasado en la cabaña.

Alzó la cabeza en mi dirección y me dedicó una de sus miradas que parecían decir: «Ah, tú, ¿quién eres?», así que decidí recordarle quién era yo y comenzar a jugar a mi propio juego, solo con el objetivo de que lleváramos nuestra actuación a un nivel superior.

Me encaminé hacia ella con grandes zancadas y, cuando estuve delante, me ignoró. Entonces decidí jugar. Iba a retarla, a ponerla en una situación límite justo antes de entrar en escena. Empecé a dar vueltas a su alrededor. Ella continuó ajena a todo, concentrada en su música, hasta que me vio pasar por delante de sus narices al menos

cinco veces. Al final, se quitó los auriculares y me lanzó una mirada que hasta el abominable Heathcliff habría envidiado.

—¿Se puede saber qué haces? —preguntó mientras todo el equipo resolvía los últimos detalles de la escena.

—Me has evitado todo este tiempo, pero hoy volvemos a encontrarnos, Delilah Williams.

—¿Y qué te hace pensar que no voy a seguir ignorándote?

Continué deambulando alrededor de ella. Y llegó el momento en el que tuvo que recular para que no nos chocáramos. Las aletas de su perfecta nariz se abrieron, contrariadas. Por fin estaba atravesando su muro de hormigón. Necesitaba esa conexión con mi compañera, al igual que necesitaba beber agua todos los días.

—¿Quieres que llame a Eliza? —Esa vez, sus ojos me perforaron con cierta violencia contenida.

—Solo estoy dentro de mi proceso —alegué, intentando sonar convincente—. Tú también tienes el tuyo: ignorarme.

—Pero mi método no te distrae ni te incomoda —gruñó.

—Ah, ¿no?

A pesar de mi respuesta, que solo buscaba turbarla aún más, sabía que Delilah tenía un poco de razón. Su método no era invasivo como el mío. O puede que sí. Porque al observarla desde tan cerca supe que la mayor distracción de todas era su nuevo aspecto. Envuelta en un vestido color borgoña, sus ojos aguamarina parecían los únicos habitantes del páramo. Me negaba a admitir que me había quedado embobado un par de veces por cómo los mechones despeinados, ahora de color castaño, se escapaban de su recogido con cierta rebeldía.

—¡Todos a primera! ¡YA! —vociferó Eliza por encima de los demás.

De pronto, el set de rodaje se convirtió en una batalla campal en la que todos los departamentos empuñaron sus armas. Observé

cómo Eliza tomaba asiento en su sillón de directora y se acercaba el megáfono a la boca para convocar a todos los implicados.

La gran mentira del cine se abrió paso a nuestro alrededor, las cámaras nos rodearon y los paneles que suavizaban la luz natural se alzaron todavía más. La pértiga de sonido sobrevoló nuestras cabezas, preparada para captar los diálogos fundidos con aquella naturaleza salvaje.

—¡Motor! —gritaron para que todos nos colocáramos en nuestros puestos.

—¿Cámara graba? —quiso saber Eliza a través de su altavoz.

—¡Cámara graba! —contestó Will, el operador de cámara, detrás de nosotros.

—¿Sonido graba?

—¡Sonido graba!

—¡Entra claqueta! —pidió Eliza.

—¡Secuencia diecinueve, plano uno, toma primera!

—¡¿Cuadro?!

—¡Cuadro! —confirmó Will cuando tuvo el plano final enmarcado en su monitor de cámara.

—Y... ¡ACCIÓN!

Y entonces solo la tenía delante a ella. Catherine Earnshaw me observaba en medio del prado, y a mi corazón no le hizo falta nada más para echar a volar.

Un fragmento del guion de *Heights*, escrito por Eliza Grey

19. EXT. PÁRAMO — DÍA

Una pareja de avefrías planea sobre un cielo gris plagado de nubes. Debajo de ellas, se extiende un páramo solitario cubierto de vegetación de colores verdosos y marrones y azotado por el viento.

Cathy camina apresurada intentando alcanzar a Heathcliff, que se empeña en poner distancia entre ellos. Llegado a un punto, el chico se detiene, desorientado, y da media vuelta. Tiene el ceño fruncido y el cabello enmarañado, y una capa de suciedad le cubre el rostro.

CATHERINE

(Gritando)

¿Creías que no iba a alcanzarte? ¡No puedes huir de mí, tonto!

HEATHCLIFF

No puedes estar aquí, Cathy. Nos van a castigar.

Los dos amigos se quedan frente a frente en medio del páramo, cerca el uno del otro.

CATHERINE

¿Desde cuándo nos han importado esas cosas?

HEATHCLIFF

Desde que te llevaron a la granja de los Linton para apartarte de mí.

CATHERINE

Nadie va a separarme de ti, Heathcliff, ¿es que no lo entiendes?

Heathcliff guarda silencio y sus oscuros ojos recorren el cuerpo de Cathy, enfundado en un vestido borgoña que contrasta con el paisaje apagado. El pelo empieza a escaparse de su recogido por culpa del viento. El chico se acerca e intenta apartarle un mechón de la cara.

HEATHCLIFF

Estás diferente.

CATHERINE

¡Claro que no! Soy la misma, Heathcliff.

HEATHCLIFF

Creo que ya no podemos ser amigos.

CATHERINE

¿Qué dices?

HEATHCLIFF

Es evidente que yo...

CATHERINE

¿Qué es lo que quieres, Heathcliff? ¿Quieres que yo también luzca como tú?

Heathcliff da media vuelta y comienza a caminar de nuevo por el prado, enfadado.

CATHERINE

¡No huyas de mí! ¡Mírame, desgraciado! ¡Soy Cathy, la de siempre!

Cuando lo alcanza, Cathy empuja a Heathcliff por la espalda hasta que este se vuelve. Él le sujeta las manos en un intento por detenerla.

CATHERINE

¿Quieres que esté igual de sucia que tú? ¿Es eso lo que quieres?

Cathy se desvanece hasta caer al suelo. Sus manos agarran un puñado de tierra y se la restriega por toda la cara. Heathcliff, sorprendido, cae al suelo junto a ella.

HEATHCLIFF

¡Cathy! ¡Para! Te vas a hacer daño.

CATHERINE

¡Tú eres el único que puede hacerme daño, Heathcliff!

Cathy coge otro puñado de tierra y, esta vez, se lo tira a Heathcliff. Le impacta en el pecho. Con furia, él apresa las manos de ella y se tiende sobre su cuerpo. La inmoviliza mientras las respiraciones de ambos se entrelazan. Con expresiones que rozan lo salvaje, se observan durante unos segundos, fundiéndose...

21

UN MORDISCO EN LA MEJILLA



Ronan

La tierra olía a canela. Su pelo olía a canela. Y el contacto de sus manos con las mías quemaba. Delilah tenía la cara manchada de tierra después del arrebato de Catherine y, en principio, la escena terminaba justo ahí, con la cámara captando en un primer plano nuestras miradas y nuestros ojos abriéndose paso por nuestro interior. Sin embargo, me sentía sobrecargado de emociones. Tampoco ayudaba el estar respirándonos a una distancia ridícula. Si hubiera movido solo un poco la cabeza, mis labios habrían rozado los suyos. Así que me resistí a que aquello terminase. Joder, no quería estar nunca en ningún lado que no fuera actuando junto a ella.

Hundí la mano en la tierra y, cuando la tenía bien llena y bien húmeda, la llevé a su pelo ante su mirada asesina. Aparté mis ojos de los suyos y observé el lazo burdeos que le colgaba del cabello. Alargué los dedos y se lo arranqué. Ella abrió mucho la boca,

sorprendida. Quise mancharle también aquellos dientes y esos labios deseados por todos.

—¿Le tienes mucho cariño a este lazo, Cathy? —habló Heathcliff por mí. Esperaba que Delilah se acordara de ese primer contacto durante la prueba de cámara entre ella, su lazo blanco y yo. Estrujé la suave tela rojiza con las manos rebosantes de tierra y lo dejé perdido ante sus ojos desquiciados—. Porque parece que está destrozado.

Todo estaba en silencio. Eliza aún no había dado la orden de cortar la escena y yo esperaba expectante a que Delilah entrara en mi juego.

—¡¡¡Aaah!!! —rugió, agitándose bajo mis brazos con fiereza—. ¡Te odio, Heathcliff!

Lo siguiente que oí fue el gruñido animal que salió de su boca antes de que salvara la poca distancia que nos separaba y me asestara un mordisco en la mejilla.

Cuando conseguí apartarme, Delilah, Cathy, o simplemente la chica más hermosa que había visto jamás, sonreía con cierta locura desde el suelo. Me llevé una mano a la zona dolorida y torcí el gesto.

—Adelante, ódiame —escupí—. Pero tú siempre vas a ser mi Cathy.

Después, la voz de Eliza lo inundó todo.

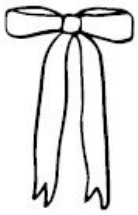
—¡CORTEN! —gritó—. ¡Esta toma ha sido increíble!

—Esto último no estaba en el guion, Eliza —informó Delilah debajo de mí, tratando de zafarse.

—Lo sé, Lilah. Pero la química tan real que acabáis de experimentar ha sido mil veces mejor que mi guion.

22

UNA VENTANA A LOS MONSTRUOS



Delilah

Los días fueron pasando y dejaban tras de sí un poso de agotamiento al que estaba acostumbrada. Los rodajes eran duros. Más aún si las condiciones meteorológicas eran adversas y el guion estaba plagado de secuencias exteriores. Todavía más si tu coprotagonista iniciaba una batalla antes de que empezáramos cada nueva escena. A veces, incluso en medio de ellas. Me resultaba exasperante, sí. Pero, aunque jamás lo reconocería ante Ronan, aquel tira y afloja también nos servía para retarnos artísticamente y elevar nuestras escenas a algo más.

A pesar de toda la lucha diaria a la que estaba sometida, mis ojos se abrían de par en par cuando llegaba la hora de meterme en la cama. Y el techo se convertía en un lienzo en blanco donde ilustraba cada una de mis preocupaciones.

El mensaje de Alan había llegado tres noches atrás.

Tú y yo ya no estamos juntos, Delilah.
Recuerda que fuiste tú quien tomó la decisión.

Una grieta profunda se había abierto bajo mis pies desde entonces y tenía que hacer auténticos malabares para meterme en mi disfraz de actriz reputada cada mañana.

«Sonríe y finge ser feliz».

La verdad era que yo estaba feliz de estar allí, en medio de algo que se sentía importante. En un lugar en el que me querían y me valoraban. Pero tenía miedo al después. A estar sola de nuevo, a que Alan no me esperara al otro lado para que los monstruos no aparecieran. Jane, mi única confidente, me aseguraba una y otra vez que nada duraba para siempre. El problema era que en ese momento me encontraba en ese espacio de tiempo en el que el puñal estaba clavado y la sangre goteaba. Mi mente intentó viajar a la jornada de grabación de ese mismo día y, sin previo aviso, una sonrisa se me escapó de entre los labios. Recordé cómo el cuerpo de Ronan se había estremecido al montarse en un caballo. Y cómo, tan solo dos minutos después, el propio personaje había tomado las riendas ante mi exigente mirada, que se convirtió en mitad asombro, mitad admiración.

En medio de aquellos pensamientos, el móvil sonó, rompiendo el silencio de la noche. Era el tono que indicaba que había llegado un nuevo email a la bandeja de entrada. Pensé que sería un mensaje de Jane para avisarme de cualquier modificación en el rodaje. Pero no era ella. El corazón se saltó un par de latidos cuando empecé a leer.

De: Rose Andersen (rosee-andersen@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 21 de abril, 23:06
Asunto: Enhorabuena por estar rodando de nuevo

Hola, hija:

Sé que la última vez que nos vimos la cosa no terminó muy bien... Espero que no me sigas guardando rencor por no apoyar que te metieras en esa película horrible. Te avisé de que no era una buena idea, intenté impedírtelo. Ojalá me hubiera equivocado, pero pasó exactamente lo que dije que pasaría. Incluso tuviste que renunciar a tu trabajo, con todo lo que habíamos peleado para llegar hasta ahí... Nunca olvides que la reputación lo es todo. No somos nada sin ella.

Quiero que volvamos a trabajar juntas, Delilah. Ya te he pedido perdón. No eres una niña, pero a veces te comportas como si lo fueras. Estoy segura de que podemos arreglar las cosas y marcar un nuevo rumbo en tu carrera. *Heights* es un buen proyecto, yo también lo habría escogido; sigamos en esa dirección.

Por cierto, cariño, te vi un poco hinchada en unas fotos que han compartido de la producción. Recuerda seguir durante los rodajes esa dieta antiinflamatoria que siempre te ha ido tan bien. Ya sabes, intenta no comer nada antes de las doce del mediodía. Y tómate esas pastillas para dormir. Se te marcan mucho las líneas de las ojeras si no descansas bien.

Llámame pronto, no está bien apartar a una madre que te lo ha dado todo y que te ha convertido en la estrella que eres.

Como siempre te digo: sonríe y finge ser feliz.

Lancé el móvil lejos y cayó sobre un sofá situado a un lado de la habitación. La rabia y todo el peso de sus palabras me calaron tan hondo que me incorporé en la cama buscando el aire que me faltaba. Me llevé las manos a la cara y me tapé los ojos, atemorizada, porque las paredes se estrechaban mientras mi respiración se hacía grande y pesada. Los latidos acelerados de mi corazón eran lo único palpable, una prisión de la que no podía escapar.

Me arrastré por la cama hasta la mesita de noche y, con manos temblorosas, alcancé el blíster de pastillas. Permanecí un segundo

contemplando aquellas píldoras pequeñas, odiándome a mí misma por obedecer una vez más otra de sus órdenes. Pero necesitaba calmarme después de su mensaje y esa era la única forma que conocía.

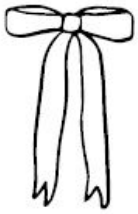
Saqué una pastilla y me la puse bajo la lengua mientras me tumbaba en la cama y cerraba los ojos con fuerza. La humedad de las lágrimas pronto me empapó las mejillas. Debía salir del agujero en el que me encontraba, pero no tenía nada a mano más que mi mente enferma. Por un momento, deseé morir. Pero al siguiente, simplemente busqué una vía de escape. Y esa fue rememorar todos los momentos que Ronan y yo habíamos compartido esa misma mañana montando por los páramos.

En medio de aquel ataque, pude calmarme poco a poco pensando en él. En la rebeldía de su propia existencia. En sus manos nerviosas aferrando las riendas. En sus ojos fieros sobre los míos. Al final, me dormí con un solo pensamiento rondando mi mente: la mejor forma de evadirme ante aquel paraíso oscuro era recrearme en la rabia que me despertaba actuar junto a Ronan O'Connell.

Al menos, eso me permitía vivir.

23

LA SUERTE DE MI VIDA



Delilah

—¡Niña bella! —me saludó mi abuela con una voz de la que solo brotaba calidez.

—¡Muchas felicidades, abuela! Dime que no te he llamado muy temprano.

—Gracias, cariño. Hoy me he despertado pronto para podar el rosal porque van a venir todas mis amigas para celebrar mi cumpleaños —me contó—. Me alegra tanto escuchar tu voz. Dime, ¿por dónde andas?

Mi abuela era la gran Odessa Williams, una de las últimas divas de Hollywood. Había comenzado su andadura en los años sesenta y había conseguido nada más y nada menos que dos premios Óscar. Y, en su etapa como actriz protagonista de algunas de las mejores películas de su época, se ganó la fama de ser una de las primeras mujeres con esa picaresca que tanto se admiraba en los hombres

pero que significaba todo lo contrario cuando se trataba de una mujer.

—Estoy en medio de una grabación en Inglaterra, trabajando para esa película que te conté.

—Espero que esté yendo todo bien y no se convierta en un suplicio. Sé por experiencia que los rodajes pueden ser un instrumento de tortura.

—Este es diferente. Me tratan muy bien, abuela. Incluso le estoy cogiendo el gusto a Europa.

—Hazme un favor, Lilah. No te olvides de disfrutar, ¿vale? —me pidió.

—Lo haré. Te lo prometo —le aseguré—. También quería contarte algo...

—Dime, cariño.

—Quizá estos días salgan unas fotografías de Alan en las que... —comencé a decir con voz titubeante— no me respeta, precisamente... Solo quiero que no hagas caso, ¿sí? Está todo controlado.

—Oh, Delilah —murmuró ella a través del teléfono—. No puedo fingir que no me entero de nada cuando te hacen daño, y menos si es culpa de alguien a quien quieres. No te lo mereces. Y si me dejas decirte algo... Nunca me ha gustado Alan Jones.

—Ya no estamos juntos.

—¿No? —Su sorpresa me encogió el corazón.

—No. Lo siento, abuela, pero tengo que volver al set. Se me acaba el descanso.

—¿Delilah? —Contesté con un sonido en la voz que la empujó a continuar—. Te quiero.

—Yo también. Estoy deseando regresar a Nueva York para hacerte una visita.

—Y yo te estaré esperando aquí, como siempre.

Mi abuela era la única persona que me había cuidado, que me había querido más allá del brillo, de la actuación y de la imagen que los demás tenían de mí.

24

EL MISMO PATRÓN



Ronan

A veces los rodajes se complicaban. En realidad, era algo que pasaba a menudo. Había cosas que se escapaban de nuestro control, como por ejemplo que una borrasca de última hora azotara la zona en la que íbamos a rodar una escena exterior y cayera una lluvia torrencial. Los productores y gran parte del equipo se pusieron manos a la obra para buscar soluciones de última hora y modificar el plan de rodaje de modo que las secuencias no se quedaran sin grabar. Así que nos pasamos la mayor parte del día recogiendo las cosas para trasladarnos a una localización de interior y rezando para que el engranaje de luces, decorados y atrezo no se estropease por el camino.

Cuando todos los camiones estuvieron cargados, Eliza reunió a los actores para informarnos de que había un cambio en la grabación y que, por ello, tendríamos que interpretar la escena programada para el siguiente día. Y esa escena era una de las más importantes: el

momento en el que Catherine le confiesa a Nelly que Linton le ha pedido matrimonio y divaga sobre su futura decisión y también sobre el omnipresente Heathcliff. Mientras este, que está escondido, lo escucha todo y se marcha furioso.

Mis compañeros no tardaron en cuestionar la decisión. Era demasiado apresurado y ya llevábamos seis horas de jornada. Incluso yo sentí cómo me encogía ante la posibilidad de no poder ofrecer lo máximo de mi interpretación en una secuencia tan determinante.

—Lo entiendo, chicos —empezó a decir Eliza con un tono tan comprensivo como agotado—. Entiendo vuestra postura, pero es esencial que avancemos. Sé que es un contratiempo enorme y que estáis dándolo todo por este proyecto... Solo os pido un último esfuerzo.

Todos estábamos exhaustos de aquel infierno de lluvia, barro y estrés. ¿Seríamos capaces de actuar sin que ese cansancio nos mermara? Tenía mis dudas... Y también me preguntaba si Eliza era tan ingenua para pensar que Delilah se iba a prestar a rodar en tales condiciones. Justo en ese instante, la dueña de mis cavilaciones dio un paso al frente y yo me temí que la tormenta que arreciaba sobre los campos de York se quedara en una anécdota comparada con las palabras que podían salir de esa boca.

—¡Eh! ¡Chicos! —nos llamó a todos—. Tenemos que concienciarnos y dar un último empujón. Vamos a recargar pilas, a tomar mucho café y a hacer un pacto con las maquilladoras para que nos dejen aún mejor. Pero tenemos que sacar esto adelante como los profesionales que somos —dijo—. ¿O es que no podemos con ello? Yo tampoco me he preparado la escena, pero ahora mismo voy a retirarme a mi tráiler para estudiármela lo mejor posible. Dad por sentado que voy a dejarme la piel. ¿Qué decís? —concluyó

Delilah para sorpresa de absolutamente todos los que estábamos allí.

Me quedé sin palabras, sin poder apartar mis ojos de ella cuando comenzó a ir uno por uno hacia los miembros del equipo para animarlos. Desde mi posición, observé cómo Delilah y Eliza intercambiaban una sonrisa repleta de gratitud y, ante esa fuerza de amor por el trabajo y por el cine, tuve que salir a tomar el aire. Y luego haría lo mismo que había dicho mi compañera. Me encerraría en mi remolque a preparar la escena.

Un par de horas después, la cocina de la finca Cumbres Borrascosas, que habían terminado de montar en tiempo récord, estaba invadida por un silencio sepulcral. Todos los miembros del equipo mostraban señales de cansancio, pero ninguno se quejó a la hora de dar hasta el último suspiro para que todo saliera a la perfección. El fuego de la chimenea dibujaba sombras que bailaban sobre aquellas paredes oscuras mientras esperábamos las últimas indicaciones. Delilah estaba sentada a la mesa con sus cascos sobre las orejas y los ojos cerrados. Frente a ella estaba Lisa, la actriz que interpretaba a Nelly, la sirvienta, absorta en su personaje y en la labor de pelar patatas.

En esa ocasión, yo no participaba en ese plano en concreto, pero quería estar allí para dar apoyo y ayudar con cualquier cosa que se necesitara.

—¡Todos a posición, chicos! —vociferó Eliza—. ¡Y gracias una vez más por vuestro esfuerzo!

Observé cómo la directora se dirigía a la mesa y se colocaba frente a Delilah. Desde el rincón donde me encontraba tenía una vista privilegiada de su rostro, de su cuerpo cubierto con ese triste

vestido marrón. La directora le tocó el brazo y ella se bajó los cascos.

—Lilah, ¿puedes atenderme un momento? —le preguntó con una delicadeza inaudita.

—Por supuesto.

—Todo el mundo cree que el corazón de esta historia es Heathcliff, con su amor obsesivo, su venganza y su arrolladora evolución. Pero están equivocados. El alma le pertenece a Catherine Earnshaw. Solo a ella. Todo lo que sucede sucede por ella. Y yo quiero que seas el corazón de esta historia, y de esta escena, Delilah. ¿Lo entiendes?

Se dedicaron una mirada de comprensión que me avivó la sangre. Tenía la sensación de que estaba aprendiendo más en ese día que en toda mi escasa vida como artista.

—Lo entiendo.

A partir de ese instante, la magia habitó el lugar sin previo aviso. Los planetas se alinearon y todo fluyó como un río sin corriente. Y yo tan solo podía temblar desde mi escondite mientras observaba a Delilah recitar un monólogo que acabó anidando en mi interior.

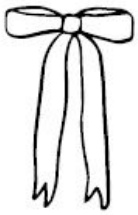
—Mis grandes sufrimientos en este mundo han sido los sufrimientos de Heathcliff, y he contemplado y sentido todos desde el principio —comenzó a decir, como si las palabras salieran desde su propio corazón—; mi pensamiento máximo en la vida es él. Si pereciera todo lo demás y quedase él, yo seguiría existiendo; y si quedase todo lo demás y él fuera aniquilado, el universo se convertiría en un gran desconocido. Mi amor por Linton es como el follaje de los bosques; el tiempo lo cambiará como el invierno cambia los árboles. Mi amor por Heathcliff es como la roca viva eterna sobre la que se levanta todo. —Los demás contuvimos la respiración, embriagados por su salvaje alegato, hasta que golpeó

con violencia la mesa con el puño antes de continuar—: ¡Yo soy Heathcliff, Nelly! ¡Está siempre en mi mente, siempre!

Solo le bastaron dos putas tomas para ejecutar la mejor interpretación de la que yo había sido testigo. La emoción desconocida que aquello generó en mí luchaba por salir. Ese fue el día en que todo cambió. La vi entregarse a su personaje con la fuerza de un huracán hambriento. Ella era la explicación de las cosas que no tenían sentido. Era alguien existiendo por y para el arte. Y ese también fue el instante exacto en que atisbé por una pequeña ranura todo lo que Delilah escondía bajo la superficie. Y sabía que estaba perdido. Porque quise descubrir más. Quise descubrirlo todo.

25

UNA NOCHE EN UN BALCÓN



Delilah

La tristeza era más honda a esas horas de la noche. Asomada a una pequeña terraza de mármol, observaba la oscuridad de un gran jardín iluminado por pequeñas farolas y por la poca luz que se filtraba de la luna. El aire era frío y traía consigo el olor que la lluvia dejaba sobre la tierra y las hojas. Ese día había sido uno de los más intensos de mi vida como actriz. Aún me hormigueaban las plantas de los pies por la exaltación emocional que habían requerido mis escenas. Al llegar al hotel, había tenido que tomar un baño caliente para aliviar la tensión. Pero no había funcionado. Así que, un rato después, había salido de mi suite para dar un paseo por el edificio. Hasta que había llegado a aquel balcón solitario y la noche me había reclamado con su letargo.

Me arropé con la bata de satén al percibir la corriente de una puerta que se abría. Y, justo después, lo sentí. Ronan y yo podíamos

no encajar del todo, pero habíamos desarrollado un sexto sentido que nos hacía percibir la presencia del otro.

—Estás aquí —saludó él a la vez que se colocaba a mi lado.

—Estoy aquí.

Ronan se encendió un cigarrillo con una calma brutal y lo envidié al instante.

—¿Quieres uno? —preguntó, más por educación que por otra cosa.

—Sí, gracias. No sabía que fumaras, solo te he visto masticar menta.

—En realidad, no fumo. Pero ahora mismo me apetece un cigarrillo.

Ladeé la cabeza y me lo encontré mirándome con unos ojos que amenazaban con colarse dentro y descubrirlo todo. Me ofreció el cigarrillo y, cuando me lo coloqué entre los labios, él lo encendió con su mechero de metal.

—¿Eres consciente de lo que has hecho hoy? —quiso saber al cabo de un minuto.

—Es lo que hago siempre...

—Entiendo que estés acostumbrada, pero ha sido impresionante —soltó, y yo me encogí de hombros para restarle importancia—. Te lo digo en serio.

—No es para tanto.

—Todo el equipo ha estado aplaudiéndote durante quince minutos, sin parar.

Creía que había perdido ese rubor natural tan característico de la vergüenza, pero me descubrí allí, al lado de Ronan, recuperándolo de sus cenizas.

—Era un texto inmejorable. Solo tenía que sentirlo y sacarlo de dentro. La mayoría de las veces la magia sucede justo después del

peor momento —le expliqué antes de dar una larga calada a mi cigarrillo.

El silencio se posó entre nosotros. El cielo descargaba su oscuridad sobre York. Y Ronan mascaba menta mientras fumaba a mi lado.

—He sido un puto incordio estos días... —comenzó a decir, casi empujando las palabras—, así que siento haberte sacado de quicio con mi método, Delilah. Solo soy un principiante.

—Hace falta mucho más que eso para derribarme, Ronan.

—Ya lo veo.

Él se aguantó la risa y dio una calada lenta que pareció detener el avance de las nubes. Luego, nos limitamos a compartir aquel frío espacio, con el cuerpo del otro como único acompañante. Porque había algo incuestionable. Nos sentíamos en confianza cuando estábamos cerca.

—¿Estás bien? —preguntó cuando pasó un rato y un escalofrío recorrió mi cuerpo.

Mis ojos buscaron los suyos, que estaban entrecerrados a la espera de mi respuesta.

—Sí —mentí, temblando ante el inminente viaje a mi cama. Ante otra noche de soledad.

Entonces Ronan asintió y me observó de un modo que me dio a entender que quizá él sí sabía que yo estaba fingiendo.

26

NO TE DEJARÉ CAER



Ronan

Siempre había un instante que significaba un antes y un después para un actor. A veces era la grabación de su primera escena íntima. Estaba nervioso, estaba exaltado, tenía un miedo atroz a cagarla. Aunque, al entrar en la habitación donde pasaríamos la tarde trabajando en la secuencia junto a Eliza y a Lucy, la coordinadora de intimidad, mi atención recayó solo en ella. Y ya no pude escapar de ahí. La incomodidad de Delilah envolvía la habitación como un manto áspero. Me percaté por cómo sus manos buscaban refugio mientras atendía a las explicaciones de Lucy. Cuando sus dedos no se escondían en el bolsillo de su pantalón, rondaban perdidos en la periferia de su cuerpo o volaban hacia el cuello, donde apretaban la piel ante un malestar invisible.

Durante las horas siguientes, nos limitamos a ensayar coreografías con nuestros cuerpos como protagonistas. También a sentirnos cómodos con algunos ejercicios que implicaban confiar en el otro,

como aquel viejo juego de tirarnos hacia atrás para que el otro te sostuviera. Hubo un momento, un solo segundo, en realidad, en que pensé que me desnucaría, pero me dejé llevar sin dudar y aterricé en la guarida segura de los brazos de mi compañera. Lo cierto era que había algo que me hacía acercarme a ella cada día más.

Cuando nos marchamos para prepararnos y volvimos al set totalmente desnudos y con esos ridículos parches de color carne sobre los genitales y los pechos de Delilah, comprendí que mi compañera de reparto lo estaba pasando mal. Sentí un disgusto tan hondo que le pedí a Eliza que me acompañara a una esquina para poder enfrentar la situación.

—No está cómoda, Eliza —solté sin más—. ¿Es buena idea seguir con lo planeado?

—Esta misma mañana he tenido una conversación con ella. Le he dicho que podríamos prescindir de esta escena. Que no habría ningún problema porque lo más importante es su comodidad, por encima de cualquier película.

—¿Y bien?

—Se ha negado en redondo y se ha enfadado muchísimo... Ahora entiendo cómo te sientes a veces, Ronan. Da un poco de miedo —bromeó con los ojos brillantes.

Días atrás, aquello me habría alegrado los oídos, pero ahora no. En ese momento tan solo quería tranquilizar a Delilah. Y, por supuesto, no quería seguir con algo que la hiciera sentir mal.

—No sé si es buena idea... —decidí ahondar más en la cuestión.

—Ronan, vamos a ver cómo se desarrolla todo. Hemos convocado solo al equipo mínimo; ya sabes, cámara, sonido, una persona de Arte, Lucy y yo. Y piensa que la coordinadora os va a indicar y acompañar en todo momento.

Al menos la escena no era un coito, pensé. Consistía tan solo en un juego entre unos adolescentes que se desvisten por primera vez y exploran el cuerpo del otro con una pluma y con caricias que no llegan más lejos que a calentar la piel. Eliza había creado una atmósfera y unos visuales tan potentes que requerían de una total conexión y confianza por nuestra parte... De liberarnos de todo lo exterior y solo estar en el *momento preciso* frente al cuerpo desnudo del otro y al alma atormentada del personaje.

Volví a la zona donde íbamos a grabar, sobre un montón de mantas viejas en el suelo de una buhardilla. Delilah ya estaba preparada con su camisón roído sobre el cuerpo y yo me puse rápidamente el pantalón zarrapastroso con el que Heathcliff dormía.

—Ey —la llamé cuando me acerqué a ella.

—Ey.

La actriz levantó la cabeza y me escudriñó con atención. La preocupación me trepaba por el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró mientras posaba sus ojos en el catre improvisado que teníamos al lado.

A nuestro alrededor, las pocas personas que trabajaban concentradas continuaban sumidas en sus tareas antes de que diera comienzo la acción.

—¿Seguro? —indagué con un tono más firme—. Podemos llamar a Lucy si no estás convencida de algo. Podemos cambiar cosas o parar cuando lo necesites. Parar cuando quieras, en realidad. ¿Hay algo que te incomode, Delilah?

Ella volvió a centrar su atención en mí y negó mientras me miraba directamente a los ojos. Y recuerdo que ese día respiré por primera vez dentro de esa mirada.

—Me parece bien lo que nos han planteado Eliza y Lucy —contestó—. La coreografía de nuestras manos, las caricias leves, los besos sobre la piel... Es la primera vez que voy a trabajar con una coordinadora de intimidad. Y quizá, también por primera vez en mi carrera, me siento con cierta seguridad ante una escena como esta. ¿Tú te sientes incómodo, Ronan?

—No —respondí de inmediato—. Pero para mí es importante que confiemos el uno en el otro.

Jamás había hablado más en serio como en ese momento y supuse que ella lo percibió en la contundencia de mi voz. Así que asintió y se acercó aún más a mí.

—Vale.

—¿Puedo ponerte una mano en el cuello ahora? —Movió la cabeza en un gesto afirmativo—. Es solo para probar la temperatura de tu piel y ver si tengo que calentarme las manos.

Cuando mis dedos se posaron sobre la piel de su clavícula, temblaron por el contraste. Mis manos estaban más calientes, y ella recibió ese cambio de temperatura como algo positivo, porque cerró los ojos antes de volverlos a abrir y posar en mí su mirada aguamarina.

—Esta es la escena más especial del guion, por eso quiero rodarla —aseguró Delilah, decidida—. Quiero que lo hagamos bien, Ronan. Como hasta ahora. Quiero sumergirme en la historia y sentirla. Se lo debo al personaje.

—Lo único que te debes a ti misma es no traspasar tus propios límites.

—Confío en ti. También en tus manos. —Aquello me dejó aturdido —. Ahora vamos a hacer lo que más nos gusta.

Se dio media vuelta, cogió sus auriculares de donde estaban apoyados y se los puso.

—De acuerdo —dije justo antes de que me dejara fuera de su propia mente.

Caminé por la habitación con ansias de encontrar la emoción perfecta para ese momento único que se crearía dentro del set, pero descubrí que ya la tenía. Un calor sofocante se arremolinaba bajo las palmas de mis manos desde que la había tocado. Tiré de esa sensación y me alineé con los sentimientos del propio Heathcliff, que quería descubrir todos los recodos de su Catherine bajo las manos.

Poco después, estábamos tirados sobre las mantas. En el último instante antes de que la cámara grabara, Delilah y yo nos observamos desde cerca. Ella alzando la mirada y yo bajándola para encontrarme con sus ojos. Necesitaba que confiara en mí igual que yo confiaba en ella. Y aquella sensación era aún más profunda que la que sentía al interpretar aquella escena. Por eso volví a preguntar:

—¿Estás bien?

Delilah asintió con una sonrisa velada que me colocó justo en el disparadero emocional.

Un fragmento del guion de *Heights*, escrito por Eliza Grey

32. INT. BUHARDILLA CUMBRES BORRASCOSAS — DÍA

Una pluma de avefría se desliza por el cuerpo de Cathy, justo en el lugar donde la costilla forma un pronunciado surco. Su piel se pone de gallina al instante. La mano de Heathcliff, que sujeta la pluma, continúa bajando hasta que llega a sus muslos. Sube arriba y abajo con una suavidad que parece dolorosa.

Ahora la pluma recorre el camino inverso, hasta pararse en una de las mejillas de Cathy. Heathcliff observa esa piel, con el vello erizado, y pasa ese amuleto de ave por sus labios. Los recorre. Primero el de arriba y luego el de abajo. Hasta que la mano de Cathy atrapa la pluma y la tira a un lado, sobre las mantas donde están tumbados.

Cathy y Heathcliff se miran, aturdidos, anhelantes, inexpertos. La mano de ella atrapa la de Heathcliff y la lleva hasta su cuello. La posa allí donde el pulso se abulta con cada latido. Cathy cierra los ojos ante un placer que se refleja en sus facciones al sentir las caricias de Heathcliff. Las manos de él descienden por su torso con cuidado de no tocar sus senos.

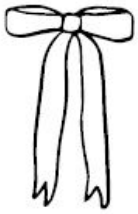
Cathy se muerde el labio hasta que se abre una pequeña grieta de la que brota una gota de sangre.

Los ojos de Heathcliff, brillantes, se quedan anclados en su boca húmeda.

La mano de Cathy busca la de Heathcliff con desesperación. Cuando la encuentra, la une a la suya. Se reconocen en esas extremidades. Investigan cada vena, cada rugosidad, cada línea, cada nudillo. Se abandonan a una danza apasionada mientras una mano recorre y memoriza a la otra. Las dos manos se sienten, se acarician, se retuercen y se hunden entre ellas cuando entrelazan los dedos con cierto desgarro.

27

ESO ERA LA DEVOCIÓN



Delilah

Llegó un momento en que perdí la cuenta. Nunca antes nadie me había preguntado tantas veces si me encontraba bien. Cada vez que la cámara cortaba, cada vez que cambiábamos a un nuevo plano, cada vez que Lucy aportaba algo más a aquella coreografía, cada vez que su aliento se posaba sobre mis labios... aparecían esas palabras, teñidas de un matiz preocupado y grave, escapando de la boca de Ronan.

Era cierto que al principio había tenido miedo de volver a enfrentarme a una escena de esa índole. La última vez que había estado en la misma situación, el poco tacto por parte del director empañó la profesionalidad con que yo siempre abordaba mi trabajo. Después de aquello, tenía miedo a exponerme. Miedo a que me evaluaran, a que pudieran verme desnuda. Cada vez sentía el disfraz más pesado, como un vestido encorsetado y asfixiante. Y todo había empeorado cuando la película que contenía aquella escena se

estrenó y se me hizo responsable de su fracaso. Era la actriz, la cara visible, y eso me convertía en una diana pública a la que podían humillar.

Pero este proyecto era diferente. Confiaba en el equipo. Confiaba en Eliza. Y confiaba en Ronan. Lo hacía. Por alguna razón aún desconocida, sabía con certeza que sus manos no se sentirían incómodas sobre mi cuerpo.

Y así fue.

Cuando estábamos dentro de la toma, él me acariciaba, yo lo devoraba con la mirada. Él me exploraba aquellas zonas en las que la sensibilidad se imponía. Y yo solo aguantaba la respiración. Tan solo veía su rostro, los mechones de pelo espeso cayéndole por la frente, la noche despejada que eran sus ojos, las montañas en las que se convertían sus labios al susurrar un «¿Sigues bien?». Su voz ronca me provocaba destellos en el estómago. Algo que amenazaba con convertirse en algo más. Algo por lo que se podría alcanzar la locura.

La mirada de Ronan me abrazaba llena de deseo. Él estaba actuando. Y yo, en ese momento, estaba perdida. Perdida y en paz. Hacía tantísimo tiempo que no experimentaba esa sensación de placidez que me dejé mecer. Dejé que me tocaran. Confié en esas manos como se confía en el amor de una madre.

Creía muy dentro de mí que había descubierto el verdadero significado de la devoción. En medio de un rodaje, sí. Pero se palpaba real, igual que el latido de un corazón. Imparable ante todo lo demás. Que te tocaran así, que el respeto mudo se convirtiera en admiración, no se podía comparar con nada en el mundo. No existía ningún lujo como aquel. Encontrar la fuerza, la calma y el paraíso en los ojos de alguien.

28

TAN SOLO EXISTIR



Ronan

Actuar era el instinto en su estado más puro. Era abandonarse a las sensaciones. Que estas se te desbordaran por los poros de la piel. Era vivir otras vidas. Era entender al ser humano. O no comprender nada.

Actuar era dar rienda suelta a tus propios sentimientos. Dibujar con la punta de los dedos. Era como no sentir miedo. Era oler, tocar, oír, saborear. Y sentir.

Otra vez sentir.

Era ver con ojos ajenos. Y con los propios. Actuar era ser. Y hacer.

Actuar era un destello. Una estrella fugaz. Un juego de niños.

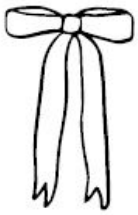
Actuar era escuchar.

Ante todo, escuchar.

Y lo único que yo quería era escucharla a *ella*.

29

JAQUE MATE



Delilah

—Jaque mate —anuncié ante el tablero de ajedrez y el entrecejo arrugado de Mikel.

El pertiguista observaba a su rey como si le hubieran crecido tres cabezas y, en alguna de ellas, se vislumbrara una solución.

—¡Eh! ¡Ronan! —gritó aún sin levantar la vista—. ¿Puedes venir aquí un momento? Necesito una ayudita.

Ladeé la cabeza con una sonrisa triunfal y me encontré con los ojos de mi compañero de reparto detrás de sus gafas redondas de intelectual. Tenía el guion abierto sobre una mesa, y todas sus libretas alrededor.

—¿Hablas en serio? —gruñó Ronan—. ¡Antes he perdido dos partidas!

Estábamos en la sala del comedor del plató base, adonde se había movido toda la producción para el tramo final del rodaje.

Lo del ajedrez había surgido dos días atrás, cuando la ayudante de arte encontró un tablero antiguo en una de las cajas. No se estaba utilizando para nada, así que decidimos usarlo durante la hora de la comida. Y lo demás era historia. Mi abuela, además de buena actriz, también era una excelente jugadora de ajedrez. Las buenas lenguas decían que ese rasgo robaba incluso más corazones que ser una de las intérpretes más deseadas del Hollywood de los setenta. Ella fue quien me enseñó a jugar cuando apenas era una niña.

Ronan tiró la libreta sobre la mesa y se levantó maldiciendo entre dientes. Cuando llegó, apoyó las manos sobre los hombros de Mikel y fijó su mirada en la partida. Luego levantó la cabeza hacia mí y su aspecto me golpeó. Dudaba que él mismo fuera consciente del atractivo que poseía, pues aún no se había percatado de las numerosas indirectas que la actriz que interpretaba a la virginal Isabella le lanzaba tarde sí y tarde también.

—Siento decirte que no hay nada que hacer, tío. Te ha apaleado pero bien.

—¡¿Y para eso vienes?! —preguntó el otro con toda la cara roja antes de arrastrar la silla hacia atrás.

Mikel se levantó y se marchó murmurando maldiciones. Ronan negó con la cabeza y me tuve que reír cuando se despeinó el pelo con las manos y me miró con pinta de acabar de salir de la cama después de una noche de fiesta.

—¿Ya has terminado de volverte aún más tarumba repasando tus anotaciones una y otra vez? —le pregunté con guasa mientras señalaba con la cabeza hacia el lugar donde descansaban sus libretas.

—Solo quiero hacerlo lo mejor posible, Delilah. —Ronan apoyó las manos sobre el respaldo de la silla y se acercó a mí—. Ya sabes que me gusta ir mucho más allá del texto.

—Interesante. —Fingí un bostezo en señal de aburrimiento.

Él sonrió, travieso.

—Solo quiero estar preparado por si se te ocurre darme otro mordisco.

Lo dijo mientras se llevaba los dedos hasta ese lugar en su mejilla que yo había apretado con mis dientes.

—Me alegra que aún lo recuerdes.

—¿Cómo lo iba a olvidar?

—Ya te pedí perdón por eso.

—¿Lo hiciste?

—En realidad, no. —Sonreí con cierta superioridad, mientras él se revolvía de nuevo ese pelo oscuro con el que ya me había familiarizado.

—No importa. ¿Sabes por qué? Porque, sin duda, ese se ha convertido en mi momento favorito de todo el rodaje.

Ante mi ceja enarcada y mis labios apretados, él solo pudo enseñarme sus dientes en una sonrisa socarrona.

—Tus expectativas eran bajas, ¿eh? —logré decir para disimular el cosquilleo que empezaba a nacerme en la planta de los pies.

—Para nada.

¿Estaba más cerca ahora? ¿O es que de repente hacía cuarenta grados en el norte de Inglaterra? Tumbé el rey en el tablero con un sonido sordo y me levanté de mi asiento intentando mantener la calma.

A mí, el corazón estaba a punto de salírseme del pecho, mientras que él no daba ninguna muestra de nerviosismo. Y quise darle la vuelta a la situación.

—Voy a buscar a Mary —dije entre tanto aturdimiento—. Me toca entrar en maquillaje y peluquería dentro de cinco minutos.

30

DAME LA MANO



Ronan

Llevaba días pensando en Delilah. Me levantaba por las noches con el corazón atropellado sintiendo mis manos sobre su piel. Tampoco ayudaba la ansiedad que me generaba el paso de los días, porque no quería que la grabación de aquella película, que se había convertido en todo para mí, terminara. Intentaba engañarme asegurándome que ese sentimiento tenía que ver con despedirme de la familia que habíamos creado, y no con que una vez que acabáramos la secuencia final, Delilah desaparecería de mi vida. Solo me consolaba pensar que, si el público llegara a experimentar una pequeña parte de lo que yo había sentido al interpretar junto a ella, todo estaría bien. *Heights* se convertiría en un éxito rotundo.

La relación que habíamos establecido a lo largo del rodaje era tan sólida que incluso había ocasiones en que se referían a nosotros como un pack. Al igual que Heathcliff y Catherine. Cuando estábamos en el set nos preguntaban: «Ey, chicos, ¿queréis agua?»,

«Ey, chicos, ¿os hace falta otro abrigo?», o en los últimos días, lo más repetido: «Ey, chicos, concentraos y sacadlo a la primera; tenemos que seguir con el torneo de ajedrez». La cuestión era que Delilah se había relajado a mi alrededor, y yo ya no era tan tocanarices como antes. Así que existíamos como si el tiempo que habíamos compartido todas esas semanas atrás hubiera creado por fin un cordón invisible que nos unía en nuestro cometido.

Por aquel entonces, ya imaginaba que nunca me compenetraría con nadie de la forma en la que me compenetraba con ella. Su manera de moverse, la lentitud en su parpadeo o el modo en que fruncía con suavidad el labio superior me revelaban cosas sin que mi compañera las expresara. Era un trabajo de fondo que irónicamente había comenzado el fatídico día que la conocí, cuando impacté de frente con el mito que había idealizado durante tantos años. Deshacerme de la idea preconcebida que tenía de ella era también parte del proceso para conocerla de verdad.

Estaba convencido de que nunca encontraría a una compañera con la que conectara de esa forma tan profunda. Era una corazonada. Y existía algo que un actor debía tener más desarrollado que el resto de los mortales: su intuición.

Terminaron de limpiarme el maquillaje de la cara y salí de mi ensimismamiento al verme de nuevo reflejado como Ronan en el espejo. Ya no quedaba ni rastro de Heathcliff. Suspiré, cansado por el peso de las horas, y me despedí de la maquilladora dándole las gracias. Me giré y reparé en la silla de al lado, donde vi sobre el cojín el guion de Delilah, que parecía más grueso de lo que en realidad era por el desgaste de las hojas. «Se lo habrá olvidado», pensé. Y luego, sin más, decidí cogerlo y llevárselo hasta su tráiler.

«Un buen compañero hace exactamente eso», me iba repitiendo una y otra vez a medida que me acercaba a mi destino. Pero mi

subconsciente se empeñaba en echar leña al fuego, contestándole a mi mente: «Lo que ocurre es que hoy no has compartido escenas con ella y te mueres por verla».

Llegué a la puerta con la respiración avivada por los pensamientos. Llamé con dos golpes fuertes y no tuve que esperar mucho para oír su contestación.

—¿Sí? —Su voz se alzó al otro a lado.

—¡Soy Ronan! —respondí pegando mi boca a la rendija de la puerta.

—¡Pasa! ¡Está abierta!

Abrí y me adentré en su morada al mismo tiempo que un aroma a canela me advertía también de su presencia. Delilah estaba sentada frente al espejo, vestida con su ropa y cepillándose la melena. Nuestras miradas se encontraron en el reflejo del cristal y yo levanté el brazo en el que llevaba su guion.

—Te lo has dejado en el camerino —dije para romper el hielo a modo de explicación.

Cerré la puerta, eché el pestillo y caminé hasta el lugar donde Delilah se relajaba después de pasar todo el día rodeada de luces y cámaras.

—¿Acabas de cerrar con pestillo? —Su expresión cambió por completo y en la aguamarina de sus ojos apareció un pálpito de terror.

Así que desanduve mis pasos y quité el pestillo, que emitió un chasquido extraño.

—Perdona, ha sido por la costumbre, siempre lo hago en el mío —le expliqué mientras me acercaba para tenderle el cuaderno.

Al ver que no reaccionaba, la observé de nuevo con más detenimiento. Su tez, ya pálida de por sí, había perdido todo color. En el momento en el que se percató de que la estaba mirando se

llevó una mano al cuello, como si buscara aliviar alguna molestia invisible. La cuestión era que me acojoné.

—¿Delilah? —Ella no contestó.

Estaba paralizada. Lo sabía porque la conocía. Porque la había observado durante demasiado tiempo. Porque estaba familiarizado con ella como nunca lo había estado con otro compañero. Era *mi* Catherine.

—¿Delilah? —pregunté de nuevo, con más suavidad esta vez—. ¿Estás bien?

Ella parpadeó y entornó esos ojos preciosos. Los apartó de mí, como si estuviera avergonzada.

—Ronan... —empezó a decir con una voz insegura que nunca le había escuchado—. Solo es que... —Se quebró de nuevo y se levantó de su silla, inquieta—. Necesito que abras.

—Claro, perdona, ahora mismo —me disculpé dirigiéndome a la puerta.

Seguro que a ella también le había sonado extraño el ruido que había emitido la cerradura. Intenté abrir, pero estaba atrancada. Probé a echar el pestillo y no se movía; algo estaba roto. Le di un empujón suave que tampoco sirvió de nada. Miré a Delilah para dirigirle una sonrisa tranquilizadora, pero su mirada de terror me impactó tanto que empecé a sacudir la puerta con violencia.

—Vale. Va a sonar raro, pero es que se ha quedado atrancada y no puedo abrir. —Jamás en toda mi puta vida me había sentido tan condenadamente mal.

—¡¿Qué?! —Su alarido fue estremecedor.

Me asusté de verdad y reaccioné lo más deprisa que pude. Me puse frente a la puerta intentando por todos los medios que cediera. Incluso le di una patada para abrirla con fuerza bruta. Pero no funcionó. Cuando me di la vuelta y la vi, el mundo se balanceó bajo

mis pies. El cuerpo de Delilah temblaba tanto que parecía que estaba luchando contra un ataque de fiebre. Se tapaba la cara con las manos, como queriéndose esconder, y jadeaba como si acabara de esprintar tres kilómetros del tirón.

Lo supe. Supe lo que le estaba pasando, porque me acordé de repente de algunos de los niños con los que había compartido habitación en el centro de acogida. Ellos se habían despertado así muchas veces en medio de la noche.

Delilah estaba sufriendo un ataque de pánico y, por un momento, al verla así, a mí también me faltó el aire.

Tenía que reaccionar.

—Voy a llamar a Jane para que venga a abrirnos; no va a pasar nada, será solo un minuto. —No sé si quería tranquilizarla a ella o a mí mismo—. ¿Recuerdas dónde has dejado el teléfono?

Delilah apoyó la cabeza contra la pared con ahínco mientras hiperventilaba, pero se las ingenió para señalarme la mesa. Volé hacia allí y se lo acerqué.

—¿Puedes decirme la clave?

—Siete, cinco, siete, cinco —escupió como una autómata mientras yo desbloqueaba su móvil.

Entonces empezó a llorar y escondió el rostro entre las manos. Y el fuego de la venganza se encendió dentro de mí. Pero... ¿contra quién cojones había que luchar? Ni siquiera lo sabía, joder.

—Jane —dije cuando su amiga respondió con celeridad—. Es Delilah, estamos en su tráiler y nos hemos quedado encerrados. Necesi...

El sonido de la línea al cortarse me interrumpió.

—Ya viene para acá.

No tenía ni pajolera idea de si Jane venía, si me había escuchado o no, pero tenía que calmarla como fuera.

—¿Delilah? Voy a acercarme, ¿vale?

Gracias a los dioses, ella asintió muy levemente con la cabeza sin dejar de temblar. Se derrumbó en el suelo y se sentó con la espalda empujando contra la pared. Joder. Me senté frente a ella. Algo que no había experimentado jamás y que me sabía amargo en el cielo de la boca me golpeó justo cuando se apartó las manos de la cara y vi sus lágrimas.

—Mierda... —solté sin poder evitarlo—. ¿Qué pasa, Delilah? Quiero ayudarte, pero tengo miedo de empeorarlo...

—No es por ti, no es por ti, no es por ti —repitió como un mantra mientras su cuerpo se sacudía—. Me estoy ahogando.

—Tranquila —le dije, tratando de tomar el control de la situación —. Es solo un ataque de pánico, va a pasar.

—Lo-o-sé —tartamudeó—. Pero-me-e as-fi-xio.

—No vas a quedarte sin aire —le aseguré—. Si hace falta yo te doy el mío —intenté bromear, y algo cálido le cruzo la cara. Después, cerró los ojos—. Tan solo respira... —le susurré—. La respiración se va a calmar sola... ¿Puedo ponerte una mano en la rodilla?

Ella asintió. Me miró con sus ojos de acuarela y me quise bañar en ellos para llevarme todo su sufrimiento. Cuando le toqué la rodilla, le di un suave apretón para que sintiera mi apoyo.

—Estoy aquí contigo, todo va a ir bien, te lo prometo.

Quería abrazarla. Abrazarla muy fuerte y que se sintiera a salvo entre mis brazos. Pero no debía hacerlo, porque eso podía agobiarla aún más. En su lugar, tendí una mano entre nosotros y recé durante unos segundos para que la aceptara. Lo hizo. Colocó la suya sobre la mía y yo envolví sus dedos fríos con devoción. Y tan solo lo comprendí. Ese fue el momento en que todo me golpeó con la intensidad de una ola traicionera.

—No te voy a soltar, Delilah. Concéntrate en nuestras manos y respira.

Mi corazón empezó a tranquilizarse cuando comprobé que posaba su mirada en ellas y su respiración comenzaba a calmarse un poco. Pasaron un par de minutos antes de que escucháramos el sonido de una llave entrando en la cerradura y la puerta abriéndose. Delilah miró por encima de mi hombro y suspiró, con un alivio inmenso, pero todavía temblando sentada en el suelo. Seguía sosteniendo mi mano cuando Jane se puso delante de ella y le tendió una botella de agua.

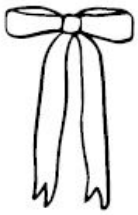
—Ya estoy aquí y la puerta está abierta, Lilah —anunció—. ¿Me oyes?

Delilah cerró los ojos y se derrumbó, abatida, con la derrota supurando por todos los poros de su cuerpo. No quería soltarle la mano. Ni en un millón de años. Pero la mirada que Jane me dedicó me advirtió de que ya era hora de que me fuera y les dejase algo de intimidad. Me levanté con cuidado y le eché una última ojeada a mi compañera antes de salir en completo silencio.

La certeza me sacudió tan fuerte que empecé a sentir los latidos del corazón en las sienes. Porque en ese momento me quedó claro que Delilah Williams no era la imperturbable estrella de eterna sonrisa que mostraba al mundo. Esa solo era su máscara. Un disfraz perfecto diseñado para complacer a todos. Detrás de esa intérprete maravillosa que era, existía algo más profundo que sufría, anhelaba y se rompía.

31

EL FINAL



Delilah

La semana transcurrió entre jornadas intensas, partidas esporádicas de ajedrez y charlas nocturnas antes de que todos emprendiéramos el regreso a nuestros hoteles. Después de tantos días, nos encontrábamos tan cómodos en nuestra rutina que, en ese tramo final, la dinámica de trabajo se convirtió en algo que disfrutar y aprovechar al máximo. Éramos como una familia numerosa en una cocina un domingo por la mañana antes de desayunar.

Hasta que llegó la última jornada de grabación y el silencio se instaló en el plató donde se iba a llevar a cabo la última escena. El cansancio del mes y medio que llevábamos trabajando pesaba sobre todos nosotros, sí, pero también existía un halo de tristeza por lo que íbamos a perder. En un rodaje siempre se establecía una intensa conexión que, sin embargo, quedaba cruelmente amputada cuando este llegaba a su fin. A partir de entonces, a esas relaciones con un factor común ahora ya no las unía nada. Y lo más seguro era que no

volvieras a encontrarte con esas personas con las que llegaste a compartir incluso más que con algunos miembros de tu familia.

Así sucedía siempre. Y así iba a ser también en esta ocasión. Cuando pensé que todo aquello que habíamos construido ya no estaría al día siguiente, sentí un poso en el estómago, un vacío que me subía por la garganta. Entonces lo busqué por el set. Tuve que hacerlo porque quería observarlo por última vez. Sabía que Ronan O'Connell se iba a convertir en un fenómeno mundial, era algo que profetizábamos todos los que le habíamos visto actuar. Pero aún podía disfrutar de observarlo solo para mí. Enfundado en su disfraz de Heathcliff, deambulado de una esquina a otra, deseando aprender y empaparse de todo su alrededor. Los últimos días lo había tenido pegado a mi espalda, mientras que yo me empeñaba en llevar a cabo el mejor papel de mi vida: pretender que no había sufrido un ataque de pánico delante de mi compañero.

Gracias a los ángeles, él no me había preguntado nada. Pero lo había visto conversando con Jane a la hora de la comida. Y, cuando se daban cuenta de que los miraba, intentaban disimular que no estaban hablando sobre mí. Yo ya había avisado a Jane para que la información que le revelara no fuera más que una parte del todo: que padecía claustrofobia severa y, en ocasiones, cuando me quedaba encerrada en espacios pequeños, el ataque de pánico sobrevenía con la misma facilidad que pulsar un botón. Ronan no necesitaba saber nada más.

No sabía si él también estaba melancólico por el final de aquella aventura. Aunque, cuando lo tuve delante en la última toma, su mirada me atravesó y me expresó cosas que iban más allá de todo lo que existía en ese momento dentro del set. Eliza había dejado para el final una escena sencilla. Catherine y Heathcliff se veían en la granja de los Linton por primera vez después de varios años; él

había regresado siendo rico y ella se había casado con otro. Teníamos que ahondar en esa mirada, en esos sentimientos que ya jamás desaparecerían. No había diálogo. Solo los ojos de uno sobre los del otro. Y todo lo que nunca nadie comprendería entre ellos. Quizá lo mismo que jamás comprenderían entre Ronan y yo. Que éramos uno. Que llegábamos al otro de un modo irremediable. En esa mirada, sentí que Ronan me gritaba un ruego.

«Espero que sigas bien cuando yo ya no esté cerca».

Juro que sentí cómo lo decía dentro de mi corazón. Entonces Eliza gritó un «corten» emocionado y los demás empezaron a aplaudir y a vitorear. La primera que me abrazó fue Jane, y luego todo el equipo se fundió en un abrazo conjunto. Cuando la directora apareció delante de mí y observé sus lágrimas, supe que lo habíamos logrado. Que hacía unas semanas teníamos demasiado miedo y una confianza ciega, pero ahora ya por fin teníamos la certeza. El jefe de Producción apareció con un enorme ramo de rosas blancas y vino a mi encuentro.

Sonreí mientras alcanzaba el ramo y daba las gracias a todos.

Y luego, Ronan estaba frente a mí.

Con su elegante atuendo y el pelo peinado hacia atrás. La segunda vida que tuvo Heathcliff y que, a pesar del lujo, también fue desgraciada y violenta.

—Conque rosas blancas, ¿eh? —Su deslumbrante sonrisa eclipsó toda la felicidad reinante.

—Son mis preferidas.

—Debí imaginármelo —confesó—. ¿Puedo abrazarte?

No le contesté. Fui yo quien apreté el ramo contra mi cuerpo y rodeé a Ronan con el brazo que tenía libre. Sentí su cuerpo envolviendo el mío y un beso fugaz en la coronilla. Era la mejor de las despedidas. En los brazos en los que me había sentido segura,

libre y protegida de todo aquello a lo que tenía que enfrentarme al día siguiente.

—Nunca antes me he sentido tan pleno como cuando actúo contigo —me susurró al oído mientras yo me estremecía con su cálido aliento olor a menta.

32

UN ÁNGEL ESCULPIDO EN MÁRMOL



Ronan

La celebración del final de rodaje de *Heights* era la primera fiesta del mundillo a la que asistía. El lujo se respiraba en cada rincón del gigantesco porche cubierto por cristaleras de la mansión de uno de los productores, a las afueras de Londres. A nadie le faltaba una copa de champán en la mano y los canapés volaban de un lado a otro en bandejas que portaban camareros bien uniformados. La música sonaba a un volumen aceptable para permitir que toda la gente congregada en aquel evento pudiera participar en conversaciones animadas. Al principio, me había sentido intimidado. Pero, mientras deambulaba en busca de rostros conocidos, intenté tranquilizarme pensando que aquella era la fiesta de fin de rodaje de la que iba a ser *mi* película.

El sueño estaba a mi alcance.

Y todo el trabajo con el que había soñado un día, en los archivos grabados y custodiados por el equipo de Eliza Grey.

Justo en el centro de aquel lugar rodeado por una vegetación colorida y tropical que nada tenía que ver con el país en el que estábamos, había una piscina iluminada de la que brotaba vapor. Un vapor que serpenteaba entre los nenúfares artificiales que se posaban sobre aquel manto de agua turquesa. Caminé por el borde con la intención de encontrar una cara familiar entre toda aquella gente vestida con elegancia y opulencia. Localicé a mi equipo en un extremo, justo al lado de una cristalera por la que se avistaba la última luz de la tarde coloreando el cielo. Caminé hacia allí con el estómago burbujeándome por el inminente reencuentro con Delilah.

Yo tenía una misión. La más importante de todas. Despedirme de ella y dedicarle unas palabras de sincero agradecimiento. Me sentía feliz, me sentía pletórico, lleno. Pero al día siguiente el bajón iba a ser descomunal. No iba a engañarme pensando que mantendría el contacto con una de las mayores estrellas de Hollywood. Por mucho que hubiéramos congeniado en un rodaje, veníamos de mundos muy distintos. Por eso deseaba aprovechar lo que quedaba de noche. Con ella.

Pero cuando llegué, Delilah no estaba por ninguna parte.

—¡Hola, Ronan! —me saludó Helen, la actriz que interpretaba al personaje de Isabella—. Estás cambiadísimo, ¿qué te has hecho?

Sonreí mientras mi mirada se perdía entre otro grupo de gente con la única intención de encontrarla.

—Solo me he puesto mi ropa y me he quitado la mugre que Heathcliff llevaba encima —solté—. También me he peinado un poco.

Helen se rio y Austin, otro de los actores, apareció a su lado.

—Un negroni para ti —me ofreció tendiéndome un vaso lleno hasta el borde.

—Gracias.

—Estábamos hablando de que no conocemos al noventa por ciento de toda esta gente —cacareó Helen con su entusiasmo acaparador—. Y que justo al lado de aquella fuente de champán está Joseph Wells, el productor más conocido del Reino Unido.

Ese hecho debería haberme interesado, puesto que era información necesaria si quería hacerme un hueco en aquel sector. Pero mi mente ese día tenía una resaca emocional de mil pares de cojones, por lo que mi boca solo logró formular una única pregunta.

—¿Dónde está Delilah?

—¿Es que acaso esperas que nos honre con su presencia? —La pregunta de Austin retumbó entre los demás miembros del grupo, que pronto comenzaron a cuchichear en voz baja—. No creo que precisamente *hoy* haga su aparición estelar.

—¿Y eso por qué? —La gente parecía saber algo que yo desconocía.

—¡No importa, Ronan! —exclamó Helen levantando la copa—. Me prometiste que en la fiesta me sacarías a bailar.

No pude objetar nada cuando me cogió de la mano y me condujo hasta la pista que se encontraba al lado de la mesa del DJ. Era cierto que se lo había prometido. Una de esas promesas que no te apetecían cumplir ni entonces ni más tarde...

Aun así, me pasé la siguiente hora bebiendo y bailando al lado de Helen y de varias chicas que se unieron a nosotros. Saludando a personas que se acercaban a interesarse por nuestra película. Desarrollando el don de gentes que me habían aconsejado cultivar en este tipo de situaciones. Y la verdad era que no se me daba mal esa danza de halagos fortuitos, amistades fugaces y disfrute instantáneo.

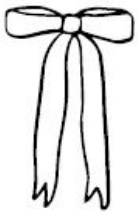
Todo iba sucediendo con un tempo de naturalidad, hasta que la masa congregada enmudeció al completo. Giré la cabeza en la

misma dirección que los demás y la vi abrirse paso entre la gente hacia la mesa de los cócteles. Parecía que un foco que en realidad no existía proyectaba su luz dorada sobre su rostro, iluminándola y haciéndola resaltar por encima de los demás mortales. O quizá fuera sencillamente su imagen. Había vuelto a su melena dorada y ondulada de siempre. Lucía un vestido corto blanco con un escote que le caía por los hombros y dejaba su cuello al descubierto. Subida a unos larguísimos tacones, pisaba con decisión y elegancia, a pesar de que algunas personas tenían el valor de volverse hacia ella y murmurar a su paso. ¿Qué tenían que decir? Tal vez todos estuvieran pensando lo mismo que yo. Que era uno de esos ángeles esculpidos en mármol que decoraban los museos. O una de esas divas de los cincuenta con un ojo cubierto por una onda de cabello y el otro libre y preparado para apuntar en cualquier dirección.

Y a mí, el disparo que fue su mirada me alcanzó el corazón.

33

UNA DESPEDIDA



Delilah

Todo había salido a la luz. Esa misma tarde, después de conectar el móvil, me había dedicado durante horas a envenenarme con los cientos de fotografías, artículos y reacciones que inundaban internet. Tuve que recurrir a la botella de champán guardada en el minibar. Repasé desde todos los ángulos de cámara posibles la infidelidad en una playa de California del que había sido mi novio. Estudiaba cada foto acompañada de una elegante copa. Luego de otra. Y de otra.

Lo malo de los rumores era que en la mayoría de las ocasiones eran ciertos. Sobre todo, cuando apuntaban en una misma y clara dirección. En el caso de Alan, esa dirección era una tarde de excesos en un yate en un rincón del Pacífico, en compañía de una chica rubia que no era yo. Llegó un momento en el que asumí que mi propósito era torturarme. Observaba una y otra vez cómo Alan la había abrazado, cómo sus manos estaban encima de una de las nalgas de

la chica. Cómo, al caer el atardecer, compartían un apasionado beso antes de conducirla al interior del barco.

Había fotografías.

Pero también había vídeos.

Los vi todos. Varias veces.

Y, cuando Jane vino a buscarme al cabo de un rato para informarme de lo que estaban contando los medios, su cara me dio a entender que las cosas iban realmente mal. Quizá la mejor opción sería comprar una pistola y pegarme un tiro en la sien antes que enfrentarme a aquel esperpento. Había quedado como la cornuda de América. Y el odio tan hiriente hacia mí que se respiraba en los rincones de cualquier red social se contradecía con lo que había en el otro extremo, bajo el abanico de lo público: solo una chica con un corazón hecho pedazos.

—Ya sabes lo que pienso, Lilah —comentó Jane, colgando el vestido en el armario—. No tienes por qué acudir a la fiesta. Vamos a enfrentarnos a esto, como siempre lo hacemos, pero quizá hoy no es el día más adecuado. Estás en primera línea de fuego.

—¿Y qué? —pregunté al aire mientras me terminaba otra copa de champán—. ¿No es ese mi trabajo? ¿Dar la cara cuando todos opinan con la libertad de creerse jueces y condenarte a algo peor que la muerte?

—No, Delilah. —Jane se colocó frente a la cama—. Ese no es tu trabajo, para nada.

—Ya no sé qué más hacer para que me tomen en serio.

—Lo entiendo. Y no pasa nada si hoy no vas a la fiesta, Lilah.

—Es mi deber.

—Tu deber no es sufrir humillaciones mediáticas constantes.

—Estoy en la cima y la fama exige estas cosas.

—No cuando los derechos de una persona se ven violados una y otra vez —alegó ella con una seriedad que hizo que me encogiese—. Y, por cierto, sé que no es el mejor momento para informarte de esto, pero...

—¿Qué?

—Las fotos y los vídeos eran pactados. Alan nunca quiso que no se publicaran, solo que salieran cuando más daño te pudieran hacer. Es decir, hoy. Por eso no debes ir a esa fiesta.

El único resquicio de esperanza que me quedaba dentro se esfumó. Él me había hundido a conciencia, y la gente nunca se enteraría. Él era el que me había sido infiel, pero para todas esas personas la culpa recaía sobre mí. Siempre había sido así. A lo largo de los años, la opinión mediática se había inclinado a señalarme. Era una mujer joven que había crecido y se había transformado ante los ojos del mundo. Y cada una de esas personas que estaban detrás de sus pantallas esperaban el mínimo desliz para atacarme sin piedad. Crecer ante las cámaras había tenido la consecuencia de que todos se creyeran con el derecho de opinar sobre mi vida. De criticar cualquier tropiezo. De tergiversar la realidad y modificarla según sus deseos. Y el odio había ido a más, sobre todo después de aparecer en la película que hundió mi reputación.

Alan me había sido infiel, había traicionado mi confianza y me había faltado al respeto, pero para esas personas yo era la culpable. Por no ser lo suficientemente buena para él, porque la imagen de Alan raras veces se veía comprometida. A él, una estrella del rock, se le permitía todo. Y yo solo era una actriz insufrible y desafiante que lo había atrapado entre sus redes.

Y ya no tenía fuerzas para enfrentarme a ello.

No hice caso a los ruegos de Jane. Por la noche, la maquinaria se puso en funcionamiento y el maquillaje y la ropa de firma tomaron el control para que pudiera acudir a aquella fiesta con la cabeza bien alta. Y es que una cabeza bien alta podía esconder una herida del tamaño de un meteorito. Yo era la prueba. La gente murmuraba a mi alrededor, cuchicheaban sin atreverse a cruzar la mirada conmigo y yo me limitaba a sonreír y fingir que era feliz.

Cuando me quedé sola en la barra, con Jane encargándose de miles de asuntos a mi alrededor, capturé la cereza hundida en mi *manhattan*, me la metí en la boca y busqué a Ronan por la casa. Mi mente me pedía verlo a gritos, distraerme centrándome simplemente en observarlo, como había hecho las semanas anteriores dentro del set. Y también fuera, a pesar de que no lo admitiría en voz alta.

Lo encontré segundos más tarde, dentro de la zona que habían acotado como pista de baile. Había vuelto al negro en su vestimenta, a su cazadora y a esos anillos plateados que le decoraban los dedos. Mantenía esa actitud rebelde tan arrolladora y a toda Irlanda encerrada en su sonrisa orgullosa. Ronan poseía un carisma natural del que todavía no era consciente. A pesar de que Helen le estuviera dando muestras más que suficientes de ello. Se pegaba a su cuerpo con el propósito de acaparar toda su atención. Me llevé la copa *coupé* a los labios y, al volver a posar los ojos en el lugar de antes, me estrellé con su mirada. El negro que encontré allí me pellizcó la nuca y, de repente, saboreé el miedo. Un nuevo pavor que provenía de que él, que había sido mi escape secreto lejos de mi vida real, se hubiera enterado de todo y como tantos otros me viera solo como la pieza central de un cotilleo. Algo pequeño se fracturó dentro de mí al pensar que ahora su atención la tenía Helen, y no yo. La película se había acabado y nuestra relación, esa que en muchas ocasiones

había sido difícil de gestionar, también había llegado a su fin. Aparté la mirada, deprimida porque el reloj no se parase justo ahí, en el momento exacto en el que apuraba todo el whisky mezclado con el vermut rojo, y me dispuse a marcharme. El alcohol bajó por mi garganta provocando en mí una falsa confianza de la que me aproveché para alejarme de la barra y mezclarme entre la gente.

Muchas personas me reclamaron entre conversaciones triviales y promesas efímeras. Durante lo que me pareció una eternidad, sonreí con los dientes al descubierto y fingí que me estaba divirtiendo. Todos me colmaban de halagos y la mayoría querían enterarse en primicia de cuál era exactamente mi situación sentimental. Y yo solo quería gritar. Pero sonreía. Seguía sonriendo. Seguía fingiendo, todo el rato. Así que llegó un momento en que mis piernas se desconectaron de mi mente y empezaron a deambular hasta llegar al lugar donde la música sonaba de manera más estridente.

Cerré los ojos, comencé a mover mi cuerpo con lánguidas y despreocupadas sacudidas y me fundí en mi propia oscuridad. Eso era mucho mejor que aquella lluvia de atención insoportable. Vagué sin rumbo con la esperanza de no chocar con nadie y me sumergí en la música, que latía al compás de mi corazón. No recuerdo el tiempo que pasé así, pero sí que cuando abrí los ojos tenía el cabello alborotado sobre la cara y nadie parecía estar mirando. La adrenalina del baile me sumió en una sensación poderosa y suspiré de alivio cuando cambiaron de canción. Y luego, sentí que una mano se cerraba en torno a mi brazo. Al girarme, aún con la respiración agitada, me lo encontré de frente. Ronan había emergido de entre la gente con su halo de oscuridad para recordarme lo que ya no iba a tener más.

—Delilah —dijo mi nombre por encima de la música.

—Ronan.

—Me gustaría hablar contigo antes de que te vayas —comentó él acercando su boca a mi oído.

Con profundas líneas dibujadas en su ceño, mi compañero esperaba una respuesta. Pero, en lugar de hablar, le agarré del brazo como él había hecho conmigo y comencé a abrirme paso entre la gente. Podía sentir su cuerpo caliente rozando el mío, sin dejar un resquicio de espacio entre mi espalda y su torso.

Cuando llegamos a la caseta de la piscina, en la parte trasera del porche, no me permití pensar. Arrastré a Ronan hacia allí y abrí la puerta para que pudiéramos entrar. El olor a algodón fresco y a suavizante fue lo que primero nos sacudió. El pequeño habitáculo solo contenía estanterías repartidas por las cuatro paredes con centenares de toallas de rayas blancas y azul marino. Me encontré con su cara de sorpresa cuando di media vuelta para comprobar que la cerradura se abría desde dentro. Cerré la puerta sin echar el pestillo, y nos quedamos solos en medio del silencio. Él me había dicho que necesitaba hablar y yo solo había buscado una forma de hacerlo, ¿verdad?

—¿Mejor aquí? —pregunté para romper el hielo—. Más vale que sea importante.

—Es importante.

Empecé a deambular alrededor de las estanterías para terminar comprobando que cada toalla estaba doblada de la misma manera, en un orden impoluto. Quería darle un poco de espacio a Ronan porque lo notaba incómodo, un poco falto de palabras. El rodaje había terminado y sentía que su aversión hacia mí de nuestros encuentros previos empezaba a florecer de nuevo.

—¿Y bien? —quise animarlo a arrancar.

Me apoyé en una de las estanterías para quedarme frente a él, a un par de metros de distancia. Encontré cierta comodidad en la tela

esponjosa de las toallas que percibía contra mi espalda, parcialmente descubierta. Él aún me observaba desde cerca de la puerta.

—Solo quería darte las gracias.

—¿Y eso por qué? —pregunté, confundida. Y también un poco decepcionada.

—¿Que por qué? —repitió él, con un gesto de querer pelearse con todo el mundo sin excepciones—. Bueno, por dejarme acompañarte en este viaje. Me he pasado todo el día de hoy pensando en cómo llegar a ti para agradecértelo antes de que volvamos a lo de antes.

—No creo que podamos volver a lo de antes, aunque lo intentemos con todas nuestras fuerzas —lo interrumpí; necesitaba parar lo que me estaban provocando sus palabras.

—Bien. Porque no quiero volver. Esta ha sido la mejor experiencia de mi vida y estoy empezando a creer que es porque tú has participado en ella.

Temblé y me apreté más contra el montón de toallas al observar cómo Ronan comenzaba a acercarse lentamente hacia mí.

—No puedo más que alucinar al pensar en todo lo que he aprendido de ti, en lo generosa que has sido en el set conmigo. Yo no tenía ni idea de todo lo que implicaba *hacer* una película como esta. Y tu experiencia me ha acompañado y me ha ayudado. Creo que hasta esta misma tarde no he sido consciente de todo eso.

—Solo lo hacía por beneficio propio. Confié en este proyecto desde el principio, sabía que tenía muchas posibilidades de salir bien.

—¿Por beneficio propio? —bufó—. Ya. Lo siento, pero no te creo. Te conozco. —Sus ojos me atravesaron sin escapatoria—. Al menos conozco a la actriz que me ha robado la puta cordura. Ante un talento así, a uno solo le queda entregarse al arte y convertirse en uno de sus discípulos. Porque déjame decirte, Delilah Williams, que

tú en ti misma eres una definición de arte. Y de la inmortalidad que arrastra consigo.

Su discurso provocó que mi máscara cayera y que me fundiera con el calor que emanaba de mis mejillas. Ronan me estaba abriendo el pecho y yo quería que se colara dentro. Solo él. La distracción. La confianza mutua. Era lo opuesto al miedo que sentía en relación con el mundo exterior. Mi cuerpo anhelaba sus manos. Y mi mente añoraba un motivo por el que sentirme viva, y también deseada. Algo que me hiciera escapar de la cárcel de la humillación. Así que solo me sumergí en el negro de sus ojos, en su rostro iluminado por el tenue resplandor azul que se colaba por una pequeña claraboya. Él esperaba una respuesta por mi parte y yo no podía dejar de mirarlo, de sumergirme en su cuerpo, en su pelo desordenado, en la argolla minúscula que atravesaba el lóbulo de su oreja. Decidí que también quería palparla, al igual que ese anillo de águila en su dedo. La tensión en sus hombros era evidente y yo necesitaba el consuelo que él podía ofrecerme.

—Contéstame a una pregunta —solté.

—Adelante.

—¿Te gustaría besarme, Ronan O'Connell?

Aquellas palabras salieron disparadas de un lugar escondido muy dentro de mí. El silencio se volvió espeso a medida que su mirada recorría mi cuerpo y sus ojos se posaban de nuevo sobre los míos. Él era actor, pero no podía ocultar el deseo. Hay cosas que no se podían disfrazar.

—¿Es una pregunta trampa?

Me reí ante su duda, pero enseguida respondí:

—No.

—Sí.

—Sí, ¿qué?

—Me has preguntado si me gustaría besarte. La respuesta es *sí*.

La postura de Ronan era la de un animal salvaje antes de lanzar un ataque mortal.

—¿Pero? —Otra vez había leído su duda.

—Tengo otra pregunta para ti. —Asentí para que continuara—. ¿Qué pasa con Alan Jones?

El miedo volvió a despertarse en mi cabeza y sé que él pudo percibirlo.

—Alan y yo ya no somos nada.

Lo desafié con la mirada. Fueron segundos, o minutos, ni siquiera lo sé. Pero mi piel me gritaba que quería que él la tocara de nuevo. El impulso incontrolable que sentía en mis entrañas contrarrestaba el debate interno que parecía mantener Ronan, quien en ningún instante había cortado el contacto con mi mirada.

—A la mierda... —rugió.

Dio un paso adelante y luego eliminó la poca distancia que nos alejaba. El animal se liberó. Su cuerpo chocó con el mío y nos apretamos. Reconocí su aliento en mis labios mientras nos mirábamos desde tan cerca que incluso me fijé en el pequeño lunar que florecía sobre uno de sus párpados. Levantó la mano y la encajó en mi cuello. Yo le agarré con fuerza de la camiseta. Después, descubrí el deseo que brotaba de su boca cuando la abrió para hablar.

—¿Estás segura de que quieres esta despedida...?

Alcé mi cabeza y le aticé un mordisco travieso en el labio inferior. Sus ojos se encendieron aún más y luego ya no hubo nada lento. Con un movimiento veloz, Ronan puso sus labios sobre los míos y reclamó mi boca. Ese beso no era suave como la pluma que Heathcliff me había pasado por la piel. Ese beso era el vuelo frenético de un ave rapaz. Abrí los labios húmedos y él los atravesó

con su lengua hasta alcanzar la mía. Y lo olvidé todo. Mi mundo en ese momento estaba conformado por unos labios carnosos que se movían enloquecidos, el aroma de la menta y el roce de mis dedos con el pelo que le crecía en la nuca.

Nuestras lenguas se abandonaron a una batalla por conquistar el gemido más apasionado que brotara de nuestras gargantas.

Solo sentía. Volaba. Y caía...

Pero sus manos me sostuvieron. Una, afincada en el cuello, me acariciaba con cierta ternura, un gesto que contrarrestaba con la dureza de su lengua reivindicando cada rincón de humedad. La otra mano, posada en mi cintura, reteniéndome contra él. El pecho de Ronan se apretó contra el mío y su mano descendió hasta la manga de mi escote barco. Yo no quería que se alejara, pero en medio de los jadeos contenidos y de una fricción que se volvía insoportable, tuvimos que tomar aire.

—Joder... Me tienes fascinado —murmuró mientras me miraba desde arriba—. Sabes a cerezas, Delilah. Y quiero seguir. Ahora mismo no estoy siendo razonable.

—Es que no quiero que lo seas.

Me quedé suspendida dentro de la imagen más erótica que había visto en mi vida: sus labios maltratados por los míos contemplados desde abajo. Su boca sí que era una obra de arte, la protagonista de una historia antigua. Y sus ojos... sus ojos me observaban con hambre. Y yo estaba segura de que los míos gritaban de sed.

—Tócame. —Mi voz sonó atrevida—. Ni se te ocurra quitarme las manos de encima.

—Créeme cuando te digo que no pienso hacerlo.

Con un movimiento sofisticado me di la vuelta ofreciéndole la espalda, y lo miré por encima del hombro.

—Ven —le ordené—. Abrázame.

No había terminado de decir aquellas palabras cuando tuve su pecho presionando mi columna. Sus manos se aferraron de nuevo a mis caderas y eché la cabeza hacia atrás. Sus dedos apartándome la melena a un lado. Sus labios en mi cuello. Su lengua acariciándome el mentón. Una de sus manos viajó hasta uno de mis muslos y empezó a trazar caricias que ascendían más y más arriba.

—Espera un momento... —Paró, y lancé un suspiro de contrariedad—. Voy a quitarme los anillos para no hacerte daño.

—Déjatelos puestos... —El tacto de su nariz rozando mi cuello me estaba volviendo loca—. Podemos jugar a que yo soy Cathy y tú eres Heathcliff durante una noche más.

La risa oscura de Ronan me retumbó en la nuca. Luego, la mordió. Tiró de la piel con cuidado antes de besarme y respirar profundamente contra mi cuello.

—No eres Cathy —sentenció con la voz ronca—. Tú eres Delilah Williams y yo soy el puto Ronan O'Connell. Y puedo notar tu calor en mis manos.

Sus dedos llegaron al vértice de mis muslos y se detuvieron. Me arqueé sobre su pecho para pedirle clemencia, o lo que era lo mismo, que continuara.

—¿Y bien? —preguntó, dueño de un autocontrol que yo desconocía.

Giré la cabeza, choqué con el perfil de su rostro y enterré mi boca en su cuello. Lamí aquella piel que se erizaba bajo mis labios y su mano empezó a moverse. Busqué la que tenía libre y se la coloqué encima de uno de mis pechos. Ronan lanzó un gruñido salvaje que me hizo entender que su deseo solo crecía más y más.

En cuanto sus dedos palparon mi ropa interior, mi respiración se intensificó.

—Por Dios —maldijo en un susurro a la vez que frotaba por encima de la tela mojada.

Gruñí de puro alivio y apreté su mano contra mi seno. Me abrazaba por detrás y yo sentía que me iba a desmayar. Le busqué la boca y él me alcanzó un segundo después para intentar devorarnos vivos en una lucha que no estaba claro si tendría un perdedor.

—Joder... —jadeó sin aliento cuando nos separamos un poco—. ¿Puedo...? ¿Me dejas...? ¿Me dejas meterte un dedo?

Teníamos nuestras caras a centímetros de distancia y los ojos fijos en los del otro.

—Te odiaré si no lo haces.

Le vi sonreír antes de sentir cómo me apartaba las bragas, deslizaba un dedo por aquella hendidura agonizante y me penetraba hasta pararme la respiración. Tuve que apoyar la frente contra la estantería mientras le suplicaba con mi propio cuerpo que continuara. Me retorcí contra su mano de una manera obscena mientras él me besaba la nuca y se frotaba contra mí emulando el mismo movimiento de su dedo. El metal frío de su anillo se abría paso por mis paredes calientes y me abandoné a aquella sensación que me hacía viajar a un lugar blanco, celestial, apartado de todo. Un lugar inalcanzable en el que solo existían los sonidos que brotaban de mi garganta y el envite embriagador de su mano dentro de mí. Llegó un momento en el que no podía soportarlo más. El auge antes de derrumbarme por el placer más puro y visceral me acechaba. Solo aumentaba, aumentaba, aumentaba...

34

UN DESEO ABRUMADOR



Ronan

El espacio se llenó con nuestros jadeos. Un instinto casi animal se apoderó de mi cuerpo para que la colocara de esa manera frente a aquella estantería repleta de toallas. No podía pensar. No podía parar. Solo podía olerla, saborearla en mi saliva y sentirla en mis dedos. Estaba empapada. Su cuerpo empezó a temblar con violencia cuando aumenté el ritmo y lo acompañé de las embestidas de mis caderas contra su espalda. Adivinar su deseo de liberación me pareció igual de natural que leer en sus ojos. Iba a contraerse en torno a mí, por mí, y mi corazón jamás había retumbado con tanto frenesí contra mi pecho. Un segundo después, se corrió como lo hace una diosa. Con el cuello estirado hacia arriba y la boca gritando de gozo. Presenciar aquello hizo que me replanteara la puta existencia. Y tener la evidencia de que ese quejido final de placer tan hermoso que había emitido lo había provocado yo hizo que fuera suficiente.

Suficiente para derramarme dentro de mis pantalones.

Atravesando el éxtasis más absoluto, comprendí que ella también había descubierto mis instintos. Con el movimiento lento y sensual de sus caderas, me acompañó hacia mi propia liberación. Le mordí uno de sus hombros descubiertos y, después, nos quedamos abrazados en la misma posición mientras recuperábamos la normalidad. Al rato, ella se dio la vuelta y su aspecto me traspasó dejando paso a un aturdimiento del que era muy difícil escapar.

Otra vez se había convertido en un animal mitológico, en esa mujer irreal con la que yo había soñado. Y jamás había estado más lejos de la Delilah Williams que alumbraban los focos. Estaba deshecha, tenía el pelo despeinado y los ojos extasiados de liberación.

Y yo solo tenía los calzoncillos mojados.

De repente, la vergüenza se apoderó de mí y reculé hacia atrás al tiempo que me llevaba una mano a la frente para limpiarme el sudor. Agaché la mirada, martirizándome por la cagada que acababa de protagonizar.

—Pensaba ayudarte a libertarte, Ronan —habló ella, hundiéndome aún más en mi deprimente autocontrol.

Decidí subir la cabeza y enfrentarla. Lo que vi me hizo arder en deseos otra vez. El vestido aún más caído por los hombros, la parte superior de los pechos apretados y la falda subida anclada en sus caderas.

—Parece que con tu presencia es más que suficiente —solté con un enorme descaro del que no me enorgullecía.

Encontramos nuestras miradas de nuevo. Ella me estudió de arriba abajo, una y otra vez. Estaba exhausto, mojado y a punto de empalmarme de nuevo. Cuando levantó la cabeza, recuerdo que me llamó la atención cómo su expresión mudaba a otra de absoluta

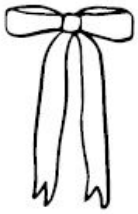
entereza y control. La Delilah bajo los focos. Una sonrisa superficial le trepó por el mentón hasta llegar a sus labios y se colocó bien la ropa con una parsimonia envidiable.

—Tengo que salir para empezar a lidiar con este puñetero circo —dijo con firmeza antes de dirigirse a la salida.

No sabía a qué se refería, porque yo estaba en otra galaxia, suspendido en el espacio exterior. Aún no había logrado regresar del mejor viaje de mi vida. Y eso que había rodado una película a su lado. Cuando por fin bajé a la realidad y quise pedirle que se quedara, Delilah ya se había marchado.

35

¿ALGUIEN ME VE?



Delilah

Ahí estaba de nuevo. El terror absoluto. Siempre que me había sentido así de plena, así de amada, la desgracia se había desplegado ante mis ojos justo después. Porque antes de hacerme daño siempre me hacían sentir bien. Y luego, aparecía la mentira. Porque Ronan iba a ser igual, igual, igual. Y yo había caído en sus redes.

Habíamos ardido en un torrente de abrazos, humedad y placer consumado. Ronan se había separado de mí trayendo consigo el frío exterior que me esperaba como un tanque demoledor. La distracción había terminado. También para él. Ya había conseguido todo de mí, ¿qué sentido tenía seguir con aquello? Y entonces, ¿por qué muy dentro de mí esperaba algo diferente? Me atemorizaba pensar que le había dado poder a otra persona para que me hirieran de nuevo. Después de lo que me había hecho Alan, no confiaba en nadie. Ni siquiera en mí misma.

No quería sufrir otro ataque de pánico delante de él, así que sonreí mientras fingía que todo estaba bien. La realidad era que hubiera hecho un pacto con el diablo para que nuestro atracón no hubiese terminado nunca. Pero acabó, como acaban las estaciones y las tormentas. Como acaba todo lo que tiene un comienzo.

Y ahora Ronan era incapaz de mirarme. Incapaz de decir nada.

A veces, es necesario saber retirarse a tiempo. Antes de que digan nada. Antes de las excusas y las mentiras. Antes de ser tú la que se queda sola y temblando de frío. El orgullo que tanto había aprendido a desarrollar durante toda mi vida y que tenía el rostro de mi madre hizo que me recompusiera antes de salir de allí y poner distancia entre nosotros. Ahí fuera me esperaba un escarnio público que amenazaba con destrozarme. Y no podía dejar de preguntarme: ¿quién era nadie para opinar cuando a una chica le rompían el corazón? ¿Cuántas decepciones más podía soportar ese mismo corazón antes de dejar de latir?

36

HUIR



Ronan

Mis anillos desprendían su aroma. Su esencia estaba anclada en mi piel. Y mis ojos no se habían cerrado en toda la maldita noche. La emoción que me provocaban los recuerdos era tan poderosa que rememoraba el tacto que habían tenido sus labios sobre los míos. Era tan grande la necesidad de ella que me había mantenido en vela a la espera de un nuevo día para correr a buscarla.

Cuando salí de mi habitación esa mañana, el hotel estaba más en calma que de costumbre. Recorrí varias plantas con un nudo en el estómago y enfilé el pasillo que sabía que conducía a su suite. Llamé al menos seis veces con la intención de ponerla contra la pared de nuevo y hundirme en su boca. Pero allí no había nadie. Solo yo con mi silencio y el ruido sordo de pisadas lejanas en los corredores. Volví sobre mis pasos y entré en el ascensor para bajar a la recepción. La chica ya me conocía y, cuando le pregunté por qué no

me habían contestado en la suite de Delilah Williams, solo me respondió:

—Porque hace un par de horas que se ha marchado.

La falta de sueño me golpeó de pronto. ¿Se había ido? ¿Adónde? ¿A dar un paseo o a los putos Estados Unidos?

—¿Y no ha dejado ninguna nota o mensaje para mí? —me atreví a preguntar, sintiendo cómo la esperanza me destruía por dentro.

—Nada, señor —contestó la chica negando con la cabeza—. Lo siento.

Un escalofrío que llevaba su nombre me atravesó la columna.

Había llegado el final, y ni siquiera se había dignado a despedirse después de todo lo que habíamos compartido. Después del encuentro de la noche anterior.

Supongo que así era sentirse usado.

SEGUNDA PARTE
Habitaciones vacías en hoteles solitarios

Ahora

Delilah era mi leyenda viviente.
Ahora comprendía a qué se refería Lana con esa canción.

Todo listo para el estreno de *Heights* en Los Ángeles

Por Charlie Wilson

La alfombra roja ya está desplegada en Hollywood, los focos deseando arrojar su luz y el aroma a palomitas invade las calles de Westwood.

El Village Theatre está preparado para acoger el esperado estreno de *Heights* en la ciudad de Los Ángeles. Como no puede ser de otro modo, toda la atención está puesta en la insólita y atractiva pareja protagonista de esta nueva adaptación de *Cumbres Borrascosas*. El explosivo cartel promocional que inunda todos los espacios publicitarios en el que Heathcliff besa apasionadamente el cuello de Catherine solo ha aumentado el interés en la cinta.

A pesar de todo, el esperado regreso de Delilah Williams a la gran pantalla no está siendo un camino de rosas, pues se ha visto empañado, otra vez, por su inestable vida personal. Lo último han sido las demoledoras palabras de Alan Jones, su expareja desde que hace unos meses el equipo de la actriz publicara un comunicado en el que anunciaba el fin de su relación de dos años de auténticas idas y venidas. El cantante ha querido aprovechar el inminente lanzamiento de la película para conceder una entrevista y poner a su ex contra las cuerdas con declaraciones como: «Mi relación con Delilah Williams ha sido el peor error de mi vida. Ella no es quien creí que era».

Pero no podemos olvidarnos de la otra cara de la moneda. El debutante Ronan O'Connell, recién aterrizado desde Irlanda, está en boca de todos. Internet ya lo ama a la espera de poder presenciar sus minutos en pantalla.

Fuentes cercanas al equipo nos aseguran que los dos actores están juntos en el famoso Chateau Marmont. ¿Nos encontramos ante un nuevo fenómeno de masas?

1

LA DANZA DE LOS PÁJAROS



Ronan

El odio era un sentimiento poderoso que te empujaba a vivir. Una fuerza que te impulsaba a querer arrasar con todo. Mientras caminaba por el desierto de Mojave, al sur de California, me sentía más vivo que nunca. No era que el último año no hubiera disfrutado de cada una de las oportunidades dentro del mundo del entretenimiento que se habían abierto ante mí. Lo había hecho, sí. Habían aparecido otros papeles, otros personajes, otros proyectos interesantes, pero ninguno de ellos había sido *Heights*. Yo estaba a la búsqueda de lo impredecible, algo que me mantuviera al borde del precipicio. Y ahora percibía otra vez mi corazón acelerado. Y solo porque Delilah Williams se sumaba de nuevo a la ecuación después de un año sin saber de ella.

Todo estaba preparado para la sesión de fotos. El equipo se había desplegado sobre el terreno llano y seco y la concentración se reflejaba en cada uno de los rostros a los que me dedicaba a

saludar. Cuando me acerqué al tramo acotado de la localización, vi el burro con toda mi vestimenta. Al lado, el de ella, el doble de grande y voluminoso. Y mis piernas se ablandaron al pensar que nos mezclaríamos de nuevo.

El horizonte se extendía hacia el infinito y el cielo nos rodeaba por los cuatro costados. La luz naranja que antecedía a los violetas del atardecer caía sobre nosotros. La temática de la sesión era más bien minimalista y de una belleza salvaje. Un desierto antes del anochecer, la brisa haciendo ondear nuestro pelo, un caballo blanco, ella y yo. Nada más. Cuando levanté la cabeza, el animal estaba parado frente al paisaje, sereno y poderoso. A unos metros, Lisa Evans, la famosa fotógrafa de celebridades, danzaba alrededor de él disparando con la cámara.

Fue su olor lo que me hizo saber que ella había llegado y que estaba detrás de mí. El aroma a canela se coló por mi nariz y los recuerdos de aquellos días en York me golpearon tan fuerte que las montañas lejanas empezaron a difuminarse.

No quería girarme.

Sin embargo, tenía que hacerlo. Porque necesitaba mirarla.

Un año era mucho tiempo. Por más que hubiera aceptado todos los proyectos posibles para abrirme camino en el mundo de la actuación, por más que me hubiera empeñado en mantener la mente y el cuerpo ocupados, por más que cada día libre me las hubiera apañado para volar hasta Dublín para ver a Erin y Finn, ella siempre irrumpía en mis pensamientos. Para Delilah fui solo la distracción durante una fiesta en la caseta de una piscina, nada más. Lo había aceptado, sí, pero aún me quedaba el resquemor de haber confiado en algo que no existía.

Di media vuelta y, entonces, ahí estaba. En lo primero en lo que me fijé fue en el color aguamarina que salpicaba sus ojos. Después,

reparé en toda ella, enfundada en una gruesa y larga falda de paño a cuadros y una camisa con flecos. Estaba arrebatadora, y su pelo largo abandonado al viento remarcaba el poder que emanaba desde la misma tierra. No había cambiado, si acaso resplandecía aún más.

—Ronan —saludó.

—Delilah.

—Ey, chicos —nos llamó la primera asistente de Lisa—. Ya está todo listo, así que cuando queráis podéis acercaros al caballo.

—Ronan no es muy amigo de los animales.

—No sabes lo mucho que pueden cambiar las cosas en un año.

No quiso responder a mi pulla envenenada. En lugar de eso, Delilah enfiló el camino con su impecable sonrisa de siempre y no me quedó más remedio que seguirla. Cuando estuvimos en nuestro sitio, Liza Evans comenzó a darnos instrucciones sobre la dinámica de la sesión y su manera de trabajar. Nos dejaba cierta libertad de improvisación dentro de unas posiciones muy marcadas. Así que nos colocamos al lado del caballo, cerca el uno del otro, y observamos cómo la fotógrafa se alejaba para convocar a su equipo principal.

La brisa del desierto levantaba la arena sobre nuestros pies. Delilah cogió las riendas y empezó a acariciar el pelaje blanco del animal con los ojos cerrados.

—¿Por qué tengo la sensación de que estás resentido conmigo? —No supe si se lo estaba diciendo al animal o a mí, pero la mirada que me dedicó un segundo después de hablar sirvió para sacarme de cualquier duda.

—Porque así es —solté colocándome bien el cuello de la bomber que vestía.

—Pues entonces tenemos un problema.

—Siempre lo hemos tenido, en realidad.

El sonido del disparo de una cámara resonó en el ambiente y ni siquiera me interesé. Mi atención estaba fija en ella, en cómo la luz de la tarde se enamoraba de su piel mientras la coloreaba. El débil destello de un flash nos cayó encima. Y luego otro. Y otro...

—Tenemos que caernos bien por contrato, ¿recuerdas? —dijo Delilah mientras posaba con maestría ante la cámara.

Así era. El día anterior, los productores nos habían citado por videollamada para arrancar de cuajo cualquier enemistad que pudiéramos tener. Las rencillas que habíamos arrastrado Delilah y yo en el rodaje no eran un secreto. Y ellos querían asegurarse de que nada ni nadie empañara una promoción en la que se había invertido demasiado. Así que nos habían reunido con la excusa de informarnos de los detalles de la gira de promoción de *Heights* y nos habían recordado, *amablemente*, la cláusula de moralidad de nuestro contrato, la cual nos prohibía hacer nada que pudiera dañar la reputación de la película. Eso incluía enfrentarnos de manera pública. Por el contrario, debíamos mostrar una relación idílica entre dos compañeros actores que se habían convertido en amigos. Delilah y yo habíamos escuchado sin rechistar al otro lado de la pantalla. Y, en ese momento, sentía por ella un odio enquistado que nada tenía que envidiar al resentimiento de Heathcliff.

—Tenemos que *fingir* llevarnos bien. Que no es lo mismo que llevarnos bien —la corregí—. Creo que podré hacerlo.

Ella me miró enarcando una ceja, angulosa y elegante como el ala de una gaviota.

—Y también estaría genial que controlaras a tu novio —repliqué, envalentonado—. No es justo que esté empañando el estreno con sus declaraciones después del trabajo que hemos hecho.

—No es mi novio.

—¿Estás segura? Dijiste lo mismo la última vez.

—¡Muy bien, chicos! —gritó Lisa acercándose a nosotros con su cámara—. ¡Me encanta cómo la miras, Ronan! Vamos a hacer una tanda en la que los dos os contempláis con pasión y también con algo de rencor. La luz está preciosa y vamos a sacar todas las fotos del tirón.

Nos miramos.

Flash.

Nuestras miradas desempolvaron una rivalidad conocida.

Flash.

Sus putos ojos me hechizaron.

Flash.

Mi boca se abrió por el deseo.

Flash.

—No entiendo por qué te comportas así —murmuró Delilah acercando su rostro al mío—. Al final todo salió bien. Mejor que bien. Lo logramos.

Flash.

—Eres la chica más inteligente que conozco, no hace falta que te cuente los motivos, ¿verdad?

El destello del flash iluminó la incomprensión en su semblante.

—No me conoces —me cortó ella—. Y tú ya no eres el mismo.

—Exacto. Ya no soy el idiota de antes.

—Creo que ahora incluso lo eres más.

Le puse una mano en la nuca y la observé desde arriba mientras respirábamos el mismo aire. Una ráfaga de disparos descontrolados se cernió sobre nosotros.

—Estoy intentando parecerme a ti, reina del desierto —le susurré —. Y, viendo tu reacción, debo de estar haciendo un trabajo cojonudo.

—¿Por qué? —Sus ojos desbordados de sorpresa fueron un regalo que no había pedido.

—Porque tienes la misma cara de fastidio con la que yo me levantaba cada mañana cuando estábamos en el rodaje.

Flash.

—Delilah —la llamó la fotógrafa—. Ahora quiero que te montes en el caballo y te tumbes sobre él. Y tú, Ronan, aléjate un poco y simplemente obsérvala. Embelesado. Saca todo lo que tengas dentro.

Hicimos lo que nos pedía con una contundente profesionalidad.

Y, cuando me llegó el momento de mirarla, quise enterrarme en todo mi rencor. Delilah estaba encima del caballo, tumbada de espaldas. Su melena caía sobre el lomo y sus piernas apretaban al animal. Me miraba con la cabeza ladeada. Y yo la miraba a ella. La agitación que sentía dentro se debía a su presencia. Solo a su presencia.

Detestaba admitirlo, pero, cuando Delilah y yo nos juntábamos, las cosas encajaban, se transformaban, viraban en la misma dirección. Todos los elementos de la naturaleza estaban en su sitio. La armonía reinaba, a pesar de nosotros. De las diferencias. De las tensiones. Éramos como una bandada de estorninos coordinándose en la danza del atardecer. Una cosa innata. Y eso era algo que ni siquiera mi odio podía hacer desaparecer.

2

ODIABA A DELILAH WILLIAMS



Ronan

De Delilah odiaba la solidez y la elegancia de cada uno de sus pasos.

Odiaba que su acento británico en la película fuera incluso mejor que el mío.

Odiaba el silencio que se hacía en una habitación cuando entraba.

Odiaba su voz.

Su exquisita técnica para meterse en el personaje exactamente tres segundos antes de que la cámara empezara a grabar.

Odiaba su indiferencia.

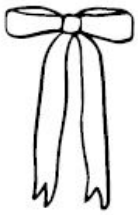
Y el dorado de Nueva York cayendo sobre su cabello.

Pero, sobre todo, odiaba no poder apartar mis ojos de toda ella. De esa criatura celestial sentada en el puto trono de mi reino.

Por aquellos días, yo me limitaba a contemplarla y a fingir que no lo hacía. Y por las noches soñaba con su azul, y con su verde. Con esa mezcla tan suya que era la aguamarina.

3

EL DORADO ERA UN DISFRAZ



Delilah

El espejo reflejaba una imagen poderosa. Mi rostro maquillado y preparado para enfrentarse al mundo. Las ondas de mi cabello cuidadosamente moldeadas, cayendo en cascada sobre mi espalda. Y el atuendo perfecto para envolver a una estrella de cine. Un vestido encorsetado que se abría en una falda acampanada sobre la cintura y que recordaba al de una princesa. El color dorado me cubría todo el cuerpo, combinando a la perfección con mi piel clara. Cada rincón de la tela brillaba con una fuerza cegadora, como si un manto de estrellas hubiera inundado un amanecer.

La vuelta de Delilah Williams a la alfombra roja era inminente. Su imagen, deslumbrante. Entonces, ¿por qué no me reconocía mientras me observaba en la soledad de mi habitación de hotel? ¿Quién era realmente esa persona que me devolvía la mirada? Pensé que quizá nunca había sabido quién era en realidad. Al principio, había seguido el mandato de una madre obsesionada y

comprometida con el mundo del espectáculo. Después, el peso de la industria me había arrastrado con su exigencia y su ritmo descomunal. Era la viva imagen del éxito, de una chica que vivía dentro de su propio sueño y que marcaba tendencia con cada paso que daba. Y había llegado un momento en el que era la opinión pública la que dictaba mi camino. La que tomó el control. Ese era el precio que tenía que pagar. Y me consideraba afortunada de hacerlo.

Sin embargo, de nuevo el vacío que se abría en mi interior amenazaba con tragarme entera. No era *nadie*. A pesar de que todos creían saber quién era yo. Nunca sabes cómo empieza el descenso a los infiernos. Es algo paulatino que pesa cada vez un poco más. Pero llega un día en el que reconoces el fondo duro y frío que tocas con los pies. En mi caso, había sido una semana después de retomar mi relación con Alan a los dos meses de terminar el rodaje de *Heights*.

Si hubiese visto a alguna mujer recibir de nuevo en su vida al hombre que no la había apoyado en su carrera, que la había traicionado y que había buscado herirla de la manera más pública posible, no lo habría entendido. Pero cuando yo misma lo viví en mis propias carnes, me di cuenta de lo complicada y oscura que puede ser la vida. Por primera vez, estaba sola, muy sola. Sin mi omnipresente madre guiándome por el camino, sin Alan, sin una Jane que había regresado a casa para acompañar a su tía enferma, y sin un rodaje en el que pudiera volcar todas mis obsesiones. Los pensamientos destructivos y de autodesprecio no tardaron en aparecer y tomaron el control de mi mente. Era insuficiente, estaba rota, vacía. Era una mala actriz. También una mala persona que no paraba de fingir porque no sabía si realmente tenía algo propio que ofrecer.

Y fue en ese momento cuando Alan llamó a mi puerta. Al principio me resistí, pero sus disculpas, sumadas a los bonitos recuerdos compartidos, terminaron por convencerme. Dejé un resquicio abierto a la posibilidad de darle una nueva oportunidad, y Alan la aprovechó, implacable. Cuando me quise dar cuenta, estaba entre sus brazos envuelta en la mentira que era su amor. Un consuelo temporal, un parche para mi herida que me pudría la piel.

El agua caliente de la ducha me caía sobre la cabeza cuando pensé que el amor no debería ser como un cuchillo afilado que te rozaba el cuello. Tampoco como una sensación de terror absoluto hacia el futuro. Pero yo necesitaba que funcionara. Porque no quería estar sola. Y también porque ansiaba un equilibrio en mi vida, aunque ese equilibrio fuera un espejismo. Me había pasado el último año haciendo malabares entre volver a lanzar la imagen impoluta de una de las artistas jóvenes más amadas de Hollywood y el intento de salvar una relación tóxica que se alimentaba de su propio veneno. Hasta que el engaño fue tan grande que tuve que recular y alejarme de lo que me hacía sangrar por dentro. Alan Jones se había ido de mi vida con el orgullo machacado y jurándome que aquello aún no había terminado.

Las semanas habían pasado entre el terror de las noches solitarias y el compromiso que había adquirido con un proyecto que me había hecho feliz en medio de la tormenta. Más allá de la gira de *Heights*, mi futuro era incierto. A pesar de mi vida de ensueño. A pesar de tener mucho más de lo que cualquier mortal pudiera llegar a imaginar. A pesar del dinero, de la fama y del lujo. Cuando el corazón estaba roto, todo lo demás desaparecía. Y la culpabilidad por ser la mayor privilegiada del planeta y, al mismo tiempo, la chica más triste del universo me consumía día a día.

Solo deseaba agarrarme a algo sólido. Dar mi mejor versión para la promoción de una película que había sido mi bote salvavidas. Añoraba las semanas que había pasado en Inglaterra, la familia que se había creado dentro del set. Añoraba el talento con el que Eliza me había dirigido. Su confianza plena y ciega. Añoraba perderme en el guion y en los diálogos de Catherine Earnshaw. Y lo añoraba a *él*. La sensación de compartir los días con Ronan y de que ambos navegásemos en la misma dirección. Esa atmósfera que se creaba cuando los dos nos poníamos frente a la cámara. El día anterior, en la sesión de fotos para la portada de *Views*, había comprobado con cierto alivio que aquella conexión irreprimible no había desaparecido entre nosotros.

Pero ahora Ronan me odiaba.

Y yo sabía que no había vuelta atrás después de la línea que habíamos traspasado en aquella caseta de la piscina. El deseo nos dominó. Y, en todo este tiempo separados, había hecho lo imposible para no recordarlo a él en aquel momento, lo que habíamos sido entre jadeos y respiraciones agitadas. Lo había conseguido a duras penas, hasta que se cruzó de nuevo en mi camino con todo lo que él era. Con todo lo que había significado.

4

LA CIMA



Ronan

Estaba sufriendo un ataque de algún tipo. La ansiedad y la preocupación se habían colado dentro de mí para sumirme en un estado de sobreexcitación insoportable. En el hall del Chateau Marmont, mi equipo revoloteaba a mi alrededor encargándose de que el traje negro combinado con la perla blanca que decoraba mi oreja estuvieran en su sitio. La maquilladora me pasó una última ronda de brochazos por la frente para aplacar los brillos que surgían de mi rostro caldeado. Reconozco que tuve miedo de que mi cuerpo no pudiera moverse cuando fuera la hora.

Porque había llegado el día con el que había soñado toda mi vida.

El estreno de una de mis películas en Hollywood.

Estaba orgulloso de todo el trabajo que habíamos hecho. De la maravilla que habíamos creado. Pero nunca podías anticipar la respuesta de los críticos. Tampoco la del público. Incluso cuando

algunos rumores presuponían una expectación gigante por la película.

Para mí, era la primera vez. Y, como toda primera vez, era aterradora. En el teatro veías de inmediato la respuesta del público, la sentías antes incluso de que el telón bajase. En el cine tenía que esperar, y eso me impacientaba. Las manos empezaron a temblarme cuando se oyó un murmullo cada vez más ruidoso colándose por el patio del hotel. Giré la cabeza en dirección a los arcos de mármol que nos rodeaban y toda mi atención se dirigió al destello dorado que se impuso a todo lo demás. Delilah Williams venía hacia nosotros con elegancia y un control absoluto de la situación palpitando en su mirada. El temblor de mis manos se detuvo, porque mi mente estaba demasiado ocupada observándola existir. La estancia se convirtió en un río de diamantes dorados arrastrados por la corriente. Ella era toda la belleza que había en el mundo condensada en un solo cuerpo. Pero también había algo de peligro detrás de la belleza. ¿Un pasaporte a la locura, quizá? Sin poder remediarlo, los recuerdos de la última noche que habíamos compartido en aquella fiesta en Inglaterra atravesaron el escudo de mi mente.

Y percibí su sabor en mi lengua. Joder.

Delilah se detuvo a unos metros de donde estaba. El séquito que era su equipo se empeñaba en dar los últimos retoques a una imagen inmejorable. Cuando me miró, mi corazón derrapó en esos labios de color cereza, los mismos de aquella noche en aquella maldita caseta de la piscina. Le devolví un saludo serio, ansioso por esconder todo el miedo que no sabía controlar.

—¡Ey, chicos! —gritó Leah desde un lateral con su móvil en la mano. Era la mánager que se iba a encargar de la promoción de la película—. ¡Los coches nos están esperando fuera! Hay que salir

porque ya llegamos tarde. Las estrellas pueden retrasarse, pero tampoco llegar al día siguiente...

Después, todo se aceleró y me vi arrastrado y escoltado por un barullo de gente hasta la salida. Apenas tuvimos tiempo para fijarnos en los fotógrafos que nos esperaban allí porque nos montamos a toda velocidad en los coches y pusimos rumbo al Village Theatre.

Tras veinte minutos de camino en los que me había abstraído contemplando las palmeras desfilar por la ventanilla, no estaba preparado para afrontar la magnitud de aquello. Igualmente, tuve que apearme del coche en cuanto se detuvo frente al cine donde los medios estaban congregados y la gente esperaba impaciente.

Cuando posé los pies en el suelo, me miré las manos. El anillo de águila brillaba en el dedo índice y pensé en aquel animal. En la leyenda que un día le había contado a Delilah. Los gritos y los vítores que provenían desde las vallas dispuestas en la acera me llevaron directamente a la realidad. En ese momento, el ahora se solapaba con los sueños que había tenido despierto mirando al techo de mi habitación. Cientos de personas esperaban, ilusionadas, levantando los móviles y agitando en sus manos decenas de carteles. En la mayoría de ellos se podía ver el rostro de Delilah. Y todos gritaban estimulados por los primeros invitados que comenzaban a desfilar por la alfombra roja.

El sonido era ensordecedor y la felicidad de aquel acontecimiento me tenía paralizado. Hasta que la mano de Leah me agarró del brazo y me condujo hacia el mismo centro de atención. Me vi obligado a levantar la palma en un simpático saludo a medida que escuchaba mi nombre resonar por todos lados. Las sonrisas, los gritos, las luces. Todo aquello era algo tan distinto a lo que hasta entonces había sido mi vida... ¿Acaso era real? ¿O era algo que

llegaba para luego dejar un vacío? Lo que estaba claro es que ese día había llegado. Eso era el ahora, siendo perfecto tal como estaba sucediendo. Abrí la boca en una sonrisa exultante de felicidad y enseguida alcancé la entrada lateral del *photocall*.

Y allí estaba ella.

Por segunda vez ese día, creí que iba a desmayarme.

El tiempo se detuvo mientras la observaba posar y abrirse como una flor en primavera delante de las cámaras y las luces que rebotaban contra el brillo de su vestido.

«¡Delilah! ¡Aquí!».

«¡Delilah, estás guapísima!».

«¡Delilah, por favor! ¡Regálanos una de tus sonrisas!».

«¡Delilah, la cámara te adora!».

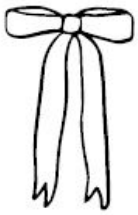
De lejos, Delilah parecía una figura de mármol imponente e inalcanzable. Pero de cerca yo había visto las grietas. Quizá otros no las percibieran debido al destello de su luz innata y perfeccionada con los años. Pero yo las veía. Eran oscuras, se abrían sobre su cuerpo etéreo y, a veces, de ellas supuraba la tristeza.

—Ronan, es tu turno —murmuró Leah en mi oído, sacándome del trance.

Caminé hacia el *photocall* invocando la fuerza que llevaba dentro de mí. Cuando me paré delante de aquella masa de gente que me reclamaba, me acordé de mi madre. Me pregunté si me estaría viendo desde dondequiera que estuviese. Si se sentiría orgullosa del niño que trajo al mundo. Entonces los gritos se dirigieron a mí, y las luces cegadoras de los flashes me engulleron.

5

EL NACIMIENTO DE UNA ESTRELLA



Delilah

Me observé deambulando por los páramos de Yorkshire enfundada en el disfraz de Catherine y envuelta en la luz azul del amanecer. Era un fantasma que atravesaba una soledad llana e infinita. El broche perfecto para la película de Eliza Grey. Cuando los créditos finales aparecieron en la gran pantalla, letras blancas sobre negro, la ovación fue atronadora. Mi sangre se convirtió en un líquido caliente y espeso de pura adrenalina y el instinto me empujó a buscar la mano de Eliza, sentada a mi izquierda. Ella, con la emoción pintada en la cara, me sonrió con orgullo. Los aplausos resonaban en cada rincón del teatro y tuve la necesidad de mirar hacia el otro lado. A mi derecha, Ronan estaba sentado, callado y envuelto en un elegante traje negro que acentuaba su atractivo.

Nuestra actuación había traspasado la pantalla de tal manera que, perdida en el visionado, había llegado a creerme ese amor terrenal e imposible cubierto de tierra y venganza. Me había dejado llevar por

las sensaciones que transmitían nuestras miradas. Había creído en ellos. Yo, que había estado al otro lado, donde las mentiras se descubrían. ¿Qué iba a sentir entonces la gente que viera la cinta? ¿Qué estarían sintiendo en aquel momento todas esas personas que lanzaban vítores alzando la mirada hacia los asientos en los que nos encontrábamos?

Esbocé mi sonrisa más famosa, pero esta vez el orgullo latía dentro de ella. Olvidándome de lo expuesta que estaba en ese instante y del rencor que él me guardaba, me acerqué a Ronan para dejar mi boca a pocos centímetros de su oreja.

—Ronan O'Connell, vas a convertirte en una estrella —le susurré.

6

OTRA VIDA



Ronan

La chica que tenía delante me había dicho su nombre hacía solo unos minutos, pero yo ya no lo recordaba. La fiesta posterior al estreno estaba en su punto culminante y ya había perdido la cuenta de las personas que se me habían acercado a felicitarme entre elogios y curiosidad por saludar al desconocido actor protagonista. Dudaba de si al día siguiente recordaría algo de todo aquello debido al estado de frenesí en el que me encontraba y que no conseguía apaciguar.

En medio del barullo y con una copa de whisky en la mano, reparé en la chica sin nombre. Tenía un aspecto radiante, con el pelo castaño peinado en un recogido hacia atrás y los labios brillando en color rosa. No dejaba de sonreír mientras intentaba llamar mi atención con su conversación.

—Ha sido impresionante, Ronan, de verdad que sí —me elogió—. Estás increíble en la película, con ese pelo rebelde cayéndote por la

frente. Tienes unos planazos espectaculares y ese porte de chico malo en busca de venganza te va a abrir muchas puertas. Ya lo verás.

—Gracias... —contesté dubitativo antes de dar un trago a mi copa —. Me alegra que hayas disfrutado de la película y que...

—Créeme —me interrumpió—. Entiendo de estas cosas y ahora mismo tu cara es una de las más buscadas en internet —me informó sacando su móvil de un pequeño bolso—. Ahora tendrás que acostumbrarte a la fama. Y disfrutar de todo lo que trae. Te aseguro que muchas de las personas que están en esta fiesta quieren terminar la noche en tu habitación.

Claro, al igual que ella. Al menos eso me daban a entender sus ojos acaparadores y anhelantes de atención.

—Debes tener cuidado con quién se te acerca —me advirtió con una ceja alzada.

—¡Eh! ¡Amigo! ¡Aquí estás! —Noté la mano de Finn posándose en mi hombro con fuerza—. Lo siento, preciosa, pero tengo que llevarme a Ronan porque lo necesitan urgentemente.

La chica le dedicó una mirada amenazadora. Le sonreí a modo de disculpa y dejé que mi amigo me arrastrara hacia una parte de la barra donde nos esperaba Martha. Ella y Finn habían volado a Los Ángeles el día anterior para acompañarme al estreno. Nunca te sentías tan solo en la vida como cuando pasabas por una mala época y no tenías la red de seguridad de tu familia. O también como en aquel momento, a las puertas de algo grandioso que celebrar sin nadie con quien compartirlo. Pero ellos hicieron que no fuera así. Mi amigo se había empeñado en escoltarme y, por lo visto, había sido la mejor decisión de su vida, si teníamos en cuenta el alcohol que llevaba en la sangre y la sonrisa permanente pintada en su cara mientras alardeaba de ser mi amigo. Martha era una de mis

compañeras de teatro, con la que mantenía una buena amistad y con la que compartía un amor descomunal por la interpretación. Y ella se había empeñado en acompañar a Finn.

—Menos mal que apareces —dijo Martha con ojos divertidos—. ¿Otra chica te ha atrapado en su red?

—Negativo. —Finn estaba exultante—. Pero solo gracias a mí. De nada, por cierto.

La verdad era que no podía sentirme más agradecido a esos dos. Ante toda aquella avalancha de atención, se respiraba mejor con alguien de confianza al lado. La mayor parte de la noche me habían cubierto las espaldas, impregnándose de aquel mundo que se abría bajo mis pies y que era tan extraño para mí como para ellos.

—¿Os hace falta algo más? —quise saber, centrando toda mi atención en mis amigos—. ¿Os lo estáis pasando bien?

—¡Ronan O'Connell! —vociferó Finn haciendo que se girara hacia nosotros una pareja que estaba sentada al lado—. ¡Relájate! ¡Es tu noche! ¡Y tengo como amigo a la persona más famosa del puto planeta!

—Tampoco te pases. ¿Queréis tomar algo más?

—Jamás voy a negarme a tomar algo más. —Como si no lo conociera—. Una copa de whisky de ese tan caro.

Asentí con una sonrisa y llamé al camarero, que me atendió al instante y le sirvió la bebida a mi amigo. Este se llevó la copa a la boca y, después de dar un sorbo infinito y quedarse mirándome durante al menos un minuto, habló.

—Esto es la hostia de lujoso, Ronan. ¿Cómo puede cambiar tanto la vida de alguien en tan pocos meses?

Me encogí de hombros. Hacía tiempo que vivía en mi propia nube.

—Espero que todo el brillo y este clima soleado no escondan lo que en realidad eres... —oí decir a Martha.

—¿Y qué es lo que soy exactamente?

—Eres un actor comprometido con el arte y con las injusticias. Y siempre has preferido el teatro, ¿no es así?

—Creo que ahora soy simplemente un privilegiado.

—Mierda. Lo hemos perdido, Martha.

—¿Piensas que por ser un privilegiado no puedes comprometerte con algo?

—¿Sinceramente?

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que en este mundo de apariencias todos rehúyen de cualquier cosa que tenga un trasfondo. Aquí mandan las modas —declaré—. Y todos bailan al son de la tendencia del momento, sea cual sea.

—¿Hola? Estoy aquí, también soy parte de esta conversación —nos interrumpió Finn llamando nuestra atención—. Me aburre ese rollo intelectual que os traéis. Trabajo en un pub, a mucha honra, y no me gusta el teatro ni leer libros —se quejó entre trago y trago, y finalmente sonrió con malicia—. Hablemos mejor de Delilah Williams.

Su nombre me escoció por dentro y dirigí mi mirada hacia él, de pronto más interesado en todas esas tonterías que salían de su boca.

—¿Qué pasa con Delilah?

—He hablado con ella y me ha contado cosas.

—¿Te ha contado cosas? —solté, abriendo los ojos—. ¿A ti?

—Me la esperaba mucho peor después de todo lo que nos dijiste de ella —admitió.

—Eso es cierto. Es muy amable y cercana —añadió Martha—. Y parece que te tiene mucho aprecio. Ha sido una de las pocas que esta noche ha estado pendiente de nosotros.

Estaba atónito, con la boca abierta en medio de esa fiesta de gente poderosa con la que no tenía nada en común. Gente entre la que se encontraba Delilah. Ella y mis amigos en un mismo saco era algo inimaginable. Como la posibilidad de que hubiera vida en la superficie de Venus. Algo que no podía suceder.

—¿Vosotros dos os habéis olvidado de que es una de las mejores actrices de Hollywood?

—¿Insinúas que estaba fingiendo? —preguntó mi amiga, llevándose la mano al pecho con indignación.

—Os aseguro que estaba fingiendo.

—Fingiendo o no, nos ha soltado cosas bastante bochornosas sobre ti. —Finn sonrió con todos los dientes.

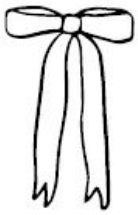
—¿Estáis de coña o qué? —pregunté como pude a medida que mis mejillas se acaloraban.

—¿Qué es eso de que eres un auténtico negado para los caballos?

El calor se intensificó tanto que tuve que quitarme la chaqueta. Después, me pasé la siguiente hora narrándoles a mis amigos las anécdotas más catastróficas del rodaje. Su compañía hizo que me crecieran las alas, que esa noche me sintiera invencible en la ciudad de las estrellas.

7

LAS PISCINAS



Delilah

A las seis de la madrugada, la piscina del Chateau Marmont estaba desierta. El viento en calma y ni un solo ocupante en las tumbonas tapizadas en color naranja. Las sombrillas blancas destacaban sobre la vegetación verde oscura de los alrededores. No había rastro de los trabajadores que se encargaban de poner todo en funcionamiento cada mañana. Cerré los ojos y me dispuse a disfrutar de esa quietud envolvente tan opuesta al frenesí de la fiesta que acababa de abandonar. Sentada en el bordillo de la piscina y con la falda del segundo vestido de la noche —más sencillo, y también dorado— arremangada, sumergí los pies en esa agua de un tono indefinido entre el verde y el azul. Moví los dedos como si estuviera mezclando acuarelas y, entonces, oí un ruido en medio de aquel silencio.

Abrí los ojos, alcé la cabeza y me lo encontré allí. Ronan estaba de pie en el lado opuesto de la piscina, con la americana en la mano y los botones de la camisa desabrochados. Nos saludamos a nuestra

manera, con esa mirada afilada de desafío que alzaba murallas entre los dos. Sin despegar sus ojos de los míos, se quitó la camisa con un movimiento felino y dejó al descubierto su torso definido. Ahora, uno de sus costados estaba adornado por un águila en pleno vuelo con las garras preparadas para cazar. Tenía que reconocer que aquel tatuaje le pegaba. Aparté la vista del dibujo cuando observé que sus manos se dirigían al pantalón. Sus dedos abrieron el botón y bajaron la cremallera. Después, Ronan se quitó los pantalones y los zapatos y se quedó solo con unos bóxers negros, a juego con su pelo, ahora más corto que hacía un año, con más cantidad por la parte superior de la cabeza que por los costados.

Él continuaba mirándome, al igual que yo a él. Sin pizca de vergüenza. Aquellos días no cruzábamos más palabras de las estrictamente necesarias, pero que Ronan estuviera así delante de mí me parecía natural. No quise ahondar más en ese pensamiento y detuve mis ojos en su rostro intimidante, serio y manchado con trazos de color rosado en sus mejillas, resultado, supuse, del carmín de los besos que se habían posado allí a lo largo de la noche. Me lanzó una última advertencia con la mirada antes de tirarse a la piscina de cabeza.

«Lánzate tú también si te atreves», imaginé que había querido decirme.

Pero me mantuve impasible, en calma, sentada en el bordillo con la espalda recta y los pies sumergidos. Segundos después, Ronan emergió del agua, se sacudió el pelo y se lo peinó hacia atrás con los dedos cubiertos de anillos, antes de quedarse a un par de metros de distancia de donde yo me encontraba.

—Sabes que la piscina está cerrada y que a estas horas está prohibido el baño, ¿verdad? —Mi voz sonó firme en medio de la quietud del lugar.

—¿Crees que esta noche alguien me va a decir algo?

Tenía razón. Era el nuevo *enfant terrible* del gremio. En cada una de mis conversaciones de ese día, había aparecido su nombre. Y no habían sido pocas.

—Todos me reclaman como si fuera una especie de dios o algo parecido. Es raro de cojones. —Sus labios mojados se curvaron hacia un lado, en una media sonrisa tensa—. Incluso Tim Johnson, tu agente, me acaba de decir que quiere que me convierta en su representado.

Ladeé la cabeza en un gesto amable porque no quería que supiera que yo ya lo sabía. Desde hacía meses, en realidad. Había sido yo quien había empujado a Tim a tomar la decisión porque había tenido la oportunidad de apreciar en primera fila el talento de Ronan. Y porque, por suerte o por desgracia, sabía cómo funcionaba el mundo del espectáculo.

—Me alegra saber que a partir de ahora vas a tener a tanta gente alrededor que ya nunca vas a encontrar un ratito para estar aburrido —bromeé mientras movía las piernas dentro del agua en una danza relajante.

—No hacía falta que mintieras delante de mis amigos —soltó él al cabo de unos segundos—. Ellos saben que tú y yo no nos llevamos bien. Y no se van a ir de la lengua, por si acaso te preocupa el contrato.

Mis ojos se entornaron escapándose de mi férrea expresión de control.

—No lo he hecho por eso —le dije.

—Ah, ¿no?

Era oficial: el capullo de Ronan O'Connell me veía como un auténtico demonio americano. Lo supe por la mueca repleta de sarcasmo que me estaba dedicando en ese momento.

—Claro que no —sentencié con voz cortante—. Me parecía apropiado saludar a la gente que ha venido desde tan lejos para apoyar a uno de mis compañeros. Sobre todo porque se los veía bastante solos mientras tú te paseabas de un lado para otro presentándote a cada una de las chicas de la fiesta.

La sorpresa explotó en su rostro. También en el mío. No tenía ni idea de dónde habían salido esas palabras. Tal vez del tiempo, entre copa y copa, que me había dedicado a observarlo para distraerme durante la fiesta.

—Por lo visto, también tienes la habilidad de cotillear además de la de quejarte por todo —expuso él, sin más, dejando que las ondas del agua lo mecieran.

—¿Por qué me odias tanto? —quise saber—. ¿Por qué ahora me tratas como si no existiera, Ronan?

Él me recorrió el cuerpo con la mirada a medida que se acercaba, nadando, hacia el bordillo donde yo estaba sentada. Luego, apartó sus ojos de mí. Esa pequeña batalla la había ganado yo, porque lo seguí observando cuando se alzó con los brazos sobre la piedra y salió de la piscina. Cuando sacudió la cabeza como un león, me salpicaron algunas gotas. Ronan estiró el brazo para alcanzar una toalla olvidada en una de las hamacas y se la colocó sobre el cuello antes de detenerse a mi lado.

—Quizá... —empezó a decir—. Quizá te odio porque enterré mis dedos en ti y al día siguiente desapareciste.

Su sinceridad, tan cruda, me dejó sin palabras. Con el corazón acelerado en medio de la madrugada y con un calor que no podía controlar subiéndome a la cara. Aquella noche, en la fiesta de fin de rodaje, en ningún momento me planteé que él pudiera sentirse abandonado.

—Podemos... —No sabía qué decir, pero él esperaba, acechante—. Somos adultos, Ronan. Podemos olvidarlo y comenzar de nuevo.

Él negó con la cabeza y miró hacia un lado.

—Aquella vez me dijiste que eso era imposible —recordó.

—Me equivoqué. Los dos nos equivocamos y nos dejamos llevar por la magia del momento.

Su carcajada rajó la apacible atmósfera azulada en la que nos encontrábamos, y mi cuerpo se encogió.

—Bueno, supongo que estás hablando por ti —declaró él—. Adiós, Delilah.

Sus manos, que ahora quedaban a la altura de mis ojos, me hicieron volar al pasado. El vientre se me contrajo. Un apetito animal se despertó dentro de mí. Más que el placer que me habían provocado sus dedos, yo anhelaba que alguien me tocase del modo en el que él había acariciado mi espalda, mi nuca, todo mi cuerpo.

Cuando regresé al presente, observé cómo Ronan daba media vuelta, recogía su ropa y se marchaba por el mismo lugar por el que había llegado.

Un amor inmortal en los páramos de Yorkshire
Crítica de *Heights*, de Eliza Grey

Escrita por Emma River

La reciente adaptación del clásico de la literatura gótica romántica nos presenta una nueva mirada repleta de realismo, sensualidad y una fuerza visual arrolladora.

La *Cumbres Borrascosas* dirigida por Eliza Grey es un viaje a la conocida historia de dos personajes azotados por la vida y por su amor frustrado, todo ello expuesto desde una perspectiva poética y una ambientación abrumadora que define a la perfección las emociones desbordadas, la dureza del entorno y la violencia contenida de una sociedad férrea y despiadada.

Pero, sin duda, lo que enaltece este filme son las actuaciones estratosféricas de sus dos protagonistas. El relato vive a través de la mirada omnipresente de Delilah Williams y su impecable representación del carácter temerario e impulsivo de Catherine. Una actuación que la lanza de nuevo a la primera plana y que vuelve a situarla entre las actrices jóvenes con más talento del panorama actual.

El Heathcliff de Ronan O'Connell es otra gran sorpresa. Su personaje se asienta en un rostro salvaje que contiene todo el horror y la crueldad a los que se ve sometido. Y ese mismo rostro se transforma, años después, en uno lleno de violencia y rencor, el de alguien a quien el perdón y la redención le resultan imposibles.

Es incuestionable que la dupla Delilah-Ronan, con su química colosal que nos recuerda a unos Vivien Leigh y Clark Gable modernos, es la raíz del sorprendente éxito de esta cinta entre los más jóvenes. Su amor sin adornos, la pasión más vulnerable y la belleza de lo inconquistable se convierten en el camino a la locura. Y no podemos olvidarnos de esa íntima escena entre Cathy, Heathcliff y una

pluma, que ya se ha convertido en una de las más bellas de la cinematografía actual.

8

TORONTO, CANADÁ



Ronan

La fama era como un puño que te golpeaba en el estómago para recordarte que todo había cambiado. De la noche a la mañana, el mundo entero te reconocía, habías ganado unos privilegios desorbitados y también habías perdido algunas libertades sencillas. Como la de pasear por una calle concurrida sin que te interrumpieran. Como entrar en internet sin que los cientos de titulares masivos que te aparecían ante las narices trataran sobre la buena pareja que formabas con tu compañera de reparto.

Las vistas desde mi habitación del hotel frente al lago de Ontario eran espectaculares. Toronto dormitaba de madrugada entre los reflejos de las luces y las siluetas de los rascacielos de la ciudad en el agua. Y, apuntando hacia el cielo, la aguja infinita que era la torre CN. En la terraza de mi habitación, el aire fresco de las alturas me hizo arrepentirme de no haberme puesto una sudadera. Después del que había sido probablemente el día más largo de mi vida, la

adrenalina aún corría por mis venas hasta el punto de haberme privado del sueño.

El cansancio de una jornada extenuante repleta de viajes en coche de un lugar a otro, pruebas de vestuario, entrevistas y más sesiones de fotos no lograba combatir la excitación por esa nueva vida soñada. En lo único que pensé antes de meterme en la cama fue en asomarme a ese balcón de lujo para sacar una foto panorámica del paisaje. Finn me había advertido de que quería documentos gráficos de cada lugar en el que estuviera para que él los mirara muerto de envidia detrás de la barra del bar.

Con una sonrisa en la cara ante el recuerdo de mi amigo, agarré el móvil y saqué la instantánea. Un aroma en la brisa que se levantó me hizo advertir que alguien me estaba observando. Miré hacia un lado. Nada. Luego hacia el otro. Y me choqué con unos ojos conocidos que me observaban desde un piso superior en la fachada lateral. Por lo visto, Delilah tampoco se había encontrado aún con Morfeo. Llevaba puesta una bata de satén y un cigarrillo encendido brillaba en su mano mientras el aire se llevaba los trazos de humo. No nos saludamos desde la lejanía. Solo nos quedamos contemplándonos en silencio. Ella, fumando. Yo, apoyando los brazos en la barandilla para encontrar algo de comodidad. El juego que nos traíamos entre manos me causaba incluso más diversión que el que se podía encontrar en la promoción de la película. Esa misma mañana, Tim nos había sentado a los dos a una mesa. Durante dos horas seguidas tuvimos que escuchar, sin ninguna opción a réplica, lo que no debíamos decir bajo ningún concepto en nuestras intervenciones públicas. También había pautado la dirección que debían tomar dichas intervenciones y lo que teníamos que dar a entender en las entrevistas que ofreciéramos a partir de entonces.

Básicamente, había que representar la relación ideal entre dos compañeros de equipo que se han convertido en imprescindibles el uno para el otro.

Delilah no había parpadeado durante todas las indicaciones de Tim. Y yo la había imitado con miedo a que aquello no saliera bien.

Pero la agenda se impuso con sus tiempos imposibles y nos vimos arrastrados de un lado para otro. Y cada vez nos acercábamos más al borde de una tensión que terminaría por explotar.

Fragmento de una entrevista para el canal Peach and Diamonds

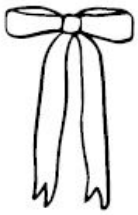
4 millones de visualizaciones
163.000 «me gusta»
21.234 comentarios

PERIODISTA: ¿Qué es lo que más os gusta de vuestros personajes?
DELILAH WILLIAMS: Que es tremendamente fiel a lo que siente en cada momento, sin importar nada más allá de eso.
RONAN O'CONNELL: Su capacidad de adaptación a cualquier circunstancia y su incapacidad de estar lejos de Catherine.
PERIODISTA: ¿Y qué fue lo primero que pensasteis el uno del otro cuando os conocisteis?
RONAN O'CONNELL: Que era la chica más inteligente y talentosa que había conocido.
DELILAH WILLIAMS: Desde el principio pensé que era el chico perfecto para encarnar a nuestro Heathcliff.

La carcajada de Ronan y su expresión de sorpresa roban todo el protagonismo de las imágenes y los dos actores se miran con una sonrisa contagiosa en los labios.

9

BERLÍN Y ROSAS MOJADAS



Delilah

Delan era el término que habían acuñado para nosotros como pareja. El resultado de juntar la primera y la última sílaba de nuestros nombres.

Delilah y Ron**an**.

Delan.

Lo habíamos escuchado en el estreno de la película en Berlín, que estuvo precedido por unos gritos enloquecidos que terminaron por corear al unísono aquel nombre. También lo repetían hasta la saciedad todos los admiradores con los que nos encontrábamos en la calle o en los restaurantes a los que acudíamos. En internet, el término se había viralizado de inmediato. El resultado de todo esto había sido la fuerte creencia de que Ronan O'Connell y Delilah Williams mantenían una relación amorosa. Y de que ese había sido el principal motivo de mi ruptura con Alan Jones. Los adeptos de la estrella del rock estaban por todas partes, gritaban más fuerte que

nadie y emponzoñaban con su odio opiniones escondidas detrás de usuarios anónimos. En los días anteriores, los titulares y los artículos en la prensa amarillista se habían multiplicado y las últimas declaraciones de mi ex no ayudaban en absoluto. Por fin habían encontrado un motivo para la ruptura de la pareja perfecta. Y a una culpable. Delilah Williams, la parte femenina de la ecuación.

Aquello no era más que otra mentira contra la que luchar.

Por otro lado, *Heights* había desatado una fiebre explosiva en todo el mundo y, en medio de tal acontecimiento, estábamos nosotros, la pareja protagonista que no paraba de generar sensaciones entre el público.

Por eso ahora nos encontrábamos en una mansión a las afueras de Berlín, dentro de una bañera enorme de porcelana. Un espasmo me recorrió la columna y pegué mi espalda mojada al pecho desnudo de Ronan. El agua había perdido toda la tibieza del principio, pues el equipo de fotografía llevaba horas trabajando alrededor de nosotros, en el set que habían recreado en aquella habitación.

—¿Tienes frío? —me preguntó Ronan deslizando su aliento demasiado cerca de mi cuello.

Asentí.

—Podemos decirles que renueven el agua y que la calienten de nuevo —sugirió él.

—Créeme, es mejor no perder más tiempo. Así podremos terminar antes.

—Como quieras. A mí no me importa que tardemos más.

Giré la cara para encontrarme con la suya. Con el pelo empapado y peinado hacia atrás, los ojos delineados de negro y los rasgos más angulosos que nunca, era la tentación de cualquiera.

En el espacio reducido de la bañera no nos había quedado más remedio que tocarnos, fieles siempre a las directrices de los fotógrafos y los realizadores. Yo iba ataviada con un top oscuro y rabillos en los ojos estirados hasta el infinito. Ronan había entrado en el agua con un pantalón tejano, dos aros como pendientes y las uñas pintadas de negro. Dos roqueros que se habían caído en la bañera después de una noche de desenfreno. Ese era el punto. El creativo quería retratar lo extremo de la belleza en un blanco y negro lleno de contrastes. La cosa mejoró cuando esparcieron rosas blancas por la superficie del agua y me pusieron una de esas rosas en la mano para que la hiciera partícipe de la escena.

Al principio, estaba demasiado concentrada en hacer bien mi trabajo, por lo que no reparé en la electricidad que emanaba en el ambiente sofocado cuando nuestras pieles entraban en contacto. Pero ya habían pasado horas, su cuerpo caliente se rozaba contra el mío y el fotógrafo nos había pedido unos minutos para hablar con su equipo. De modo que era más consciente que nunca de cómo sus brazos firmes me rodeaban el cuerpo y se apoyaban en el borde de la bañera, envolviéndome por completo. Lo oí masticar una de sus hojas de menta y el olor me atravesó.

—¿Cómo llevas haberte convertido en un ídolo de masas de la noche a la mañana? —pregunté en un intento de alejar un latigazo en el estómago al que no estaba acostumbrada.

—¿Ídolo para quién?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Estoy agradecido por estar viviendo todo esto y por poder hacerlo siendo tan joven... —confesó, aunque de repente dudó si continuar hablando.

—¿Pero...?

—Estamos jugando tan bien nuestro papel que se creen que estamos enamorados, joder. Y tú sales bastante mal parada.

—Siempre ha sido así. Estoy acostumbrada.

—No le has sido infiel a Alan conmigo, Delilah —apuntó él—. No lo has traicionado. Y, en lo que sea que compartimos aquella vez, él nunca estuvo involucrado, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Su asentimiento comprensivo provocó que otro escalofrío agitara mis brazos en un espasmo. Él me posó una mano sobre el hombro para infundirme algo de calor y yo simplemente dije:

—No me importa ser el muro al que dirigen sus ataques, Ronan. Siempre y cuando todo a mi alrededor continúe en equilibrio.

El triste y desconocido pasado de Ronan O'Connell, el actor del momento

Por Joel Lind

Ronan O'Connell continúa con su meteórico camino al estrellato después de que *Heights* lo colocara en el ojo del huracán. El actor de veinticuatro años estuvo el pasado sábado en el programa de Tilda Müller junto a su compañera Delilah Williams, que, según los rumores, también sería su nueva ilusión.

En la segunda parte de la entrevista, después de hacer un recorrido por la temprana carrera de Williams, a Ronan le llegó el turno para hablar de su desconocida vida personal. Fue escueto en palabras cuando dijo: «Solo soy un chico corriente y trabajador que vive en un pequeño piso de Dublín y que pone toda su pasión y su empeño en actuar». A lo que Müller, que es conocida por tener siempre las mejores informaciones, sacó a relucir su difícil adolescencia después de pasar por una decena de casas de acogida antes de cumplir la mayoría de edad.

El actor, cargado de entereza, relató: «Mi madre murió cuando yo tenía doce años y, al no contar con ningún familiar cercano que pudiera hacerse cargo de mí, pasé por varios centros y casas de acogida. Ellos fueron buenos y comprensivos, pero yo era un chico triste que se rebelaba contra el hecho de que su madre ya no estuviera a su lado». El público enmudeció y Delilah borró su característica sonrisa mientras su compañero finalizaba su intervención alegando: «Me hubiera encantado que mi madre viera la película».

Lo cierto es que Ronan O'Connell ha aterrizado en Hollywood para quedarse, y las mejores marcas ya están compitiendo por colaborar con él. Desde aquí le auguramos un futuro lleno de éxito.

10

UN PASILLO SOLITARIO Y LA MADRUGADA



Ronan

Enfilé por fin el pasillo que llevaba a mi habitación en la última planta del hotel. Hacía solo unos minutos que me había despedido de Eliza y de algunos compañeros en el bar de copas de la calle de enfrente. Necesitaba silencio y una cama en la que tumbarme. Era mi tercer día en Berlín y el ritmo de trabajo no había hecho más que aumentar. Por eso, las noches se habían convertido en un pequeño refugio que me mantenía pegado al suelo. Sujeto a la realidad.

A esas horas, el corredor permanecía iluminado por pequeñas lamparitas incrustadas a lo largo de una de las paredes. Estaba pensando que tal vez me tomaría una última copa antes de meterme en la cama cuando algo llamó mi atención. Delilah, que iba en pijama y estaba sentada sobre la moqueta con la espalda apoyada en la pared, me miraba desde la distancia. Ralenticé mis pasos y, cuando llegué a su altura, me detuve.

—Ey —la saludé con un movimiento de cabeza.

—Ey.

Una sombra gris se había posado bajo sus ojos.

—¿Qué haces aquí? —pregunté notando el sabor amargo del whisky en la lengua.

—No puedo dormir. Quería tomar un poco de aire.

—¿Para eso no es mejor salir al balcón?

—En este hotel no hay.

Eso era cierto, así que solo pude asentir.

—Me voy a mi habitación, es tarde y mañana madrugamos.

Delilah apoyó su cabeza contra la pared y recogió las piernas contra su pecho. Y yo aproveché para echar una última mirada a sus pies descalzos sobre la moqueta clara. Aquella me pareció una imagen tierna y alejada del poder que mostraba de cara al público. Empecé a caminar de nuevo para llegar a mi puerta, que estaba unos metros más al fondo.

—Ronan —me llamó con voz suave.

—¿Qué?

Me volví y me apoyé en una de las paredes a la espera de oír su voz de nuevo.

—¿Es verdad eso que contaste en la entrevista...? ¿Lo de tu adolescencia...?

—Sí. Es cierto. Nunca ha sido mi estilo mentir y menos en cosas así.

—Lo siento. Por lo de tu madre, quiero decir.

—No importa. Ha pasado mucho tiempo y ya no estoy en ese punto. —Soné débil y un poco roto, por eso quise alzar una barrera entre los dos—. No todos podemos tener la infancia de ensueño que tuviste tú.

Ella abrió mucho los ojos y luego esbozó la sonrisa más triste que yo había visto nunca. Y la más hermosa, también.

—No pretendía molestarte.

—No lo has hecho —contesté mientras me daba la vuelta para llegar a mi puerta.

Antes de abrir y adentrarme en mi habitación, me descubrí llamándola de nuevo.

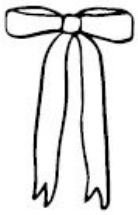
—Delilah.

—¿Sí?

—A veces es mejor simplemente decir la verdad. Porque debe de ser jodidamente agotador mantener una fachada.

11

PARÍS, FRANCIA



Delilah

Eros y Psique estaban envueltos en un abrazo que representaba la antesala de un beso. Contemplé sus cuerpos esculpidos en mármol blanco en medio de una sala vacía del Louvre. Durante un rato, me quedé sumida en la elegancia de los brazos de ella rodeándolo a él; la mano de él sujetando la cabeza de ella con una ternura desgarrada. Aquella era una de las representaciones del amor más bonitas que había visto nunca y, sin embargo, me invadió una tristeza repentina. Sabía el motivo. Nunca me habían sostenido de esa manera, en un acto casi devoto. Nunca había sido reanimada con amor.

Aún me daba vueltas en la cabeza lo que Ronan me había dicho hacía unos días, en Berlín.

Sí. Yo había tenido una infancia feliz. Desde cierto punto de vista.

Nunca me había faltado nada. Ni una casa, ni comida, ni ropa para vestirme, ni lujos que nunca pedí. Tampoco pedí que, con tan solo

cinco años, mi madre me arrancara de la cama casi a diario para conducir horas y horas hasta llegar a las soporíferas y demandantes audiciones.

Tampoco que, cuando esas audiciones empezaron a dar sus frutos, ella decidiera sacarme del colegio para centrarme por completo en mi carrera interpretativa.

No había pedido que mi padre muriera en un accidente de vela cuando yo apenas tenía cuatro años. Y detestaba que mi madre hubiera creado una narrativa en torno a aquella tragedia para conseguir que yo fuera la única niña que lograba llorar de un modo desolador para impregnar de dramatismo las escenas. Durante un tiempo me apodaron «la chica de las lágrimas». Para llorar, solo tenía que recordar las palabras desgarradoras que Rose Andersen, mi madre, había enterrado dentro de mi vulnerable mente de manera que anidaran en mi subconsciente. Y lo más triste de todo era que había llegado un momento en el que tuve que inventarme recuerdos, porque el paso del tiempo provocó que empezara a olvidarme de mi propio padre.

Yo no había querido que mi madre me tratase como a una adulta funcional con tan solo ocho años. Ni que nuestra relación girase, solo y exclusivamente, en torno a los rodajes cada vez más recurrentes que anotábamos en el calendario.

Esa mujer me había manipulado de un modo terrorífico y me había hecho creer que jugar era pasarme tardes enteras memorizando escenas de guion porque, cuando lo lograba, había un pequeño premio para mí. Para ella, que la felicitaran en cada ocasión como la artífice absoluta de la estrella infantil en la que me estaba convirtiendo era alcanzar el nirvana.

Mi infancia había consistido en viajes agotadores de Nueva York a Los Ángeles y viceversa. En jornadas infinitas frente a un espejo

tocador mientras mi madre me susurraba al oído que la belleza que yo poseía era un regalo de los dioses. Y un regalo así no se podía desaprovechar. Me pasaba las horas estipuladas por la legalidad rodando y las otras horas no estipuladas manejada y absorbida por una persona empeñada en perfeccionar mi técnica.

Mi infancia había consistido en vivir por y para el sueño que mi madre había albergado tiempo atrás. Ese no era otro que convertirse en una aclamada actriz. Pero ella no lo había conseguido y empezó a proyectar en su hija aquel enfermizo propósito.

Sí. Había sido una infancia de ensueño si teníamos en cuenta que los pocos ratos libres de los que disfrutaba los pasaba dentro de una lujosa piscina. Nadando mientras ensayaba una y otra vez la sonrisa que mi madre me había enseñado.

«Sonríe y finge ser feliz —decía con su cuerpo dorándose al sol en la hamaca de nuestra mansión—. Con eso lo conseguirás todo».

Y lo conseguí. Pero... ¿para qué?

Una solitaria lágrima resbaló por mi mejilla y me trajo de vuelta al presente. Frente a aquella escultura rebosante de amor, tenía que seguir manteniendo una imagen, a pesar de que nos habíamos levantado temprano para visitar el museo más famoso de París, cerrado al público solo para nosotros.

Me volví a anudar bajo el cuello los extremos del pañuelo que me cubría la cabeza. Caminé por los pasillos de aquel museo lleno de silencio, quietud y un arte descomunal. Hasta que me descubrí subiendo por unas escaleras infinitas que conducían a una diosa alada y sin cabeza que parecía levantarse ante el mundo. Y entonces me percaté de que Ronan, vestido de negro y con una gorra, estaba de pie en un extremo, observando la escultura y anotando algo en una libreta. Con esa concentración tan pura y ese cuerpo tan elegante, parecía ser una continuación de aquella obra de arte.

Y me limité a observarlo desde la distancia mientras los minutos de privacidad que nos habían concedido en el museo se consumían en el reloj.

Jane había insistido en que la acompañara a una reunión de trabajo con una importante marca de perfumes. Pero decliné su oferta inventándome la excusa de que, con todo el ajetreo que habíamos tenido durante la tarde, me había dado un horrible dolor de cabeza. Ella se lo creyó a medias, porque me vio consultar el móvil con una mano temblorosa antes de salir de mi suite. Alan me había mandado un mensaje de texto, pero ahora era yo la que no quería contestar. Menos aún si aquellos mensajes contenían un subtexto amenazador como aquel.

> Lo nuestro aún no ha acabado,
> Delilah. Cógeme el teléfono.

Intenté meterme en la cama, cubrirme con las sábanas e incluso recurrir a una música relajante. Pero mis ojos estaban igual de abiertos que los de un búho en plena noche. No quería tomarme una pastilla, porque era algo de lo que me estaba intentando alejar ese último año.

Cansada de mirar el techo con la respiración alterada, salté de la cama y crucé toda la habitación hasta llegar a la entrada. Salí con una pulsión nerviosa, decidida a recorrer las diferentes plantas, arriba y abajo, para cansarme. Quizá podría ir al gimnasio y entrenar un rato en la cinta. Inmersa como estaba en mis pensamientos no advertí el ruido de pasos que se acercaban y, al girar en una esquina, me choqué de frente contra un cuerpo duro como el granito.

Por lo visto, alguien había tenido la misma idea que yo. Alcé la cabeza y observé cómo Ronan fruncía el ceño mientras se apartaba por el impulso del choque.

—Perdona —me disculpé, reparando en la camiseta de tirantes que se le había pegado al pecho por el sudor—. Iba distraída.

—¿Hoy tampoco puedes dormir?

Negué con la cabeza, colocando uno de mis pies desnudos sobre el otro.

—Pensaba que no eras alguien que iba al gimnasio.

—Y no lo soy —soltó él—. Pero me ayuda a gestionar el chute de adrenalina diario. Deberías probarlo, puede que te ayude a dormir...

—Yo entreno todos los días durante una hora y media —le expliqué.

La sonrisa que intentó esconder me dio a entender que ya lo suponía.

—Que vaya bien, Delilah.

Ronan se secó la frente con la toalla que llevaba en el cuello y sorteó mi cuerpo para continuar con su camino.

—¿Sabes? —preguntó sin apartar la cabeza del frente—. No deberías ir descalza por los pasillos.

—Es solo que he salido deprisa y no me he dado cuenta...

Me quedé ahí plantada, observándome los pies. Hacía días que era consciente de que compartir espacio profesional con Ronan me hacía estar anclada en el lugar correcto. Estaba lejos de entender el porqué. Él me odiaba, y yo me sentía mal por cómo había acabado todo al final del rodaje. Sin embargo, estar a su lado me ataba de algún modo a la realidad. Mi cuerpo lo sabía. Y mi mente llevaba demasiado tiempo buscando una sensación como aquella.

Supongo que por eso me atravesó el impulso de llamarlo de nuevo.

—Ronan —subí un poco la voz a pesar de las horas.

Él se detuvo, lejos de mí, ya casi en la otra punta del pasillo. Me miró con una expresión interrogante en la cara. Y yo, con la boca un poco pequeña, me atreví a preguntar:

—¿Te apetece ver una película?

Contemplé cómo su cuerpo se tensaba, cómo su mandíbula mordía algo inexistente, y me arrepentí de inmediato. ¿Por qué había hecho aquello? Estaba a punto de darme media vuelta cuando el sonido de su voz llenó todo el aire que nos separaba.

—Sí.

12

ETERNO RESPLANDOR



Ronan

Cuando salí de darme la ducha más veloz de mi vida, me encontré de sopetón con una estampa que nunca olvidaría. Delilah estaba sentada en la enorme cama de mi habitación, en pijama y con la mirada fija en el ventanal, donde brillaban las luces nocturnas de París. Se había recogido la melena en un moño despeinado que le daba un aspecto más informal y absolutamente encantador. Las orejas me ardieron y contrastaron con el cabello mojado que en ese momento intentaba peinarme con los dedos.

—Ya estoy —la avisé atravesando la habitación para llegar al mando olvidado en mi mesilla—. ¿Qué película te apetece ver?

—Prefiero que la elijas tú. No he visto muchas últimamente.

—Tengo una lista con algunas que me han ido recomendando a lo largo de los años... Podemos buscar ahí.

Encendí la televisión y empecé a trastear por el portal de *video on demand*, aturdido porque ella estuviera tan solo a un metro de mí,

relajada e impaciente, con la vista clavada en la pantalla.

—Cualquiera estará bien.

En ese momento estaba tan nervioso que ni siquiera prestaba atención a lo que hacía. De pronto apareció una película en la selección y quise acabar con aquello cuanto antes.

—Una opción es *¡Olvídate de mí!*, ¿la has visto? —pregunté sentándome a su lado, y apoyando la espalda en el cabecero tal como había hecho ella.

Delilah me miró, negó con la cabeza y volvió su atención a la pantalla.

—Ponla —me apremió—. ¿Es una película romántica? Porque por el cartel no lo parece.

—Hay historias que hablan del amor y que no son románticas. Creo que esta es una de ellas.

—Ahora tengo curiosidad —dijo mientras se movía—. ¿Puedo taparme con las sábanas?

—Claro.

Se cubrió los pies desnudos y pensé que quizá necesitaba concentrarme en otra cosa para acallar las emociones que empezaban a embargarme. Yo no quería tener nada que ver con Delilah más allá del trabajo en común que compartíamos. No quería volver a enredarme en su mundo. Ni atender con fascinación a todo lo que decía. No quería entregarle el mismo poder que le había entregado en el pasado para que volviera a mostrar su indiferencia por mí. Pero allí estaba, incapaz de decir no a lo que me había propuesto en medio del pasillo, y preguntándome cuánto rencor de antaño me quedaba dentro.

Puse la película y me concentré en atender al inicio. Jim Carrey empezó a actuar con cierta melancolía bajo una atmósfera fría y azulada. Hasta que Delilah estrelló la espalda contra el cabecero y

recogió sus piernas para luego envolverlas con los brazos. Mientras ella miraba expectante y sin parpadear a la televisión, las sábanas se le resbalaron por los pies. Y ya no pude despegarme de ese rostro lleno de emoción, de esos ojos tan brillantes. A los pocos minutos, dejé de atender a las escenas porque no podía apartar mi mirada de ella. Menos mal que yo ya había visto aquella película como mínimo una decena de veces. Cuando presté atención de nuevo, en la pantalla Clementine y Joel estaban tumbados sobre un lago de nieve helado.

«Podría morir en este instante, Clem. Simplemente... soy feliz. Estoy exactamente donde quiero estar».

No sé qué mosca me picó en el momento en que escuché esa frase, pero me incorporé de manera sigilosa sobre el colchón, agarré la sábana y volví a cubrirle los pies.

Pequeño vídeo viral de Ronan O'Connell

4 millones de visualizaciones
601.000 «me gusta»
89.200 comentarios

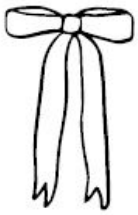
Ronan O'Connell está en un cine presentando *Heights* junto con su compañera de reparto, Delilah Williams. El público emocionado lanza gritos de fascinación hacia los protagonistas. La voz de una mujer en forma de pregunta se alza por encima del murmullo.

PERIODISTA: Quería saber si son ciertos los rumores que circulan sobre vosotros... ¿Ha surgido entre Delilah y tú la llama del amor? ¿Es este otro de esos romances que traspasan la pantalla?
RONAN O'CONNELL: No... No estamos juntos. Pero, si fuera así, estoy convencido de que nuestra historia de amor sería mucho mejor que la de Catherine y Heathcliff.

El público estalla en gritos, y Ronan y Delilah comparten una cómica mirada mientras se tapan los oídos y se ríen.

13

UNA VILLA EN FLORENCIA



Delilah

Tim Johnson parecía el dueño de aquella villa italiana por la manera en que atravesó el gran salón. Nos habían concedido un fin de semana de descanso después del estreno de la película en Roma. Así que todo el equipo viajó hasta la Toscana italiana para tomarse un par de días libres. En teoría, yo también estaba incluida en el saco. Pero esa preciosa y soleada mañana de sábado, Tim, mi agente, llamó a mi puerta para informarme de que había concertado una reunión a mediodía.

Y ahí nos encontrábamos. Jane, él y yo, sentados a una gigantesca y robusta mesa de madera que tenía pinta de tener varios siglos de antigüedad.

—¿Y bien? —pregunté mientras me impregnaba del clima veraniego—. ¿Qué es eso tan urgente que tenemos que hablar, Tim?

—A ver, señoritas, lo primero... —dijo él mientras abría su portátil y tecleaba—. Espero que hayáis descansado bien esta noche en este

lugar increíble.

—Habría sido perfecto si no nos hubieras sacado de la cama, la verdad —soltó Jane, con el gesto contrariado—. Es nuestro día libre, Tim.

—Lo sé, lo sé. —Levantó las manos en señal de disculpa—. Pero es importante hablar algunos asuntos. Porque todo se está empezando a desbordar y necesitamos respuestas y un plan de futuro.

—¿Respuestas sobre qué?

—Sobre todos los proyectos que están llegando y que hasta ahora te has negado a valorar. ¿Qué es lo que está pasando, Lilah?

—Simplemente quiero estar en una cosa a la vez. Llevo enlazando proyectos desde que tenía doce años.

—¿Hay algo que no me hayas contado? —quiso saber él arqueando las cejas con preocupación.

Por supuesto, no le había contado que últimamente esa vida repleta de privilegios era como un peso muerto en el estómago. Ni siquiera sabía cuándo había comenzado a sentirme así.

—No, Tim. Pero necesito que entiendas que este verano quiero estar enfocada solo en esto.

—Pues no lo entiendo. —Tim se pasó la mano por el pelo, un poco desesperado—. Sabes muy bien que los proyectos que se desarrollan en la próxima temporada se definen con meses de antelación. Tenemos nuevas películas, Lilah. Incluso algún *blockbuster*... También hay directores interesantes que te quieren para encabezar su elenco. Eso sin contar los acuerdos publicitarios millonarios que están sobre la mesa.

—Llevo toda mi vida compaginando ese tipo de anuncios con el cine.

—Pero este año estás más solicitada que nunca. Esto se está convirtiendo en un fenómeno de masas, Lilah. El tipo de fenómeno que te coloca en la cima para siempre. Lo único que tenemos que hacer es mantenernos en la órbita.

—Ella ya lo sabe, Tim. Es perfectamente consciente —le aseguró Jane para echarme una mano.

—¿Entonces? —Mi agente me observó con ojos confusos.

—Solo quiero ir con calma.

—La calma en este mundo no existe. Y, si tu popularidad asciende hasta las putas estrellas, lo aprovechas y punto.

Torcí el gesto y le disparé con la mirada antes de decir:

—Siempre voy a tener la última palabra, espero que no lo hayas olvidado.

—Espero que tú tampoco hayas olvidado que has logrado el objetivo que nos habíamos propuesto. Vuelves a estar dentro de la rueda. Tu imagen es más poderosa que nunca. Y estar al lado del nuevo chico rebelde de Hollywood solo hace que destaques más.

—Maldita sea, Tim —lo reprendí exhalando un suspiro de disgusto —. Deja de hablar de nosotros como si no fuéramos más que dos figuras de porcelana.

—Bueno, tengo que decir que lo estáis llevando todo tan bien que ayer mismo recibimos una desorbitada oferta para que protagonicéis un anuncio de una de las firmas más importantes del mundo —dejó caer—. Vosotros dos como imagen principal de su próxima campaña de invierno.

—No —decidí.

—Ni siquiera sabes...

—No —repetí interrumpiéndolo—. No quiero aceptar nada hasta que acabe esta gira.

—No entiendo cómo...

—Tim, déjalo —le advirtió Jane irguiéndose en su silla—. Deja de forzar la máquina. Deja de estirar la cuerda, porque cualquier día se va a romper.

Mi agente se derrumbó sobre el asiento y su mirada bailó entre nosotras con aire de preocupación.

—Y necesito solucionar cuanto antes lo de mi madre.

—¿Qué vas a hacer con eso? —Por fin Tim volvía a estar más relajado.

—No quiero presentar una contrademanda —declaré mientras la molestia se apoderaba de mi cuerpo.

—Pero, Delilah... —comenzó a hablar él—, es que ella no entra en razón. No entiende que ya no es parte de tu equipo. Que no tiene derecho a tomar decisiones.

Clavé mi atención en aquel pavimento de mármol en forma de baldosas de damero. Durante unos segundos me abstraje de ese salón en aquella villa de lujo. Me concentré en observar las formas geométricas en blanco y negro, en cómo la frialdad del mármol traspasaba la suela de mis sandalias.

—Pues tendrá que entrar en razón, Tim —terminé por decir casi un minuto después.

—Ya llevamos así dos años... Es preocupante y molesto. Lo mejor es que te cubras las espaldas, lo digo muy en serio. Ella no ha tenido ningún problema en demandarte a ti por despido improcedente, joder. Y te pide una millonada. No es justo, Lilah...

Lancé una carcajada que se debilitó hacia el final. Se me cerró la garganta y tuve que luchar por guardar la compostura.

—Voy a darle todo el dinero que quiera con tal de no volver a trabajar con ella.

—Nunca va a parar —nos advirtió él—. Cuando no sea una cosa, se inventará otra. Está desquiciada.

—Tim. —La voz de Jane rompió la dinámica de la charla.

—No, Jane. Es acoso. Puro y duro. Y no quiero que mi representada pase por este tipo de situaciones lamentables. —Tim puso en mí toda su atención y su expresión se volvió comprensiva—. Estoy preocupado por ti. ¿Lo entiendes?

Arrastré la silla hacia atrás y me levanté con elegancia ante su expresión demandante. Antes de salir, me giré y les dije con un tono sosegado:

—No valoraré ningún proyecto hasta que esta gira acabe al final del verano. ¿Podrás soportarlo, Tim?

—Por supuesto que sí, Delilah. Por ti, claro que sí. Pero mi trabajo es orientarte e informarte de cuáles son las mejores opciones.

—¿La mejor opción basándote en qué? ¿Cuál es el baremo para decidirlo?

Tim Johnson se quedó callado por primera vez en toda la mañana.

—Ahora me gustaría disfrutar de mi día libre —anuncié.

Antes de atravesar la puerta, me giré hacia Jane y vi que me observaba con una pequeña sonrisita salpicada de algo parecido al orgullo.

14

EL ALMA LO TRASPASA TODO



Ronan

Salí al jardín de ensueño de esa villa de fachadas de piedra y vegetación romántica. Nunca, en mis veinticuatro años de vida, imaginé que podría pasar un solo día en un lugar como ese. Una hilera de habitaciones con ventanales gigantes que se complementaban con antigüedades restauradas con elegancia. Ese fin de semana de descanso nos había caído del cielo como un auténtico regalo, pero, por desgracia para mí, debía emplearlo en estudiar los proyectos que no paraban de llegar. Era ilusionante e inspirador, pero también agotador. Más aún cuando varios de ellos, en los que soñaba con estar, coincidían en el tiempo. Tim me había asegurado que teníamos que movernos con inteligencia el próximo año para hacerme un hueco dentro de la industria. Estaba de acuerdo. Aunque también me había advertido de que esos problemas de coincidencias en calendarios existían y se solucionaban decidiendo firmar por el que más nos interesara.

La cuestión era que ya habíamos aceptado estar dentro de una película que se convertiría en mi segundo papel protagonista, un joven irlandés en Brooklyn que acepta una oferta de trabajo que termina por convertirse en un infierno. Era una buena oportunidad. Desde luego que sí. El problema era que esa misma mañana había estado leyendo un guion brillante sobre un antiguo boxeador venido a menos que empezaba a entrenar al amigo adicto de su hijo fallecido. Era una de esas historias que me traspasaban la piel, con la que había empatizado de un modo especial, a pesar de que mi personaje fuera un secundario que contaba con muchos menos minutos de metraje.

No sabía qué hacer. Y mi cabeza no paraba de darle vueltas y más vueltas. Había llegado a la conclusión de que necesitaba ayuda. Por eso buscaba a Delilah por el exterior de aquella villa.

Minutos después la encontré en la piscina. Tirada en una tumbona y con un bañador de rayas rojas y blancas, escuchaba música mientras miraba al cielo con sus enormes gafas de sol. No reparó en mi presencia hasta que estuve frente a ella y le bloqueé la luz. Entonces, de inmediato, se quitó los cascos y se los dejó sobre el cuello. Su imagen imponía porque de su cuerpo solo emanaban fuerza, poder y belleza. Una triada que me hacía temblar cada vez que estábamos juntos.

—Delilah —la saludé mientras me sentaba en la tumbona de al lado y me colocaba el guion sobre las piernas.

—Ronan.

Por un segundo me quedé suspendido en su sonrisa arrebatadora de labios brillantes.

—Verás... —comencé a decir—. No sé si es una tontería y no quiero molestarte en tu día de descanso, pero estoy un poco inseguro sobre un asunto y me preguntaba si me podrías ayudar.

—¿Qué asunto?

—Me han ofrecido algunos papeles para los próximos meses —le conté—. Últimamente Tim está concentrado en gestionarlo todo para empezar a impulsar mi carrera.

Observé cómo ella relajaba los hombros y se quitaba las gafas para mirarme con sorpresa en esa aguamarina que era del mismo tono que el agua de la piscina.

—Vale. ¿Qué necesitas?

—Hoy me ha llegado un guion para valorar y, desde que lo he terminado, no he parado de pensar en él —confesé mientras me rascaba la nuca—. Su rodaje se solapa con otro en el que quieren que sea el protagonista... Y entiendo que para Tim la decisión esté clara. Pero yo estoy hecho un lío porque esta historia es realmente buena.

Señalé el guion que descansaba sobre mis piernas.

—¿Podrías echarle un ojo y darme tu opinión? —pregunté de pronto con cierto nerviosismo—. Son pocas escenas porque es un personaje secundario... Te las he señalado con un separador y las he subrayado en amarillo para que te sea más fácil encontrarlas. El personaje se llama Carter.

Abrí el guion y le mostré un ejemplo de lo que le estaba comentando. Delilah puso su mano en el manuscrito y lo cogió, tomándome desprevenido. Empezó a ojearlo.

—Al menos, ya no me rehúyes como antes; es un verdadero avance —soltó con cierto aire burlón.

—Nunca te he rehuido.

—Ah, ¿no? —Me miró e inclinó la cabeza esperando mi respuesta.

—No.

Aún no conocía a nadie dentro de ese mundo. No sabía a quién acudir. Pero confiaba en Delilah, a pesar de todo. Y ella me había

tendido su mano, dispuesta a ayudar. Al igual que lo había hecho algunas veces en el rodaje, solo que aquello era algo que el rencor se había empeñado en esconder.

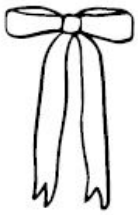
Sonreí mientras observaba cómo se encajaba de nuevo las gafas en el puente de la nariz.

—Te dejo en paz —dije—. Y gracias, Delilah.

—De nada —respondió ella antes de abrir la primera página de aquel guion.

15

ESCURRIR ESPAGUETIS EN UNA RAQUETA



Delilah

Llamé a la puerta de la habitación de Ronan mientras abrazaba el guion contra mi pecho. Detrás de la hoja de madera que tenía frente a mí, no se oía nada. Hasta que el pomo giró y las bisagras chirriaron cuando abrió. Ronan me dio la bienvenida con el pelo mojado y un aroma jabón que evidenciaba que acababa de salir de la ducha.

—Ey. Ya he leído eso.

Mi compañero de reparto despegó los labios en señal de sorpresa, dejando al descubierto esa separación en sus dientes.

—Pasa, por favor, Delilah —me pidió.

Cuando la puerta se abrió del todo, me adentré en su morada. Su suite era un poco más pequeña que la mía, pero de todos modos gigantesca. El pavimento de mármol antiguo era la antesala a una estancia con las lámparas auxiliares encendidas que resultaba agradable y cálida. En un extremo, había un escritorio con libretas

abiertas y papeles esparcidos. Las gafas de lectura de Ronan brillaban bajo el flexo encendido. Recorrí con la mirada el fondo de la habitación, donde me encontré con un gran balcón abierto y una cama con las sábanas deshechas. Sobre ellas, había un libro con el lomo desgastado. De repente quise ser breve con lo que iba a decirle porque era evidente que estaba ocupado. Me quedé de pie plantada frente a él, que iba vestido con una camiseta blanca y unos pantalones cortos.

—Bueno —empecé—, si aún quieres mi consejo...

Él se rio y yo no supe por qué, pero su rostro se iluminó y fui consciente del verano y de lo calientes que notaba las plantas de los pies contra el mármol siempre frío.

—Claro que quiero tu consejo, joder —confesó él con ojos conciliadores.

—Vale. Lo voy a decir sin rodeos. Creo que tienes que escoger este proyecto e interpretar a Carter —comenté al tiempo que levantaba el guion y lo dejaba en el escritorio.

—¿Y no es un poco arriesgado rechazar hacer un protagonista y aprovechar este tirón?

Resoplé y me crucé de brazos. Ronan esperaba mi respuesta con toda su atención puesta en mis palabras.

—Puede ser arriesgado, sí. Pero es que esta historia es verdaderamente buena. Pienso que hay películas donde los personajes secundarios brillan incluso más que el protagonista... Y esta es una de ellas, Ronan. Ya no se ven muchos guiones de este tipo en Hollywood, ¿sabes? Simplemente una historia de personajes contada de una forma brillante. Además, el director que han contratado para el proyecto es alguien de quien tengo muy buenas referencias.

—Espera, Delilah... —me detuvo él—. ¿Te... te has leído el guion entero?

Asentí, como si fuera evidente.

—No te he pedido eso —me recordó con voz suave—. No quería que te llevara tanto tiempo...

—No ha sido nada, Ronan. Incluso he escrito algunas anotaciones en varias de tus escenas. Son tan buenas que me he dejado llevar. Perdón por el atrevimiento.

—No tienes que disculparte. Y gracias de nuevo. Lo único que pienso es que...

—¿Qué?

—No sé si Tim estará de acuerdo cuando rechace la otra película.

—Solo tienes que decirle que este papel, aunque sea de secundario, es el tipo de interpretación que gana premios en los festivales más importantes. Lo conozco, cederá.

—¿Crees eso de verdad? —Mis cejas se juntaron—. ¿Que lo voy a hacer bien y que tendré la oportunidad de ganar premios?

En medio de la habitación, con la tenue luz de las lámparas cayendo sobre nosotros, me percaté de que Ronan estaba tan solo como yo. Y tal vez también necesitaba sentirse respaldado. Saber que tenía un apoyo para atravesar todo eso, alguien con quien contar.

—Sí que lo creo. Y no suelo equivocarme en estas cosas.

Ronan se pasó una mano por el pelo y el movimiento hizo que su camiseta descubriera parte de su definido torso. El calor en mi piel se incrementó y decidí que ya era hora de salir de allí. Di media vuelta, dispuesta a alcanzar la puerta, pero una mano se aferró a mi brazo con un mimo que me quemó allí donde me había tocado.

—Espera, Delilah.

No me quedó más remedio que girarme y plantarme frente a él de nuevo. Pero ahora estábamos más cerca. Tanto que me quedé atrapada en el ángulo marcado de sus pómulos.

—¿Te apetece que veamos otra película? —preguntó, y cuando la sorpresa se dibujó en mi cara, negó con la cabeza—. Perdona, he pensado que como la otra noche...

—La verdad es que me encantaría.

Muy pocas veces en mi vida había dejado que mis deseos tomaran el control por encima de mis obligaciones. Pero esa era una de ellas.

—Pues ponte cómoda. —Estiró la mano y señaló la enorme cama —. Voy a por el mando. ¿Tienes alguna película en mente?

—Prefiero que la escojas tú. Como la otra vez.

Fui hacia la cama y, antes de llegar, observé mi imagen en un enorme espejo de marco dorado que estaba apoyado en la pared. Con el camisón de algodón de color claro y el pelo cayendo suelto por la espalda, presentaba una imagen desenfadada de la que me sentía lejísimos en ese tipo de giras de promoción. Me subí a la cama y me senté con la espalda apoyada en el cabecero. Alcancé las sábanas de hilo y me cubrí las piernas mientras Ronan se ponía delante del televisor.

—¿Te gusta el cine clásico? —preguntó.

—Eh..., pues... a veces veía películas antiguas con mi abuela.

—¿Y te gustaban?

—Me encantaba pasar tiempo con ella. Y me acuerdo especialmente de una que veíamos cada año.

—¿Cuál? —Ronan se giró con un interés repentino.

—*Qué bello es vivir.*

—Yo también la he visto muchas veces —confesó él con una sonrisa abriéndose en sus labios—. Voy a poner *El apartamento*, de Billy Wilder, ¿vale?

Ronan me miró y yo simplemente asentí, intentando esconder mi emoción. Luego, él se sentó y le dio al *play*. Pero un segundo después saltó de la cama.

—¡Voy a buscar una cosa! ¡Ahora vuelvo! —gritó saliendo por la puerta.

Me quedé sola en su habitación percibiendo la agradable brisa que se colaba por el balcón abierto de par en par. Cerré los ojos. Un olor a azahar se desprendía del naranjo que invadía gran parte de la balaustrada y se mezclaba con la menta que Ronan siempre llevaba encima. Pasaron un par de minutos antes de que sus pisadas me obligaran a abrir los ojos y salir de ese estado de calma. Lo observé desandar sus pasos delante de mí. Llevaba un bol en la mano. Y, cuando se subió de nuevo a la cama, me lo tendió ante mi mirada de desconcierto.

—Para ti —dijo—. Ahora sí que es temporada y antes he hablado con un trabajador de la villa para que las consiguieran.

Dentro del bol brillaba un puñado de cerezas. Tenían una pinta deliciosa.

—Eh... Gracias.

Cogí una y me la llevé a la boca. Después, Ronan reanudó la película.

16

ERA IMPOSIBLE



Ronan

Cuando el último plano se fundió a negro, Delilah no apartó los ojos de la pantalla. La brisa nocturna mecía las cortinas y se colaba por todos los rincones de la habitación. Mientras veíamos la película yo había percibido cómo a mi compañera la piel se le ponía de gallina varias veces.

—¿Te ha gustado? —pregunté reparando en el bol con los huesos de cereza que reposaba entre nosotros.

—Me ha encantado, sobre todo esa escena donde él escurre los espaguetis en una raqueta y ella aparece por detrás.

Sonreí ante el recuerdo de ese mítico momento entre Jack Lemmon y Shirley MacLaine.

—Me alegro de que la hayas disfrutado.

—Me han parecido los mejores diálogos que he escuchado nunca. Ojalá hubiese protagonizado una de esas películas.

—¿Crees que si hubieras vivido en los años sesenta también hubieras sido actriz? —pregunté, ansioso por conversar un poco más con ella.

—¿Si hubiera sido actriz? No... no lo sé... —contestó como si una gran tristeza la invadiera de repente.

Algo cambió entre nosotros. Su rostro se volvió a enfundar la máscara de indiferencia que llevaba soldada a la piel. Delilah bostezó un par de veces antes de desperezarse como un gato y salir de la cama.

—Buenas noches —me deseó, mirándome por encima del hombro antes de llegar a la puerta.

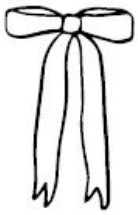
—Buenas noches, Delilah.

La seguí con la mirada hasta que desapareció de la habitación, llevándose consigo ese destello de emoción, de pirueta en el estómago, de vida. No era un ingenuo. Y sabía que, al igual que el amor terminaba agotándose con el tiempo, el odio también lo hacía.

Y esa noche me di cuenta de que era imposible seguir odiando a Delilah.

17

LO QUE HAY DETRÁS



Delilah

En Londres, el público lucía particularmente emocionado. El teatro en el que presentábamos la película estaba ocupado al completo, incluso la zona del anfiteatro superior, que solía permanecer cerrada pero que habían habilitado especialmente para nosotros. Al final, aquello se estaba convirtiendo en una rutina. Ronan y yo, en medio del escenario, presentando la película antes de que diera comienzo el visionado. Aunque esta vez también nos acompañaba Eliza, que había podido cuadrar sus compromisos profesionales.

—Hoy nos sentimos especialmente contentos de estar aquí, en Inglaterra, donde nació esta historia tantos años atrás y donde hemos rodado esta película durante varios meses —dijo Eliza con una sonrisa espléndida—. Espero que la disfrutéis y que os guste esta nueva versión del clásico...

La presentadora miró con admiración a la directora antes de dar paso a una de las preguntas del público.

—Esta es para Ronan: ¿alguna vez pensaste que este papel te haría tan famoso? —quiso saber una fan.

—Para nada —contestó él con sinceridad—. Uno siempre se ilusiona con que las cosas salgan bien, pero yo ya me llevé la mejor de las experiencias en el rodaje y pude disfrutar de...

La tensión que encerraba un murmullo comunitario se instauró en el teatro y Ronan guardó silencio ante el ruido que nos llegaba desde el patio de butacas. La presentadora, que portaba un pinganillo en la oreja, parecía absorbida por lo que estuviera escuchando en ese momento. Empezaron a sudarme las manos, porque no me gustaba nada aquel ajetreo que se estaba produciendo. Era evidente que algo ocurría. Algo de lo que todo el mundo parecía tener cosas que decir. Me giré hacia Ronan para preguntarle con la mirada, pero su respuesta fue levantar las cejas en señal de no tener ni idea.

—Bien... Vale... —murmuró la presentadora con la cara lívida—. Es mejor que demos paso a la película...

Pero entonces se escuchó cómo un dedo golpeaba uno de los micros. Y todos buscamos aquel sonido con la mirada. Se trataba de un periodista al que ya habíamos contestado varias preguntas sobre la película en la conferencia de prensa de esa misma mañana.

—Mi pregunta es para Delilah. —Sonreí, poniendo todo mi empeño en permanecer tranquila a pesar de la incómoda situación—. ¿Cómo te sientes respecto a las últimas fotos íntimas tuyas que se han filtrado?

Un pitido envolvente me estalló en el oído y mi boca fue incapaz de abrirse. Giré la cabeza hacia el extremo derecho de la sala, donde se encontraba nuestro equipo de prensa y publicidad. Jane estaba concentrada en los dos teléfonos que sostenía en cada una de sus manos y, al observar su expresión, simplemente lo supe.

Había pasado algo conmigo.

Habían filtrado unas fotografías íntimas.

No podía derrumbarme. Ahí no. No delante de todo el mundo.

Tenía que fingir.

Fingir.

Fingir...

La voz de Ronan me devolvió a una realidad en la que la falta de aire empezaba a marearme.

—No sé de qué estás hablando, pero esa pregunta está fuera de lugar —dijo con dureza a través del micrófono, y luego fijó su mirada de preocupación en mí.

Por primera vez en mi vida, sentí cómo me derrumbaba ante aquel ambiente hostil.

Por primera vez en mi vida, la expresión de pánico borró mi sonrisa triunfal de felicidad.

Tuve que fijarme en los ojos negros de Ronan antes de sujetarme la falda del vestido con manos temblorosas y enfilar el camino hacia la salida. Un revuelo aún más aterrador me alcanzó antes de que por fin me adentrara en el pasillo que conducía al camerino. Empujé la puerta como pude y, una vez dentro, me coloqué delante del espejo. Las lágrimas cayeron con la misma libertad que una cascada. Notaba la lengua dolorida, los dientes apretados. Estaba conmocionada. Sin que pudiera evitarlo, los sollozos escaparon de mi cuerpo para avisarme de que aquello terminaría dejándome fuera de mí.

Tan solo tenía que esperar...

La puerta se abrió y Jane apareció tras ella.

—Lilah...

—¡No! —grité, alterada y rota—. ¡No quiero saberlo!

—Vale.

Porque no me hacía falta comprobar nada. Sabía cuáles eran las fotos que todo el mundo estaría viendo en las pantallas de sus teléfonos, de sus ordenadores, incluso en los canales de televisión de todo el planeta. Había hecho esas fotos cuando Alan y yo cumplíamos seis meses de relación y estábamos separados por kilómetros de distancia. Estaba frente al espejo de cuerpo entero del baño, desnuda, y, por algún motivo, en aquel momento me había parecido una buena idea enviárselas como muestra de mi amor.

Había sido una tonta enamorada.

Al final Alan había cumplido con su amenaza.

Y ahora mi imagen estaba destruida.

Esa certeza hizo que una ira inhumana se adueñara de mí y empecé a arrancarme el vestido. Tiré del escote. Rasgué la tela. Me bajé la falda. Hice todo eso mientras gritaba y respiraba por la boca como un animal herido. Al final, me quedé delante del espejo con la ropa desgarrada y el rostro encendido por el delirio. La vergüenza me golpeó como un látigo y deseé con un alarido de rabia detener aquella rebeldía del pasado.

Una mano se me posó en el hombro y vi a Jane detrás de mí reflejada en el espejo. Me cubrió el cuerpo tembloroso y maltratado por mí misma con su propia chaqueta.

—No puedo..., Jane... —sollocé sin atisbo de voz—. No puedo con esto...

—Ven, Delilah. —Jane me dio la vuelta y nos quedamos la una frente a la otra—. No tienes por qué poder. Tranquila. Vamos, respira.

Los ojos amables y compresivos de Jane eran un refugio en el que resguardarse, al que acudir cuando todo se venía abajo. Pero en esta ocasión los límites se habían traspasado. No encontraba las fuerzas para continuar con aquello. Quería cavar mi propia fosa y

enterrarme viva en ella. Dejar de respirar. Mi amiga me acogió entre sus brazos y la abracé con fuerza. Lloré contra su hombro. Y, cada vez que me venían a la mente aquellas fotografías, sollozaba como si me hubiera quedado atrapada en una trampa para ratones.

En este mundo, ser joven significaba ser siempre juzgado. Sobre todo, si también eras una mujer.

18

LA REVELACIÓN



Ronan

Llevaba horas dando vueltas por mi habitación, cabreado, y también con una necesidad imperiosa de saber cómo se encontraba Delilah. La presión mediática había aumentado aún más después de la filtración. Se había vuelto insoportable, intransitable, tanto que nos habían mandado a pasar la tarde al hotel y habían programado una reunión de urgencia para la mañana siguiente.

Delilah estaba destrozada.

Mi móvil no paraba de sonar.

Y yo solo esperaba un mensaje de Jane que me asegurara que ella estaba bien. Pero ese mensaje no llegaba.

Un rato después, estaba plantado ante la puerta de la habitación de mi compañera de reparto sin aliento y esperando a que alguien me abriera. Fue Jane quien entreabrió para asomarse.

—¿Cómo está? —pregunté.

—Un poco mejor, pero... —Con mi expresión, le supliqué que siguiera hablando—. Esto es gordo, Ronan. Lo peor que le ha pasado de lejos. Está conmocionada.

—¿Quién es, Jane? —quiso saber Delilah desde el interior.

—¡Ronan!

—Quiero pasar —le advertí.

—No sé si es buena idea...

Pero yo ya había empujado la puerta y estaba sorteando su cuerpo.

Caminé hacia la cama; Delilah estaba sentada contra el cabecero, y tuve que hacer la mejor actuación de mi vida para esbozar una sonrisa que no me apetecía. Estaba furioso, mucho más que furioso, porque alguien la hubiera traicionado de ese modo. Tampoco ayudaba el aspecto desencajado de su rostro y la desesperación que reflejaban sus ojos hinchados.

—Delilah.

—Ronan...

Durante unos segundos nos miramos como si nos estuviéramos abrazando, pero ni siquiera estábamos cerca. Jane carraspeó detrás y anunció:

—Será mejor que me vaya ya. Esta noche hay que trabajar en una nueva estrategia.

—¿No te quedas un poco más?

—Luego subo otro rato, ¿vale?

Delilah asintió con tristeza. Si lo que deseaba era no quedarse sola, yo la acompañaría hasta que ella quisiera, pensé. Sus deseos se convirtieron en los míos. En el instante en que la puerta se cerró, ella se llevó las manos a la cara y comenzó a sollozar.

—Seguro que piensas que fui una idiota.

—Ni se te ocurra decir eso. Que dejaras que un tío te hiciera unas fotos no le da derecho a filtrarlas.

La miré y su imagen se me quedó grabada. Esa chica abatida sobre la cama no era la misma que cuando posaba frente a una cámara en cualquier *photocall*, donde siempre mostraba poder y seguridad en sí misma.

—Ronan, son selfis. No me las hizo nadie.

—¿Y qué? Eso tampoco da derecho a nadie...

—¿No las has visto?

Entendí que se estaba refiriendo a las fotografías. *Sus* fotografías.

—Por supuesto que no, Delilah.

—¿Por qué? —El mohín que esbozó me hizo anhelar poner ahí un dedo.

—¿Cómo que por qué? —La ira amenazaba con salir—. Porque te respeto. Tienes derecho a mantener tu dignidad a pesar de que hayas entregado tu vida a este puto circo, joder. Nunca dudes de eso.

Ella se encogió sobre sus rodillas y se llevó una mano a la garganta. Respiró hondo.

—Esta vez no voy a poder sobreponerme, ¿sabes? —murmuró—. Es demasiado bochornoso. Hay tertulias y debates en la televisión hablando sobre las fotos íntimas de la actriz del momento filtradas por su exnovio despechado.

De pronto, quise matar a alguien. A alguien no, al puñetero Alan Jones.

—Te juro que vas a superarlo. Y tienes que mantener la frente bien alta, ¿me oyes?

Sacudí la cabeza y me acerqué a los pies de la cama.

—Lo había conseguido, Ronan. Hacerlo bien esta vez. Dejarme la piel por esta película para que me volvieran a tener en cuenta más

allá de los escándalos y de mi fama. Más allá de Alan Jones.

—Y eso nunca te lo van a poder quitar —enfaticé.

—Creo que lo acaban de hacer.

La lágrima que se le derramó por la mejilla me destrozó. También que tuviera algo de razón. Pero necesitaba hacerla sentir mejor.

—¿Sabes una cosa, Delilah?

—¿Qué? —Ella volvió a poner toda su atención en mí.

—Siempre nos quedarán las películas. —Sonreí mientras abría los brazos y me esforzaba en dibujar una de mis sonrisas más encantadoras—. Las películas que vamos a hacer. Las que ya existen, las obras maestras que se convirtieron en historia, las desconocidas en las que nadie ha reparado, y también las películas que vamos a ver tú y yo... Juntos.

—¿Te refieres a esas películas que pretenden ser historias de amor pero que no tienen nada de románticas?

—Las mismas. Además, tengo que confesarte que he hecho una lista. Y le he dedicado mucho tiempo.

Entonces Delilah soltó una carcajada y yo quise retroceder el tiempo. A unos segundos antes, para volver a oír ese sonido.

—¿Y cuál es la siguiente?

—*Antes del amanecer*.

Ella asintió con ganas. Y yo me enfrasqué en la tarea de sacar mi *pendrive* del bolsillo, el mismo que ahora siempre llevaba encima, y conectarlo. Después me senté en la cama junto a ella y encendí el televisor.

—Ronan —susurró con la voz ronca.

—¿Qué?

—Durante toda mi vida mi cuerpo ha sido para ellos el gran tema de conversación y ahora les he dado más material para que critiquen...

—Tú no les has dado nada, Delilah. Y, aunque así fuera, nadie tiene derecho a hablar de los cuerpos ajenos con esa inquina. Casi parece una obsesión.

—Es que, desde que era una niña, todas las miradas estaban puestas en mi aspecto, en cómo iba a cambiar cuando me convirtiera en adulta. Fue duro, y durante un tiempo hice todo tipo de dietas con tal de alcanzar la mejor versión de mí —confesé—. La verdad es que siempre he tenido un poco de complejo con mis pechos... No son muy grandes, que digamos. Y, aunque mi madre insistió durante meses en que me operara, yo no iba a ceder una segunda vez.

Sus ojos se oscurecieron y fijó la mirada en la pantalla. Yo me estaba impregnando de ese olor suave a canela que emanaba de su cuerpo, de su pelo.

—¿Una segunda vez...?

—Ella me obligó a operarme la nariz. Porque, según su criterio y el de su cirujano de confianza, era necesario para sacarle el máximo partido a mi rostro.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía quince años y una bonita nariz romana que me encantaba porque me recordaba a mi padre.

—Delilah. —Un dolor agudo se me había incrustado en el pecho.

—¿Qué?

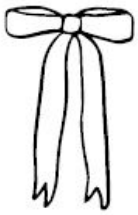
—Tu nariz es preciosa —fue lo único que se me ocurrió decirle.

—Pero no es mía.

Ella se volvió y me sonrió con una tristeza coloreada de azul. Tal vez me estaba gritando en silencio que esa vida tampoco era la suya.

19

UNA NUEVA JUGADA



Delilah

—No —sentencié con una firmeza amenazadora—. Ni hablar.

Todos los presentes en la sala mostraban los mismos signos de agotamiento bajo los ojos. Era la señal inequívoca de que se habían pasado toda la noche trabajando para buscar soluciones. Y yo siempre sería la estrella fría y egocéntrica que se quejaba. Y eso que, al fin y al cabo, era mi honor el que estaba en juego.

—La productora nunca os pediría algo así, por supuesto, pero parece la mejor opción para tu bienestar —se dirigió a nosotros Buster Montgomery, uno de los productores.

La noche anterior, Buster había viajado de urgencia desde Los Ángeles, dejando descolgados otros proyectos. Así que, cuando nos había dicho que iba a acudir a la reunión porque quería apoyarme, no me lo creí. Tampoco que lo más importante fuera mi bienestar y no las enormes pérdidas que la productora podría sufrir por culpa de mi último escándalo...

Cansada de aquel paripé, enarqué las cejas.

—¿La única solución que habéis encontrado es que Ronan y yo finjamos una relación amorosa?

—Sí —afirmó el productor.

Sobre la mesa se habían barajado muchas posibilidades. Cancelar la gira, lo que habría sido catastrófico; continuar sin mí, lo que según ellos habría sido mucho peor. Yo había propuesto seguir sin más, pero no confiaban en que no me fuera a romper por el camino, pues la presión mediática cada vez era más acentuada, y los ataques hacia mí, mucho más demoledores.

—No tenéis por qué hacer nada distinto, con que alarguéis un poco las miradas es suficiente. Un guiño por aquí, una sonrisa por allá. Sois actores, sabéis improvisar. No se trata de mentir, sino de dar material a la prensa para que sean ellos los que mientan —explicó Tim, mi agente.

Sentía todas las miradas sobre mí, penetrantes, acusadoras. No bastaba con que las redes estuvieran inundadas de comentarios y fotos humillantes, también tenía que enfrentarme a los allí presentes. Clavé mis ojos en el chico que estaba sentado en el otro extremo de la mesa. Tenía su particular ceño irlandés fruncido y la cabeza inclinada como si los miembros de la mesa lo hubieran insultado personalmente.

—Pues entonces me temo que el asunto no va a solucionarse.

—¡Vamos, Delilah! —gruñó mi agente desde su sitio—. Sabes que un escándalo de estas proporciones solo se puede tapar con otro escándalo.

—Es una mentira, Tim —escupí, exasperada.

—Todo en este puñetero sector es una mentira —vociferó él—. ¡Creí que lo entendías!

—Y solo será por poco más de un mes, hasta que acabe la gira —añadió Jane con cierto tacto, a mi lado.

—Eso elevaría el fenómeno fan y conseguiríamos salvar la promoción, porque, si aparecéis juntos, la narrativa cambiará a nuestro favor —sentenció Buster a la vez que estiraba el cuello.

—A costa de perder nuestra privacidad.

—A costa de recuperar tu imagen —contestó Tim, exasperado—. ¿Es que no lo ves?

Me llevé el índice y el pulgar a los lagrimales. Los masajeé. Los apreté. Porque yo tampoco había logrado dormir nada en toda la maldita noche.

—Me niego —repetí con la misma contundencia del principio—. No voy a hacerle eso a Ronan. ¡Él no tiene nada que ver con esto!

La habitación enmudeció y mi compañero por fin alzó la cabeza para revelarme el huracán negro en que se habían convertido sus ojos. La ira que brillaba en ellos. Y, por primera vez, me puse de su parte. Él no se merecía que...

—Lo haremos. Fingiremos una relación —determinó Ronan con el tono más grave que le había escuchado hasta el momento—. No hay nada que no vaya a hacer por esta película.

Alguien lanzó un suspiro de alivio y, de pronto, toda la tensión se disipó. Abrí la boca, perpleja. No. De ninguna jodida manera.

—Ronan... —lo llamé, y me puse de pie—, ¿puedes acompañarme un momento?

Él asintió con seriedad antes de levantarse y seguirme al pasillo. Una vez allí, me acerqué para que solo él me oyera.

—No me parece bien —le dije—. No es justo para ti.

Ronan enterró la mano en su pelo y se lo despeinó. Y, después, su frustración encontró la salida por medio de un bufido.

—No soporto lo que te están haciendo —confesó endureciendo el mentón. Y pareció que le costaba un mundo soltar sus siguientes palabras—: No puedo permitir que sufras más.

El corazón se me encogió y tuve miedo de que se detuviera. De que todo aquello terminase por fin para mí en ese mismo momento.

—Pero no es culpa tuya —susurré.

—No. No lo es. Pero no puedes impedirme que intente ayudarte.

—¿Estás seguro de que comprendes lo que significa, Ronan?

Él asintió al tiempo que se mordía un carrillo.

—¿Entiendes tú que estoy hasta el cuello contigo, Del?

Una emoción verdadera que creía perdida en algún lugar de mi infancia me alcanzó los ojos y los aguó.

—Nunca me han llamado así. Simplemente *Del*.

—Por eso lo he hecho.

20

PARECE QUE HE ACERTADO



Ronan

Al cabo de varias semanas conviviendo con Delilah y después de un rodaje lleno de intensidad, conocía un montón de cosas sobre ella. Era una lástima que Tim y mi compañera de reparto no pensaran lo mismo y se empeñaran en organizar nuestra primera cita romántica, que no era más que una excusa para intercambiar información personal durante una cena.

—Si vamos a meternos en esto, tenemos que hacerlo bien —dijo Delilah ante su humeante plato de raviolis con setas y almendras.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Si vamos a fingir que estamos juntos, tendremos que conocernos, saber cosas el uno del otro.

—Yo ya te conozco.

Ella me taladró con la mirada en medio de aquel restaurante italiano, el más solicitado y *chic* de la ciudad. Era la última sensación

culinaria y presentaba una decoración *vintage* repleta de cerámica, textiles a cuadros y velas altas en cada mesa.

—Crees que me conoces, pero no es así.

—Ah, ¿no? Te fascinan las cerezas. —Puso los ojos en blanco—. Y tener todo bajo control. Llevas muchos años en el mundo de la actuación y eres una chica inteligente y aguda, por eso estudias al milímetro cada paso que das. Posees un manejo absoluto de la imagen que muestras al mundo. Tu artista favorita es Lana del Rey. Y, aunque no lo reconozcas, te encanta ayudar a los demás. Y que los de tu alrededor estén contentos. No tienes muchos amigos, quizá como resultado del ritmo agotador de esta industria, pero darías la vida por Jane. —Delilah se limpió las comisuras con una servilleta, apartando su mirada de mí—. Tal vez el blanco sea tu color preferido. Te chifla la comida italiana y te gustan las buenas películas. Y, sobre todas las cosas, amas actuar y también los caballos. Me dijiste que tenías una yegua, ¿no? Te encanta ir descalza, a pesar de que siempre tengas frío en los pies. Y disfrutas observando lo que te rodea, quizá para alejar tu atención de ti misma... A mí me estudiaste concienzudamente durante las semanas de ensayo. Igual que hice yo contigo.

Con un movimiento brusco y repentino, Delilah tomó la botella de vino y se sirvió en su copa.

—Muy agudo, Ronan —refunfuñó—. ¿Cómo has sabido lo de la comida italiana?

—Por cómo mirabas hace un momento el plato de raviolis.

Un gesto de desagrado se dibujó en su expresión y tuve que esconder mi satisfacción.

—A ver, ¿qué es lo que más te gustó de mí para que cayeras rendido a mis pies? —quiso saber ella, acusándome con la mirada.

—Bueno, creo que nadie va a tener ninguna duda acerca de eso.

Mi sonrisa era tan amplia como el espacio exterior y estaba plagada de picardía. Ella se ruborizó con un bonito rosado en las mejillas. Hasta que volvió a tomar las riendas de la conversación.

—Vale, Ronan. —Suspiró—. ¿Y qué hay de ti?

—Dímelo tú. ¿Qué hay de mí?

—Eres un irlandés que ama mucho a su país. Y, por ende, desprecia a todos los demás países. —Solté una carcajada—. Atraes a la gente con algo que no se puede explicar. Aunque por dentro estés inseguro, rezumas confianza por los cuatro costados. Amas la actuación por encima de cualquier cosa y te gusta ir mucho más allá del texto, siempre. Deseas esta vida de actor desde hace bastante tiempo y harías lo que fuese por conseguirla. Tú también darías la vida por tus amigos, por Finn y por Martha. Y echas de menos a tu madre cada día. Esos libros que siempre te acompañan y que parecen más viejos que tú son una extensión más de tu cuerpo. Y, cada vez que tienes un poco de tiempo, escribes *concienzudamente* en esas libretas tuyas.

—Con eso bastará —le aseguré henchido de orgullo al ser consciente de todo lo que Delilah había observado de mí durante este tiempo.

—Veo que hoy estás de buen humor. Ya sabes que no estoy de acuerdo con esto. Es algo serio y no quiero que la caguemos, sobre todo en lo que a ti respecta. ¿Me entiendes?

Dejé de cortar la pizza y me encontré con su expresión angustiada.

—Tienes que tranquilizarte, Del. Te recuerdo que somos actores. Somos expertos en fingir.

Delilah suspiró y se metió un ravioli en la boca. Lo masticó con gusto y, cuando se tomó un sorbo de vino segundos después, le pregunté:

—¿Algo de vital importancia que tenga que saber como falso novio tuyo que soy?

—Pues sí. —Hizo un mohín adorable con la boca y registré mentalmente ese gesto—. Que soy intolerante a las estupideces.

—Y también a los irlandeses guapos, ¿no?

—Estoy aquí porque tiene que parecer justo lo contrario.

—Ya.

Yo aún no había borrado mi amplia sonrisa de la cara. Porque, mientras ella se entregase a mis juegos y a mis piques, estaría alejada de todo el odio que seguía recibiendo día tras día. Quería que se concentrara en mí y no en el maremoto de atención que la esperaba fuera. Quería que hablara conmigo porque necesitaba que se olvidara de todo lo demás.

—El punto de inflexión llegará mañana, cuando acudamos a la gala de disfraces de la London Night.

—¿Por qué?

—Porque posaremos por primera vez como pareja, fuera de la promoción de la película —me informó colocándose un mechón de su brillante melena detrás de la oreja—. ¿Estás preparado para eso? El alcance de este evento suele ser abrumador. Los ojos del mundo entero estarán puestos en nosotros.

—Por supuesto que estoy listo. —Ahora mi voz sí sonó seria—. Aunque aún no tengo el disfraz. ¿De qué vas a ir vestida tú?

—De Lana del Rey en su videoclip *Born to Die*.

—Bueno —murmuré—. Parece que alguien ha acertado con lo de la artista favorita, ¿no?

Últimos comentarios difundidos por redes sociales

ByCharly5:
Sí que Delilah Williams estaba podrida por dentro

rockstaral:
Seguro que esas son las fotos que mandaba a su amante...
Y Alan lo descubrió todo...

Itsblue.js:
De la que se ha librado Alan J!!!
PElliot:
Hay algo que le quede por vender a esta chica?

Dannyjon98:
No es oro todo lo que reluce...

JustBenni:
Al final la buena e intachable de Delilah no era tan buena ni tan intachable. Z****

OneForevr:
¡QUÉ PUTA VERGÜENZA AMERICANA!

21

UNA CORONA DE ROSAS AZULES



Ronan

Cuando Delilah dijo que se disfrazaría de Lana del Rey, lo que quería decir en realidad era que se enfundaría en un precioso vestido blanco que realzaba su figura y que poseía un escote fragmentado en la parte superior del pecho. Era evidente lo que necesitaba gritarle al mundo con esas franjas de piel descubierta que parecían dos medialunas. Deseaba dirigir toda la atención hacia la zona de sus senos. Esos que representaban la intimidad que le habían arrebatado.

Delilah quería demostrar que seguía teniendo el poder.

Y la corona de flores azules que llevaba encajada en la cabeza vaticinaba que esa noche también reinaría.

Vestido de un joven Axl Rose, me sentí insignificante en su presencia. Una chaqueta de cuero negra, pantalones vaqueros y botas militares. Una melena castaña que no me quedaba mal y un pañuelo violeta alrededor de la frente. Ese era mi sencillo atuendo.

Sin embargo, mi compañera de aventuras me agarró del brazo cuando nos detuvimos delante de la flamante alfombra roja que era la antesala de unas colosales escaleras.

Nos habían indicado que teníamos que ser los últimos en aparecer.

Eso significaba que éramos los más esperados.

Todos querían ver nuestro posado.

Caminamos juntos hacia el lugar donde sacarían las fotos. Seguí la estela blanca que era Delilah como si fuera un lacayo que descansaba a sus pies. Porque la admiraba, joder. La admiraba tanto que, cuando la tenía delante, ni siquiera podía pensar. Nos paramos el uno frente al otro y la sonrisa roja de sus labios me hizo derrapar. Los flashes comenzaron a rebotar contra nosotros, pero yo ya me había olvidado de ellos. Allí solos en el centro de la diana, éramos eléctricos. Seres capaces de conectar con las personas y cargar con la responsabilidad que conllevaba ese poder. Éramos estrellas. No podíamos dejar de brillar. Nadie podía apagarnos. Pero estábamos condenados a estar solos. A mirarnos desde lejos. A sentirnos sin tocarnos. Y todas las estrellas, tarde o temprano, también morían. Se apagaban. El «para siempre» nunca existiría, porque el brillo de la fama era efímero. Pero, en ese fugaz instante, ella y yo, *éramos*. Y no necesitábamos más.

Delilah me contemplaba con la felicidad que les mostraba a los demás. Pero en sus ojos yo percibía todo el agradecimiento, en ese gesto apaciguado y pequeño que era solo para mí. La manera en que se aferraba a mi brazo me hizo entenderlo. Posamos varias veces, uno al lado del otro, ante aquella manada de fotógrafos y periodistas. Luego, ella se giró hacia mí para que nos acercáramos más.

—Sé que somos muy diferentes, Ronan —murmuró en voz baja—. Pero tienen que creernos, al menos bajo los focos. Así que finge y

mírame como si me quisieras. Como Heathcliff miraba a Catherine cuando era solo un adolescente que no sabía nada del mundo.

Una punzada en forma de epifanía me atravesó: ¿había fingido alguna vez con respecto a ella? ¿Alguna vez había mentido? Empecé a pensar que toda nuestra relación se había basado en esa mentira. Lo nuestro siempre había sido algo parecido al odio, pero, al mismo tiempo, muy alejado de él. Las diferencias entre nosotros estaban ahí, sí, si nos quedábamos en la superficie. Si nos metíamos bajo la piel, ella y yo hablábamos el mismo idioma. Ambos éramos parte de un mismo cuadro. Los protagonistas de una historia. Éramos los amantes de los que hablaban los poemas antiguos que versaban sobre amores imposibles. Con una sonrisa despampanante y también verdadera dibujada en mi boca, me incliné hacia su oreja.

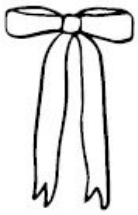
—Somos diferentes —susurré, y ella tembló—. Pero siendo tan distintos, tú y yo, en el fondo, en lo verdaderamente importante, somos la misma cosa. Nunca lo olvides, Del.

Y las cámaras lo captaron todo.

La cercanía. El roce. Las pieles. Todas nuestras miradas. Y ese deseo irreprimible que reflejaban nuestros ojos.

22

SUBMUNDO



Delilah

Al llegar al cóctel, en una lujosa azotea de Londres, lo primero que pensé fue que ese tipo de ambientes repletos de personas bebiendo y conversando con sus atuendos escogidos al milímetro ya no me provocaban satisfacción. No de la manera en que lo hacían antes, cuando eran la excusa perfecta para entablar relaciones impostadas y fugaces. También para tener la libertad de tomar alcohol y huir de mi propia realidad, para ser otra chica, más confiada y menos consciente de lo que sucedía a su alrededor.

Recuerdo que estaba pensando si la vida iba de eso. De pasar de un evento a otro, de ganar cantidades ingentes de dinero que nunca llegarías a gastar, mientras los temas de conversación se volvían banales. Tremendamente insustanciales y soporíferos. En esas estaba cuando una joven vestida de arlequín se me colocó delante y llamó mi atención. La reconocí de inmediato. Era Chloe, una actriz de mi generación a la que hacía unos años había creído amiga.

Hasta que filtró la dirección de mi apartamento a los paparazis y tuve que alejarme si no quería salir aún más perjudicada.

—¡Delilah! —reverberó con falsa simpatía—. Qué bueno verte por aquí. El año pasado no viniste.

Asentí con la cabeza antes de que nos diéramos un breve y frío abrazo.

—Supongo que estará siendo difícil para ti... En medio de un momento tan importante en tu carrera y teniendo toda esa presión mediática detrás. Yo no lo habría soportado —me aseguró acercando su rostro al mío y calándome con sus ojos marrones de buitre.

—Son cosas que pasan a veces. —Estaba interpretando el mismo papel que había interpretado durante toda mi vida. El que cada día sacaba a relucir—. ¿Qué tal va todo, Chloe? ¿Estrenas algo nuevo este año?

—Ahora estoy rodando esa serie para adolescentes —respondió—. Llevamos ya tres temporadas.

—Me alegro de que estés experimentando cosas nuevas.

Por su sonrisa supe que no se había percatado de mi sarcasmo. Un segundo después, sentí un cuerpo tras de mí. El olor a menta que flotó a nuestro alrededor no dejaba lugar a dudas. Ronan me colocó una mano en la cintura y extendió la otra hacia delante.

—Hola, soy Ronan O'Connell —saludó con educación.

—Ya sé quién eres, todo el mundo habla de ti... —refunfuñó Chloe estrechándole la mano—. ¿Sabéis que este año es Alan Jones el que ha colaborado con esta iniciativa benéfica?

—¿Con la London Night?

—La misma.

No lo sabía. Y de pronto mi mecanismo de defensa me gritaba que diera media vuelta y regresara al hotel. A poder ser a compartir con Ronan otra de nuestras películas.

Me preparé para contestar, pero mi compañero se me adelantó:

—La verdad es que nunca hablamos de Alan Jones cuando estamos juntos.

La expresión de Chloe cambió, pero volvió a sonreír cuando miró por encima de mi hombro.

Su aparición fue como un fuego que te acorrala en una habitación cerrada. Cuando lo tuve delante, el aire se paró en seco, reacio a atravesar mi nariz. El suelo se abrió bajo mis pies y tuve que recomponerme como solo yo sabía hacerlo. El temor. Y después, la tranquilidad que había ensayado para aplacarlo. Alan vestía como el fantasma de la ópera, y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no ir hacia él y arrancarle la puñetera careta blanca. El hijo de puta me miraba con una sonrisa grandilocuente después de lo que se había atrevido a hacer. Quería zarandearlo, gritarle cosas horrendas y obligarle a pagar por todo el sufrimiento de esos días. Pero por suerte noté que la mano de Ronan se aferraba con más fuerza a mi cadera. Y eso me permitió guardar la compostura hasta el final.

—Delilah —saludó él como si no hubiera sido el artífice de mi calvario—. Por fin te pillo. Sabía que no podías decirle que no a la London Night. Y, por cierto, tenemos una conversación pendiente.

—Tú y yo no tenemos nada que hablar —respondí airada.

Alan, todo control, elegancia y abuso de poder, dio dos pasos al frente y se colocó delante de nosotros, muy cerca, dejando a Chloe fuera de aquello. La mirada de deseo con la que recorrió todo mi cuerpo me hizo explotar. No pude contenerme más. Le estrellé las palmas de las manos en el pecho y reboté hacia atrás.

—¡Maldito cabrón! Lo has vuelto a hacer, me has vuelto a humillar. ¿No podías aceptar que te dejase?

—Estás fuera de ti misma, cariño —dijo él con una calma asesina —. Sonríe y mantén la puta compostura, que hay cámaras y gente por todos los rincones.

Entonces su mirada se inclinó hacia un lado y observé cómo Ronan entraba en su ángulo de visión.

—¿Qué cojones haces tú aquí? —preguntó cargándose todo el dominio que había demostrado—. ¿Y de qué coño vas vestido?

Ronan dio un paso adelante y se colocó entre nosotros, a un lado de mi cuerpo.

—Un cantante que no sabe quién es Axl Rose... No sé si es una buena señal. —La burla en su voz encendió las mejillas de Alan.

Mi ex apartó su atención de Ronan y me agarró del brazo.

—Vamos, Delilah, tenemos que aprovechar la noche.

—No —negué apartándome del ancla que era su mano—. Estoy con él.

Alan se rio de un modo tan enfermizo que me estremecí. Y volvió a cogerme del brazo.

—¿Tú estás sordo o qué? —rugió Ronan acercándose a él—. Te ha dicho que no.

La mirada de Alan se encontró con la mía y yo me hice pequeña porque sabía lo que venía detrás. La trampa. Siempre la trampa para que cediera.

—Tú y yo —empezó a decir Alan, señalándome con el dedo— vamos a hablar en privado a no ser que prefieras que la situación de ahí fuera se descontrole aún más. Así que, si no quieres que todo estalle por los putos aires, ven conmigo.

Como una premonición que me iluminó por dentro, supe que Ronan iba a dar un paso adelante para enfrentarlo por haberme hablado de ese modo. Por eso tuve que ponerle una mano sobre el

pecho y emplear toda mi fuerza para apartarlo de allí. Me miró a los ojos y yo intenté tranquilizarlo con los míos.

—No, Delilah... No —gruñó negando con la cabeza.

Él ya lo sabía. Porque me conocía. Tan bien como yo a él. Y ahora, ante ese chico que había mostrado preocupación por mí en las últimas semanas..., y tal vez mucho tiempo antes que eso, me daba cuenta, vislumbraba con claridad la espiral donde había estado hundida. La mano invisible que evitaba que pudiera sacar la cabeza a flote. Veía con total precisión lo que había sido mi relación con Alan. Pero no me quedaba más remedio que seguirlo, porque por nada del mundo quería que la imagen de Ronan, el chico con el que compartía películas y momentos, se viera perjudicada. Con un gesto airado, intenté quitarle importancia a lo que iba a hacer. Y él me respondió con un ceño lleno de incredulidad.

—Está bien. Vamos, Alan —dije dando un paso al frente.

Lo último que vi antes de agachar la cabeza y seguirlo entre la gente fue la sonrisa diabólica que Alan le dedicaba a Ronan.

Y todo por mi culpa.

Llegamos a un reservado ubicado en un lateral de la azotea. Allí dentro solo estaban los amigos de Alan charlando entre copas y contándose anécdotas estrambóticas, por lo que mi exnovio me tomó de la mano y nos dirigimos a un sofá para tener más intimidad. Cuando se sentó, tiró de mí para que lo imitara y me quedara más cerca de él. Su cabello rubio estaba peinado con todo detalle y la forma en que le brillaban los ojos me prevenía de lo que venía a continuación.

—Estás preciosa esta noche, Delilah... —me piropeó con ese arte que solo poseen las estrellas del rock—. Espero que ese gilipollas te

lo haya dicho.

—¿Eso era lo que tenías que contarme? —Decidí poner distancia entre los dos, inclinándome hacia el otro costado del sofá.

—Tenemos que parar de hacer el tonto, ¿no te parece? —La seguridad de su voz me repelió—. Hacemos una pareja increíble, Lilah. Tú y yo. Puedo dártelo todo. Y quiero dártelo, porque te echo de menos, nena.

—¿Tú te estás oyendo? ¡No paras de echarme a los leones, Alan!

—Si lo dices por esas chicas..., fue pura distracción. Estaba dolido contigo, Delilah. Muy dolido. Apostaste por ese proyecto antes que por nuestra relación.

—Era mi trabajo, Alan.

—¡Yo era más importante que esa puñetera película!

No podía creerme que alguna vez lo hubiera querido. Era enfermizo. Su egoísmo me apelmazaba el pecho. Al principio de nuestra relación mi atención solo estaba puesta en él. Sí. Estaba destrozada, necesitaba un refugio. Y él se había aprovechado de eso.

—Antes del estreno diste esa entrevista en contra de mí y dijiste cosas...

—Me equivoqué, lo reconozco —replicó acercándose más y haciendo chocar nuestras rodillas—. Cuando regresaste de Inglaterra eras otra persona. Te lo juro, Lilah. Discutíamos todo el rato. Era como si ya no te divirtiera nuestra vida.

Y ya no pude más.

—¡Por eso te dejé! ¡Y ahora tú has filtrado mis fotografías! —vociferé.

Mi grito lo cogió tan desprevenido que la copa bailó en su mano.

—Ah, no. No pienso cargar con eso. —Negó con la cabeza al tiempo que me miraba como un depredador—. Yo no he filtrado esas

fotografías. Aunque son mías. Y quiero que sepas que no las voy a borrar.

—¡No son tuyas y no tenías derecho a hacerlas públicas! —exclamé con todo el cuerpo temblando—. ¡Eres un puto mentiroso!

—No estoy mintiendo.

Y por una centésima de segundo lo creí. Pero también recordé lo crueles que habían sido sus métodos de manipulación y de chantaje a lo largo de nuestra relación. Emití un gruñido y me levanté como si se me hubiera metido dentro el mismísimo demonio.

—¿En qué jodido universo piensas que voy a volver contigo? —dije con toda la entereza que me quedaba.

Ahora fue él quien comprobó que yo hablaba en serio, muy en serio. Dio un sorbo a su bebida mientras me agarraba de la mano y tiraba de mí para sentarme de nuevo a su lado.

—¿Te gusta ese idiota? —preguntó como burlándose—. Solo es una moda pasajera.

Alan no tenía ni idea... Le sostuve la mirada con orgullo y se percató de que yo no era la misma chica sumisa de antaño, sino alguien que había evolucionado y que, por fin, había tomado la decisión de dejarlo para siempre. El estruendo de su risa me hizo tragar saliva.

—Al final, él también te dejará —vaticinó—. Estás sola, Delilah. Nadie te quiere. Nadie que te conozca de verdad, quiero decir. Eres tan débil que eres incapaz de decidir nada por ti misma. A mí no me puedes mentir. —Sus palabras hicieron que el vestido me apretara, que mis manos temblaran, que el miedo se abriera paso como una infección—. ¿Y sabes una cosa? Nunca vas a ser suficiente para que alguien se quede. Ni siquiera tu madre se quedó.

Agaché la cabeza y empecé a notarme los latidos del corazón en la lengua. Quería vomitar. Porque aquellas palabras me sabían a

verdad en el cielo de la boca. Los ojos se me aguaron. Busqué la salida, pero no me podía mover, así que me quedé allí mirando a la nada, oliendo el sofisticado perfume con el que mi verdugo se había rociado.

—Pero yo sí sé quién eres. Y siempre he sabido lo que necesitas, Lilah.

Unos segundos después, me ofreció su copa. Y supe que la única salida era aceptar aquella bebida fuerte. Bebérmela toda de un trago. Así que eso fue lo que hice. Porque yo solo quería hacerme pequeña y desaparecer.

23

EL MIEDO COMO MOTOR



Ronan

No sé cuánto tardé en encontrarla. Desconocía si pasaron varias horas después de que se fuera tras él, o si tan solo fueron treinta minutos. La verdad era que me había movido entre saludos de gente conocida y el rechazo que me generaba una fiesta tan clasista como aquella. Mi cuerpo, exaltado desde el enfrentamiento con el capullo de Alan Jones, necesitaba cerciorarse de que Delilah estaba bien. De que se había ido con él porque quería y no porque la estuviese chantajeando. No tenía ni idea del tiempo que había pasado desde que nos habíamos separado, pero me pareció una eternidad. Así que decidí terminar con la duda y les pregunté a varias personas dónde se encontraba Alan. Todas coincidieron y me señalaron el reservado que estaba al fondo de la azotea.

Cuando llegué a la puerta, un guardaespaldas hasta arriba de esteroides me detuvo el paso.

—Voy a entrar —lo avisé alzando la voz.

El tío dudó un momento, pero luego decidió echarse a un lado y dejarme pasar. Allí dentro había sofás y sillones por todas partes y contaban con su propia mesa con camareros que suministraban las bebidas. No conocía ninguna de las caras con las que me encontraba. Ni rastro de Delilah; tampoco de Alan. El corazón empezó a latirme tan fuerte que dudé de si me había metido en el lugar equivocado, pero yo solo quería asegurarme de que ella estaba bien.

Cuando llevaba un rato dando vueltas, me subí a un escalón para tener mejor visión de la sala y lo divisé. Alan estaba tirado sobre un sofá rodeado de chicas a las que les mostraba su sonrisa cautivadora. Ninguna era rubia. Ninguna era Delilah. De repente, una sensación insoportable se adueñó de mi tráquea y la boca se me secó. Empecé a buscarla por el reservado como un loco ante la mirada perpleja de las personas que estaban allí reunidas.

La encontré dos minutos más tarde, y su imagen me impactó tanto que me llevé una mano al pecho. El miedo y el terror amenazaron con bloquearme como aquella vez, cuando era tan solo un niño. Pero tenía que actuar. Y hacerlo rápido, porque Delilah estaba en un rincón, sentada en un sofá con la cabeza entre las piernas y el pelo arrastrándole por el suelo.

Me abrí paso entre los desgraciados que había a su alrededor y que ni siquiera habían reparado en ella porque estaban demasiado ocupados en reír a carcajadas y disfrutar de la fiesta. Al llegar, me coloqué de rodillas ante su cuerpo.

—Del —la llamé, alzándole la cabeza y buscando sus ojos—. Soy Ronan, ¿puedes oírme? Estoy aquí.

Su azul conectó conmigo un segundo antes de desplomarse en mis brazos. Quizá sí que había pasado demasiado tiempo antes de

que hubiera decidido ir a buscarla, porque estaba hasta arriba de alcohol. Joder.

—Del..., mírame, cariño. Vamos, levanta... Te voy a llevar al hotel, ¿vale?

Oí las risas a mi lado y reprimí el impulso de levantarme y arrasar con aquellas personas que ni siquiera habían pensado en socorrer a una chica que era evidente que necesitaba ayuda. Delilah estaba semiinconsciente, con la cara aplastada sobre un cojín. Parecía ida. Y yo estaba acojonado. Alguien se detuvo a un lado y le puso una mano en la rodilla. Aparté de un golpe esa mano mientras un hombre mayor de pelo cano me decía:

—La conozco. Soy Clark, un amigo de Tim Johnson —me explicó —. No sabía que ella estaba aquí...

—¿Cuánto habrá bebido para que esté así?

—Ayúdame a llevarla a un lugar tranquilo y la examino. Soy médico —me informó Clark mientras sujetaba la muñeca de Delilah para tomarle el pulso.

Cogí en brazos a Delilah, pasándole una mano bajo las rodillas y sosteniéndole la espalda con la otra. Luego me concentré solamente en seguir a aquel hombre entre la gente. Todos nos miraban y, en un gesto inconsciente que surgió de un lugar desconocido, escondí la cabeza de Del en mi cuello. El terror se apoderó de mí de un modo tan incontrolable que incluso dudé si llegaría hasta la puerta, porque no notaba su aliento en mi piel.

Tras recorrer varios salones llenos de gente y un pasillo llegamos a una habitación que estaba vacía y que parecía un despacho.

—¿Puedes sentarla en ese sillón?

Con extremo cuidado hice lo que me pedía y le sujeté la cabeza, que le colgaba. Ella parpadeó muy lentamente y era evidente que no lograba enfocar nada.

—Los médicos siempre preferimos que vayáis a un hospital, pero sé cómo son las actrices con su privacidad y todo eso. —Mientras hablaba, Clark empezó a examinarle las pupilas y a soplarle aire en la frente—. Está muy desorientada y no coordina, pero las constantes están bien, respira a buen ritmo y no es preocupante. Solo se ha pasado bastante con la bebida... ¿Sabes si ha vomitado?

Justo en ese momento, Delilah estiró su cuello hacia delante y echó hasta la primera papilla al lado de sus pies. Me apresuré a apartarle el pelo de la cara y miré con preocupación a Clark.

—Mierda..., estoy... —murmuró Delilah con las piernas temblando.

—Llévala al hotel, chico, y no la dejes sola durante unas horas... Acuéstala de lado, por si acaso necesita vomitar más.

El miedo me martilleaba la cabeza y aquel hombre se percató.

—Ella está bien... Solo muy desorientada. Pero no ha perdido la consciencia, aunque esté quedándose dormida. —Suspiré aliviado y me apoyé en el respaldo del sillón—. Si ves que dentro de unas horas no mejora, llévala al hospital.

—Vale... Gracias, Clark.

—Pero no podemos dejarla sola, y debería estar en observación.

—Me quedaré con ella hasta que esté bien —le aseguré, notando cómo el subidón de adrenalina descendía dentro de mi cuerpo—. Me la voy a llevar.

—Pediré un coche para que os recoja dentro del parking —informó él.

Y yo solo asentí a la vez que levantaba a Delilah y la cogía entre mis brazos de nuevo. Quería dar media vuelta e ir a buscar a Alan, pedirle explicaciones por haberla dejado en ese estado miserable, pero me resistí con todas mis fuerzas. Porque lo único importante en ese momento era esa chica que no era capaz ni de abrir sus preciosos ojos.

Le había tomado el pulso por lo menos diez veces en los últimos quince minutos. A esas horas, sin apenas coches por la carretera, el conductor pisó el acelerador. Pero yo necesitaba que corriera más. La ansiedad me tenía la espalda empapada de sudor bajo la chaqueta de cuero y las extremidades flácidas de Delilah me cortocircuitaban la mente. Había intentado contactar con Jane hasta en cinco ocasiones, pero no había dado señales. No supe por qué, pero cogí la mano de Del y la coloqué en mi regazo. Durante todo el tiempo que duró aquel trayecto, mantuve presionado mi pulgar sobre el latido en su muñeca como había hecho Clark.

Un rato después, abrí la puerta de mi habitación de una patada y la llevé directamente al baño. La senté en el borde de la bañera y le sostuve la espalda. Me coloqué delante de ella y le aparté el pelo de la frente.

—Ey..., Del... —Posé una mano fría en su mejilla—. ¿Me oyes?

—Sí —murmuró ella con la voz tomada.

Por fin abrió un poco los ojos y fijó sus pupilas dilatadas en mí. Abrí el grifo y mojé una toalla. Se la pasé por la cara para refrescarla y ella se volvió a desvanecer sobre mis brazos.

Necesitaba que estuviera a salvo, que no dejara de respirar.

Estaba asustado, tan acojonado que ni siquiera me di cuenta de que yo también estaba mareado, joder. Por toda aquella intensidad y todo aquel terror inexplicable. Me empeñé en traerla de vuelta. Le palmeé el cuello, le soplé sobre la boca, le quité la corona de flores de la cabeza. Luego, le dejé la toalla fría sobre el cuello y por fin pareció reaccionar.

—Vamos, cariño, tenemos que hacer un último esfuerzo, ¿de acuerdo? —la animé.

—¿Ro-n-an...? —murmuró con la voz pastosa.

—Sí, soy yo. Tu irlandés favorito. —Esbocé una sonrisa forzada porque me estaba matando lentamente verla así.

La levanté y la agarré de la cintura para guiarla hasta la habitación. Su cuerpo no podía más y sus manos débiles me apretaban los antebrazos.

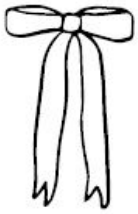
—Venga, muy bien, ya casi lo tienes, Del. —Sus piernas temblaban —. Vamos a acostarte.

Cuando llegamos a la cama, le puse la palma de mi mano en la espalda y la empujé con suavidad para tumbarla de costado. Era una campeona. Era una chica de la hostia. Lástima que ese desgraciado no la hubiera valorado nunca.

Me deshice de sus zapatos blancos y la cubrí con las sábanas. Sabía que dormir con ese vestido no iba a resultarle cómodo, pero me negaba a quitárselo. Permanecí a su lado hasta que vi cómo su respiración se normalizaba, y poco después dormía profundamente. Solo entonces respiré. Solo entonces fui al baño y metí la cabeza bajo el grifo. Solo entonces me permití pensar en ese niño que había velado el cadáver de su madre en un piso oscuro hasta que encontró el valor para llamar a una vecina.

24

DESPERTAR



Delilah

Mi cuerpo sufrió un intenso espasmo que me obligó a despertar. Abrí los ojos y la luz eléctrica del amanecer me dio la bienvenida. Luego lo hicieron el dolor de cabeza y los mareos. Me senté en la cama y la habitación tembló a mi alrededor. Aquella no era mi suite. Empecé a estudiar el lugar y me detuve en el instante en que Ronan entró en mi campo de visión. Llevaba la misma ropa del evento y su pelo era un desastre absoluto. Sentado en un sillón a un lado de la ventana, me observaba con unos ojos repletos de preocupación que provocaron que me hundiese en el colchón. Entonces recordé cómo había empezado la noche anterior, con esa aparición estelar de Alan. Un tsunami de vergüenza se apoderó de mí y las palpitaciones me golpearon con fuerza en las sienes.

—¿Qué ha pasado? —solté notando el sabor de la bilis en la garganta.

Él continuó observándome con ojos serios, como si me estuviera evaluando.

—¿Estás bien, Del? —preguntó.

La verdad era que no, pero no se lo dije. En lugar de eso, aparté la mirada, incapaz de enfrentarlo más.

—Solo recuerdo que Alan me llevó a un reservado y que luego empecé a beber... —Me cansaba hablar, me pesaba la lengua, estaba aturdida.

Ronan arrugó el ceño y apoyó los codos en las rodillas, dejando a un lado el libro que tenía en la mano.

—Fui a buscarte un rato después y te encontré casi inconsciente en un sofá —me contó él mientras yo palidecía—. Estabais en medio de toda esa gente y te dejó ahí, sola y demasiado perjudicada. Y yo me acojoné cuando te vi...

—Lo siento muchísimo, Ronan. Una vez que empecé a beber, ya no pude parar. Todo aquello era demasiado y solo quería dejar de pensar, olvidarme... —Me llevé una mano a la cara para ocultar mi bochorno.

Noté el peso de la noche posándose sobre mis ojos y cómo las lágrimas pugnaban por aparecer.

—No lo sientas, Delilah, joder... Menos mal que te encontré —sentenció él con tono de ultratumba—. Verte allí de esa manera... Que él te hubiera dejado en ese estado tocó algo dentro de mí. Y solo me tranquilicé cuando Clark, un médico amigo de Tim, te examinó... Bueno, no me tranquilicé del todo. No me he tranquilizado hasta que has abierto los ojos hace un minuto.

El silencio cayó sobre nosotros como una mole, al igual que la lágrima solitaria que se deslizó apresurada por mi mejilla. Me la sequé al instante. Con rabia, con dolor. Con pena de que mi compañero hubiera pasado por algo así por mi culpa. Una vez que

había abierto el dique de la tristeza, no había podido detenerlo y me sentía culpable por ello.

—¿Sabes...? —Al cabo de unos minutos comencé a hablar, completamente rota—. Él solía llamarme «la Reina de Nueva York».

Ronan bufó y se removió sobre su asiento, incómodo.

—No necesitas ser una reina para que te quieran, Del.

—Ha pasado mucho tiempo de eso.

—Pues quizá tengas que empezar a ver la mentira que había detrás.

Intentó decirlo con delicadeza, pero me escoció en el pecho de todos modos.

—¿Y cuál es la verdad, Ronan? —le pregunté, reclamándole que me mirara a la cara.

Pero lo cierto era que en todo ese tiempo no había apartado sus ojos de mí.

—La verdad es que te mereces a alguien mucho mejor. No a alguien que disfruta con tu sufrimiento. No a alguien que te ve como si fueras un puto complemento —graznó—. Eres mucho más que eso, Del. Eres real, eres compleja. Y quiero que sepas que eres buena. Desde el principio lo has sido. No estás podrida por dentro como él quiere que creas. Estás hecha de resiliencia, de personajes que te habitan, y luchas cada día por esconder toda la tristeza que llevas dentro. Y, aun así, no hay una jodida persona que pueda hacerte sombra.

Esas palabras calaron en mí como un bálsamo que te calmaba el dolor. Me sentí más ligera por dentro, como si el peso que me aplastaba hubiera desaparecido. La voz de Ronan me parecía una pequeña isla en medio del océano.

—Ya se ha acabado, Ronan —declaré.

Debió de percibir algo en mi mirada que lo hizo asentir en silencio y dejar el tema. En cambio, en ese momento era yo quien necesitaba quitarle de encima toda esa angustia que lo consumía.

—¿Puedo preguntarte por qué te has disfrazado de Axl Rose? —Intenté sonreír para aligerar la tensión.

—Leí por ahí que Lana del Rey estaba obsesionada con él.

Me reí... ¿Qué otra cosa podía hacer?

—¿Dónde has leído eso?

—Mejor no preguntes.

—Lana del Rey solo está obsesionada con el color azul.

Cuando Ronan se levantó, mi sonrisa desapareció.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que avise a Jane? —preguntó colocándose a los pies de la cama.

—Vale... —asentí—. Menos mal que volviste, Ronan. Gracias por no dejarme sola.

Nos quedamos mirándonos durante unos segundos que se cargaron de electricidad. Hasta que él rompió de nuevo el silencio:

—Del, tengo que decirte que hay algo que pasaste por alto sobre mí.

—¿El qué?

—Nunca abandono a los míos. Siempre estoy con ellos hasta el final.

—¿Soy una de los tuyos, Ronan O'Connell? —pretendí sonar serena a pesar de que me ardían las mejillas.

25

DUBLÍN, IRLANDA, MI HOGAR



Ronan

Estaba en Irlanda. Había vuelto a casa. Pero ya nada era lo mismo. Ahora me encontraba en medio de un revuelo mediático, en el ojo público. Y veía las calles coloridas y repletas de la vida nocturna de Dublín desde una barrera. Me había pasado ese día de un lado a otro, concediendo entrevistas a periodistas que querían conocer todo sobre el último actor de moda irlandés, reuniéndome con importantes diseñadores que me vestirían en el futuro, y bañándome en la nostalgia que acarreaban los cambios. Pero era feliz. Tenía todo lo que siempre había soñado. Y aquello no había hecho más que empezar. Sin embargo, volver allí me había servido para comprender que nunca me sentiría igual de bien y de conectado que cuando caminaba por las calles de cualquier lugar de Irlanda mezclándome con mi gente. Tampoco pensé jamás que Delilah Williams podía tener cabida en todo ese engranaje, pero eso no era lo que me indicaba su lenguaje corporal.

En medio de un concierto en una de las salas de Temple Bar, Delilah bailaba y alzaba su refresco cada vez que el grupo alternativo de turno pedía la implicación de su público. Esa misma tarde, después de terminar con nuestros compromisos profesionales, me había dirigido a su habitación antes de reencontrarme con mi antiguo grupo de teatro. ¿El motivo por el que había hecho aquello? No tenía ni puñetera idea, pero el corazón me había latido frenético cuando ella abrió la puerta.

—Solo quería preguntarte si te apetece salir —había dicho de manera atropellada—. He quedado con unos amigos de aquí para ir a un concierto y no sé si... Tan solo me preguntaba... Como Tim siempre nos dice que tenemos que hacer acto de presencia para que... —Delilah había sido incapaz de parpadear y yo estaba cada vez más nervioso—. Perdona, seguro que necesitas descansar después de esta semana.

—Me encantaría ir, Ronan.

—Ah. Vale. Te espero en el hall, entonces.

Y así era como había llegado a esa situación en la que no le quitaba los ojos de encima a esa chica que solo quería bailar y ser libre mientras mis amigos revoloteaban a mi alrededor lanzando coñas a punta pala por mi repentina fama de seductor.

—¡Eh! ¡Ronan! —gritó Stephen—. La próxima vez invítanos a los demás a Los Ángeles. No tendremos problemas con el alojamiento porque Delilah es demasiado simpática y seguro que nos acoge.

Mis amigos se rieron por encima de la música. Y yo simplemente fulminé con la mirada a mi antiguo compañero de tablas.

—No les hagas caso, Ronan —me pidió Martha colocándose a mi lado—. Se nota que la envidia los corroe.

Le di un sorbo a mi pinta y volví a centrar mi atención en Delilah. Porque solo podía mirarla a ella.

—¿Crees que se lo está pasando bien, Martha? —Comprendí que me interesaba más su estado que el mío propio y ahí fue cuando me percaté de que estaba jodido.

—Claro que sí. Ha charlado más de quince minutos con Stephen. ¿Quién cojones ha hecho eso alguna vez?

Solté una carcajada, porque tenía razón. Desde que había llegado, Delilah se había integrado en mi pandilla como anillo al dedo a pesar de que los idiotas de mis amigos se habían sentido intimidados al principio. Pero mi compañera de reparto había sabido cómo remediarlo. Simplemente se había colado en nuestras dinámicas y, con ello, me hizo sentir como si un jardín brotara bajo mi pecho.

—Pero tienes que seguir con la farsa, Ronan... Porque estos están diciendo que eres un muermo y que no eres nada cariñoso con ella. Así que dudan de que estéis juntos en serio... E incluso están apostando por quién la seducirá antes.

—¿Que qué?

—Te lo juro. —Martha abrió mucho los ojos y asintió, solemne.

—¡Ey, chicos! ¡No puedo más! ¿No bailáis? —La voz jadeante de Delilah llegó antes de que se plantara delante de nosotros.

Agaché la mirada y la puse sobre ella. Llevaba una cazadora vaquera de color blanco y, para pasar desapercibida, también se había puesto mi gorra. Sonreí. Y lo único que me salió fue acercarme a ella y abrazarla. Lo cual lo empeoró absolutamente todo. Como por arte de magia, ella me correspondió y yo enterré la cabeza en su melena dorada, que olía a canela mezclada con el aire de Irlanda. Mi cuerpo reaccionó con un anhelo casi enfermizo y tuve que separarme para mirarla a los ojos.

—Hay que actuar un poco —le susurré—. Estos tíos me conocen y no se creen que estemos saliendo. Tal y como está el asunto, no quiero que las cosas se compliquen.

Sus ojos se entrecerraron como estudiándome y respondió con un:

—Está bien.

Luego me agarró de la mano y nos condujo hacia donde se encontraban los demás.

—¡Rubita! —oí que le decía Arty—. Estamos aquí organizando nuestro viaje a Los Ángeles. Porque Ronan nos ha dejado de lado. Solo se llevó al estreno a Finn y a Martha.

—¡Eeeh! ¡Soy su mejor amiga! —gruñó la aludida.

—¡Nosotros también tenemos derecho a ir!

—Podéis quedaros en mi casa de Bel-Air —ofreció Delilah—. Es enorme y la verdad es que no suelo pasar mucho tiempo por allí.

—¿De verdad?

—Sí —respondió ella ante mi mirada perpleja.

—No hace falta que... —le empecé a decir.

—Lo hago de corazón, Ronan. Me caen bien, no me tratan como si fuera diferente. Como si estuviera en un puto planeta que no pueden pisar o algo parecido.

Que Delilah se sintiera cómoda con los míos era algo que no me habría esperado ni en un millar de años. Era algo para lo que no estaba preparado. Era algo con lo que no contaba y que me hacía sentir tan pleno que no pude contenerme más.

—Voy a fingir, ¿vale?

Ella asintió con una sonrisa. Le pasé un brazo por los hombros y la coloqué con su espalda pegada a mi pecho mientras la abrazaba delante de mis amigos. Creo que nunca antes me habían embargado ese tipo de sensaciones. Porque tocarla era sentirme parte de algo. Rodearla con los brazos significaba pertenencia para una persona que nunca había contado con nadie. Y no pude evitar que mi boca viajara hasta su oído.

—Perdón por esto —susurré.

Le di un beso en el cuello que todos vitorearon apartando la mirada y murmurando obscenidades en un tono jocoso. La mano de Delilah se aferró a mi brazo cuando un escalofrío le recorrió la columna. Y percibí cómo su cuerpo se pegaba más al mío. Las ganas de tenerla como la había tenido en el pasado en aquella caseta de la piscina me nublaron la puta mente. Tanto que me vi obligado a tratar de distraerme charlando con mis amigos, hablando sobre mis planes de futuro, contándoles cada nueva idiotez en la que se embarcaba Finn. Durante todo el tiempo que estuvimos en aquel local, la mano de Delilah no abandonó mi brazo. Su olor inundó mis fosas nasales. Y yo me sentí completo por primera vez en la vida.

Horas más tarde, verla de ese modo tan despreocupado delante de mí seguía teniendo el mismo efecto devastador. Estaba a un segundo de perder la cordura, mandarlo todo a la mierda y pedirle que me volviese a tocar.

—Voy a acompañarte al hotel, no está muy lejos de aquí —le ofrecí en cambio.

—¿Tú no duermes allí hoy? —preguntó ella mirando el espesor de las nubes en el cielo.

—Qué va. Esta noche me quedo en mi apartamento con Finn.

Delilah metió las manos en los bolsillos de la chaqueta y esbozó un mohín de labios demasiado adorable.

—¿Puedo quedarme allí yo también? —preguntó como si le diera vergüenza.

Delilah solo se había tomado un par de refrescos, porque yo había estado atento a cada paso que daba, a cada sonrisa que había ladeado su boca. Había estado pendiente de todo lo que había

hecho. Aun así, después de su pregunta, llegué a plantearme si estaba un poco ebria por querer venir a mi piso.

—Eh... Si te apetece, sí, claro —dije con una emoción difícil de esconder—. Pero te aviso de que es muy muy pequeño. Y viejo.

—Me parece bien —contestó riéndose.

—Genial.

Delilah me miró, esperando que tomara la iniciativa, pero yo estaba paralizado. Paralizado por ella en medio de una calle de Dublín. Porque ella me observaba como si yo fuera algo importante.

—Solo está a quince minutos caminando —la informé poniéndome en marcha.

Paseamos por las calles, plagadas de vida a esas horas de la noche, mientras Delilah me preguntaba acerca de los lugares que íbamos dejando atrás. Atravesamos el puente sobre el río Liffey recordando las locuras a las que mis amigos habían dado rienda suelta esa noche. Entre risas, nos adentramos en una zona verde, llana, que rodeaba un castillo, un lugar al que solía ir a leer cuando hacía buen tiempo. De pronto, empezó a llover y las gotas humedecieron la hierba que íbamos pisando.

—Ya queda poco —me disculpé como si aquella lluvia fuera culpa mía.

—Los paparazis nos están siguiendo —avisó ella.

Con un giro brusco de cabeza, empecé a otear a nuestro alrededor, pero no divisé nada ni a nadie.

—¿Estás segura?

—Sí. Conozco todos sus trucos. Están justo detrás de esos árboles, pero no mires. Podemos usarlo en nuestro beneficio. A Tim le encantaría.

El agua de lluvia que me mojaba la cara se convirtió en lava. Pura quemazón.

—¡Estoy de coña, Ronan!

—Deberíamos hacerlo. Así nadie más dudará.

La sonrisa de Delilah desapareció y en su incomprensión descubrí una belleza tan abrumadora que quise plantarme de rodillas.

—¿Te refieres a que...?

—Sí.

Nos miramos a los ojos. Ella, con los suyos expectantes. Yo, perdiendo todo el dominio que me quedaba.

—Aún no sé si me apetece meterte en esto —se sinceró humedeciéndose los labios—. Porque me importas, Ronan.

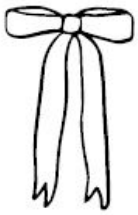
Y luego me caí del precipicio sin paracaídas. Quería volar. Quería volver a sentirlo.

—Yo sí quiero meterme —confesé—. Claro que quiero meterme, joder.

Di un paso hacia delante, le giré la visera de la gorra para colocársela en la parte de atrás de su cabeza, y la besé. Aterricé con mis labios sobre los suyos y el sabor que yo rememoraba cada madrugada estaba otra vez ahí, a mi alcance. Era dulce y era caliente, y quise recrearme en los detalles. Le acaricié el cuello y Delilah me rodeó la cintura con sus brazos. Cuando me apretó para aunar nuestros cuerpos, me olvidé de todo. De nuestra película, de las fotografías que nos estarían tomando, del mundo en el que vivíamos. Lo único que pude hacer fue arrastrar mi lengua por sus labios para abrirle la boca y adentrarme en ella.

26

LLUVIA DE VERANO



Delilah

La boca de Ronan me reclamaba de un modo salvaje bajo la llovizna. Sentía necesidad, sentía deseo, sentía su cuerpo aferrado a mí. Y, cuando su lengua se encontró con la mía, la fuerza de nuestro apetito nos atravesó. Él cogió mi cabeza entre sus manos y la giró en el ángulo adecuado para poder devorarme a su antojo. Le agarré de la camiseta con fuerza tratando de atraerlo más porque su cercanía no era suficiente. Estaba demasiado lejos de ser suficiente.

Yo gemí cuando me acarició el cielo de la boca con ímpetu.

Él tembló cuando le arañé con las uñas el lugar donde le nacía el pelo.

Y luego recordé que aquello era falso. Que era inventado.

Pero aquel era el beso más real que me habían dado en mi vida. Estábamos danzando en una coreografía desatada de carne, latidos y saliva. Porque cuando algo era verdadero nos abríamos como se abría una rosa al florecer. Capas y capas revelándose para alcanzar

la plenitud. Cuando algo era de verdad, queríamos que el otro nos descubriera, que nos palpara con las manos. Queríamos compartirlo todo, hasta nuestro último aliento. Queríamos vivir dentro de esa sencillez donde los impulsos tomaban el control. Queríamos ser libres. Respirar sobre alguien. Y, besando a Ronan, yo me sentía escuchada. Me sentía valorada. Cuando el oxígeno se esfumó de nuestros pulmones, nos vimos obligados a separar nuestras bocas. Aunque Ronan no apartó las manos de mi cuello. Me acarició la nariz con la suya antes de abrir los ojos y encontrarse con los míos. Nos respiramos el uno al otro en medio de la noche de Dublín con la cara mojada por la lluvia.

Podría decir que aquello era una atracción imparable que me había poseído, aunque estaría mintiendo. Era atracción, claro que lo era, un reclamo tan grande como demente. Pero también era el corazón luchando por sentir con todo su esplendor. Era el corazón gritando: «Por esto vivo. Por esto lato. Por nada más que esto».

Y me asusté de que todo fuese fingido por su parte, por eso me obligué a regresar a mi férreo control:

—Creo que ya le hemos dado bastante contenido —susurré.

Entonces Ronan se apartó de mí y la realidad del mundo cayó sobre nosotros.

El apartamento de Ronan era tal y como él me había dicho: muy pequeño. Apenas cabían un par de muebles en el salón, una mesa baja encajada entre dos sofás y, a un lado, una pequeña cocina separada por una barra americana. En el ambiente reinaba un olor a madera y a papel viejo que resultaba hogareño. Allí dentro abundaban las pilas de libros y más libros desperdigados por cada rincón en el que se atisbaba algo de espacio.

—Pues esto es todo —dijo él sonriendo con nerviosismo y colocándose tras la barra—. El baño está al fondo y, las habitaciones, subiendo por esas escaleritas.

Ronan empezó a abrir armarios de la cocina de un modo compulsivo, preso de una inseguridad poco habitual en él.

—¿Te apetece tomar algo? —me preguntó—. ¿Algún refresco? ¿Cerveza? ¿Té? ¿Una copa de whisky irlandés?

—La copa de whisky, por favor. Ya que estoy en Dublín...

Ronan sonrió de oreja a oreja antes de servir la bebida en dos vasos. Luego caminó hacia mí y me tendió el mío.

—¿Quieres ver mi habitación?

En mi boca aún permanecía el sabor de su beso fingido, así que preferí demorar mi trago un poco más.

—Me encantaría.

Lo seguí escaleras arriba hasta que abrió una puerta y nos adentramos en una estancia que olía a menta y a más papel antiguo. Encendió la luz y yo me quedé quieta observando a mi alrededor. La habitación estaba limpia, ordenada, con una cama que no era demasiado pequeña bajo una ventana. En una de las paredes, un viejo ropero de madera. En otra, un escritorio diminuto con una silla. Y, en la pared de enfrente, estantes, baldas y más baldas apiladas que contenían hileras de libros. El chico que yo conocía, el inteligente, el actor profundo que amaba el arte por encima de todo, había surgido de esas historias.

—Puedes sentarte en la cama. La silla es un poco incómoda —me ofreció Ronan mientras daba un trago a su bebida.

Él se sentó en la silla y la orientó hacia la cama, donde yo ya me estaba acomodando. Apoyé la espalda contra la pared y por fin di un trago a aquel whisky. Allí dentro estaba tan absorbida por su mundo que no me importaba perderme el sabor. Ahora todo lo que era

Ronan existía frente a mí. Su habitación, su aroma, sus pertenencias. Él mismo, observándome con curiosidad a escasos metros de distancia.

—En esta cama cabemos los dos, aunque no sea tan grande como las del hotel.

—Ya. —Ronan me miró como se miran las cosas indescifrables, y nunca me había sentido tan expuesta en mi vida, ni tan yo—. ¿Tienes sueño?

Negué con la cabeza y tomé otro sorbo de whisky. Era fuerte, irlandés, como él. Pero también era exactamente lo que necesitaba en ese momento.

—Me apetece hablar —comenté—. Dime algo que no sepa nadie y que te dé vergüenza admitir.

—Eliza y sus jueguecitos interpretativos han calado en ti, ¿eh? —Me miró burlón, y yo quise volver atrás, al momento en que habíamos juntado nuestras bocas.

—No sabes cuánto.

Ronan me dedicó una sonrisa de las suyas. De esas que encierran un pasado, una advertencia y un mar de posibilidades.

—¿Qué te parece si te digo que si abres ese armario te vas a llevar una gran sorpresa con lo que hay pegado en la puerta...?

—¿Puedo?

Él asintió mientras yo me levantaba y caminaba apenas tres pasos hasta llegar al armario. Agarré el pomo y tiré con fuerza. Pegadas en la cara interior de una de las puertas de madera había varias fotos conocidas de actores y actrices. Pude distinguir a James Dean, Al Pacino, Meryl Streep o Robert De Niro... Y, entre todas ellas, destacaba un pequeño póster mío. Recordaba esa sesión. Tenía quince años y acababa de protagonizar la historia, aclamada por la crítica, de una adolescente políticamente incorrecta. En esa

fotografía arrancada de una revista, yo aparecía con los ojos pintados de negro en medio de un salón destrozado.

—¿Por qué tienes...? —balbuceé.

No supe qué decir, cómo continuar. El puñetero Ronan O'Connell tenía un póster mío pegado en su armario.

—Esa foto me acompañó de una casa de acogida a otra y, cuando me mudé aquí, me dio pena deshacerme de ella. Fue algo fijo en mi adolescencia.

—Me admirabas... —solté a la vez que buscaba su afirmación con la mirada.

—Más bien estaba obsesionado contigo, Del. Y con todas tus películas.

Volví a mi lugar en la cama. Me acomodé con las piernas cruzadas y deposité la bebida en la mesita de noche.

—¿Me cuentas algo tú? —Aquella pregunta era un clarísimo gesto de auxilio.

Estaba abochornado. Y lo único en lo que podía pensar yo era en el chico de quince años que había estado solo en el mundo y que me tenía en su mente. Así que decidí abrirle mi corazón.

—¿Te acuerdas del día en que nos quedamos encerrados en la caravana? —Él asintió—. Tengo una grave claustrofobia y no soporto los armarios, ni los espacios cerrados.

—¿Quieres contarme por qué? —preguntó él, intentando ser cuidadoso.

—No me gustan los armarios porque cuando era pequeña y estaba empezando en este mundo mi madre me encerraba en uno y no me dejaba salir hasta que memorizara todas mis líneas de guion —confesé con la voz trémula.

Sentí su mirada deslizándose sobre mí, pero yo era incapaz de levantar la cabeza. Aquello solo lo sabía Jane. Solo ella. Y ahora le

estaba contando mi secreto más íntimo a alguien que hasta hacía poco no me había tenido en mucha estima.

—Delilah...

—No, por favor. No digas nada —le supliqué—. Solo quería contártelo. Ni siquiera sé muy bien por qué.

—Vale.

Levanté la cabeza y entonces me encontré con un rostro pintado de comprensión y también de algo que no podía definir... ¿Rabia? ¿Tristeza? ¿Empatía? ¿Todo a la vez?

—Solo quiero que sepas que esta habitación ni siquiera tiene pestillo. Y nunca cerramos con llave la puerta de casa. A veces en Irlanda las cosas funcionan así —me explicó—. Aquí estás segura.

Asentí y me tumbé sobre la cama. Exhalé un suspiro mientras clavaba la vista en el techo. Los segundos se fueron sucediendo entre el silencio y la quietud. Todo me olía a él. Todo me sabía a él. En aquel momento de mi vida, solo necesitaba que alguien me mirara con sinceridad, aunque solo fuera un instante. Y Ronan lo hacía. Me había vaciado con esa confesión y ahora mi vientre se sentía caliente, tranquilo, sin ese peso contundente que me oprimía.

—No eres como esperaba... —declaró Ronan al cabo de unos minutos.

—¿Para bien o para mal?

—Para bien, Del.

El silencio se posó entre nosotros y deambulamos por él mientras yo asimilaba sus palabras.

—Ronan.

—Dime.

—A veces me gusta imaginarme que soy otra persona.

—De eso va ser actriz, ¿no?

—No de ese modo —Negué con la cabeza mientras notaba la suavidad de las sábanas en mis dedos—. Me lo imagino de verdad. Hace años que no puedo dormir una noche del tirón y lo único que relaja mi mente es eso. Cuando estoy en un rodaje es más fácil, porque siempre puedo ser alguien distinto. Pero por las noches estoy sola, y ahí también necesito no ser yo.

Oí cómo Ronan se movía en su silla y dejaba el vaso sobre el escritorio.

—¿No duermes bien?

—No. A veces me medico.

—Cuando estoy tan nervioso que no puedo coger el sueño, pienso en ese lugar seguro que era mi cama cuando era un niño. Esos días en los que mi madre me arropaba y soportaba el mundo por mí.

—Yo no tengo ese lugar seguro, Ronan. —Agaché la cabeza. Con vergüenza. Con pesar.

—Pues entonces tienes que crearlo. ¿Cuál es ese lugar del mundo en el que mejor te sientes?

—A lomos de Hepburn.

—¿Qué?

—Es mi yegua —le aclaré, sonriendo—. La tengo desde que cumplí diez años. Se llama Hepburn por Katharine, no por Audrey.

—Entonces, por la noche —comenzó a decir Ronan con la voz pausada—, cuando sientas ese peso en el estómago y en tu cabeza se empiecen a formar huracanes, cierra los ojos y cabalga. Siente que, de algún modo, siempre vas a ser esa persona. A lomos de Hepburn. El trote. El viento en la cara. Y la nada.

Aquellas palabras de Ronan lograron tocar algo en mí que apenas había sido acariciado antes. Y no recuerdo el momento exacto en el que me quedé dormida, pero lo hice envuelta en unas sábanas que olían a una tierra lejana, que olían a él.

Últimos comentarios difundidos por redes sociales

Serenin8:
Amo los romances que nacen en un set de rodaje #Delan #Heights

CreepGreen:
Las fotos de Delan besándose en Dublín es el evento canónico que necesitábamos

Sunsetinsky:
DELAN es la pareja del año. Nadie me baja de este barco.

PinkyGinger:
A quien no le gusta q un *ship* se convierta en realidad?

Jessinthegrass:
Solo aspiro a que alguien me mire del modo en el q él la mira a ella. #Delan

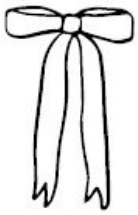
Jen:
OMG ¿Habra encontrdo Ronan la campanilla de Delilah?
Madre mía, qué manera de beeesar...

TimyTol:
Yo tamb hubiera elegido a Ronan O'Connell!!!
Queen Delilah I de New York

KresStewart:
La química entre ellos es insana #Delan

27

MEMORIZAR CADA RINCÓN EN MIAMI



Delilah

Aquello había sido la peor idea que había tenido en años. Era incluso peor que habernos bebido tres *miami vice* antes de esa entrevista para *Neon and Miami*. Porque ver *Soñadores*, de Bernardo Bertolucci, en una calurosa habitación de hotel en pleno verano era un despropósito. Sobre todo, si teníamos en cuenta que Ronan estaba tumbado a mi lado, en pantalones cortos y con una camiseta negra de tirantes que dejaba al descubierto sus brazos tonificados. La tensión sexual que se desarrollaba en cada escena tampoco ayudaba. En absoluto. Menos aún que Ronan oliera tan bien, que me llegara el calor de su cuerpo al que casi rozaba. Ni que su pelo cayera desordenado sobre la frente de un rostro que hacía de sus rasgos cansados un auténtico deleite.

Una cosa quedaba bastante clara: deseaba a Ronan. Y no solo desde que me hubiera besado como si fuese el único alimento en una isla desierta aquella noche en Irlanda. Sino desde mucho antes.

Antes incluso de esa caseta de la piscina. No paraba de preguntarme si él sentía lo mismo. Era posible que sí, a juzgar por los movimientos involuntarios de su cuerpo, que evidenciaban que era presa de un nerviosismo parecido al mío.

Llegó un momento en el que no aguanté más el sofoco en la garganta y alcancé el mando. Detuve la película y me volví a tumbar boca arriba a su lado. Solté un resoplido de desesperación que resultó un tanto vergonzoso.

—¿Qué pasa? —preguntó Ronan—. ¿No te está gustando?

—No es eso... Es que... —No sabía cómo decirlo—. ¿Bertolucci siempre es tan intenso...?

Ronan entreabrió los labios en una sonrisa que me hizo imaginar al niño que un día había sido.

—Creo que sí —respondió él—. No tenía ni idea de que esta película era así. Si llego a saber que tenía esta clase de escenas, no la habría puesto...

Me coloqué tumbada de perfil porque quería mirarlo, quería verle la cara todo el tiempo. La cumbre que formaban sus labios me desbarató aún más.

Él me imitó colocando su cuerpo frente al mío y sentí que la suave tela de mi pijama me empezaba a sobrar.

—Perdona si ha sido incómodo... —susurró.

—No es incómodo, solo un poco abrumador.

Ronan me escuchaba con tanta atención que lo descubrí agachando la cabeza para huir de mi mirada. Pero lo conocía tan bien, sus gestos, su cuerpo, lo intangible que nos conformaba a cada uno de nosotros, que terminé adivinando el sólido deseo que se desprendía de él.

—No agaches la cabeza, me gusta que me mires.

—Ya lo hago. Todo el tiempo.

Y sus ojos se posaron de nuevo en mí. Estábamos tan cerca que su olor a menta me acariciaba el cielo de la boca. Entonces lo dije:

—También me gusta que me toques.

Como si se tratara de una necesidad acuciante, mi mano se deslizó por la sábana hasta que estuvo sobre la suya. Entrelacé nuestros dedos y vi cómo su cuerpo se movía en mi dirección. Él se obligó a detenerse y se humedeció los labios con la lengua. Me miró, con los ojos entornados, y apartó la vista de nuevo, esta vez para clavarla en nuestras manos. Empecé a acariciar cada rugosidad de sus dedos, como ya habíamos hecho durante el rodaje de aquella escena. Comenzamos a moverlas de memoria, ejecutando la misma coreografía. Solo que ahora nuestras respiraciones se aceleraban cada vez que nos deslizábamos por la piel del otro.

—¿Te pongo nervioso? —Mi voz sonó suave.

—Bueno, si te soy sincero, estoy fuera de mis cabales desde que entraste en mi habitación de París. Y esas piernas desnudas no ayudan. Para nada.

Sonreí. Porque yo estaba en lo cierto. Él también me deseaba. Entonces, ¿por qué se contenía tanto?

—Quiero enseñarte cómo soy, Ronan.

—Ya sé cómo eres —refunfuñó él arrugando el ceño.

Negué con la cabeza y me llevé la mano que tenía libre a los botones de la camisa del pijama. Con una lentitud que arañaba el silencio, empecé a desabrochármelo. Él se aclaró la garganta sin apartar su atención de la mano que yo tenía sobre la tela.

—Quiero que me veas entera.

—Del...

Me abrí la camiseta y le mostré aquello que no había visto, pero que también era parte de mí. Estaba lejos de sentirme avergonzada. Más bien estaba cerca de morir si él no me tocaba donde latía mi

sangre. Sus ojos se entrecerraron cuando se deslizaron por mis senos. Se mordió el labio inferior con los dientes y volvió a mirarme.

—Eres preciosa, un puto sueño —sentenció—. Ahora, hazme un favor y tápate.

Sonreí mientras negaba en aquel estado meloso del que no lograba salir. Mi mente deambulaba perdida en un limbo de calor, respiraciones y todo lo que era Ronan. Mis manos volaron libres por sus antebrazos. Con la punta del índice, le recorrí una vena marcada y noté cómo su vello se agitaba bajo mis dedos.

—Quiero que me toques, Ronan.

—No te voy a tocar, Del... Porque la última vez que lo hice todos sabemos cómo terminó la cosa. No quiero volver a eso.

Me sostuvo la mirada, desafiándome, como si fuera un rey que hubiera dictado una orden. Yo odiaba aquello. Odiaba desearlo y saber que él también me deseaba a mí, pero que su sentido de la responsabilidad mandaba por encima de todo. Aquel chico había hecho cosas por mí que yo nunca hubiera imaginado. Y necesitaba calmar el calor, mirarlo a la cara, grabarme sus facciones, arder con él.

—Pues entonces lo haré yo misma. Me tocaré mientras te miro. ¿Puedo hacerlo?

Su expresión se transformó en algo parecido al fuego de un volcán en erupción. Con un gruñido desesperado, se llevó una mano al pelo y la enterró allí. Se tiró de un par de mechones mientras sonreía moviendo la cabeza de lado a lado.

—Joder, Del. —Su voz ronca rajó el ambiente—. Haz lo que quieras conmigo. Ódiame, mírame, tócame, úsame... Esto se me está yendo de las manos, porque no quiero aprovecharme de que estés pasando por un momento vulnerable, ¿lo entiendes?

Así que era eso... No. Tenía que haber algo más. Porque él jamás se había aprovechado de mí.

—Estoy aquí, contigo. Me haces bien. Nunca me he sentido tan libre como cuando estoy a tu lado.

Vi la barrera caer dentro de él. Pero comprendí que no iba a ceder en su decisión. Si algo caracterizaba a Ronan era lo consecuente que se mostraba con todo lo referido a sus valores. A esas alturas, él tenía que saber que yo también lo era con los míos. Así que separé mi mano de la suya y la dirigí al elástico de mi short. Cuando la deslicé hacia abajo y aparté la tela de mi ropa interior, escuché un jadeo profundo. Comprendí que había salido de su boca en el momento en el que un suspiro lastimero había escapado de mis labios cuando enterré un dedo en mi humedad. Abrí los ojos y lo encontré a mi lado, con el sudor perlándole la frente y concentrado en mi cara de placer. Me acaricié con mimo calmando mi propio deseo, encendida porque él me estuviera observando mientras hacía aquello. El fuego lo carcomía tanto como a mí. Y sus ojos, oscurecidos por la excitación, me animaban a seguir.

—Oh, vamos. Tú no eres tímido.

—Cuando se trata de ti, sí lo soy —pronunció arrastrando las palabras con esfuerzo.

Estaba resbaladiza, había encontrado un movimiento que me satisfacía y, cuando vislumbré sus dientes detrás de una pequeña ranura entre sus labios, gruñí con mi cuerpo temblando. Ronan resopló y se llevó una mano a la entrepierna. Recorrió de arriba abajo la dureza que se le marcaba por encima de la tela. Y, mientras me miraba, comenzó a tocarse por encima del pantalón adecuándose a mi ritmo lento, tortuoso.

—¿Puedo besarte? —Más que una pregunta, pareció un ruego.

El corazón me retumbaba como un tambor y la necesidad se iba concentrando sobre ese punto que no lograba alcanzar.

—No... —Él gimió cuando aumentó el ritmo—. Porque si lo haces no podré parar.

Tuve que levantarme sobre las rodillas para encontrar el alivio que anhelaba. Lo miré desde una altura superior y cerré los ojos sumergiéndome en las sensaciones. Entonces noté que el colchón se hundía a mi lado y, cuando abrí los párpados, me lo encontré también de rodillas, frente a mí.

No lo soportaba más. Y él pareció notarlo, porque alzó una mano y acarició mi pezón con el pulgar. Me arqueé ante su contacto, desesperada, cada vez más cerca de alcanzar el clímax. Cuando Ronan retorció el dedo con fuerza, grité de la impresión y me contraje entera.

—A la mierda —soltó.

Después, solo sentí sus manos abarcando todo mi estómago desnudo mientras me empujaba con suavidad sobre el colchón. Se tumbó sobre mí, desatado, con las mejillas encendidas y los labios entreabiertos. Se acercó a mi boca y... me besó. Él me besó. Hasta ese momento no entendí cuánto lo necesitaba. Hasta que nos convertimos en una danza de dos bocas encontrándose, tentándose, enfrentándose a un hambre que parecía no saciarse nunca. Sus labios me sabían a frescor. Y, de un momento a otro, esa misma boca ya no estaba sobre la mía, sino sobre mi cuello. La lengua lamiéndome arriba y abajo. Sus dientes rascándome la piel.

—Sigue tocándote —ordenó él con la respiración descontrolada.

Lo hice. Encontré el camino de vuelta a ese deseo húmedo entre mis piernas. Notaba su cuerpo presionando el mío y la mano con la que se tocaba agitándose entre los dos. La presión se incrementó. Solté un grave gemido que amenazaba con hacerme perder el poco

temple que me quedaba. Y Ronan parecía más perdido que nunca mientras me mordía en esa zona que antes había lamido.

—Por favor... Por favor... —supliqué.

Un instante después, lo tuve frente a mí, los labios rojos, el sudor acumulado en gotas sobre sus pestañas. Su respiración agitada impactó contra mis labios mientras se perdía dentro de mi mirada.

—Te gustan mis ojos, lo sé —susurré entre jadeos.

—No son tus ojos, es lo que cuentan. Y ahora mismo lo veo todo de color aguamarina, Del. —Sus movimientos debajo del pantalón se volvieron feroces—. No dejes de mirarme.

—No lo haré.

Enterró su boca en ese pecho que había admirado minutos antes y me acarició el pezón con los labios. Y me deshice. Entera. Bajo su peso. Me corrí con una fuerza abrumadora que me hizo tirarle del pelo. Me faltaba el aire, no podía moverme mientras un río de puro fuego me inundaba el vientre. Con el cabello alborotado y la boca fruncida por el placer, Ronan me contemplaba como si ese instante fuera la respuesta a todas las preguntas. Solo tuve que susurrar su nombre antes de posar un beso sobre sus labios para que él se deshiciera en torno a mí.

28

EL MÁRMOL TAMBIÉN ARDÍA



Ronan

Delilah susurró mi nombre como si de un rezo se tratara y me vi arrastrado por la fuerza de mi liberación. Enterré la cabeza en su cuello mientras me aferraba a su olor, a su cuerpo medio desnudo bajo el mío. A esos puñeteros ojos que me habían hechizado.

Cuando salí de aquel trance, me separé de ella para quedarme tumbado a su lado. Ambos mirábamos el techo.

—Joder —murmuró con una voz irreconocible.

—Joder —repetí yo.

Me sentía levitar por la jodida habitación.

—Lo siento, Ronan. Tú no querías que pasara nada y yo...

—Sí que quería, Del. Lo deseaba más que nada. No dudes de eso.

—¿Pero...?

—Pero no podemos complicar esto aún más. No podemos implicarnos a ese nivel. Sobre todo, porque tú estás en un momento

delicado. Y no quiero que la cosa acabe mal y terminemos haciéndonos daño.

—Vale.

Nos quedamos allí, deshechos por la intensidad de lo que había pasado. Tratando de no desvelar lo mucho que nos había gustado. Lo mucho que habíamos disfrutado. Pero era innegable. Se percibía en el aire, en el olor, en el aspecto satisfecho y brillante de nuestras pieles.

—¿Qué vamos a hacer? —pregunté al cabo de unos minutos.

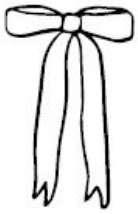
—Somos actores. Podemos fingir que no ha pasado.

Mi corazón se quejó y, tan solo un momento después, Delilah se levantó de la cama. Se abrochó la camisa y me miró con el pelo revuelto y los labios hinchados. Estaba preciosa. Ahora sabía que el mármol, frío y bello como la nieve, también podía arder.

—Será mejor que me vaya, Ronan.

29

LAS LUCES DE TOKIO



Delilah

Tokio era una ciudad que despertaba los cinco sentidos. Caminar por sus calles repletas de colores brillantes y carteles en japonés era lo más cerca que estábamos de viajar fuera del planeta Tierra. Por eso, cada vez que había pisado Japón, aquella ciudad me había sumido en una especie de trance que me permitía perderme en lo desconocido.

—Me parece fatal que Tim os haya empujado a hacer eso. Hay un límite —dijo Jane mirando primero a Ronan y luego a mí.

Estábamos en uno de los restaurantes más famosos de la ciudad, disfrutando de nuestra cena después de un intenso día de trabajo. Ronan se había tomado en serio eso de probar la comida tradicional japonesa y saboreábamos un kaiseki por primera vez. Sonreí cuando le observé: su sitio en la mesa estaba lleno de pequeños platos vacíos.

—¿A qué te refieres? —pregunté volviendo a la conversación.

—A vuestro beso. Ese que está dando tanto de qué hablar. A veces no es bueno rociar con gasolina el fuego. Sobre todo, si no te quieres achicharrar.

—Si te digo la verdad, ese beso no fue idea de Tim —mascullé, centrándome en el curioso manjar que tenía delante—. Nos pareció buena idea para la estrategia que *todos* aprobasteis.

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ella, dirigiendo la mirada a la zona de mi clavícula.

—Nada.

Con un movimiento incómodo, me subí el cuello de la camisa para cubrirme el trozo de chupetón que se vislumbraba. Alcé la vista y me choqué con sus ojos grandes de cervatillo, solo que ahora estaban entrecerrados y daban bastante miedo.

—¿Me estás ocultando algo?

—A ti jamás te he ocultado nada.

—Delilah —me llamó con voz seria—, nos quedan dos semanas para terminar la gira. Tienes que darle una respuesta a Tim. Siempre estoy de tu parte, pero el equipo está comenzando a desquiciarse porque tenemos que empezar a gestionar los proyectos, los viajes, la organización del calendario... Ya sabes. Lo de siempre.

Menos mal que su móvil comenzó a sonar, porque Jane se levantó y anunció:

—Tengo que contestar. Seguid sin mí.

Cogí el vaso y bebí un trago de agua, pensando que Jane tenía razón y que debía empezar a remediar la situación. Cuando giré la cabeza, los ojos de Ronan estaban sobre los míos, analizándome como un ave rapaz.

—¿Qué te preocupa?

—Más bien lo contrario. —Ladeé la cabeza con cierta desgana—. Nada me preocupa lo suficiente.

—¿A qué te refieres?

—No lo sé, Ronan... —balbuceé—. Esta vez siento que todo pesa demasiado. Siempre he antepuesto mis obligaciones a todo lo demás. Incluso a mí misma. Eso fue lo que me enseñaron desde pequeña, así que en realidad no sé hacerlo de otro modo. Pero empiezo a no encontrarle sentido a nada y, al mismo tiempo, creo que no podría dedicarme a ninguna otra cosa más que esto. Soy una buena actriz, y todos esperan que siga actuando.

—¿Acaso deberías estar obligada a hacer algo solo porque eres buena en ello? —preguntó—. No me parece un motivo de peso. Deberían ser otras razones, otras emociones, más puras y más libres, las que nos muevan. ¿No crees?

—Sea como sea, tengo que decidir algo pronto.

—¿Sabes qué creo, Del? —Se acercó a mí por encima de la mesa y alcanzó mi mano para acariciarla con sus dedos—. Creo que hace tiempo que tomaste la decisión. Y déjame decirte que puedes hacer cualquier cosa. Puedes embarcarte en cien proyectos nuevos, o puedes no decidirte por ninguno nunca. Hagas lo que hagas, estará bien.

De cerca, su cara era una auténtica obra de arte. Sus ojos profundos, la angulación de los pómulos, ese labio respingón que yo había probado... Pero lo que realmente me tenía palpitando de admiración era su capacidad de observación. Su capacidad para verme por encima de todo el ruido, mucho más allá de la mentira que me veía empujada a interpretar cada día.

30

CANCIÓN DE KARAOKE



Ronan

Delilah me agarró de la mano y me arrastró por las calles de un barrio rebosante de colores saturados, luces de neón y comercios abarrotados. Era principios de agosto y las aceras lucían inundadas de turistas. Y ahí estábamos nosotros. Serpenteando entre la multitud, unidos, sonriéndonos entre palabras desconocidas, y convirtiéndonos en dos extranjeros más en la ciudad de Tokio.

Cuando llegamos a un callejón estrecho y poco iluminado, ella tiró de mí con una emoción contagiosa. Entramos por una puerta que escondía unas escaleras empinadas. Bajamos y bajamos, todavía con las manos entrelazadas, hasta que llegamos a un pasillo larguísimo con una hilera de puertas a cada lado. Delilah se paró delante de una de ellas y, cuando la atravesamos, me vi sumido en una realidad azul que simulaba el fondo del mar. Había al menos diez personas sentadas en unos mullidos bancos que emergían de

las paredes. En la pared de enfrente, la principal, se proyectaban letras de canciones combinadas con formas y contornos coloridos.

Era un karaoke en Japón. Y Delilah sonrió ante mi reacción de asombro. Nos sentamos a un lado y observamos a aquella gente cantar, bailar, reírse, servirse bebidas, pasarlo bien, a pesar de que yo solo tenía ojos para ella, para la chica que saludaba a las personas que deambulaban por allí, la que parecía emocionada por mostrarme todo aquello.

Al cabo de un rato, cuando abrí el botellín de mi segunda cerveza japonesa, Delilah se plantó delante de mí con una sonrisa de oreja a oreja.

—Voy a cantar. —En su rostro bailaban las figuras de las proyecciones—. ¿Me acompañas?

—Luego. Ahora me apetece verte desde aquí.

—Espero que lo disfrutes, entonces.

—Seguro que sí.

Se colocó delante de la pantalla, ante las ovaciones y los aplausos de los chicos y las chicas que se encontraban allí. Le colocaron una flor en el pelo, en esa melena dorada que le caía sobre la espalda en forma de ondas. Cogió el micrófono, que era rosa y estaba cubierto de purpurina, y la música empezó a sonar.

Reconocí *Like a Prayer*, de Madonna, en los primeros compases. Y, un segundo después, simplemente me vi absorbido por la presencia de esa chica vestida con una camisa celeste que le quedaba enorme, y que deseé que hubiese sido la mía, combinada con una falda de tablas. Estaba guapísima y los calcetines asomando por fuera de sus zapatillas le daban un aire inocente que no le pertenecía. No podía apartar los ojos de ella. Tampoco quería. Cuando la canción cambió el ritmo, todo empeoró. Delilah se dio la vuelta en mi dirección y empezó a cantarme *a mí*, con su sonrisa, su sonrojo y sus lánguidos

movimientos de baile. El azul, el rosa y el violeta bailaban sobre su piel como si fueran estelas que la convertían en algo etéreo, inalcanzable, recién aterrizada de otra galaxia, cerrando los ojos mientras le cantaba a Dios que estaba cayendo, cayendo, cayendo...

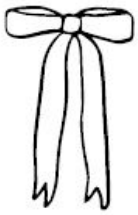
Yo también estaba cayendo. Por ella. Por todo lo que me hacía sentir. Estaba cautivado por Delilah Williams. Allí sentado, escuchándola cantar mientras me observaba como si fuera un ángel, comprendí que sentía algo por esa chica que me era desconocido. Nunca antes me había latido el corazón de ese modo. Nunca antes me había faltado el aire si estaba menos de un minuto sin pensar en ella. Nunca antes había necesitado tener la certeza de que alguien se encontraba bien. Nunca antes había dudado de la soledad que llevaba por bandera con orgullo. Nunca antes había sabido que le daría a alguien todo lo que quisiera. Nunca antes había deseado caminar al lado de alguien más.

Hasta que llegó ella y me arrastró.

Y todo era tan jodidamente intenso como la emoción que me embargaba cada vez que recordaba que era imposible. Que lo nuestro no tenía futuro. Tampoco tenía presente. A no ser que fuéramos dos kamikazes dispuestos a todo por arder con ese anhelo.

31

TODO ERA TAN AZUL



Delilah

La noche siguiente estaba tumbada en la cama de Ronan vestida solamente con el albornoz blanco del hotel. Me había duchado justo antes de que él me invitara a su habitación para ver la película que ahora estaba terminando. *Lost in Translation*, o lo que era lo mismo, la historia que había dirigido Sofia Coppola sobre la soledad, la identidad y el color azul. Recuerdo que me sentí terriblemente identificada con esa chica perdida en medio de tanta gente, a pesar de lo diferentes que eran nuestras vidas. ¿Quién no había sido alguien en busca de sentido alguna vez?

Yo lo era.

Mientras observaba los últimos planos de Tokio acompañados por *Just Like Honey*, percibí su calidez a mi lado. El calor que emanaba del cuerpo de Ronan ya formaba parte de mí. Su cercanía me encandilaba y acompañarnos el uno al otro mientras íbamos tachando títulos de su lista de películas era todo lo que nunca pensé

que necesitaba. La pantalla se fundió a negro y la habitación se sumió en una penumbra de luces azuladas que traspasaban los ventanales.

—Sabes que la película está rodada en este hotel, ¿verdad?

—Sí. Me he dado cuenta. La habitación de Charlotte se parece sospechosamente a la mía —respondí llevándome la palma de la mano a escasos centímetros de mis ojos para examinarla—. Quizá es la misma.

—Es una de las películas más especiales que he visto —confesó Ronan a la vez que se movía y se colocaba de perfil para observarme—. ¿Qué te ha parecido?

—Creo que estoy igual de perdida que ella. Y que él.

Observé las líneas dibujadas en la palma de mi mano, cómo se entrelazaban entre ellas, cómo marcaban distintos caminos sobre mi piel.

—Del...

—Lo digo en serio. No tengo ni idea de quién soy, a pesar de que mi vida es envidiable.

—Todos nos sentimos así alguna vez.

—Creo que no quiero volver a actuar.

Mis puertas se abrieron de par en par. Ahí estaba. Aquel pensamiento enquistado y oculto tan dentro de mí. Después de que las palabras resonaran en la habitación, nos habíamos quedado envueltos en un majestuoso silencio.

—¿No dices nada?

—¿Sinceramente...? No creo que haya algo mejor en el mundo que verte actuar —manifestó Ronan mientras deslizaba la cabeza por su almohada—. Pero será la decisión correcta si la decides tomar. Es tu trabajo, sí. Es mucho lo que has logrado todos estos años, sí.

Pero también es tu vida. Sobre todo, es tu vida. Y si sientes que tienes que apartarte es porque debe ser así.

Los ojos se me empañaron de unas lágrimas a las que no di rienda suelta. La mano grande y tibia de él se posó sobre mi estómago. Lo acarició, dándome a entender que me había escuchado, que me había comprendido. Que me apoyaba. Y simplemente sentí un impulso. Apresé esa misma mano y la llevé también ante mis ojos. Sus líneas estaban más marcadas sobre la piel gruesa que las mías. Comencé a besarlas y noté cómo el colchón se movía a mi lado, aunque no sentí su cuerpo junto al mío.

—Te deseo, Ronan. Eso sí que lo sé.

Él emitió un gruñido bajo.

—Del..., si volvemos a cruzar la línea, todo va a cambiar. Las cosas se complicarán. Y no quiero que nos hagamos eso.

—No quieres arriesgarte. No quieres seguir tu instinto ahora...

—No es eso —protestó—. La última vez me quedé jodido. —Lo observé sin entender—. Cuando nos liamos al final del rodaje, sentí tanto que ni siquiera pegué ojo esa noche. Al día siguiente fui a buscarte y te habías ido. Después de todo lo que habíamos compartido, te marchaste sin más...

—Vale. Lo siento, otra vez —me disculpé levantándome de la cama para alejarme de su rechazo—. Mejor me marcho.

No le di tiempo a ninguna réplica, porque prácticamente corrí hacia la puerta.

32

HAZNOS ETERNOS



Ronan

Fueron menos de tres segundos los que necesité para tomar la decisión de ir tras ella. La fuerza del deseo se me había extendido por toda la sangre cuando llamé a su puerta. «Si no la hago mía, me voy a morir», rumiaba dentro de mi mente mientras esperaba a que abriera. Por fin lo hizo, y ser consciente de la tristeza que le había provocado un rechazo que ni siquiera era real hizo que me enfadara conmigo mismo.

Tal vez sí que fuera un poco kamikaze.

Porque no alcancé a decir nada, solo la agarré por la nuca y estrellé mi boca contra la suya. Delilah gruñó cuando la llevé contra la pared más cercana y cerré la puerta tras nosotros. La apresé con mi cuerpo y, antes de besarla de nuevo, de adentrarme en su boca, pude ver que la aguamarina de sus ojos había sustituido ese pesar por el deseo más profundo. Fue un beso largo, minucioso y lleno de promesas. Cuando nos separamos, suspiré contra su rostro. Todo en

ella era poesía. El cabello cayéndole como un río alrededor, la magia que brotaba de sus ojos, el placer rosado en el que se convertían sus labios. Su nariz, que ella odiaba, para mí era en un punto de gravedad sobre el que posar la mía. Sus manos estaban enterradas en mi pelo y mi cuerpo protestaba porque necesitaba sentir esas mismas manos contra mi piel. Pareció que Delilah dialogaba internamente con parte de mi necesidad, porque empezó a bajar sus dedos en un baile lento por mis mejillas, mi cuello, mi pecho. Y luego, se detuvo.

—Creí que eras igual que él, igual que todos, en realidad —musitó mirándome a los ojos—. Que te acercaste esa noche solo porque querías algo de mí. Cuando todo terminó, te quedaste callado, y supuse que te marcharías como siempre hacía todo aquel al que dejaba entrar.

—Estabas equivocada.

—Ahora lo sé.

—No quiero que perdamos lo que tenemos ahora... —murmuró él cerca de mis labios.

—Yo tampoco quiero, pero estoy cansada de reprimir mis emociones.

En un arrebato incontrolable, apreté mi cuerpo contra el suyo, y Delilah me correspondió encajando sus caderas entre las mías. Percibí cómo sintió mi dureza, cómo se arrastraba hacia arriba para crear fricción entre nosotros.

—Piensa que estamos en otro mundo —me pidió con los ojos brillantes. Como si yo no hubiera decidido ya mandar todo a la mierda—. En cierto modo, Japón lo es, ¿no? Y aquí podemos *ser*.

—Ya *somos* ante la mirada de todo el maldito mundo, Del...

—Ser de *verdad*.

Atisbé tanta honestidad en ella, tanta liberación. Todo su corazón puesto en una confesión que destrozaba por completo cualquier duda que yo pudiera tener. Le acaricié el labio inferior con el pulgar, me mojé con su saliva, y volví a la carga. Le di un pequeño mordisco en la mandíbula que la encendió aún más y luego seguimos besándonos con un apremio enfermizo. Un momento estábamos en la pared, y al siguiente yo la arrastraba por toda la habitación hasta ponerla contra el ventanal, por donde se observaba la inmensidad de la ciudad desde las alturas. La luz era tan azul que nos coloreaba la piel. La senté en el alféizar y seguí mordiéndole la boca, yendo al encuentro de su lengua, saboreando cada rincón por el que pasaba. Hasta que me separé por pura necesidad de ir más allá. De tenerla contra mí y para mí.

Delilah abrió los ojos cuando percibió la distancia. Y, joder, era tan guapa que no sabía si iba a poder concentrarme en algo más. Su pecho se asomaba por el escote del albornoz y llevé mi mano al nudo que lo abrochaba. Se lo quité sin apartar mis ojos de los de ella. En ese momento, se estaba mordiendo el labio, sofocada. La tela se abrió y tuve su cuerpo desnudo frente a mí. El cielo, el infierno y algo más. Algo que no identificaba pero que olía a canela, al color blanco y a la piedra con la que se tallaban las esculturas.

—Me cago en la puta, Del. —Mi voz sonó ronca y también alterada.

Sus labios dibujaron una sonrisa victoriosa y me atrajo hasta estar de nuevo sobre mi boca. Sentía que me asfixiaba del calor que me invadía. Pero necesitaba hacer algo. Necesitaba estudiarla, saber dónde tocar, dónde lamerla. Dónde se encontraban sus puntos débiles.

—Hoy quiero hacértelo mirándote a la cara —declaré cuando recordé ese primer encuentro en aquella caseta.

—Pues mírame. —Pareció una súplica—. Tócame. Estoy empapada por ti, porque te deseo como nunca he deseado algo.

En aquel instante, supe que estaba viviendo dentro de un sueño. Aquello no podía tratarse de otra cosa. Coloqué la palma de mi mano sobre su vientre. Lo acaricié y ella se arqueó un poco sobre el ventanal, expectante, exigente.

—Lo noto, Del —reconocí—. No sé cómo, pero antes, en mi habitación, te juro que tu humedad me estaba quemando los dedos.

Delilah apoyó la cabeza contra el cristal y me miró a través de sus largas pestañas con los ojos entornados.

—Nos gustan los imposibles, Ronan. Cathy y Heathcliff fueron imposibles, pero también se convirtieron en eternos. Así que haznos eternos.

Me quedé paralizado en medio de toda aquella electricidad que emanaba de nuestros cuerpos, de nuestras mentes, de nuestras almas. Allí existía algo que era inexplicable.

—Creo que no eres del todo consciente de las ganas que te tengo —fue lo único que me atreví a decir.

—¿Y por qué no me lo demuestras?

Ahí fue cuando comprendí que me estaba desafiando y que aquello no había hecho más que empezar. Me crecí ante esa batalla por el placer, me arrodillé ante ella y luego le agarré la pierna. Le di un beso suave en el tobillo que la hizo gruñir. Pero me lo iba a tomar con calma. Por supuesto que sí. Cuando coloqué su planta del pie sobre mi hombro, su cuerpo tembló de anticipación.

—Sujétate bien ahí —le pedí.

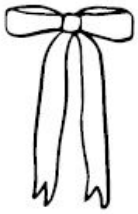
Le planté una mano en el vientre y descendí hasta que mi dedo se coló entre sus pliegues húmedos. Sus piernas se abrieron y el jadeo que se le escapó fue como una plegaria. Satisfacer a Delilah era como actuar. Algo instintivo, algo que procedía de un lugar primario.

Con cada caricia que me demandaba justo en ese punto, su torso se contraía, su boca se abría de par en par y sus ojos se cerraban con fuerza. Quizá no había sido buena idea eso de ir lento, porque algo debajo de mis pantalones amenazaba con explotar. Pero antes... antes yo tenía que probarla. Aunque fuera lo último que hiciera en el mundo.

La busqué con la mirada, le sonreí con nuestro desafío particular y agaché la cabeza para colocar mi boca justo en el centro de ella. Y entonces probé el néctar de los dioses.

33

¿DÓNDE ESTÁ EL CIELO?



Delilah

El frío del cristal me abrasaba la espalda. La imagen que tenía delante era gloriosa. Todo lo que era Ronan, su cabello negro, su ceño concentrado, sus ángulos marcados, se revelaba ante mí mientras me contemplaba con ojos salvajes. Estaba arrodillado a mis pies. Cada caricia de su lengua, cada lametón, cada hazaña que me hacía temblar, o gritar, era supervisada por él con una atención afilada. A cualquier respuesta que yo emitiera, él alzaba un poco la cabeza y me estudiaba a pesar de que su boca seguía enterrada en mí.

Era erótico. Era excitante. Era brutal.

Y era él.

—No pares. No pares. No pares —rogué cuando me vi atravesada por una avalancha de placer.

Un enajenado Ronan levantó una ceja como si le hubiera ofendido personalmente, y entonces sus movimientos se volvieron más

bruscos, tan hambrientos que empecé a jadear en busca de aire.

—Joder, Ronan... —gemí, retorciéndome contra el cristal a la vez que sus manos apresaban mis muslos—. Voy a... Necesito que...

Pero él ya lo sabía. O eso supuse, porque un segundo después uno de sus dedos entró en mí y mis paredes se contrajeron en torno a él. Me corrí con un gruñido demoledor que eliminó toda la tensión a la que mi cuerpo estaba sujeto. Abrí los ojos y descubrí a Ronan trepando entre mis piernas, con los labios mojados y una mirada de depredador que me hizo arder.

—Ven. Pruébate. Sabes increíble —murmuró.

Y eso fue lo que hice. Me acerqué a él y lo besé, totalmente embelesada. El sabor dulzón se me pegó a la lengua mientras Ronan me envolvía el torso con sus grandes manos y me alzaba en el aire.

—Rodéame bien, Del. Voy a llevarte a la cama —dijo antes de darme un beso caliente en la mejilla.

Unos segundos después, me dejó caer sobre las sábanas desordenadas mientras él se quedaba de pie. Se quitó la camiseta de tirantes que utilizaba para dormir y yo comprendí que necesitaba más de él. No había sido suficiente, ni de lejos. Con los ojos más oscuros que nunca, Ronan se sacó la cartera del bolsillo y empezó a hurgar en ella. Cuando encontró un preservativo, comenzó a bajarse los pantalones sin dejar de mirarme. Todo en él era precioso. Su cuerpo. Su cara. Su tatuaje. Las partes visibles. También las partes a las que nadie llegaría jamás. Él, por dentro y por entero. Exactamente eso fue lo que mis ojos le transmitieron cuando rompió el envoltorio con los dientes y empezó a colocárselo. La determinación férrea que mostró al tumbarse sobre mí con sumo cuidado desapareció cuando tuve su rostro delante. Apenas fue un instante, un pestañeo diferente, pero yo ya lo conocía demasiado bien como para pasarlo por alto.

—Ey —lo llamé con suavidad mientras le apartaba un mechón oscuro que le caía sobre la frente—. ¿Qué pasa? ¿No quieres hacerlo?

Una risa se le atascó en la garganta.

—Del, quiero hundirme en ti desde hace bastante tiempo.

—¿Entonces?

—Estoy nervioso. No quiero cagarla.

—No vas a cagarla, Ronan. Tienes experiencia, acabas de demostrármelo. —Me lamí el labio inferior ante aquel recuerdo reciente—. Créeme, sabes muy bien lo que haces.

Me sentía satisfecha y hubiese dado cualquier cosa porque nuestra noche en Tokio no acabase nunca. Temblando de deseo bajo su cuerpo duro y tonificado. Conectada de un modo celestial al brillo de sus ojos.

—Joder, Del. No es igual —rumió—. No es igual ni de lejos. Jamás me he sentido así. Estoy desatado, nervioso y aterrorizado. Todo a la puta vez. Y no quiero joderlo.

Posé mis manos en sus mejillas. Me apetecía comérmelo entero, pero solo le di un beso suave y fugaz.

—Mírame —le pedí, y él obedeció de inmediato—. Vamos a vivirlo. Vamos a sentirlo, Ronan. Vamos a liberar el instinto.

—Yo sé que voy a encontrar el puto cielo cuando me hunda en ti, pero... ¿y tú?

—Yo encontré el cielo en ti hace tiempo.

La sorpresa le bailó en la cara y preguntó:

—¿Cuándo?

—Aquella vez que me cogiste la mano en el tráiler y me juraste que no me soltarías.

Posé una mano sobre su hombro y con la otra empecé a acariciarle el pecho, una costilla que marcaba su piel, el vientre, el

tatuaje que ya me sabía de memoria de tanto mirarlo.

—Dime que no estás actuando, Del.

—No lo estoy.

—Bien —acordó—. Porque quiero verte del todo. Quiero que te muestres entera.

El beso que me dio después sabía a confianza. A menta fresca. Y a mi sabor en su boca. Su mano viajó hasta uno de mis muslos. Lo abrió y luego lo sujetó contra el colchón. No podía dejar de mirarlo cuando se enterró en mí. Coloqué mi mano en su nuca, le arañé la piel y me acerqué a él. Tenía la mandíbula apretada y varias gotas de sudor surcaban su frente. Gemimos al mismo tiempo cuando nuestras caderas se tocaron al fin. Llevó sus manos a mis pechos, me acarició los pezones, los pellizcó, los lamió... Yo me sentía entera, lejos de todo lo terrenal, pero necesitaba que él se moviera. Y, justo entonces, empezó a hacerlo, con una profundidad que me tocaba un alma que ni siquiera sabía que poseía. Sus ojos estaban fijos en los míos mientras la danza de sus caderas me hundía en el colchón con una sed animal. Posó los antebrazos a cada lado de mi cabeza y se sumergió en mí mientras sus movimientos iban *in crescendo*. La boca se le abrió del goce y deslicé mi lengua por esa separación en sus dientes que también me pertenecía.

—Esto es algo más que el cielo. Joder —gruñó, acelerado.

Con un movimiento brutal, cambió el ángulo de la pierna que me sujetaba. Y creí que me moría cuando sus empellones se volvieron más veloces, más profundos, porque su boca estaba contra la mía, su pecho contra el mío, y solo éramos él y yo, un principio y también un final.

—Ronan... —gemí perdiéndome dentro de mi propia espiral.

—Sí... Es algo más, Del. ¿No crees?

Lo creía sí, pero no podía responder. Las palabras me parecieron inalcanzables. Cerré los ojos, superada por esa sensación tan imparable que me arrastraba con ella, que era capaz de hacerme perder la cabeza. Y la perdí. Durante unos gloriosos segundos clavé mis dedos en su espalda y me aferré a su piel, arañándola mientras me resbalaba hacia abajo, hasta la cumbre de su trasero, que no dejaba de mecerse. Sí. Aquello era algo más. La gloria, el deleite, el rayo. Era el agua cayendo sobre un fuego, la primera gota en el universo, el momento antes de sucumbir por entero. Ronan enterró la cabeza en mi cuello y, a pesar de que su cuerpo se sacudía por su propia liberación, comenzó a repartir pequeños besos por toda mi piel hasta que el orgasmo se lo llevó y lo obligó a alzar la cabeza y a gemir en alto.

Un instante después, lo único que se oía en la habitación eran nuestras respiraciones sofocadas. Nos miramos durante la eternidad que nos llevó calmarnos. Y, en ese rato, aprendí lo que era vivir dentro de los ojos de otra persona.

—Joder —jadeé yo, con su cuerpo aún sobre el mío.

—Joder —respondió con una sonrisa.

—Joder.

—Eres preciosa.

—¿Soy preciosa?

—Eres preciosa, Del. Lo digo en serio.

—Soy preciosa. Y lo dices en serio.

Sonreímos como dos idiotas cuando comprendimos que estábamos jugando con la técnica Meisner. Solo que en otro contexto. En otro mundo. En uno que yo no quería abandonar.

34

BADLANDS, DE TERRENCE MALICK

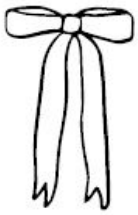


Ronan

Una noche de agosto en un hotel de Chicago me quedé dormido con la cabeza de Delilah recostada sobre mi pecho. Durante toda la película, no había parado de acariciar su pelo y enterrar mis dedos entre sus mechones rubios. Cuando ella cerró los ojos, lucía un semblante tranquilo y satisfecho. Y, poco después, yo soñé con los campos dorados de Dakota del Sur y con un baile a la luz de la luna mientras sonaba *A Blossom Fell*.

35

EL FINAL DE ALGO



Delilah

Habíamos abierto una puerta. Un rincón en el que él y yo podíamos *ser*. Los dos deseábamos dar rienda suelta a ese impulso que nos llevaba a fundirnos, en cualquier momento, en cualquier lugar. Hacía apenas dos horas que habíamos aterrizado en Nueva York. Esa ciudad iba a ser la última parada de la gira promocional de *Heights* y, para ello, habían organizado un gran evento que iba a contar con todos los miembros del cast y los jefes de equipo para que lo compartiéramos todo sobre la película.

Apenas quedaban unos minutos para entrar en la gran sala donde se celebraba el evento, pero Ronan era incapaz de apartar su boca de la mía. Yo no me quejaba. Al contrario, correspondía a sus empellones con la misma vehemencia y las mismas ganas con las que él me apretaba contra un rincón de nuestro camerino. Cuando habíamos terminado de pasar por maquillaje, él se había colado dentro y había cerrado la puerta.

—No puedo esperar más —había dicho viniendo a mi encuentro.

Habíamos perdido la noción del tiempo, pero la alarma que anunciaba que quedaba poco para empezar ya había sonado. Le colé una mano bajo la camiseta y acaricié su vientre duro y plano. Él me cogió de la mandíbula para inclinarla en un ángulo nuevo y colarse más adentro, adentro, adentro.

No sé cómo encontré la disciplina para parar aquello, porque estaba demasiado cómoda navegando por aquel río de calor, ansiosa por adentrarme en la siguiente fase. Pero el deber nos llamaba. Todos nos esperaban fuera y teníamos que dar la cara. Así que me separé como pude, con la respiración descontrolada y la boca de Ronan pidiéndome más.

—Estás preciosa, Aguamarina —me piropeó penetrándome con la oscuridad de sus ojos.

Aunque me derretí con el apodo que me había puesto recientemente, alcé las cejas hacia el cielo.

—Tenemos que irnos, Ronan...

—Quiero aprovechar cada segundo —gruñó, atrapándome el labio inferior entre sus dientes—. La gira se acaba, Del. Y creo que no estoy listo.

No nos habíamos separado desde aquella noche en Tokio en que habíamos sucumbido. Pero también habíamos hablado sobre el futuro de *ese algo* que compartíamos. Estaba claro que nunca nos saciábamos, que siempre queríamos más. También era evidente que aquello tenía que terminar cuando la gira lo hiciera. Ronan ya había organizado su siguiente año al milímetro con las grabaciones de nuevas películas, reuniones, campañas de publicidad, más reuniones, viajes de un país a otro, días libres contados con los dedos de una mano... Y yo, supongo que lo mismo.

Era imposible pensar en algo más allá de eso. Dedicarse a la interpretación, labrarse una carrera dentro del sector, significaba entregar hasta el último segundo de tu tiempo. Sacrificar ciertas cosas de tu vida. Yo lo sabía mejor que nadie porque desde que era solo una niña siempre había antepuesto mi profesión a todo lo demás. Por eso había querido atajar las dudas desde la raíz. Él y yo íbamos a divertirnos, a disfrutar del otro hasta que acabara la gira. Y Ronan estaba de acuerdo.

Le froté con el pulgar un borrón rojo que tenía en la barbilla por culpa de mi pintalabios y posé mi frente sobre la suya.

—Tenemos que salir. Se lo debemos a *Heights*.

El asentimiento que vino detrás estuvo acompañado de un mohín que me resultó irresistible. Cuando nos calmamos un poco, le cogí de la mano y lo saqué de allí a rastras, porque temía que, si no lo hacía pronto, iba a ser yo la que se negara a salir.

La sala estaba abarrotada de una multitud que empezó a gritar cuando atravesamos el patio de butacas. En el escenario había una mesa alargada con varios asientos de la que sobresalían micros de atril y botellas de agua. Muchas de las jóvenes que estaban repartidas por el lugar portaban carteles en alto.

«Nuestra historia de amor es mucho mejor que la de Cathy y Heathcliff», alcancé a leer en uno de ellos. Sonreí recordando aquella respuesta de Ronan y seguí caminando entre chillidos que nos reclamaban.

«¡Delilah!».

«¡Ronan!».

«¡Delan!».

Llegamos a las escaleras que nos conducían al escenario y noté que la mano de Ronan se posaba sobre la parte baja de mi espalda con una ternura que me derritió. Sin embargo, el estruendo que se

alzó hasta el techo, provocado por un conjunto enloquecedor de gritos y berridos, terminó asustando al equipo. Jamás había oído nada así. Y, cuando todos ocupamos nuestros lugares, con Ronan a mi izquierda, la sonrisa que lucía en su semblante era contagiosa.

El coloquio se sucedió entre anécdotas del rodaje, preguntas sobre la poderosa historia de Emily Brontë y comentarios acerca de los inolvidables planos de Eliza Grey. Hablamos sobre los entresijos de la creación de la película ante un público que se mostraba receptivo a seguir indagando en más y más detalles.

—Mi siguiente pregunta es para Ronan —nos llegó la voz de una chica a través del micrófono.

Mi compañero de reparto asintió a mi lado y esperó atentamente.

—¿Cómo es Delilah Williams dentro del set?

Varios silbidos rompieron el silencio. Ronan me miró y yo le sonreí sin poder evitarlo. Después, devolvió la atención a la chica que le había preguntado.

—Cuando Eliza me llamó para ofrecerme el papel de Heathcliff y le pregunté quién iba a ser Cathy, ella me dijo: Delilah Williams. Me quedé en blanco un par de minutos con el cuerpo temblando, porque yo había seguido su carrera desde siempre. Admiraba sus actuaciones... Y ahora la iba a conocer. Íbamos a compartir escenas. Para mí, ella era simplemente la mejor actriz de su generación. Entonces, en los meses siguientes, las dudas y el miedo llegaron, porque yo no tenía experiencia, pero sin duda deseaba estar a su lado en esta película. Al final, Eliza decidió confiar en mí y entré en el proyecto. Y, cuando llegamos al set... cuando llegamos al set y empezamos a actuar, Delilah me demostró que yo no estaba equivocado. Que ella es la mejor. Y verla interpretando cada día a Catherine ha sido la verdadera oportunidad de mi vida.

La sala enmudeció mientras yo observaba su perfil, ensimismada, sintiendo aún el sabor de sus besos en mi boca, con una sensación de plenitud tan grande que me tenía apartada de la propia realidad. No sabía a qué estábamos jugando. Si estábamos fingiendo o no en medio de toda esa marabunta. Pero empezaba a ser feliz. Y el tiempo corría en nuestra contra.

Última parada de la gira de *Heights* en Nueva York

FAN: ¿Quién era tu *crush* de adolescente, Ronan?
RONAN O'CONNELL: Delilah Williams.

Post viral difundido en una conocida red social

Ronnie04:
¿Habéis visto q los labios de Ronan están manchados del mismo color q el pintalabios d Delilah? #Delan

Andreawrb:
Esos 2 se han liado a saco detrs del escenario

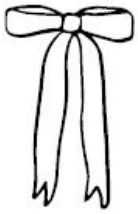
Runek9:
x2

Girlkl:
Solo hay q fijarse en sus caras... LOL

Alljuli:
¿La sonrisa de tonto de Ronan cada vez que mira a Delilah?
BTW Es demasiado cuuute

36

#DELAN



Delilah

La mañana siguiente me desperté en la cama de mi apartamento de Nueva York. La luz filtrándose por las cortinas blancas fue lo primero que mis ojos vislumbraron, y una calma silenciosa se apoderó de mi cuerpo. Ronan dormía a mi lado, con el pecho al descubierto y las sábanas cubriéndole hasta la cintura. Suspiré y mi aliento arrastró un mechón que me caía sobre la cara, para volverlo a dejar en el mismo sitio. Estaba de lado, con el rostro hacia él, y decidí que los primeros minutos de mi día los iba a invertir en observarlo a placer. Sus párpados lucían hinchados por el sueño tranquilo en el que estaba sumido. La curva de su nariz muriendo antes de descender por el surco que conducía a sus labios. Los mismos labios que durante la fiesta habían sonreído tanto.

La noche anterior había sido perfecta. Una velada privada que aprovechamos para ponernos al día con el equipo y donde también hubo tiempo para que Eliza y Ronan hablaran sobre el futuro. A

medida que los minutos iban pasando, me había limitado a estar presente, a observar todo a mi alrededor, poniendo atención en aquella dinámica de admiración y de nuevos caminos que se abrían ante mi compañero y que yo conocía tan bien. Vi a Ronan existir en ese entramado, con esa emoción primeriza por todos los personajes que llegarían a partir de entonces, y lo tuve claro. La decisión. La calma que llegaba haciendo estallar mil preguntas.

En más de una ocasión, y de dos, Ronan se había acercado a mí en medio de aquella fiesta para pedirme, más bien suplicarme, que nos fuéramos a mi apartamento. «Me apetece que me lo enseñes, Del. De verdad que tengo muchas ganas». Yo sabía que lo que realmente quería era estar a solas conmigo. Pasar esa última noche que nos quedaba juntos sin tener que atender a compromisos. Fingí mi mejor sonrisa de rechazo porque lo único que quería era que viviera esa experiencia hasta el final y que estableciera los contactos que iban a ser tan necesarios en la carrera que apenas comenzaba para él.

El rumor del roce de las sábanas me trasladó a ese momento. Los labios de Ronan se movieron y aparecieron tras ellos esos dientes que tanto me gustaban. No pude resistirlo más. Quizá estaba a unos segundos de llevarme un bufido de desaprobación, pero moví mi cuerpo y me coloqué encima del suyo con un entusiasmo que no era frecuente en mí. Posé mis rodillas a cada lado de sus caderas y me cerní sobre él. Con una suavidad casi dolorosa, le rocé los labios con los míos y uno de mis dedos empezó a trazarle el tatuaje de águila que tenía en el costado.

—Mmm —rezongó Ronan sin abrir los ojos.

—Despierta —le susurré antes de depositar un beso sobre su oreja.

Abrió los ojos y el negro quedó bañado por la luz dorada que se colaba por las rendijas de las ventanas. Estaba guapísimo. Y estaba en mi cama.

—Creo que este es el verdadero sueño americano —sentenció, con un semblante complacido—. E irlandés.

—¿Cuál?

—Despertarme a tu lado.

El rubor me subió a las mejillas y me vi obligada a enterrar la cara en su cuello. Él me abrazó al instante, apretándome contra su cuerpo. Al notar su dureza contra mi vientre, lo besé en el cuello porque estaba pletórica. Habíamos terminado la gira. La película había sido un éxito. Sabía que tardaríamos años en asimilar todo lo que habíamos vivido, sí. Pero lo habíamos hecho y eso siempre se quedaría con nosotros.

—Hoy es nuestro último día. —Ante mi ataque de afecto, él consiguió hablar a duras penas—. ¿Qué quieres que hagamos?

—Mmm... —No me apetecía hacer otra cosa más que lamerle el cuello.

—Me parece surrealista que, por primera vez en meses, no tengamos una agenda que cumplir.

Cuando me separé para mirarlo a la cara, Ronan estaba sonriendo. Como un niño. Con sus palas mínimamente separadas al descubierto y todo.

—Quiero proponerte algo... —solté con timidez.

—Me encanta escucharte, Del. Así que dime lo que estás pensando.

—¿Qué vas a hacer estas semanas que tienes libres antes de empezar a rodar de nuevo?

—Volver a Irlanda.

Supe que la decepción se dibujó en mi cara. Y, después, tuvo su efecto en la suya.

—Pero Irlanda puede esperar si se trata de ti, Aguamarina.

—Creo que nos merecemos un descanso —admití.

—Estoy de acuerdo. Cuéntame más.

—Me gustaría enseñarte mi casa y que pasemos unos días allí.

—¿Tu casa? —preguntó arrugando el entrecejo—. Pero ¿este apartamento blanco, lleno de mármol y pomos dorados y ubicado en pleno Greenwich Village no es tu casa...?

—Sí que lo es. Cuando estoy trabajando en Nueva York —respondí, sonriendo ante su sorpresa—. Pero lo otro... Lo otro es lo único que siento como algo realmente mío.

Ronan se irguió apoyando los codos en el colchón y me dio un beso casto en los labios. Un beso que quise continuar durante un rato más.

—Me encantaría que me lo enseñaras, Del.

—Es que apenas hemos empezado a conocernos y... creo que quiero disfrutar un poco más de ti.

—Voy a por mi equipaje.

Su sonrisa iluminó la habitación y supe que había hecho lo correcto hablándole de mi hogar. Ronan saltó de la cama y yo me tumbé de nuevo con una esperanza renovada brotándome en cada poro de la piel.

TERCERA PARTE
La vida sin más

Lana quería que él agarrase su cintura
y que no desperdiciara ninguna parte.

Así me sentía yo también.

1

SU HOGAR



Ronan

Atravesamos campos y más campos después de cruzar la frontera del estado de Pensilvania. Algunos eran de color verde intenso bajo la brillante luz del sol, y otros contenían miles de espigas doradas de trigo agitadas por el viento. Delilah iba al volante, con una sonrisa perenne que había permanecido en su boca desde que habíamos dejado atrás Nueva York. Estaba nervioso porque no tenía ni idea de hacia dónde nos dirigíamos. A juzgar por el paisaje que nos rodeaba, y que se alejaba cada vez más de la civilización, íbamos hacia un lugar solitario y apartado. La cosa empeoró cuando el coche tomó la salida por una pista estrecha que se adentraba en un bosque por el que condujimos varios minutos a velocidad lenta.

—¿Estás preparado? —preguntó Delilah atenta a todos los gestos de desconfianza que yo había mostrado a medida que avanzábamos.

—Me tienes un poco descolocado. A estas alturas esperaba estar achicharrándome al sol en una playa de los Hamptons.

—Siento haberte decepcionado.

Su ironía mostraba que estaba de buen humor. Llevaba el cabello recogido en una trenza que ella misma se había hecho y su perfil quedaba al descubierto para que yo lo contemplara cada vez que me apeteciera. Lo que era, en realidad, la mayor parte del tiempo. Me había enamorado de ese perfil, del contorno de sus labios, de esa simetría que escondía todas las capas posibles de contradicciones.

Delilah aumentó la velocidad antes de que llegáramos al final del camino y aparcáramos junto a una zona arbolada. Cuando salimos del vehículo, la seguí por un sendero que se abría sobre la hierba salvaje, hasta que, un poco más adelante, los árboles y las ramas se despejaron y nos adentramos en un césped rebosante de cuidados. Ante mis ojos, se alzó una enorme casa de piedra con tejado a dos aguas que contaba con varias plantas. Con la boca completamente abierta, observé ensimismado los alrededores. El entorno era precioso, armónico en su sencillez. Demasiado rural para lo que yo creía que era Delilah. Pero, tal como había hecho desde el principio, ella había terminado sorprendiéndome una vez más. De pronto, se plantó delante de mí enseñándome todos los dientes en una sonrisa que rivalizaba con un arcoíris.

—Este es mi hogar —me dijo, emocionada ante mis cejas levantadas—. Es una granja construida a finales del 1700 y que fue reformada por completo hace unos años por los propietarios anteriores.

Estaba totalmente abducido por su felicidad.

—Como ves, se ha mantenido la estructura original de la casa —evidenció, y luego empezó a encogerse ante mi falta de palabras—. ¿Te gusta...?

Respiré hondo y volví a contemplar todo lo que era la propiedad y los exteriores que la componían.

—Estoy un poco sorprendido, la verdad. Se te veía tan perdida aquella vez cuando llegaste a la cabaña de York... —apunté, bromeando.

—Solo estaba fingiendo, Ronan.

—¿En serio?

—Pues no. —Me fulminó con la mirada y yo solté una carcajada—. Esto es algo nuevo para mí. Ni siquiera sé cómo sucedió. Simplemente un día me levanté de la cama y comencé a buscar casas un poco diferentes que estuvieran alejadas de la ciudad. Aunque tampoco a demasiada distancia de Nueva York. Y encontré esta. Solo necesité un segundo para enamorarme. Por eso tomé la decisión, a pesar de que no tenía ni idea de vivir en el campo. Me apeteció intentarlo. Y la verdad es que me gusta esto...

—A mí me gustas tú, Del.

—¿Y la casa?

—También. Pero más tú.

Ella empezó a caminar con premura hacia la puerta y, cuando giró su cabeza hacia atrás, me lanzó una mirada demasiado irresistible.

—¡¿Vienes o no?! —gritó.

Por supuesto que iba. Adonde fuera. La seguí hasta el interior y un espacio amplio y rebosante de luz matinal nos dio la bienvenida. Aquella casa era acogedora y poseía una atmósfera relajante. Todo estaba en calma. Se trataba de uno de esos lugares donde te encontrabas contigo mismo en el silencio que lo envolvía todo. La estancia en la que estábamos contaba con una cocina de muebles de madera con una gigantesca isla en el centro, una zona de comedor con una amplia mesa adornada con jarrones de flores silvestres y, hacia el fondo, pude observar un acogedor salón, con varios sofás de cuero y alfombras que cubrían el suelo al lado de una

gran chimenea de piedra. La luz entraba por las largas ventanas de guillotina que había en cada una de las paredes.

Era espectacular. Una casa de ensueño en la que no era el lujo lo que destacaba, sino más bien la luz, los materiales acogedores y una cautivadora serenidad.

—En la planta de abajo están la cocina, que es gigantesca y mi parte favorita, y también el comedor y la zona de descanso...

—Es preciosa, Delilah. Y lo más emocionante de todo es que sea tuya.

En ese momento su sonrisa se convirtió en mi respiración. Solo esperaba que no desapareciese.

—Tiene dos plantas más —siguió contando—. La primera, con cuatro dormitorios... Y la última, la buhardilla, con una pequeña biblioteca y una sala de proyección.

Aquella casa me parecía un sueño.

—El caso es que no he tenido mucho tiempo para disfrutarla. En los últimos años apenas me he podido escapar unos pocos días... —continuó diciendo Del yendo de un lado a otro con emoción—. Son los guardeses, que viven en un anexo, los que se encargan de ella. Luego, si te apetece, te los presento. —Asentí, con ganas—. Pero ahora quiero hacer algo en lo que no he podido dejar de pensar durante todo el viaje.

—Ah, ¿sí? —Sentí un calor abrasador y la sed de ella me invadió el cuerpo.

—Sí... —murmuró—. Sígueme, Ronan.

Siempre iría tras ella. Siempre.

Cinco minutos después, estábamos frente a las puertas de un establo. Delilah se detuvo antes de entrar y se colocó un sombrero

de cowboy que alcanzó de un poste.

—¿Me vas a presentar a Hepburn? —pregunté mientras la perseguía sintiéndome el corazón en la garganta.

—Sí. Y te advierto que mi preciosa yegua odia a las personas con las que no me llevo bien...

—Genial. Ahora estoy acojonado.

Dejamos atrás varias caballerizas individuales que albergaban algunos caballos, hasta que ella se paró delante de una. Silbó una sola vez y, de pronto, la cabeza de un animal emergió hacia fuera. Delilah apoyó su frente en la cara de la yegua y las dos cerraron los ojos.

—Ya estoy aquí, preciosa —canturreó ella sobre el pelaje mientras la acariciaba con una mano—. He vuelto.

Aquella yegua era el ejemplar equino más bonito que había visto en mi vida. Su pelaje, moteado de manchas circulares negras sobre la piel blanca, era de una belleza que recordaba a la de su dueña. El animal relinchó suavemente a la vez que frotaba sus carrillos contra la cabeza de Delilah. La conexión que había entre las dos era evidente. Y el amor y el respeto que se profesaban también.

—Es muy bonita, Del. ¿Puedo tocarla?

Ella asintió y me acerqué con cuidado para posar una mano sobre su crin clara.

—Toda una belleza.

—Es un appaloosa. —Fruncí el ceño, confundido—. Una raza de caballo en los que el pelaje suele ser de este tipo.

—Me recuerda a ti. —Ella volvió a sonreír y palmeó el cuello de Hepburn con cariño.

—¿Te apetece que demos un paseo por los alrededores?

El sol impactaba sobre nuestros sombreros mientras atravesábamos caminos sin arar a lomos de Hepburn. Delilah poseía un dominio absoluto sobre su yegua, y yo me sentía un afortunado por ir agarrado a su cintura, calzado con las botas hípicas que me había prestado. Cada vez que transitábamos por una nueva zona, en ocasiones arbolada y, en otras, a campo abierto sobre el precioso horizonte, se encargaba de señalarme las cosas que tenían interés. Las montañas inalcanzables y colosales en la lejanía. La amplia llanura que te alejaba de todo y te anclaba a la tierra. La brillante valla blanca que iba delimitando el terreno. Y yo solo escuchaba como un idiota y apretaba más mis brazos alrededor de ella. Hepburn nos condujo por una preciosa ruta que concluyó a la orilla de un lago en el que remojó las patas.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Del? —hablé.

—Claro.

—¿A él también le enseñaste la granja, los alrededores y todo eso?

El cuerpo de Delilah se tensó y me enfadé conmigo mismo por haber roto aquella atmósfera perfecta. Pero, por alguna extraña razón, necesitaba saberlo...

—Sí —contestó.

—¿Por qué?

—Porque estaba enamorada de él. Creía que lo estaba. Creía que eso era el amor.

—¿Y cuándo te diste cuenta de que no era así?

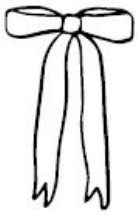
—Cuando llegaste tú.

Deposité un beso en su cuello. La estreché contra mi pecho y respiré su olor. Toda mi vida había pensado que había que vivir por y para el arte. En cierto modo, lo seguía pensando. Mi vida en adelante se centraría en ello, en alcanzar ese sueño que me había

acompañado desde siempre. Pero ahora también quería vivir para eso. Para acariciar con mis labios el suave cuello de Delilah mientras cabalgábamos.

2

SIEMPRE HAS SABIDO LEERME



Delilah

Estaba oscureciendo cuando regresamos a los establos. Ronan permanecía inusualmente callado mientras se desprendía de las botas y de su sombrero. A medida que libraba a Hepburn de la silla de montar y le cepillaba el pelo, me dediqué a contemplarlo sin ningún tipo de pudor. Estaba guapísimo con su chaqueta vaquera oscura y los pantalones del mismo color. Tenía el pelo despeinado por el viento y unos hombros anchos a los que ansiaba agarrarme.

—Buena chica, Hepburn —apremié a mi yegua guiándola hacia su caseta—. Muy bien.

Al regresar, Ronan tenía el mismo aspecto arrebatador, pero su rostro mostraba cierta inquietud que intentaba disimular. Supongo que era algo que no podía llegar a buen puerto si era yo a quien tenía enfrente.

—¿Qué pasa? ¿No puedes soportar un paseo al trote conmigo en las riendas? Soy bastante buena.

Ronan resopló y negó con la cabeza.

—No es eso.

—Oh, vamos —lo pinché—. Hepburn se ha portado genial a pesar de que haya notado que tuvimos nuestras rencillas en el pasado. —Él sonrió y luego se le formaron unas líneas de arrugas en el ceño—. Pero... montar te deja dolorido. ¿Dónde te duele?

—Que no es eso, Del.

—¿Entonces?

La mirada silenciosa que me dedicó después hizo que me preocupara y que pensara que le pasaba algo malo. Hasta que comenzaron a teñírsele las mejillas de color carmesí y habló de nuevo.

—Es que la tengo dura desde que te visto así vestida —se lamentó.

Se refería al chaleco y a los pantalones estrechos combinados con las botas altas de hípica. Cuando levantó una mano para taparse la cara y esconder su vergüenza, yo me encendí por dentro y decidí tomar las riendas.

—¿Y no vas a hacer nada para remediarlo?

Esperé hasta que él me mostró de nuevo su expresión y leí el hambre en sus ojos oscuros. Las rodillas se me aflojaron al percibir cómo la dinámica cambiaba, cómo su cuerpo se cuadraba mientras se iba acercando a mí.

—Podría ponerte contra ese poste de ahí, hundirme en ti y follarte fuerte. —Solté las riendas, por completo. Había rociado con gasolina su fuego y ese era el resultado—. ¿Quieres que lo haga?

Temblé de pura anticipación. Me humedecí los labios antes de lanzarle una mirada cargada de intensidad.

—Sí.

No tuve que repetirlo dos veces, porque Ronan hizo desaparecer la distancia y, unos segundos después, su cuerpo se cernió sobre el mío. Me besó de un modo descontrolado que me hizo entender el estado de contención con el que había lidiado durante toda la tarde. Me gustó. Me encantaba resultar así de irresistible para él. Me vi arrastrada hacia el lugar prometido y, con una determinación de acero, Ronan me colocó de frente contra el poste de madera y con su cuerpo apretado a mi espalda. Noté su dureza en la zona baja de mi columna vertebral y comencé a gemir por toda la expectación contenida. Olvidándome de todo lo que no fuera él, empecé a frotar mi trasero contra su miembro. Y su respuesta fue inmovilizarme al tiempo que me susurraba al oído:

—Me vuelves tarumba, joder... —Me tiró de la trenza y me dio un beso húmedo en el mentón.

—Yo solo quiero..., uf... —Un lametón en el cuello, otra embestida incontrolable—. Solo...

—Sí. Solo quieres que entre en ti. Y yo solo quiero entrar en ti. Todo lo demás me sobra.

Llevó sus manos al botón de mi pantalón y no sé si lo desabrochó o si llegó a arrancarlo porque, en ese instante, mi boca buscaba la suya presa de un ardor incontrolable. Las juntamos y nuestras lenguas danzaron en libertad. Hasta que Ronan se agachó llevándose con el movimiento mi pantalón y mi ropa interior, que terminaron anclados al borde de las botas.

—Dios —jadeé cerrando los ojos con fuerza.

Ronan deslizó sus cinco dedos por mi trasero y bordeó la línea de la separación con la única intención de posarse en mi centro.

—Qué puñetera fantasía, Aguamarina —gruñó, con una voz desconocida—. Aquí no tengo condones, Del.

Me arqueé contra él, anhelando más, anhelándolo todo.

—No importa —le hice saber—. Estoy... Estamos...

—Sí, lo estamos.

Acercó su pecho a mi espalda y comenzó a acariciarme la piel del cuello con sus labios. Luego, colocó dos dedos delante de mi boca y ordenó:

—Chúpalos.

Lo hice de inmediato y, después, él coló esos mismos dedos dentro de mí para abrirme poco a poco. Pero yo lo necesitaba cuanto antes, porque era probable que terminara desvanecida sobre el suelo. Así que gruñí, me revolví entre sus brazos y jadeé sobre su boca.

—Quiero que lo hagas ya, Ronan.

—Entonces agárrate fuerte, cariño —me susurró al oído.

Me penetró de un empellón que me hizo gritar cuando lo sentí llegar hasta el fondo. Eso era justo lo que buscaba. Solo eso, y sus manos presionando mis caderas. Su aliento sobre mi piel. Durante los siguientes minutos, él y yo destruimos toda la contención, toda la tensión que florecía y se extendía entre el espacio que nos separaba. Nos entregamos a un baile brutal y placentero que me hizo poner los ojos en blanco mientras gritaba, mientras gemía, mientras le pedía más. Y Ronan me complacía. Cada maldita vez. Me expandí en torno a él, interiorizando los gruñidos que profería cerca de mi oreja a medida que entraba y salía sin descanso.

—¿Te gusta así? —Mi voz sonó derrotada, como si perteneciera a un mundo más lejano.

—Dímelo tú —me pidió con su sonrisa abriéndose sobre mi mejilla —. Siempre has sabido leerme.

—Noto que estás a punto de desbordarte porque sabes que ahora mismo soy tuya.

Su gemido me vibró en la piel de la nuca.

—Joder. Siempre aciertas.

3

FESTIVAL DE LA CEREZA



Ronan

No sabía cómo habíamos terminado ahí. En ese pequeño pueblo perdido en medio de Pensilvania que se encontraba a un par de horas por carretera de la granja de Delilah. Aunque sí que lo intuía. Lo que pasaba era que me aterrorizaba pensar en ello. Me costaba bastante hilar los acontecimientos que nos habían conducido hasta esa situación, a pesar de que estaban demasiado claros. La noche anterior, cuando Delilah se había quedado dormida, cogí mi portátil y bajé a la sala de estar. Durante mucho tiempo, tal vez demasiado, me había dedicado a buscar por los alrededores un plan especial para que el día siguiente fuera completamente nuevo para la chica por la que me crecían los latidos.

Después de horas navegando de un sitio web a otro, llegué a la página de una pequeña población llena de encanto. Y lo mejor de todo: celebraban el día de la cereza con una degustación gratis para todo el que visitara el pueblo. Me había parecido perfecto. Cuando a

la mañana siguiente le conté a Delilah que tenía preparada una sorpresa para ella, saltó de la cama y gritó:

—¡Me encantan las sorpresas, Ronan!

Pero, ahora, delante de un cartel demasiado cutre que se extendía a lo largo de dos postes de luz y en el que rezaba «Bienvenidos al Festival de la Cereza», estaba temblando. Contemplando cómo Delilah subía la cabeza, miraba a su alrededor y abría la boca. Empecé a rascarme el cuello pensando si había sido la peor idea que había tenido nunca. La degustación consistía en algo bastante sencillo. La calle principal estaba repleta de tiendas ambulantes a ambos lados con toldos donde servían cerezas en conos de cartón. La gente paseaba feliz, parándose en cada puesto y conversando con los granjeros. Los niños corrían de un lado a otro gritando de emoción. Y Delilah... En ese momento, Delilah me miraba muy fijamente.

—No sabía que eras tan detallista —soltó, acercándose.

—Y no lo era. Hasta ayer.

Ella me abrazó con fuerza y luego me agarró de la mano para que nos acercáramos a los puestos.

—Estoy emocionada porque nunca he hecho algo como esto, Ronan.

Con su mano unida a la mía, me relajé y dejé que me guiara por el lugar.

—Me alegro, Del. Solo espero que ese pañuelo en tu cabeza, esta gorra en la mía y nuestras gafas de sol sean suficientes para que no nos reconozcan demasiado.

—¡No me importa! —gritó entusiasmada—. ¡Como experta en la materia que soy, quiero probar cada tipo de cereza en cada uno de los puestos!

El corazón se me relajó de tal modo que todo empezó a parecerme maravilloso porque ella simplemente estaba siendo feliz.

En lo alto de aquel cerro, el pequeño conjunto de calles que conformaban el pueblo se vislumbraba en su totalidad. Los colores pastel abundaban en las casitas bajas de aquel laberinto en medio de la naturaleza. El sol había descendido y algunas nubes solitarias manchaban el cielo. Estábamos sentados sobre el césped, con las barrigas hinchadas por todas las cerezas que habíamos ingerido.

—Gracias por esto, Ronan —comentó Delilah.

—¿A pesar de todas las fotos que nos han pedido en nuestro itinerario de una sola calle...?

—A pesar de eso, sí. Porque la gente de este pueblo es muy agradable.

—Soy yo el que tiene que estar agradecido porque me enseñaras tu casa, Del. Y por presentarme a Hepburn.

—Ha sido un placer. —Ella giró la cabeza para sonreírme—. Lo pasamos bien juntos, ¿no? Pero sé que no estás durmiendo bien, he notado que tienes pesadillas desde que llegamos aquí.

Asentí y, de pronto, una nube negra se me asentó en el esternón. Tenía razón, algunos recuerdos dolorosos habían empezado a aparecer en mis sueños semanas después de aquel incidente en Londres. Simplemente habían surgido en mi memoria cuando todo el estrés de la gira acabó. Podría mentir a Delilah, buscar alguna excusa, pero no me sentía capaz de esconder que ella me importaba y que yo también necesitaba abrirle mis propias puertas.

—Soy muy feliz aquí, contigo... Pero creo que estar tan relajado está trayendo viejos demonios a mi cabeza...

—¿A qué te refieres?

—Quiero hablarte de algo, Del... —Me observó con atención, a la espera—. Aquella noche en la London Night, en la que te busqué por toda la fiesta y te encontré casi inconsciente sobre un sofá, me preocupé mucho. Me preocupé de verdad. Tanto que no pegué ojo en toda la noche porque quería estar pendiente de ti.

—Ronan..., lo siento mucho.

—No quiero que te disculpes, ya te lo dije. Lo único que quiero es abrirte mi corazón como tú lo has hecho conmigo.

—Estoy empezando a preocuparme...

Ante su atenta mirada, doblé las rodillas y las pegué a mi pecho.

—Quiero contarte algo que no le he contado a nadie nunca, y no tenía intención de hacerlo hasta hace muy poco. Hasta aquella noche, en realidad —comencé a decir—. El primer recuerdo que tengo de mi infancia es en brazos de mi madre jugando con la piedra del collar que siempre llevaba. Ella me dejaba hacerlo mientras volvíamos a casa después del colegio. Siempre habíamos sido nosotros dos. Ella era hija única y se había enfrentado a su familia porque no quiso seguir con unos estrictos valores religiosos que no compartía, y al final terminó mudándose a Dublín. Allí fue feliz durante un tiempo, hasta que inesperadamente se quedó embarazada de mí. Fui el resultado de un rollo de una noche. —Negué con la cabeza, siendo consciente de que, por primera vez, hablaba de ello en voz alta—. La cuestión es que mi padre no quiso reconocerme ni ayudarla, así que ella, una mujer joven que se ganaba el pan trabajando en un pub, tuvo claro que seguiría adelante con el embarazo y me traería al mundo.

—¿Cómo se llamaba...? —La voz de Delilah se coló entre aquellas grietas antiguas.

—¿Qué?

—¿Cómo se llamaba tu madre? No me has dicho su nombre.

—Se llamaba Maeve. Maeve O'Connell. —Nos miramos durante unos segundos y luego continué—: Mi infancia fue muy feliz. Es cierto que no teníamos mucho dinero, poco más que para poder pagar el alquiler de un piso minúsculo y tener un plato de comida a diario. No había lujos. Ni grandes pretensiones. Y ella se pasaba la mayor parte del tiempo trabajando, por lo que a veces me dejaba con la vecina. Pero los domingos eran nuestros y eran sagrados. Tenía nueve años cuando me enteré, por casualidad, de que mi madre tenía *un problema*. «Cada vez va a peor, y debe dinero a mucha gente», había oído decir a una de las vecinas. Pero yo no sabía de lo que hablaban, solo tenía nueve años... Era cierto que desde hacía un tiempo mi madre estaba más abstraída que antes, que se pasaba la mayor parte del día tumbada y que la cocina siempre era un desastre. También que ya no parecía escucharme cuando cenábamos por las noches delante del televisor. Y los domingos pasaron a ser los días en que sus amigos la visitaban y yo tenía que bajar a la calle a jugar. Pero mi vida era esa ante mi mirada de niño. Para un crío, la vida es lo que es. Lo que tiene frente a sus ojos. No hay nada con lo que comparar, no existen las capas ocultas, ni los dobles sentidos.

»Varios meses después, la situación empeoró. Mi madre perdió su trabajo porque según ella su compañera era una "puta chivata", y entonces los días se convirtieron en una sucesión de persianas bajadas, viajes a la beneficencia e incansables llamadas al timbre que nunca atendíamos. Pero, de nuevo, yo solo era un niño. Y terminé por adaptarme a esa situación. Porque mi madre me quería y, a pesar de que estaba mucho más delgada y tenía ojeras oscuras, ella seguía acunándome sobre su pecho. "Eres mi campeón", me repetía una y otra vez antes de regalarme un beso en la sien.

»Y entonces llegó el día de diciembre en que todo cambió. Entré en casa y la oscuridad me envolvió. No le di más importancia mientras encendía la lamparita del salón. La habitación de mi madre quedaba justo enfrente y la vi tumbada de lado sobre la cama. "Ya he llegado, mamá", recuerdo que le dije. No me contestó y yo tampoco insistí, porque no era raro que estuviera durmiendo. Pero las horas pasaron mientras veía la tele en el sofá. Cuando cayó la noche y llegó el momento de cenar, me levanté y fui a despertarla. Olía a humedad, porque hacía ya meses que teníamos una gotera en el techo que no podíamos arreglar. Me senté a su lado y le apreté el brazo. Ella no se movió y yo alcé más la voz. "¡Vamos, mamá! ¡Despierta! ¡Ya es de noche!". Nada. Entonces la zarandeé un par de veces más hasta que su cuerpo quedó boca arriba y la cabeza le cayó hacia un lado. Mis ojos se posaron sobre la jeringuilla que le colgaba del brazo. No sé cuándo asimilé que lo que le estaba pasando no era bueno. No sé si fue antes o después de subirme sobre su cuerpo y empezar a tocarle la cara. Tampoco recuerdo cómo ni cuándo adiviné que no respiraba, pero debió de ser antes de que me sentara en el suelo, me aovillara en un rincón y entrase en el pánico más absoluto.

Estaba perdido por entero en mi recuerdo, pero la mano de Delilah apretando la mía me trajo de vuelta. Estaba junto a mí, pues su particular aroma a canela era demasiado intenso.

—Ronan... —jadeó.

—Me quedé allí, llorando, sin saber qué hacer. Sin llamar a nadie. Con la única persona que tenía en el mundo muerta sobre la cama.

—Por Dios, Ronan... Solo eras un niño.

—Y ella era mi madre —sentencié, compungido—. No fue hasta mucho rato después cuando me atreví a salir y llamé a la puerta de mi vecina, la que me cuidaba cuando era pequeño. Y entonces la

realidad me golpeó y me vi arrasado por la soledad. También por una frustración paralizante porque me la hubieran arrebatado de ese modo. Era adicta a la puta heroína. Me enteré porque los niños del centro de acogida donde acabé lo iban contando por ahí. Y yo... yo... ni siquiera sabía que...

—Chist... —susurró Delilah posando su frente contra la mía—. Déjame abrazarte, por favor.

Sus brazos me rodearon y se encajó sobre mi cuerpo. Respiré con la nariz envuelta en su cabello.

—La noche de la fiesta, cuando te encontré, todos los recuerdos me vinieron de golpe. Porque estas cosas te marcan para siempre. Es algo que no he olvidado, ni tampoco pretendo hacerlo. Tan solo he aprendido a que eso esté conmigo siempre, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo, Ronan —reconoció separándose un poco y observándome con una inmensa delicadeza—. Y también comprendo que te afectara de ese modo. Pero estoy bien. Te lo juro. Ese día no pasó nada porque tú te quedaste a mi lado. Y estuviste conmigo toda la noche, aunque yo ni siquiera lo supiera.

—Del... —más que un llamamiento, fue una súplica—, necesito que me prometas que si tienes algún problema de ese tipo me lo vas a contar. Lo afrontaremos juntos, ¿vale?

Delilah me contemplaba con seriedad mientras me acariciaba la espalda.

—Dentro de este mundo, la gente se divierte de muchas maneras —explicó—. Y una de ellas es tontear con todo tipo de sustancias. Yo lo hacía antes, porque no estaba bien y era una manera de evadirme. Pero nunca llegó a convertirse en un problema. Y ya no lo hago, te lo prometo. Esa noche no tomé nada, solo me pasé mucho con el alcohol...

—Lo sé, cariño. Pero quiero que confíes en mí, ¿vale? Cualquier cosa, cualquier problema, yo siempre voy a estar a tu lado.

—Vale, Ronan. Ahora necesito que me escuches tú, ¿de acuerdo?

Asentí, apartándole varios mechones con los dedos para despejar su preciosa cara.

—Estoy muy orgullosa de adónde has llegado —declaró. Mi garganta se cerró por completo conteniendo la emoción—. Y seguro que tu madre también se siente orgullosa, esté donde esté. Tienes talento, tienes determinación, tienes una sensibilidad impresionante. Estás hecho de auténtica resiliencia, Ronan O'Connell. Y vas a comerte el mundo.

Me refugié de toda mi tristeza y de todo mi terror renovado en ella. La abracé con la intensidad de un desastre natural y, sencillamente, me creí cada una de sus palabras. Creí en Delilah. Porque era real, estaba viva y respiraba frente a mí. Y pensaba disfrutar de cada uno de los días que me quedaban a su lado.

4

LA VIDA LENTA



Ronan

—Creo que podría acostumbrarme a esto —comenté cuando saqué la cabeza del agua y me sacudí el pelo.

—¿Te refieres a estar aquí?

Delilah estaba sentada en el poyete de la piscina con las piernas cruzadas.

—No. Me refiero a disfrutar de ti. ¿Sabes? —pregunté retóricamente—. Siempre he deseado lo contrario de esto. Siempre he querido una vida acelerada, sin pausa, una vida al límite, sin tiempo siquiera para pensar. Pero ahora, aquí, contigo, quiero vivir con lentitud. Quiero saborear los momentos.

Ella posó las dos manos en la piedra y yo la contemplé desde la distancia. Estaba perfecta con ese bikini de color azul y con esa pamela blanca en la cabeza. Y ya hacía demasiado rato que no la tenía todo lo cerca que me gustaba. Observé cómo alcanzaba un

libro que tenía a su lado y, cuando lo abrió, me quedé atónito al ver la portada.

—¿De verdad? —Asintió, comedida—. ¿Estás leyendo *Cumbres Borrascosas*? ¿Ahora?

—Ajá...

No pude contenerme más y nadé hasta posarme frente a ella, que me recibió con una sonrisilla avergonzada.

—Tienes que contarme estas cosas...

—¿Por qué?

—Porque me hacen estar aún más loco por ti.

Se rio. Pero luego adoptó una expresión de reproche.

—Y tú me tienes que hablar algún día de lo que escribes con tanta concentración en esas libretas.

—Algún día.

Su olor y el calor en su piel por el sol absorbido me hicieron desearla de nuevo de una forma tan intensa que empecé a darle besos suaves por la cara interna del muslo. Delilah se tensó y me miró con un deseo que comenzaba a despertarse también en su interior.

—¿Puedo...? —le pregunté, totalmente perdido en nuestro mundo.

Delilah abrió las piernas y yo le aparté hacia un lado la tela de la braguita. La besé, la lamí, la saboreé, mientras ella enterraba una mano en mi pelo y jadeaba. Yo solo era un animal hambriento. Un lobo en plena luna llena. Aullando por ella.

—Ronan... Dolores está por aquí, en la casa...

—He hablado con ella hace un rato y me ha dicho que estaría en la última planta —la informé entre lametón y lametón—. ¿Puedo seguir?

—Sigue, joder, sigue —dijo con la respiración acelerada.

—Gracias.

Seguí. Seguí. Y seguí. Cuando ella se liberó envuelta en un silencio contenido, alcé la cabeza y encontramos nuestras miradas.

—¿Puedo seguir?

Sus ojos lucían brillantes, sus mejillas sonrosadas.

—Ven, Ronan.

Me agarró del cuello y pronto me reencontré con su boca.

—Puedo saborearte para siempre y ser feliz, Aguamarina —le aseguré al separarnos.

—Yo también disfruto de esto, Ronan —reconoció—. De cada segundo que tengo de ti.

Me relajé y sentí el agua caliente de aquella piscina construida en piedra.

—Hoy he hablado con mi abuela —me contó—. Nos ha invitado mañana a su casa a almorzar y a pasar el día. Quiero verla, necesito verla porque la echo muchísimo de menos. Y me gustaría que me acompañaras.

—¿Le has hablado a la gran Odessa Williams de mí? —aluciné, aún con su dulce sabor sobre mis labios.

—Más bien ella me ha obligado a que le hable de ti —aclaró, risueña.

—Vale. Me acabo de poner nervioso.

—Te prometo que lo pasaremos bien.

Pequeño fragmento de una de las libretas de Ronan O'Connell

Aguamarina. *f. Variedad de berilo, transparente y de color azulado, apreciada como piedra preciosa.*

Lista de cosas que son cien por cien aguamarina:

1. El verde del mar cuando no podemos encontrar en él el azul.
2. El mar Caribe desde las alturas.
3. El logotipo de esa cerveza irlandesa que sabe asquerosa.
4. La piedra que colgaba del collar de mi madre. La única pertenencia que me dejó.
5. LOS OJOS DE DELILAH WILLIAMS.

Creo que estoy obsesionado con ese color.

5

SENTIR SU MIEDO



Ronan

La imponente mansión de estilo clásico pintada de un blanco impoluto parecía desafiarme con su elegancia. Si ya había estado impresionado durante las horas de viaje que había conducido hasta la parte este de los Hamptons, ahora, mientras recorríamos un césped infinito y milimétricamente cortado, tragaba con dificultad. Quise decir algo, intentar disimular los nervios que empezaban a materializarse en el sudor frío que me bajaba por la espalda, pero mi boca estaba sellada. Delilah, que iba ataviada en uno de sus minivestidos veraniegos, me cortó el paso antes de que subiéramos los escalones de la puerta principal.

—¿A qué viene esa cara? ¿No soñabas con ver los Hamptons? —preguntó ella colgándose el bolso al hombro.

—Ni en mis sueños más delirantes pensé que conocería a una de las divas más legendarias de Hollywood.

—A Alan nunca le presenté a mi abuela, por si te interesa saberlo.

Mis cejas se arquearon por la sorpresa y esa pequeña información me distrajo lo suficiente de la tensión del momento.

—Me interesa saberlo, Del.

—Ella es la gran actriz de todas esas películas. Pero también es mi abuela.

Asentí y me coloqué a su lado cuando llamó al timbre. Nos abrió una mujer de mediana edad, que Delilah me presentó como Sarah, la gobernanta de la casa. Cuando terminó de abrazar con cariño a Delilah, nos invitó a pasar. Y entonces nos adentramos en la casa más espectacular que había tenido el placer de ver, con un parqué que brillaba más que las estrellas. Las estructuras con arcadas, las vigas de madera al descubierto y los grandes ventanales eran algunos elementos que constituían la vasta estancia. Apenas pude fijarme en nada más a medida que el pulso se me aceleraba empeñado como estaba en seguir a Delilah.

Salimos a un gran jardín exterior que me abrumó por su inmensidad y su paisaje armonioso. Más y más hectáreas de césped en perfecto estado que desembocaba en la orilla de un lago lejano que, a su vez, limitaba con un bosque.

Aquello era espectacular.

Ni siquiera había visto algo parecido en las películas.

Y me puse aún más nervioso cuando Delilah bajó la voz y dijo:

—Debe de estar en los rosales, por aquí.

Continué a su lado en completo silencio hasta que llegamos a un patio apartado con unas impresionantes columnas blancas que resguardaban un comedor. Me fijé en que la mesa estaba puesta, con cubiertos de plata y copas de cristal. Tres servicios perfectamente preparados para el almuerzo.

—¡Ahí está! —exclamó Delilah señalando con la cabeza hacia el otro lado.

Odessa Williams se encontraba de espaldas ante un enorme rosal. Las flores blancas trepaban por una pared de hojas y, justo en ese momento, la mujer estaba cortando uno de los tallos para sumarlo al ramo que agarraba en una mano.

—¡Abuela!

—¡Niña bella! ¡Ya habéis llegado! —Al volverse y ver a Delilah, cayó presa de una alegría descomunal.

Se fundieron en un abrazo tan emocionado que por un instante me olvidé de mi situación. De que tal vez podría perderme para siempre en aquella mansión de los Hamptons si me despistaba un segundo.

—Abuela, este es Ronan —me presentó Delilah mientras arrastraba a su abuela hacia mí—. Tenía muchas ganas de conocerte.

La expresión que se dibujó en su semblante me clavó en el suelo. Era evidente de quién había heredado Delilah su elegancia. Aquella mujer, una actriz espléndida que había hecho historia, me observó como lo hace un verdadero intérprete. Con intención. Con garra. Sin embargo, su gesto también me pareció cálido y curioso, y el brillo de su sonrisa rivalizó con las lujosas perlas que le decoraban las orejas.

—Encantado de conocerla, señora Williams —la saludé dando un paso adelante y tendiéndole la mano.

Pero ella no dudó en apartármela con perspicacia antes de abrir los brazos y acogerme entre ellos. Olía a flor recién cortada mezclada con un intenso perfume.

—No me llames señora, jovencito. ¿No te parece que tengo un nombre precioso?

—Ya lo creo que sí.

—Pues Odessa, entonces. Ahora lo entiendo todo, Ronan O’Connell.

Delilah la tenía agarrada del brazo con cariño y devoción, y en ese momento, me di cuenta de cómo el nerviosismo se reflejaba en sus ojos ante aquella situación. Joder. Había sido egoísta no pensando en ella. ¿Estaría yo a la altura de un acontecimiento como aquel? Esperaba que sí. Al menos, iba a poner todo mi empeño en ello.

—¿Ahora entiendes qué, abuela? —quiso saber Delilah mientras nos dirigíamos hacia la mesa.

—La fiebre que hay contigo, chico —respondió sin dejar de contemplarme con unos ojos grandes y vivos—. Tienes un atractivo que te arrastra. Y encima eres todavía más guapo en persona. Es comprensible que seas al primer chico que Delilah trae a esta casa.

A esas alturas, yo estaba del mismo color que los labios de Delilah. Absurdamente rojo.

—¡Abuela! ¡No lo intimides!

—Yo no lo intimido. Las verdades no deberían intimidar, ¿no crees, Ronan? —preguntó ella haciéndome partícipe.

—Por supuesto, seño... —Entrecerró solo un ojo y yo me detuve en seco—. Por supuesto, Odessa. Me siento halagado.

—Déjame decirte dos cosas más.

Delilah me miró con una disculpa pintada en su preciosa cara, pero tan solo pude sonreír por tener la oportunidad de estar allí acompañándola.

—Estás espléndido en la película. Es evidente que esa sonrisa ladeada que ahora me dedicas a mí confabuló para formar todo ese fenómeno de masas en el que estáis envueltos.

—Diría que no sonrío en toda la película... O, en cualquier caso, lo hago muy poco.

—Sí —concordó ella—. Solo sonríes una vez. Pero qué sonrisa, chico. Las cosas espectaculares si se atisban solo un poco se vuelven inolvidables.

No pude evitar reírme. Mejor eso que echarme a llorar por estar recibiendo aquel elogio de semejante actriz.

—¿Qué era la otra cosa, Odessa? —Mi interés se impuso en el ambiente cuando nos plantamos frente a nuestros asientos.

—¿Te gusta el pastel de marisco? Es el favorito de mi nieta. Y también lo era de su padre.

—Me encanta.

Lo cierto era que nunca lo había probado, pero quería que todo fuera perfecto. Por Delilah. Solo por *ella*.

Las rosas blancas resplandecían encerradas en un jarrón de cristal. Habíamos arrasado con toda la fuente del pastel de marisco, porque estaba espectacular. También porque el tiempo había pasado como un cohete entre anécdotas antiguas de los rodajes de Odessa y de cómo se forjó su meteórico camino al estrellato. Al final, el relato había llegado a la depresión en la que se había sumido cuando el padre de Delilah había fallecido en un accidente de vela. Comprobé que recordarlo en las palabras y las vivencias de su abuela pintó cierta tristeza en la expresión de Delilah.

La misma chica con la que el mundo se me estaba abriendo se levantó de la mesa para alcanzar un pastel de queso con una abundante capa de mermelada de fresa en la superficie. Nos sirvió una porción a su abuela, a mí y a ella misma, y volvió a tomar asiento mientras me dedicaba una sonrisa de complicidad.

—Como parte de la familia que soy —comenzó a decir Odessa desde el sillón presidencial—, debo avisaros de que en este mundo del espectáculo es bastante difícil mantener una relación sentimental.

Me puse lívido y tragué con dificultad el primer trozo de tarta, sin poder siquiera apreciar lo rico que estaba.

—La distancia, el estrés, los compromisos a los que no puedes negarte vete tú a saber por qué...

—Abuela, para —la interrumpió Delilah con cierta rigidez en la voz —. No estamos en ese punto. Solo pasamos tiempo juntos y nos divertimos.

La mujer posó su mirada infinita e intimidatoria en cada uno de nosotros antes de volver a la carga.

—Vuestros ojos no me dicen lo mismo —insistió—. Y los ojos nunca mienten. Sé reconocer cuándo algo es real.

—Las cosas no funcionan como antes —rebatió Delilah mientras rebañaba un poco de mermelada con el tenedor—. Y doy gracias todos los días por ello.

—¿A qué te refieres?

—A que lo más importante ahora es centrarse en uno mismo, en tu propio crecimiento, y no echar por tierra los logros personales por anteponer las relaciones.

—Bueno, querida. A mí me parece que cuando uno se enamora de verdad importan más bien poco los tiempos. La sensación es la misma. Puedes rebelarte contra ella, sí. Pero no conseguirás nada. El amor es difícil de encontrar, Delilah, y más difícil aún de conservar.

—¡Abuela! ¡¿Quién demonios está hablando de amor?! —gruñó Delilah tapándose los ojos con la palma de la mano, muerta de vergüenza.

—Estamos bien juntos y eso es lo importante. No podíamos decir lo mismo hace unos meses... —intervine intentando relajar el ambiente y virar la conversación hacia otro camino.

Odessa se dispuso a hablar de nuevo, lo que seguramente era el inicio de otro de sus pícaros comentarios, pero se detuvo cuando

llegó hasta nosotros el ruido de unos tacones repiqueteando cada vez más cerca. Los tres giramos la cabeza hacia la entrada del comedor exterior. Un par de segundos más tarde, apareció una mujer alta, vestida con un traje gris que hacía juego con sus enormes ojos. No tenía ni idea de cómo lo supe. Pero lo supe. Aquella recta mujer que había trastocado nuestra paz era Rose Andersen. La madre de Delilah. Un tenedor impactó contra la mesa y miré hacia el frente, hacia la chica que ya no agarraba el cubierto en su mano. Su rostro era el mismo que el de un espectro, y el temblor de su labio inferior no vaticinaba nada bueno.

—Me gustaría saber por qué no he sido invitada a esta preciosa reunión familiar. —Su voz era igual de afilada que el borde de una navaja—. Pertenezco a esta familia.

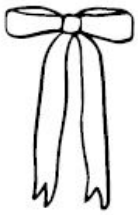
—No has sido invitada porque no eres bienvenida, Rose —protestó Odessa, claramente molesta.

—Pues me temo que vas a tener que aguantarte, porque esta es la única manera que he encontrado para estar cara a cara con mi hija.

Entonces la mujer apoyó las manos en la mesa y ladeó la cabeza en la dirección de Delilah. El miedo que percibí en ella debió de enquistarse en uno de mis pulmones, o en los dos, porque de pronto noté que me faltaba el aire. Y que las aletas de mi nariz se dilataban por la rabia.

6

UNA DECEPCIÓN MÁS



Delilah

Mi madre estaba frente a mí, envuelta en una furia calmada que infundía terror. La conocía demasiado bien para no saber que esa ira terminaría por brotar en mi dirección. Del mismo modo que era consciente de que una madre trastornada podía ser la mejor maestra de actores. Porque yo era la prueba.

—¿Cuánto más voy a tener que esperar para que se te pase la pataleta?

—Fuiste tú quien me dio la espalda después del fracaso de aquella película, ¿te acuerdas? —Por cómo dobló la boca, supe que había tocado hueso.

Precisamente, había querido rodar esa película como una forma de sobrevivir. Para que fuera ella quien se alejara de mí, porque por aquel entonces yo no tenía la determinación necesaria para enfrentarla. Quizá tampoco la tuviera ahora, a juzgar por el latido enfermizo de mi corazón.

—Me equivoqué —admitió con fervor—. Pero yo sabía que podías arreglarlo. Siempre he confiado en ti. Y por fin estamos otra vez arriba, Delilah.

Me piropeó de esa forma tan fría a la que me tenía acostumbrada. Con el cuerpo rígido en mi asiento y las rodillas temblando, continué observándola. Quería salir de allí, o que ella desapareciera, porque no soportaba un segundo más su presencia ni la influencia que seguía ejerciendo sobre mí.

—Hemos sido mi equipo y yo quienes hemos trabajado para que eso ocurra, para que pudiera volver a la actuación.

Rose lanzó un chasquido de desaprobación y percibí con el rabillo del ojo cómo la espalda de Ronan se tensaba sobre el respaldo de su silla.

—Hubo un tiempo en que tu equipo empezaba y terminaba conmigo, Delilah. Además, teníamos un trato... ¿Lo has olvidado?

Precisamente me costaba dormir por las noches porque aún lo recordaba. Toda la presión a la que me había sometido durante años, todo el cariño que había anhelado, los horarios y los calendarios seguidos a rajatabla, todos los días del año, el hambre de éxito que me había inculcado desde la cuna, todas esas horas dentro de aquel armario cuando tan solo era una niña...

—Lo recuerdo demasiado bien como para saber que no te quiero cerca. Así que respeta mi decisión.

—Me lo debes todo. Eres una estúpida desagradecida —me acusó alzando la voz.

Todos enmudecimos y, en medio de aquel silencio, yo me hice un poco más pequeña. Porque quizá estaba diciendo la verdad... En el fondo, le debía tantas cosas que...

—Márchate, Rose —dictó mi abuela levantándose de su asiento.

—No me voy a ir hasta que me den lo que merezco.

—¿Y qué es lo que quieres? —pregunté.

—Volver a formar parte de tu carrera.

Me reí, pero solo para mis adentros. Ella quería formar parte de mi carrera, por supuesto que sí. No de mi vida. Porque eso era lo que siempre había sido para ella, un producto. La gloria de alcanzar lo más alto. Un conducto para cumplir sus sueños más obsesivos.

—Eso no va a pasar —le aclaré.

—¡Pues entonces vas a tener que pagarme una millonada!

—La pagaré con mucho gusto.

—Es hora de que te vayas —volvió a presionarla mi abuela—. No lo empeores más.

Pero mi madre no se marchó, sino que dio media vuelta para rodear la mesa y llegar hasta mí. Con cada paso, me observaba como si me estuviera clavando un puñal a cada centímetro que se acercaba. Hasta que estuvo delante, ante mi cuerpo. Y entonces percibí cómo Ronan arrastraba la silla y se levantaba, y yo puse todo mi empeño en mirarlo y hacerle ver que todo estaba bien para así tratar de tranquilizar la furia que brotaba de su interior. Él no me creyó, a pesar de que yo estaba perfectamente calmada de cara a la galería. Pero al final Ronan se quedó donde estaba porque se lo rogué sin necesidad de abrir la boca. El aroma a perfume de gardenias me atravesó en el momento en que la encaré.

—Desde el principio me criaste para que todos me quisieran, para que me admirasen, para que me vieran como una triunfadora... Y yo solo... solo era una niña.

—Sé lo que intentas —vociferó mi madre demasiado cerca—. Quieres alejarte de la imagen que las dos construimos. De todo lo que sacrificamos para que estuvieras siempre en lo más alto. Pero lo que creamos es tan fuerte que nunca vas a poder darle la espalda. Siempre te perseguirá.

—¡Pero yo no soy esa persona! —exclamé—. Quizá nunca lo he sido.

—¿Y quién dice eso? —No pude contestar—. Recuerda que no eres nadie sin una cámara enfrente. Sin todos esos elogios que te llueven por tus películas. Ese es el legado que llevas construyendo todos estos años, eso es lo que te da el poder.

Yo no era *nadie*.

—Te aconsejo que te calles ahora mismo si no quieres que sea yo quien te saque de aquí. —La voz grave de Ronan rebotó sobre las columnas que nos rodeaban.

Mi madre ladeó la cabeza, solo un poco, para poder escrutarlo de arriba abajo sin ningún tipo de compasión.

—Ella nunca estaría con alguien como tú —clamó con desprecio—. Solo eres una pieza más en el juego. El huérfano al que todos le tienen lástima. Una pieza de plástico que no vale nada.

—¡Ya es suficiente, Rose! —gritó mi abuela—. ¡Márchate!

—Jamás te caí bien, ¿verdad? —Ahora la ira de mi madre se desplazó hacia Odessa—. Nunca aceptaste que tu hijo se enamorara de esa chica que no tenía el talento suficiente para ser actriz.

Crucé una mirada con Ronan, que ahora presentaba un semblante encendido y estaba más allá de cualquier demanda de tranquilidad por mi parte.

—Ella no te quiere denunciar, Rose —le dijo—. Pero a mí no me va a temblar el pulso a la hora de hacerlo. Esta situación se ha acabado, aquí y ahora. La estás acosando y te aseguro que la justicia me dará la razón a mí.

Mi madre dio un paso atrás, dubitativa por primera vez desde su aparición estelar. Frunció el ceño y, entonces, empezó a hablar al tiempo que miraba fijamente a mi abuela.

—Mi último movimiento fue torpe, lo sé. Totalmente fuera de lugar... Pero solo lo hice por la frustración de no estar a su lado y estar perdiéndomelo todo.

—¿De qué está hablando? —Las cejas se me alzaron incontrolables.

Estaba claro que el ambiente se había enrarecido. Ronan me miraba a mí, sin entender nada. Y yo miraba a mi abuela para que me diera una respuesta cuanto antes. Sin embargo, lo único que llenó el aire unos segundos después fue la risa histérica de mi madre.

—Ah, ¿que no se lo has contado?

—¿Qué es lo que no me has contado, abuela?

La mujer a la que quería con todo mi corazón, el verdadero regalo de mi vida, y que también me había inculcado el amor por la actuación, me observaba petrificada. Busqué entonces la mirada de Rose y en ella atisbé el golpe final. El dolor que siempre me provocaban sus palabras. La capacidad que tenía para aplastarme y mantenerme bajo su pulgar. Todo el poder que infundía sobre mi persona.

—Fui yo quien filtró tus fotos, Delilah. Lo hice para que reaccionaras, para que volvieras a mí. Y tu abuela me descubrió.

7

¿QUÉ HAY DE SUS SUEÑOS?



Ronan

Delilah me había rogado que la sacara de allí. Así que nos montamos en el coche y conduje de regreso a la granja. Había intentado tranquilizarla cuando la primera lágrima invadió su mejilla, pero ella me había pedido que lo dejáramos estar. El resultado había sido pasarnos las cuatro horas de trayecto en completo silencio. Un silencio solo interrumpido por el rumor de las canciones que sonaban en la radio.

No podía creer el sufrimiento que arrastraba Delilah. Mi interior se convertía en una trinchera al recordar cómo la había tratado su madre, cómo le había hablado. Como si Del fuera un juguete, como si hubiera nacido para brindarle a ella la felicidad y no para convertirse en una persona por sí misma. Era enfermizo. Triste y deprimente. Y lo único que deseaba en ese momento era que ella no sufriera, pero lo hacía. Lo hacía, joder. Podía sentir su desengaño en la punta de los dedos.

Las manos me temblaban sobre el volante mientras recorría el último tramo de camino hacia la casa. Cuando aparqué, el quejido de alivio que ella soltó por la boca no ayudó a templar la furia que intentaba esconder. Pero, por encima de todo, quería respetarla. A pesar de que lo único que deseaba fuera hablar con ella, explicarle que era normal sentirse así. Que la comprendía. Incluso más que a mí mismo.

Antes de abrir la puerta del coche, me dirigió una mirada avergonzada que me destrozó aún más.

Y hasta ahí llegué. Porque ella no se lo merecía.

Delilah tenía la intención de escaparse al interior de la casa, pero, a mitad de camino, me adelanté y la sujeté del brazo impidiendo que avanzara. Ella me observó con las mejillas mojadas y el corazón roto.

—Ni siquiera puedo decir que lo que mi madre ha dicho sea mentira.

Me puse frente a ella, llevé mi mano a su mentón y la obligué a mirarme a los ojos.

—Por Dios, Del. Claro que es mentira —le aseguré con más determinación que nunca—. No eres esa persona. Eres mucho más que todos tus primeros planos, que todas tus fotografías, que tus películas y que todas esas sonrisas agradables que les dedicas a todos. Confía en mí, por favor.

—Y ahora mi abuela me ha traicionado... No sé si podré soportarlo.

—No te ha traicionado, cariño —aclaré con tacto—. Solo te estaba protegiendo de esa mujer.

Observé cómo la coraza que Delilah había alzado durante el viaje se desvanecía ante mí. Después, se abrazó el cuerpo ante la fría brisa de final de la tarde que mecía las hojas de los árboles.

—Siempre he odiado que todos creyesen que era una santa, una virgen. Alguien perfecto y sin pecado al que poner de ejemplo y al que idolatrar. Siempre detesté la persona irreal que mi madre moldeó ante el mundo. Yo nunca quise ser un referente. —Asentí, en silencio—. Detesto que todos deseen ser yo porque les parezco la viva imagen de la perfección. Soy igual de imperfecta que ellos. —Delilah negó con la cabeza, abatida.

—Si te sirve de consuelo, cuando te conocí pensé que eras una bruja. —Ella intentó soltar una risa que no llegó a buen puerto. Pero necesitaba que saliera de su tristeza—. Alguien de color púrpura tirando a negro por dentro de la que era mejor alejarse.

Esta vez, su risa se deslizó por el prado exterior de la casa, y yo me relajé de golpe.

—Pero tú... hace poco que me conoces... —soltó ella con la boca apretada.

—Quizá te conocía incluso antes de verte por primera vez.

—Mi madre cumplió todos sus sueños a través del mío. Pero... ¿qué hay de mis sueños? ¿Qué hay de ellos, Ronan?

Di un paso al frente y me acerqué a su cuerpo. Le rodeé la cintura con los brazos y la pegué a mí. Sentí su frío en mi propio pecho.

—¿Sabes qué vas a hacer con tus sueños?

Sus preciosos ojos negaron al parpadear.

—Cumplirlos todos.

—Estoy atrapada. Y me siento como una imbécil por sentirme atrapada en esta jaula de oro. Dentro de esta vida llena de privilegios y de lujo, dentro del puñetero Hollywood dorado. ¿Quién en su sano juicio no desea esta vida? —preguntó, con la voz totalmente rota—. La vida que tengo. Esta carrera. Esta casa y todas las demás. Todas mis posibilidades. ¿Quién?

—La jodida Delilah Williams.

—Amo actuar, Ronan, pero creo que necesito dejarlo si quiero salvarme —confesó tan bajito que pareció que se lo estaba diciendo a ella misma.

—Está bien llegar a serlo todo, alcanzar la cima, y ya no querer serlo más.

La quería. Era algo que no me había permitido decir en voz alta, ni tampoco a mí mismo. Pero la quería. La quería. La quería. *La quería*. Y odiaba que llegara el día en que me tuviese que separar de ella.

—Voy a besarte, ¿vale? —la avisé.

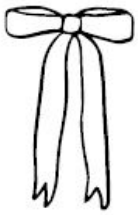
Delilah asintió relajando su expresión y mostrándome su yo más puro, su esencia.

—Me encantas como actriz, Del, pero me gusta más la persona que está debajo. Muchísimo más.

Y entonces me aseguré de demostrárselo con mis labios.

8

LA ÚNICA



Delilah

Con él, besar no tenía fin. Nos arrastramos hasta el interior de la casa sin despegar nuestros labios, sin parar de rebuscar en el interior del otro. Yo necesitaba quitarme el sabor de la decepción de la punta de la lengua y él estaba empeñado en complacerme. Ronan me bajó la cremallera del vestido frente a la chimenea y dejé que me lo deslizara por el cuerpo. Una vez que me quitó la prenda, no me contempló el cuerpo, sino que continuó con sus ojos atados a los míos. Compartíamos el mismo deseo, una necesidad angustiosa que me llevó a deshacerme de su camisa y a desabrocharle el pantalón. Enredamos nuestras extremidades, acariciamos la piel desnuda del otro con nuestras manos, y también con nuestra lengua. Un rato después, caímos al suelo con las mejillas encendidas y el pelo revuelto. Cuando se sentó, Ronan me depositó sobre sus caderas y yo lo rodeé con las piernas hasta que encajamos del todo. Juntamos la punta de nuestras narices y seguimos mirándonos desde tan cerca

que los límites del mundo consistían en el ángulo de sus pómulos a cada uno de los extremos y, un poco más abajo, hacia el sur, su boca jadeando sobre la mía.

—Quiero ser el hilo con el que cosas la herida, Del —susurró con la respiración entrecortada.

—Pero... lo nuestro no... —Ni siquiera podía formar una frase coherente entre tanta emoción.

—Pero cuenta, Del. Todo cuenta. Los instantes importan. Sobre todo, si son contigo.

En ese momento, enterrada en él, colmada de un placer descomunal e intenso, fui consciente. Lo que nos unía era efímero. Él se iría. Y yo... yo aún no sabía lo que iba a hacer. El simple pensamiento de no tenerlo cerca, de no encontrar su mano al alcance de la mía, hizo que las lágrimas regresaran y se anclaran bajo mis párpados. Un segundo después, dos cascadas delgadas se deslizaron por mis mejillas. Ronan detuvo sus envites y posó una mano sobre mi mentón, en el mismo lugar en el que había desembocado mi agua salada.

—¿Del? —preguntó, absorto en su preocupación.

—No pares, por favor —le supliqué posándole la palma de mi mano sobre el corazón—. Quiero más. Quiero más. Quiero más.

Pero otra lágrima se me escapó y él la capturó con los labios para saborearla con adoración.

—Es solo que nunca pensé que algún día podría sentirme así... —sollocé—. Tan anclada a alguien.

—Eres la única que puede marcarme, Del.

Ronan se tumbó de espaldas sobre la alfombra. Me observó desde abajo y me fijé en cómo las puntas de mi melena resbalaban sobre su pecho.

—Cuando sientas el peso en el estómago y tu cabeza empiece a formar huracanes, cierra los ojos y cabalga —susurró él rememorando esas palabras—. *Cabalga*, Delilah.

Lo hice. Cabalgué. Me moví sobre sus caderas viajando al encuentro de mi propio placer, mientras él gruñía desde el fondo de su garganta. Cerré los ojos y me abandoné a esa sensación de libertad. De estar en el centro de algo. De la nada sucediendo en los márgenes. Entonces, lo comprendí todo. El pasado, el presente y el futuro. Un anhelo por lo que siempre había buscado dentro de mí, un deseo capaz de consumirme y la esperanza puesta en el paso del tiempo.

Y, en medio de todo aquello, estaba él. La única persona que me había alcanzado. La única persona que me había amado de verdad.

Un rato después, seguíamos tumbados sobre las alfombras. Jugábamos con nuestras manos entrelazadas y él me acariciaba el dorso cada tanto con el pulgar.

—¿A qué trato se refería tu madre? —preguntó Ronan rompiendo el rumor lejano de las aves nocturnas que sobrevolaban los alrededores.

—A ganar un maldito óscar... Ese era el principal objetivo que nos marcamos cuando nos embarcamos en esto. Con solo once años, me quedé a las puertas. Supongo que no fui suficiente para merecerlo.

—Tú no te mereces un puto óscar, Del —gruñó a la vez que movía todo el cuerpo—. Tú lo que mereces es que te quieran bien. Que te quieran de verdad.

Sonreí con tristeza, existiendo dentro del calor que desprendía su cuerpo.

—Y, sin embargo, tú también me odiabas al principio, ¿no?

Ronan soltó una risa incrédula que rajó el ambiente.

—Por aquel entonces ya estaba colgado de ti —admitió—. Solo que lo llamaba de otra forma.

—¿De qué forma?

—*Odio*.

—¿Me odiabas, entonces?

Debió de percibir el abatimiento en mi voz, porque se irguió sobre mí y me miró con esa sinceridad que suponía mi perdición.

—Eso era lo que me repetía una y otra vez. Pero ahora entiendo que alguien que admira a otra persona del modo en el que yo te admiraba a ti no puede odiarla. Precisamente, se trata de lo opuesto. Cuando llegaba al hotel después de la jornada, estaba jodido. Jodido por tus ojos, Delilah —confesó—. Jodido porque de pronto encontraba respuestas a preguntas que ni siquiera había formulado.

—¿A qué preguntas te refieres? —Quería saberlo. Necesitaba saberlo todo.

—¿Era posible estar viviendo el mejor momento de tu vida y ser consciente de ello? —evidenció, y nos miramos fijamente durante unos segundos. Luego, continuó—: Lo era. Al menos, así es como lo sentía contigo. No quería estar en otro lugar más que allí, actuando contigo. Aprendiendo de ti. Repitiendo el guion una y otra vez. Improvisando a cada momento. Los días en los que nos dejábamos llevar y olvidábamos todo lo demás se convirtieron en mis favoritos. Siendo otra persona, mi personaje, era menos yo que nunca y, al mismo tiempo, jamás me había sentido tan en paz y tan consciente de mí mismo. Es contradictorio, y no sé si tiene algún sentido...

—Lo tiene, Ronan —le aseguré—. Me he pasado la mayor parte del tiempo viviendo solo a través de mis personajes. De algún modo,

lograba mimetizarme con ellos para escapar de mi vida. Buscaba huir de mi realidad entregándome a la de ellos, buscaba existir a través de sus problemas, de sus conflictos. Y terminaba reconociéndome en ellos.

—Más tarde —agregó él—, comprendí que ese sentimiento de plenitud aparecía porque tú merodeabas a mi alrededor. Porque me mirabas. A veces. O todo el tiempo. Tú, tú, tú. Y tu aguamarina. Me metía en la cama, cerraba los ojos y ese color me arrastraba hasta que perdía la consciencia. Así que, respondiendo a tu pregunta, supongo que nunca te odié. Más bien al contrario.

Quise decirle que yo también sentía lo mismo. Con la misma profundidad y el mismo abandono. Pero no podía hacerle aquello. A él no. Porque su futuro estaba escrito y nuestra despedida predestinada. Desde que formábamos parte de la vida del otro, yo también presentía que surcábamos el momento correcto. El problema era que el momento siempre terminaba pasando a merced del tiempo. Sin embargo, sí que podía hacerle sentir bien. Podía aprovechar hasta el último de los segundos. Apenas nos quedaba poco más de una semana, un gran número de minutos y muchos más segundos. Pero... ¿qué pasaría cuando el contador se pusiera a cero?

No quería pensarlo. Aún no. Así que tan solo lo agarré del cuello, lo atraje hacia mí y volvimos a fundirnos.

9

LA LLAMADA



Ronan

La llamada se había producido hacía una hora. Y, desde entonces, no había dejado de pasearme por la habitación de Delilah, preso de una incertidumbre que no hacía más que crecer. Mi cabeza no paraba de dar vueltas porque no tenía ni idea de cómo enfrentar aquella situación. Era un afortunado después de que todo el trabajo se viera recompensado con el auge de mi carrera. Un camino de éxito con el que había soñado todos los días a lo largo de mi vida. La meta lograda. El placer de recorrer el camino. Actuar, y nada más. Llenar mi cabeza de personajes y más personajes que me fueran moldeando a su vez como persona. Los proyectos que llegarían y que quizá fueran igual de determinantes que *Heights*.

Entonces, ¿por qué sentía la emoción de ese logro como si existiera detrás de un velo? ¿Por qué el corazón me latía fuerte por un motivo muy diferente? ¿Por qué, justo en ese instante, el camino que había elegido me sabía a poco?

Por ella. Solo por ella.

Siempre había estado solo en la vida. Nunca nadie me había importado tanto como para dejarle entrar. Hasta que llegó Delilah. Y, ahora, una sensación desconocida y terrorífica se me deslizaba por las entrañas solo de pensar que iba a separarme de ella. Que no podría acompañarla en los desafíos que afrontaría en un futuro. Que no iba a despertar ningún día más a su lado, en esa cama que olía a canela y a sus besos. Estaba paralizado por ese sentimiento. Si eso era el amor, entonces el amor me provocaba temblores. Y nervios agarrotados en la garganta. Yo era una persona que no podía atarse a nada. La vida me había llevado por el camino de la supervivencia, y esa había sido mi primera regla. Ni siquiera podía atarme a Irlanda, mi país. Desde siempre había deseado llegar a lo más alto para demostrarme a mí mismo que podía lograrlo a pesar del lugar de donde provenía, a pesar de mis orígenes humildes. Quería demostrar que las cartas podían cambiar en un parpadeo si estábamos lo suficientemente atentos, si trabajábamos lo bastante en serio y si aprovechábamos la mínima oportunidad. Hice todo eso. Y lo logré. Y, cuando llegué, entendí que no podría alejarme porque sería como si estuviera traicionando a aquel adolescente del pasado. Como si me estuviera arrancando la propia piel, porque de algún modo crecí sujeto a esas convicciones, a esas metas inalcanzables.

Sin embargo, ahora mi cabeza repetía una y otra vez que la estaba traicionando a ella.

Y aquello era lo último que quería.

Por eso aún no me había atrevido a ir a buscarla.

Perdido en una maraña obsesiva de pensamientos, descubrí que no estaba preparado para dejarla. Pero tampoco para renunciar al sueño por el que había luchado toda mi vida. Porque la

interpretación había sido mi primer gran amor. Me había salvado y yo quería vivir por y para ella.

La encontré en la cocina, sentada en la encimera, en medio de una conversación con Dolores sobre las verduras que habían recolectado. No necesité decir nada porque, cuando la mujer se fue y Delilah me miró, me supo leer tan bien como acostumbraba.

—¿Qué pasa?

Esa arruga tan mona le atravesó el entrecejo. Quería quedarme sostenido justo ahí, pero tuve que volver a la realidad.

—Me ha llamado Tim. —Ella me pidió que continuara con un parpadeo—. El rodaje se ha adelantado por temas meteorológicos.

—¿Cuándo te vas? —preguntó entonces.

Sus ojos transparentes lucían más impacientes que nunca.

—Mañana.

—Vale.

Su expresión se endureció y la capa con la que escondía las decepciones la cubrió por completo. Se bajó de la encimera de un salto y empezó a lavar tomates bajo el grifo. Ante la apariencia de cualquiera, ella era una chica tranquila en su cocina, con los cinco sentidos enfocados en aquella tarea. Pero no era así. El brillo había desaparecido.

—Tenemos que hablar, Del —dije mientras me acercaba a la isla para estar más cerca de ella—. Pensaba que tendríamos más tiempo, al menos una semana más.

—En el mundo del espectáculo, estas cosas ocurren todo el tiempo, Ronan —repuso ella con la cabeza ladeada, concentrada en sus tomates—. Tienes que estar preparado para salir corriendo ante cualquier imprevisto. O para que a tu agenda se sume un compromiso más.

Los movimientos mecánicos, que iban desde lavar la verdura hasta secarla y colocarla en un recipiente, se apoderaron de ella. Intentaba disimular, intentaba fingir ante mí que aquella noticia de última hora no la dejaba abatida.

—¿Del...? —Intenté llamar su atención para que saliera del trance.

—Es así, ¿sabes? Siempre lo va a ser. Tienes que ir a contracorriente y adaptarte a las circunstancias.

Pero ella seguía a lo suyo. Y yo percibía que la ansiedad se arremolinaba en su boca fruncida, en los pies que no podían parar quietos a pesar de que continuaba en el mismo lugar. Mierda.

—¡Del!

Por fin paró. Agachó la cabeza sobre el fregadero y soltó la última pieza. Se dio la vuelta y apoyó la espalda contra la encimera. Cuando me miró con la pena revoloteando por todo su semblante, juro que mi corazón se encogió.

—Sé lo que conlleva este mundo —admití.

—¿Sí?

—Claro que sí. Siempre he vivido de esa manera. Sin compromisos. Sin que nada ni nadie dependiera de mí. Sin ataduras. Viviendo el día a día y adaptándome a lo que la vida me ofreciera. He estado solo y he estado bien así, pero ahora...

Me detuve cuando sus ojos me lanzaron una mirada de advertencia. Delilah se puso recta y dio un paso adelante, toda presencia y determinación. De pronto, parecía que la pena se había esfumado como por arte de magia.

—Pero ahora... empieza tu camino —añadió como si estuviera completando mi frase anterior.

—No iba a decir eso.

—Ya lo creo que sí.

Dio otro paso hacia delante con las comisuras alzándose en una sonrisa llena de confianza.

—Del, para, hazme el favor. —Sabía lo que estaba haciendo. Escondiéndolo todo. Fingiendo. Y lo odiaba—. Iba a decir que ahora estás *tú*, joder. Y estas últimas semanas...

—Ronan, no sigas por ahí.

—Soy nuevo en todo esto. Ni siquiera sé cómo gestionar el hecho de que alguien me importe más allá de mi propia vida y mis propias metas. Pero me importas. Me importas muchísimo, Del. Contigo he descubierto otro tipo de cosas, y no imaginaba que tener una relación podía hacerte sentir así.

—Ronan —ahora fue ella la que me detuvo, negando tristemente con la cabeza—, no tenemos una relación.

—¿No? —Se me escapó una risa de incredulidad ante su expresión pulcra—. Entonces, ¿qué nombre le das a esto que ha pasado entre nosotros? ¿Cómo llamas tú a compartir todo el tiempo posible, a follar contigo todos los putos días y a amanecer pegado a tu costado? ¡¿Cómo lo llamas, Del?!

Mi frustración la hizo retroceder un paso, pero yo no quería que huyera. Quería que dijera la puñetera verdad. Que teníamos algo. Que lo teníamos todo, joder.

—Siempre he estado solo —empecé a decir—. Tengo mi sueño al alcance de la mano y estoy tremendamente emocionado con todo lo que eso conlleva. Dispuesto a ir a por todas, a dejarme la piel por el camino. Pero tú y yo... Quizá podríamos...

Antes de que pudiera decir nada más, ella se acercó a mí lo suficiente para que me perdiera en sus rasgos. Levantó una mano y la deslizó por mi mentón. Me encogí ante su caricia y nos miramos.

—Ronan... En este mundo no existen los quizás. Ahora no lo comprendes, pero pronto lo harás. Tienes que centrarte en esto.

Solo en esto y en ti. Y olvidar todo lo demás. Amas esta profesión, así que construye tu carrera. Llegar a la cima es un camino de esplendor, pero no puedes tenerlo todo. Creo que, en realidad, nadie puede tenerlo todo.

Pero yo la quería a ella. Me perdí en sus palabras, consciente de que eran ciertas y de que procedían de sus emociones más puras. Delilah advirtió la duda en mi mirada y aprovechó para continuar con su alegato:

—Voy a decirte lo que va a pasar a partir de ahora. —Yo la atendía como a la reina que era para mí—. Vas a rodar una nueva película que también triunfará. Después, llegarán otras, conocerás a más gente, te relacionarás con compañeros actores, con directores, con guionistas... Algunos se convertirán en amigos como Eliza, y otros, no. Entrarás dentro de la rueda. La rueda te dará gloria y felicidad, pero también te reclamará. No quiero, por nada del mundo, que me tengas en la cabeza mientras persigues tu sueño. Te lo digo por experiencia y porque te admiro tanto que no soportaría verte infeliz.

—Pero, Del... —murmuré acercándome a ella y llenándome de su aroma—. Eres importante para mí.

—Lo soy. Y tú lo eres para mí. Y lo único que necesito es... es...

La impresionante contención de Delilah se rompió, dando paso a sus más sinceras emociones. A unos ojos que me miraban tristes, a unos labios en los que yo quería vivir.

—¿Qué necesitas, Del?

—Necesito que mañana cojas tus maletas y me jures que lo vas a dar todo. Porque el Ronan O'Connell que conozco se lo merece. Y el mundo se merece conocer tu talento.

—Joder, Del..., pero...

Yo estaba enamorado, a un paso bastante pequeño de plantarme de rodillas ante ella.

—Sin peros, ¿vale? —susurró sobre mi boca.

—Quizá podríamos intentarlo.

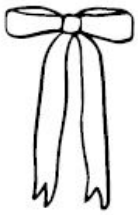
—Ronan, necesito alejarme de esto durante un tiempo.

Entonces lo entendí. Comprendí lo importante que éramos el uno para el otro. Tanto, tantísimo, como para permitir que el otro se alejara a pesar de que sabíamos que nunca nadie significaría lo mismo. Que con nadie más viviríamos lo que habíamos vivido juntos. Y lo aceptamos. Por ella. Por mí. Por lo que éramos. Por lo que amábamos el arte. Estábamos aceptando no apostar por lo que teníamos.

Pero eso no impidió que nos pasáramos el resto de nuestro último día entrelazados bajo las sábanas.

10

UNA DESPEDIDA BAJO EL SOL



Delilah

A la mañana siguiente acompañé a Ronan hasta el coche que lo esperaba en la entrada de mi propiedad. En completo silencio a mi lado, arrastraba su maleta mientras agarraba con fuerza el asa de su mochila, colgada al hombro. Cuando se detuvo, lejos aún del vehículo, levantó la cabeza y me enfrentó. Tenía los ojos hinchados y un gesto de duda en su boca tirante. Seguía luciendo un atractivo espectacular. Y olía a mí, así como yo olía a él.

—Estoy acojonado... —soltó echando una ojeada al chófer de Tim, que lo esperaba en el interior del coche.

—Y cansado. Apenas hemos dormido.

—Han sido las horas mejor invertidas de mi vida, Del. Ya dormiré en el avión.

Por fin, un rayo de felicidad efímera le cruzó el semblante. Me acerqué a él, nuestros pechos se tocaron y lo miré desde abajo alzando la cabeza.

—Delilah.

—Ronan.

—Joder. Ni siquiera sé qué decir. Solo que ojalá las cosas fueran de otra manera.

Le aparté de la frente ese mechón rebelde e incontrolable que me había pasado manoseando toda la madrugada. Lo observé, confiada en infundirle un ánimo que yo tampoco poseía.

—No digas nada. Solo abrázame.

Tiró la mochila al suelo y abrió los brazos para acogerme. Coloqué la frente en su pecho, que sudaba bajo la tela, y sobre su corazón, que retumbaba. Su brazo me acunó y me concentré en memorizar todo lo que era él, su esencia, su olor, su escucha sin fin. Las piruetas que mi cuerpo hacía cuando entraba en contacto con el suyo. Todo. Hice un esfuerzo sobrehumano para que los ojos no se me llenaran de lágrimas, porque sabía que se tenía que marchar. Comprendía mejor que nadie el funcionamiento de las cosas. Quizá incluso desde que había tenido uso de razón. Pero, muy en el fondo, anhelaba que por primera vez alguien apostara por mí. Por Delilah. Por *Del*. Que se quedara a pesar de todo lo demás. Y deseaba que las cosas fueran diferentes y que mi historia con él no acabara como una decepción más.

Permanecimos allí abrazados unos minutos, hasta que tuve que separarme. Posé el pulgar sobre sus labios húmedos. Sus ojos brillantes me miraban con una intensidad tan aplastante que me vi obligada a hablar antes de que el castillo de emociones contenidas que había construido se desvaneciera en el aire.

—Al menos tuvimos un instante —susurré—. Lo bueno de los instantes es que son perfectos porque resisten al paso del tiempo.

—Del, no —me interrumpió anclando sus dos manos en mi cuello —. Necesito que entiendas que te quiero.

Clavé los pies en la tierra para no abalanzarme sobre él y tomar una decisión que tenía mucho que ver con un descenso hacia la locura. Debía reprimir mis impulsos, por Ronan. Por él. Atrapé la tela de su camiseta y lo atraje aún más. Ojos frente a ojos, mientras los míos se encargaban de gritarle que *yo también lo quería*.

—Eres lo que amas, Ronan. Ve a por ese sueño que tanto significa para ti. Ya lo tienes en la palma de la mano, ahora solo debes cerrar el puño para que no desaparezca.

—Estar aquí —pronunció él observando los árboles que nos rodeaban—, estar contigo, también ha sido un sueño. Un sueño que no sabía que tenía.

Le puse un dedo sobre los labios y él lo besó cerrando los ojos.

—Tienes que irte ya. Henry estará de los nervios dentro del coche. Lo conozco.

Forcé mi sonrisa mientras él asentía sacudiendo la cabeza. Después, sus labios buscaron los míos. Sabíamos que ese sería el último beso. Un beso de despedida siempre era breve, era sutil, sabía a tristeza, pero lo recordabas para toda la vida. Y ese fue perfecto. Ronan se separó y comenzó a caminar de espaldas hasta el coche, sin despegar su mirada de mí. Sonreí, aunque por dentro estaba destrozada. Según decían, los dos éramos grandes actores, y aquel era el mejor momento para una exhibición.

Allí, en medio de toda esa corriente de amor de las últimas semanas, tuve la certeza de que ese sentimiento, de que esa emoción que se encontraba en el mismo corazón de la vida, del arte y de las historias, no era para mí. El amor no era para mí. Nos hacían en amor y desaparecíamos en él. Llegábamos a la Tierra solo para experimentarlo. Pero no era para mí. No lo era. Porque ese beso era la última oportunidad para sentirlo. Y aquello había llegado a su fin.

Ronan se subió al coche y yo continué despidiéndolo con la mano mientras se alejaba por la carretera.

El sabor de su beso todavía me acompañaba cuando me adentré en el establo. Un dolor sordo y punzante se había instalado en mi estómago y había echado raíces. Suspiré justo antes de silbar para llamar a Hepburn, que acudió a mi encuentro con sus patas golpeando contra la madera del suelo. Abrí su compartimento y me colé en su morada. Con cuidado, le rodeé el cuello con los brazos y descansé la cabeza sobre su pelaje. Aspiré aquel aroma a campo y a tierra lejana, pero el dolor no desapareció. Los monstruos gritaban cuando se estaban muriendo, pues esa era su última oportunidad de sobrevivir. Y estos últimos días había aprendido que la única manera de luchar contra ellos era con el arma del amor. Porque el amor podía estar en todas partes. Incluso dentro de ti. Y yo quería rebuscar hasta encontrarlo, aunque eso me hiciera sangrar.

—Hola, bonita —susurré poniendo mis ojos a la altura de los suyos. Sus orejas se movieron con familiaridad—. Creo que voy a quedarme por aquí durante un tiempo.

Comencé a acariciar a Hepburn a lo ancho del lomo. Con cada minuto que pasaba, mi interior se quejaba al ser consciente de todos los huecos que percibían su ausencia. El día que lo conocí, en esa cafetería de Londres, no imaginaba que me iba a afectar tanto dejar de ver a Ronan O'Connell. No imaginaba que mis dedos se contraerían por no poder alcanzarlo. No imaginaba que crecería dentro de mí una necesidad tan desbocada. Pero él había sido mi compañero, una cárcel donde encerrar la tristeza, y también esa manera de amar que me hacía sentir en calma y bendecida.

—A partir de ahora estaremos solo tú y yo, Hepburn. Pero te prometo que estaremos bien.

Apoyé la frente contra el cuello de mi yegua, cerré los ojos y respiré hondo. No podía retrasarlo más. Era hora de vivir por y para mí. Era hora de sanar. De escuchar a mi corazón, únicamente a él. De confiar en el instinto y respirar mi propio aire. Pero también sabía que todo empezaba con un pequeño paso: tomar una decisión.

Delilah Williams se retira de la interpretación

Por Selma Winter

Hoy el mundo se ha visto sorprendido por una noticia de última hora. La joven actriz Delilah Williams, considerada una de las estrellas más reconocidas de su generación, ha anunciado que deja la actuación.

Así lo ha confirmado su representante, Tim Johnson, en un comunicado en el que apenas se aportan detalles sobre su retirada: «Queremos informarles de que Delilah Williams ha decidido retirarse de la interpretación de forma indefinida. Ha sido una decisión personal y meditada que ha querido tomar en este momento de su vida. Delilah está inmensamente agradecida a todos aquellos que confiaron en ella, así como al público, que siempre la ha acompañado con inmensas muestras de afecto durante todo este tiempo».

Williams comenzó su andadura en el mundo del cine a una edad muy temprana, cuando fue elegida para interpretar a la niña de *Al final del sendero*, un trabajo sobresaliente con el que obtuvo su primera nominación al Óscar con tan solo once años. Muchos personajes y papeles protagonistas después, Delilah se convirtió en un valor artístico seguro dejando por el camino actuaciones inolvidables.

La actriz, de veinticuatro años, ha asegurado con sus propias palabras al final del comunicado: «Necesito alejarme durante un tiempo de esta disciplina maravillosa que es la interpretación. Para mí, ha sido un orgullo colarme en la piel de todos los personajes a los que he interpretado. Pero ahora es el momento de centrarme en mi vida personal, pues llevo demasiados años dedicada a tiempo completo a mi profesión. Espero que la vida os trate con cariño. Me despido con amor, Delilah».

Parece ser que, después de su espectacular retorno con *Heights*, Delilah ha puesto fin a su carrera interpretativa. Nosotros no podemos evitar preguntarnos si

habrá tenido algo que ver su reciente relación sentimental con su coprotagonista, Ronan O'Connell.

11

UN REGUERO DE EMAILS

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 2 de octubre, 15:40
Asunto: Necesito saber de ti

Ey, Delilah:

He intentado contactar contigo todo este tiempo, pero tu móvil no daba señal... El otro día Tim vino al set y me dijo que te habías cambiado de número. Admito que me dolió un poco que no me lo contaras... Luego a él se le escapó que solo te comunicabas a través de correos electrónicos, y entonces te mandé como unos diez que no tuvieron respuesta. Hasta que llamé a Tim y lo amenacé con abandonar el rodaje. ¿El resultado? Me facilitó tu correo personal.

En fin... ¿Qué tal estás, Del?

Muchos besos,
Ronan

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 4 de octubre, 20:38
Asunto: RE: Necesito saber de ti

¡Ey, Ronan!

Mi psicóloga me propuso estar varios días sin coger el teléfono ni responder llamadas ni mensajes. Ya sabes todo el revuelo mediático que se montó con mi retirada. Pero... pasaron esos días y yo me sentía mejor, así que decidí cambiar de número y entregarme a la vida contemplativa...

Aún me estoy adaptando al silencio y a encontrar manchas de barro en la ropa todo el tiempo. También al frío que hace cuando se pone el sol. Pero la pausa es agradable, y pasar tiempo con Hepburn también.

¿Qué tal todo por allí?

Bs,
Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 11 de octubre, 01:44
Asunto: RE: RE: Necesito saber de ti

Delilah:

Hasta ahora no he podido escribirte. Esto está siendo una locura. Ensayos durante el día y muchas escenas nocturnas... Me alegra que estés disfrutando de esa casa tuya. Echo de menos los sofás de cuero y lo cómodos que eran... Sobre todo, cuando el cansancio amenaza con destruirme, lo que es, básicamente, cada minuto de este ritmo infernal.

Por cierto, también te echo de menos a ti.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 13 de octubre, 15:50
Asunto: Hepburn también

¡No te olvides de dormir!

Yo también te echo de menos. Y Hepburn...

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 18 de octubre, 02:04
Asunto: RE: Hepburn también

¿Crees que si le pidiera matrimonio a Hepburn, aceptaría?

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 21 de octubre, 17:22
Asunto: RE: RE: Hepburn también

No. Ella prefiere a los rubios...

Bs,
Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 2 de noviembre, 22:01
Asunto: ¡Terminé el rodaje!

Te escribo desde el aeropuerto, el único tiempo muerto que me han dejado entre tanto ajetreo. Creo que estas salas vip van a convertirse en mis mejores amigas... Llámalo intuición.

He terminado el rodaje, Del. Y, aunque no he visto el resultado, siento en los huesos que he hecho un buen trabajo. Ojalá pudiera compartir esto contigo también. Me están llegando un montón de proyectos para valorar y siento que

me faltas tú. Siempre serás mi lugar de referencia, siempre vas a ser la persona en la que más confíe.

¡Me llaman para embarcar!

P. D. Creo que, a veces, Tim tiene ganas de asesinarme.

Cuídate, Del.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 6 de noviembre, 18:00
Asunto: RE: ¡Terminé el rodaje!

Me alegra oír eso, Ronan. Intenta disfrutar..., incluso si estás tan abrumado como para no verte capaz de hacerlo. Te aseguro que irás adquiriendo experiencia para valorar proyectos. Tienes el instinto suficiente para ello.

Bs,
Delilah

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 23 de diciembre, 19:27
Asunto: Felices fiestas

Ey, Ronan:

El otro día hablé con Tim y me contó que estabas en Nueva Zelanda grabando. ¡Espero que haya ido bien! No le cuentes nada..., pero Tim está encantado con tu nivel de compromiso y tus ganas de comerte la industria, así que supongo que no quiere asesinarte...

Te escribo solo para desearte: ¡felices fiestas!

Ojalá puedas escaparte a Irlanda. Yo estoy en el aeropuerto con el portátil abierto en otra de esas salas vip... Jane me ha invitado a pasar la Navidad en su pueblo de Nebraska y la verdad es que me apetece un montón. Su padre es un reconocido ganadero y quiero hablarle de la granja y dejarme aconsejar.

P. D. Tengo al lado una revista en la que te hacen una entrevista. Me encanta cómo has esquivado todas las preguntas comprometidas... Ya eres un experto.

¡Que disfrutes de la Navidad!
Bs,
Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 24 de diciembre, 23:48
Asunto: RE: Felices fiestas

¡Ey, Del!

¡Me alegra leerte de nuevo! ¿Me mandas una foto tuya sobre ese paisaje inundado de llanuras que es Nebraska? Afortunadamente, he podido escaparme un par de días para pasar la Navidad con Finn y con Erin. Tampoco hubiera sido una mala opción pasarla contigo y con ese experto en ganadería, si te soy sincero.

En fin, que espero que lo pases genial y... ¡felices fiestas para ti también!

P. D. En cuanto a la entrevista, déjame decirte que aprendí de la mejor.

Muchos besos,
Ronan

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 9 de enero, 20:08

Asunto: Algo nuevo cada día

Ey, Ronan:

El otro día mi psicóloga me dijo que las primeras veces te renuevan y que en ellas podemos encontrar el abrazo cálido de la vida. Una primera vez puede ser, por ejemplo, subir al Everest. O tirarte en paracaídas. O viajar a Egipto. Aunque también puede ser cocinar un plato nuevo cada día, capturar con tu cámara de fotos cómo van cambiando las estaciones o descubrir una canción de algún grupo desconocido.

También me dijo que, cuando la mente se me enredara con pensamientos que no tienen ni comienzo ni fin, cogiera una libreta y los soltara ahí. Creo que tiene algo que ver con ser conscientes de lo injustos que somos a veces con nosotros mismos. Hoy he leído la primera página de la libreta y me ha dolido ver cómo me veía a mí misma hace unos meses. La primera frase era: «Soy un error». Ya no lo pienso, ¿sabes? Ahora disfruto de cada pequeña cosa que mi yo reciente reclame.

Ayer, por primera vez, monté en Hepburn y me alejé tanto que terminé en medio de una llanura salvaje que no había visto nunca. Me tumbé sobre la hierba y dejé que las horas pasaran mientras el cielo se iba tiñendo de distintos tonos de naranja hasta que mutó a violeta y finalmente a un azul cobalto precioso. Estar alejada de todo, sola contigo misma y nada más que el cielo sobre ti y la tierra debajo, es una sensación increíble. Aunque parezca una tontería, era algo que jamás había podido hacer antes. Pocas veces he tenido tiempo para ver un atardecer como ese. Por la noche, dormí mejor de lo que recordaba e incluso se me han pegado las sábanas...

Perdón por aburrirte con mis divagaciones. Debes de estar demasiado ocupado para pararte a abrir este correo. Pero, cuando hablo contigo, el ruido se apaga.

Bs,
Del

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)

Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 15 de enero, 00:19
Asunto: RE: Algo nuevo cada día

Del...

Mi cosa favorita en el mundo es escucharte. Me alegra tanto saber que estás encontrando esa paz que perseguías que te escribo de vuelta emocionado e imaginándote bajo ese atardecer durante horas... Y, si hablando conmigo el ruido se apaga, entonces llámame cuando quieras quedarte en silencio. O, si lo prefieres, escríbeme por aquí.

P. D. Estoy de nuevo en medio de un rodaje. Me han hecho un corte de pelo estilo militar y, cuando me miro en el espejo, me veo rarísimo. Te envío una foto para que saques tus propias conclusiones...

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 18 de enero, 13:27
Asunto: RE: RE: Algo nuevo cada día

El corte militar te hace más (mucho más) atractivo...

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 21 de enero, 01:04
Asunto: RE: RE: RE: Algo nuevo cada día

Anotado.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 29 de enero, 21:09
Asunto: Alaska

Del, te escribo esto la hostia de emocionado.
El próximo mes voy a estar rodando en Alaska, incomunicado por completo y acompañado tan solo por el equipo de la película. Mentiría si no dijera que me estoy obsesionando leyendo a Jack London...
Hoy, al despertarme, he recordado lo insistente que te ponías a veces con querer leer alguna de mis libretas. Bueno, pues te comparto por aquí algo que escribí:

«Cuando estás solo, aprendes a no tener miedo. No te queda a nadie a quien perder. Pero ahora la tengo a ella. Y, a veces, me despierto por las noches pensando que está lejos y que lo que vivimos nunca se va a repetir. Que no voy a volver a sentir eso con nadie más, porque ya lo viví con ella. Que solo fue una etapa de mi vida. Y que fuimos felices a nuestra manera. Creo que mientras lo estábamos viviendo jamás nos paramos a pensar que lo recordaríamos siempre.

»En los hoteles, las noches son frías y brutales sin ti. Sobre sábanas desconocidas, me duermo pensando en todas las veces que te deshiciste sobre mí, o debajo de mí. Y vuelvo a nuestros momentos para recordar que la plenitud existe, que quizá se componga de instantes, pero que, a pesar de su fugacidad, es motivo suficiente para seguir vivo, para tener esperanza de que volverá a repetirse... ¿Quién puede quitarme la esperanza de que coincidamos de nuevo en un futuro? Sé que lo haremos. Y sé que volveremos a sentirlo. El todo, el rayo, la explosión, la hoguera, el techo, el cielo, el más allá. Esa razón por la que nos ponen aquí. Tú».

P. D. El *tú* se refiere a ti.
P. D. 2. Llama a un equipo de rescate si después de febrero no doy señales de vida.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 30 de enero, 10:35
Asunto: RE: Alaska

Yo también sentí lo mismo, Ronan: «El todo, el rayo, la explosión, la hoguera, el techo, el cielo, el más allá. Esa razón por la que nos ponen aquí. Tú».

En cuanto a Alaska, alejarse de todo es mejor de lo que piensas. Aunque tú nunca te has llevado bien con lo salvaje. Eres demasiado cobarde para eso...

PD. El *tú* también se refiere a ti.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 30 de enero, 14:59
Asunto: RE: RE: Alaska

¿Que yo soy cobarde? Eso me ha dolido, Del...
Aquel día en el establo no gruñías lo mismo.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 8 de marzo, 21:21
Asunto: Me he vuelto loco

Los últimos tres días he escuchado *Old Money* unas mil veces.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 10 de marzo, 14:47
Asunto: RE: Me he vuelto loco

¿Has estado escuchando a Lana del Rey por mí?

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 11 de marzo, 20:01

Asunto: RE: RE: Me he vuelto loco

Voy a obviar esa pregunta. Creo que Lana se inspiró en ti cuando la compuso. Todo en la letra me recuerda a ti. Todo.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 13 de marzo, 10:24
Asunto: RE: RE: RE: Me he vuelto loco

Ahora solo correría por ti, Ronan. Por nadie más.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 14 de marzo, 11:23
Asunto: Ojalá

Si pudiera... en este mismo momento me subiría a un avión hasta Nueva York, alquilaría un coche y conduciría hacia esa granja en Pensilvania. Es lo que más deseo. Poder verte. Aunque fuera solo un segundo. Pero mañana tengo una reunión importante con Tim y es imposible aplazarla.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 28 de marzo, 23:11
Asunto: *El piano*, de Jane Campion

Esta tarde he visto *El piano* y me ha dejado conmocionada. Siento que estas son las películas que verdaderamente importan.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 4 de abril, 19:43

Asunto: RE: *El piano*, de Jane Campion

Esta noche, cuando llegue al hotel, me la pondré.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 25 de abril, 22:23
Asunto: Necesito un abrazo tuyo

Hoy no ha sido un buen día. Cuando las cosas no fluyen en el set, cuando no hay conexión ni comprendes la dinámica..., todo se va a la mierda. Me paso el día entero comparando todo con cómo fue trabajar contigo. Y creo que tampoco es justo para ellos, ni para mí.

Te echo tanto de menos, Del, que lo siento en los putos huesos. Cuando he llegado al hotel he puesto a todo volumen *Hey, There Delilah...* Con esta confesión comprenderás la situación.

Muchos besos, Del.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 28 de abril, 23:11
Asunto: RE: Necesito un abrazo tuyo

Nunca es bueno comparar, Ronan. Pero en esos días difíciles también se aprende. Son igual de necesarios que los otros. Que sepas que te abrazo desde la distancia. Un buen rato.

Voy a pasar una temporada en casa de mi abuela, por si tardo mucho en contestar.

¡Espero que todo vaya bien!

Bs,

Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 26 de junio, 23:00
Asunto: El verano no existe

Este año mi verano va a consistir en eventos, pasarelas de moda, pruebas de vestuario y rodajes publicitarios de perfume. Esto va tan rápido, Del, que ni siquiera puedo pararme a disfrutar.

¡Espero que, al menos, tú te tuestes al sol!

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 1 de julio, 18:17
Asunto: RE: El verano no existe

Te estoy leyendo tumbada en el césped de mi abuela, mientras disfruto de un granizado y de un libro de Steinbeck. También ha sido una primera vez descubrir a este escritor que se ha convertido en mi favorito.

¡Espero que, al menos, disfrutes de los días libres en las piscinas de los hoteles!

Bs
Delilah

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 13 de agosto, 20:45
Asunto: Festival de la Cereza

Ayer volví al Festival de la Cereza de nuestro pequeño pueblo. Y fui tan feliz que, a la vuelta por carretera, me puse a cantar a todo pulmón. Cuando llegué a

casa no pude dormir por culpa de la cantidad de fruta que comí.

Vuelvo a tener móvil, obviamente con un número nuevo. ¿Qué tal se ven las cosas desde la cima? Todo lo que estás consiguiendo es increíble, Ronan. Estoy muy orgullosa de ti... Y, por si no lo sabes, esta semana se anuncian los nominados a los British Awards...

Bs,
Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 16 de agosto, 02:07
Asunto: RE: Festival de la Cereza

Ni te imaginas lo aliviado que me sentí de que te gustara tanto ese plan... Al menos las cerezas estaban buenísimas.

Cuando me dices esas cosas, solo puedo pensar en abrazarte, en acariciarte, en besarte... Joder. Pero se vienen semanas complicadas en las que pasaré más tiempo en el aire que pisando tierra.

P. D. ¿Para qué sirve la cima si no te veo a ti desde allí?

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 11 de septiembre, 19:30
Asunto: RE: Sin asunto

Odio pisar una alfombra roja sin que tú estés a mi lado.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 12 de septiembre, 00:09

Asunto: ¡¡¡Enhorabuena!!!

¡¡Enhorabuena por tu British Award a mejor actor!! Te lo mereces. Te lo mereces todo. He visto tu discurso por YouTube... Estabas guapísimo así de emocionado.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 12 de septiembre, 01:29
Asunto: RE: ¡¡¡Enhorabuena!!!

¡GRACIAS, DEL! ¿Sabes? Esa parte del discurso donde decía: «Y por último... Gracias a ti, Aguamarina, que me guiaste desde el principio. Me abriste el mundo, lo extendiste sobre mis hombros y, viéndote actuar, comprendí lo que era el arte y todo lo que significaba para mí. Gracias por ayudarme. Gracias por tu paciencia. Y gracias por tu cariño más sincero» iba por ti.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 12 de septiembre, 20:45
Asunto: RE: RE: ¡¡¡Enhorabuena!!!

Menos mal que me lo has aclarado...

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 23 de septiembre, 16:45
Asunto: Una cita

Del, voy al grano. Tengo una fiesta con una firma en Nueva York. Estoy pensando que... ¿Estás en tu casa de Pensilvania? Porque voy a escaparme mañana hasta tu morada. Ha sido demasiado tiempo sin verte.

Muchos besos,
Ronan

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 23 de septiembre, 19:31
Asunto: RE: Una cita

Ya sabes dónde vivo. No voy a moverme de aquí.

Y, Ronan..., quizá... quizá podríamos intentarlo.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 24 de septiembre, 12:55
Asunto: RE: RE: Una cita

¿Sobre qué hora llegas? Hepburn está impaciente...

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 24 de septiembre, 18:02
Asunto: RE: RE: RE: Una cita

¿Dónde estás? No llegas y empiezo a preocuparme. No sé si te ha pasado algo... Creo que voy a llamar a Tim.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 25 de septiembre, 08:24
Asunto: LO SIENTO

Lo siento, Del. Me ha sido imposible escaparme. Siento haberte hecho esperar, joder. Si hubiera tenido tu nuevo número podría haberte avisado al menos... Pero Tim es un puto ataúd cerrado. Este ritmo es una locura. Hoy me subo a

otro avión. No puedo dejar plantadas a las marcas y a los diseñadores que han apostado tanto por mí. Supongo que tú lo entenderás mejor que nadie.

Besos,
Ronan

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 28 de septiembre, 22:14
Asunto: RE: LO SIENTO

Sí. Lo entiendo. Por eso creo que es mejor que no hablemos durante un tiempo.

Espero que todo te vaya bien, Ronan.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 29 de septiembre, 01:12
Asunto: ¿?

¿Lo dices en serio?

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 3 de octubre, 23:17
Asunto: Necesito hablar contigo

¿Del?

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 13 de octubre, 04:39
Asunto: hjdfk

No m tengas en cuenta qe esté un pco borracho escribiéndote esto. Voy en un taxi sintiéndme como una mierda por habert dejado plantada. LO SIENTO. LO SIENTO. Siento no haber ido, Del. Vamos a arreglarlo aunque sea hablando por ests malditos mensajes. Necesito saber d ti.

Joder. Sabía que si me hundía en ti, jams te olvidaría. Q cojones estoy diciendo. No t hubiese olvidado igual sin haberme hundido en ti. Me bastó con caer en tus puts ojos imposibles.

Perdóname

CUARTA PARTE
El amor al arte

Dos años después

Para Lana del Rey
la vida imitaba al arte.

Y no al revés.

Dos años a través de los titulares

RONAN O'CONNELL: LA ÚLTIMA SENSACIÓN DE HOLLYWOOD

PRIMERAS IMÁGENES DE DELILAH WILLIAMS TRAS SU RETIRADA: PASEANDO POR LAS CALLES DE NUEVA YORK CON SU ABUELA, ODESSA WILLIAMS

RONAN O'CONNELL: «ME INTERESA EL CINE QUE INVITA A REFLEXIONAR Y LOS PERSONAJES QUE ME HACEN CUESTIONAR EL MUNDO»

RONAN O'CONNELL: CAUSA FUROR EN VENECIA CON SU NUEVO *LOOK*, UN MULLET DECOLORADO

¿DÓNDE ESTÁ DELILAH WILLIAMS? HACE MÁS DE UN AÑO QUE NO SABEMOS NADA DE LA JOVEN ACTRIZ

LA METEÓRICA CARRERA DE RONAN O'CONNELL: ESTRENA TRES PELÍCULAS EN UN MISMO AÑO

DELILAH WILLIAMS GANA LA DEMANDA MILLONARIA QUE LE INTERPUSO SU MADRE: CRONOGRAFÍA DE UNA RELACIÓN CONVULSA QUE TERMINÓ EN LOS JUZGADOS

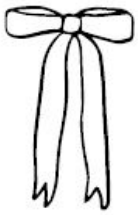
Ronan O'Connell: confiesa que algún día le encantaría escribir un guion propio

Delilah Williams se deja ver por Broadway con su amiga y exasistente Jane Brown

Ronan O'Connell: «estoy soltero, pero mi corazón pertenece a alguien»

1

EL TIEMPO PARA SANAR



Delilah

Dos años daban para mucho. Daban para empezar otra vida. Daban para acostumbrarse al silencio del campo por las noches y hacer de él un hogar. Daban para que el trabajo del día a día te confirmara que eras capaz de muchas cosas, a pesar de no haberlo imaginado jamás. Daban para que te creciera una segunda familia. La de los trabajadores que ayudaban a mantener tu proyecto a flote y que eran totalmente ajenos a un mundo que aquí no tenía cabida. Daban para que aprendieras de ellos y para conocerlos un poco más cada día.

Dos años también eran suficientes para experimentar muchas primeras veces. Sencillas, pero también complejas. Dos años daban para que te convirtieras en una buena cocinera y en una repostera excelente. O para jugar partidas de ajedrez cada martes por la tarde con Simón, el jefe ganadero. Daban para que comprendieras que el significado de la vida en ocasiones se encontraba en terminar un

libro que te había llegado a lo más hondo del corazón y en el que seguramente pensarías varías noches seguidas.

Esos veinticuatro meses alejada de todo también habían servido para afianzar las amistades verdaderas. Para conversar con Jane, por teléfono, de temas que iban más allá de las citas programadas en un calendario o del último diseñador que estaba causando furor en las pasarelas.

Dos años de pausa daban para crear una rutina sostenida en el tiempo con tu abuela, que no era otra que conducir cada dos viernes hasta su casa en los Hamptons y pasar el fin de semana viendo sus películas favoritas de cine clásico. Y ya sabía que ese sería el mayor legado que me dejaría: todo el tiempo compartido y esas escenas que le anegaban los ojos y que a mí se me grababan en la retina.

Dos años también daban para derrumbarte, una y otra vez, y caer en diques oscuros que ni siquiera conocías. Pero también daban para levantarte y alzar la cabeza, para estar agradecida por quién eras, para espaciar las sesiones cada vez más con tu psicóloga. Y para que, cuando una mañana de abril te confesara un «Estoy orgullosa de ti», te sintieras con la fuerza de quererte un poco más. De mirarte en el espejo con una sonrisa y decir por fin: «Esta soy yo. Esta seré».

Dos años en los que te permitiste la pausa para poner tu mundo en orden. Lo importante, lo superfluo y lo esencial. Dos años daban para encontrar en el aburrimiento un acto de absoluta rebeldía ante una vida que no se detenía, pero que tampoco dejaba poso. Dos años daban para pasar con Hepburn todo el tiempo posible, y para hacer excursiones a la playa con ella para que corriera a su antojo por la orilla. Daban para contemplar más y más atardeceres que no eran más que eso, atardeceres.

Dos años también era tiempo suficiente para comprender que la relación con mi madre nunca había sido sana. Y que no había perdido algo que nunca llegué a tener: su amor. Que muchos de mis miedos habían nacido de ahí, de mi niñez y de la falta de ella. Pero ese tiempo resultaba también necesario para que todos esos miedos que acumulaba en mi interior se fueran apaciguando, perdiendo su intensidad a medida que los cuestionaba y hurgaba en ellos.

Dos años sangrando y curando la herida.

Dos años para aprender que podía salvarme a mí misma. Que siempre podría.

Dos años para sanar.

Setecientos treinta días en los que había echado de menos algo: actuar.

Y también a *él*.

Un sonido me devolvió al presente. Era un cubierto chocando contra una copa de cristal. Cuando levanté la cabeza y alejé mis pensamientos, la expresión cálida de Bruce Brown, el padre de Jane, me dio la bienvenida. Estaba de pie, ataviado con un jersey navideño y presidiendo la mesa en la que se reunían los familiares más cercanos de mi mejor amiga. Sus dos hermanos mayores con sus mujeres y un par de niños a cada lado con la cabellera castaña. Y, al otro extremo de la mesa, la triada de hermanas de la señora Brown, las tres solteras, las tres con el mismo tinte pelirrojo y el mismo cardado en el flequillo.

Miré hacia el frente y me encontré con la imagen más amorosa de los últimos tiempos, la de Jane hablándole al oído a Jason, el novio de instituto con el que terminó, a pesar de estar enamorada de él, por perseguir sus sueños profesionales. Mi decisión de retirarme había precipitado la de Jane de regresar a su pueblo. Al principio solo fue para descansar una temporada y disfrutar de la familia y de

las cosas que echaba de menos. Pero luego Jason apareció en la ecuación y decidieron darse una segunda oportunidad. Yo lo había celebrado desde mi casa y, ahora, casi un año después, era una satisfacción ver la felicidad reflejada en el rostro de mi amiga.

—Atended un momento, familia —nos pidió Bruce volviendo a hacer sonar la copa—. Solo quiero daros las gracias por elegir este lugar en Nebraska para pasar la Navidad.

—¡Papá, solo vivimos a dos horas y media de aquí! —exclamó Ronnie, uno de los hermanos de Jane.

—¿Por qué eres tan egocéntrico, Ron? ¿Acaso crees que todo lo que digo va por ti? Sé educado y compórtate, hijo mío. Hay que darle las gracias a nuestra querida Dellie por acompañarnos hoy...

—¿Y nosotras qué? —preguntó desde el otro lado la pelirroja que tenía la expresión más ceñuda de las tres hermanas.

—Y a vosotras también, por supuesto, Connie, Cristie y Flitie... —añadió dejando en evidencia que lo suyo no era actuar.

Una ristra de carcajadas sobrevoló la mesa, pero Bruce no se sintió intimidado.

—Es de bien nacido ser agradecido, amigos —celebró con su copa en alto señalándome directamente a mí—. Gracias, Dellie, por estar aquí con nosotros hoy. La señora Brown te ha preparado esos sándwiches de runza que tanto te gustaron la última vez.

—Gracias, señora Brown —le agradecí a la mujer que estaba sentada a mi derecha.

—¡Eh! —gruñó Jane—. ¡A mí también me gustan!

—Lo sabemos, cariño. —Bruce se sentó a la mesa y posó su mirada en el banquete que teníamos ante nosotros—. Pero ya sabes lo que dicen... Hay que mimar a las hijas pequeñas...

—¡Tu hija pequeña soy yo!

—Desde que Dellie entró en nuestras vidas, no.

Dellie. Así era como me llamaban en esa casa en la que me habían aceptado desde el principio. Ya era la tercera Navidad que pasaba allí. La primera vez había llegado cargada de regalos para cada miembro de la familia. Así que me gané, con bastante facilidad debo decir, eso de ser la amiga mimada de su brillante hija. Aquellos padres le profesaban un amor a Jane con el que yo solo podía fantasear. Observándolos y viéndolos interactuar, por fin comprendí lo que significaba ser una familia.

Ese era el principal motivo por el que había decidido visitarlos más veces. Y los señores Brown estaban encantados con la decisión.

—Me parece genial que Dellie se haya convertido en tu consentida, papá, pero... ¿podemos comer ya? —vociferó Nate hincando el tenedor en la fuente de patatas fritas que tenía delante.

—¡Todos a comer! —nos apremió Bruce—. Hasta dentro de quince minutos por lo menos no podéis hablar. Aunque, si queréis, podéis hacerlo con la boca llena.

La cena transcurrió entre recuerdos y anécdotas cada cual más rocambolesca de las navidades de la familia. Nos comimos todos los entrantes repartidos por el centro de la mesa y rebañamos las tres fuentes de pavo asado que Telma había cocinado. Siempre era agradable sentirse parte de algo, a pesar de ser una forastera entre toda aquella gente. Cuando Jason comenzó a recoger los platos, varias voces escalaron hasta llegar a los gritos como si se estuviera cometiendo un asesinato y descuartizando el cuerpo delante todos.

«¡No hagas eso!». «¡En esta casa no se recoge hasta las dos de la mañana!». «¡Herejía!». «¡Es más importante conversar que recoger!».

No tuve más remedio que unirme a las risas. Pero, poco después, todos nos quedamos en silencio cuando observamos a Jason arrastrar su silla y ponerse en pie.

—¡Lo que digáis! —exclamó—. Que sepáis que quería hacer esto en otras circunstancias, pero mira qué coincidencia..., nuestro aniversario es hoy.

El novio de mi amiga se colocó frente a ella, la observó desde arriba con los ojos llenos de amor y plantó una rodilla en el suelo.

—¿Qué haces? —murmuró ella con la piel del mismo color que las flores de Pascua que adornaban el centro de la mesa.

—¿A ti qué te parece? —Jason le devolvió la pregunta.

—¡No me jodas! —gritó una de las hermanas de la señora Brown. ¿Se trataba de Flitie?

También se oyó cómo alguien se atragantaba con el vino. Y carraspeos. Muchos carraspeos. Sin embargo, yo me quedé petrificada ante los ojos llenos de orgullo y cariño de Bruce, que observaban la escena desde detrás de una capa de lágrimas.

—Jane, este último año ha sido el más feliz de mi vida. Te juro que tenía un discurso preparado, pero estoy muy nervioso, cariño... Solo quiero darte las gracias por darnos otra oportunidad y...

Silencio.

Emoción.

Esos eran los momentos de la vida que tenía el placer de compartir con ellos.

—¿Quieres casarte conmigo, Jane? —preguntó por fin Jason.

Mi amiga no contestó. Lo que sí hizo fue ejecutar un placaje sobre el pecho de su novio y tumbarlo en el suelo. Luego, todos los presentes escuchamos un nítido y entusiasmado:

—¡Sí!

Nadie pudo contener las ganas de levantarse de sus asientos y correr a tumbarse encima de los prometidos, que estaban tirados en el suelo. Y noté cómo las lágrimas se despertaban y me humedecían las mejillas. Eran lágrimas de felicidad.

Después de sacar la basura, me había quedado sentada en el balancín que los Brown tenían en el porche. Embutida en un anorak de plumas y con mi gorro de lana en la cabeza, miraba al cielo. Observaba el titilante brillo que las estrellas trazaban en el firmamento aquella noche, preguntándome por qué mi pecho se contraía como si estuviera agonizando ante una muerte inminente. Cada vez que era testigo de un gesto de amor sincero, el recuerdo de su cuerpo encajado en el mío y sus palabras susurradas a través de su aliento me partían por la mitad.

La puerta se abrió y por ella apareció Jane con dos tazas humeantes en la mano. Se sentó junto a mí y me sonrió como si fuera una niña y estuviera saltándose alguna regla importante.

—Ahí dentro ya te echan de menos... —me avisó antes de dar un sorbo a su infusión.

Volví a alzar la cabeza hacia la inmensidad oscura que era el cielo.

—¿Cómo estás, Jane?

—Pues... Voy a casarme... Y eso es algo que nunca había entrado en mis planes. —Boqueó fijando la mirada en un horizonte imaginado solo por ella.

—Por eso te lo pregunto. Pero te veo más feliz que nunca. Estoy muy contenta por ti. Jason es un buen hombre y te trata con un cariño inmenso, Jane.

—Lo sé. Lo sé. Voy a casarme con él. ¡Joder! ¡Voy a casarme con el tío que no paraba de tirarme bolas de papel en la secundaria para llamar mi atención!

Compartimos una risa que desembocó en un silencio espeso que nos alentó a acercarnos más. Su cabeza cayó sobre mi hombro.

—Pero también echo de menos vivir en Nueva York. Y trabajar contigo, Lilah. Yo también estoy muy orgullosa de ti, ¿sabes?

—Jane.

—Dime.

—He estado pensando...

—¿En qué?

—Pues que quizá algún día me gustaría impartir clases de actuación.

Jane estiró el torso y se irguió para mirarme muy fijamente.

—¿Sí?

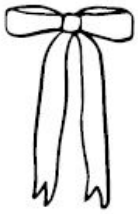
—Tal vez. Es solo una idea que lleva un tiempo rondándome por la cabeza. Me encantaría que los niños contaran con un lugar seguro en el que poder actuar si les apetece y no verse obligados a ello solo por tener talento.

Sus ojos se llenaron de un brillo que solo podía significar una cosa. Mi amiga también se alegraba por mí. Y por eso dijo:

—Si vas a meterte en un nuevo proyecto, cuenta conmigo, ¿vale? A pesar de la distancia, a pesar de todo. Tengo muchas dotes para trabajar telemáticamente, ya lo sabes. —Su arrogancia solo era fingida. Debajo de ella percibía su interés y también su entusiasmo, y eso me reconfortó—. Sabes que siempre voy a remar a tu lado y creo que serías la mejor profesora del planeta. —Puse los ojos en blanco—. ¡Lo digo muy en serio!

2

LA CARTA



Delilah

Los últimos coletazos del crepúsculo me acompañaron cuando el coche enfiló el camino de entrada a la granja. El viaje desde Nueva York apenas había durado cuatro horas, pero últimamente salir del ritmo al que estaba acostumbrada me dejaba exhausta. Tenía tantas ganas de llegar a casa que cuando me bajé del vehículo ni siquiera recogí el equipaje. Caminé los últimos metros hasta que llegué a la puerta, saqué la llave y abrí. El corazón se me aceleró cuando percibí el calor que emanaba de una chimenea encendida que calentaba la casa. Dolores sabía a qué hora volvería y había tenido el detalle de encargarse de que no me congelara cuando llegara. Alcé el brazo para encender el interruptor y, cuando la luz prendió, se iluminó la que era mi morada. Todo estaba recogido. La cocina, limpia. Y, en una esquina de la encimera, observé una fuente alta con tapa de cristal que contenía un bizcocho. Después de descubrir mi reciente afición a los bizcochos de naranja, Dolores siempre los

cocinaba cuando tenía un poco de tiempo. Así que supuse que esos días en los que yo no había estado por casa ella habría encontrado un hueco para la repostería. O tal vez me echaba de menos y quería obsequiarme con ese dulce para que sintiera un abrazo cálido a mi regreso.

Las paredes encerraban olor a madera, a comida casera y a azúcar quemado, un aroma que ya identificaba como mío. Eché un vistazo a la sala de los sofás, con los cojines perfectamente colocados en su lugar, y me imaginé ahí un rato más tarde, tumbada con un libro entre las manos, después de asearme y ponerme el pijama. Cuando comencé a atravesar la estancia en dirección a las escaleras, algo me detuvo. Encima de la mesa del comedor había un paquete perfectamente envuelto en papel de estraza. Lo primero que vi fue el bloc de notas que compartíamos Dolores y yo abierto a un lado. Me acerqué y leí lo que ella había escrito en él: «Lo trajeron ayer, y dijeron que era importante». Posé de nuevo la mirada sobre aquella caja. ¿Sería un regalo de Navidad? Pero... ¿de quién? La curiosidad me llevó a coger el paquete y estudiarlo con detenimiento. Al parparlo, percibí algo rugoso en un lateral y, al darle la vuelta, descubrí un sobre cerrado con un sello de cera de color dorado. En él se reflejaba el dibujo de una rama de olivo. No tenía ni idea de cómo lo supe, quizá por cómo me empezó a retumbar el corazón detrás de las costillas. Era solo una corazonada, pero en lo relacionado con el instinto, él y yo éramos dos maestros. Rompí el papel con cierta desesperación y, un segundo después, ya estaba leyendo la carta que contenía.

Querida Delilah:

He empezado esta carta como unas veinte veces, pero esta es la definitiva. Sé que hace mucho que no hablamos, que no quieres saber nada de mí, que

probablemente ni siquiera sigas leyendo a partir de aquí. Pero también sé que, al igual que a mí, te apasiona escuchar.

Te escribo para hacerte una propuesta importante. Quizá la más importante de mi vida. En los últimos meses he estado inmerso en la escritura de un guion que me gustaría llevar a la pantalla. Es un proyecto pequeño, con productoras independientes asociadas y conmigo mismo como productor ejecutivo. Parte de la esencia de la historia nació en esas libretas que tanta curiosidad te provocaban. Es una historia sobre mi madre, sobre su camino a la adicción y lo difícil que fue enfrentar la educación de un hijo pequeño sin ayuda. Es algo personal, y seguramente lo más trascendental que voy a hacer nunca...

Ahora siento que estoy divagando. Disculpa. Iré al grano, Del. Nada desearía más que el hecho de que tú fueras la protagonista de esta película. En realidad, no la haré si no estás en ella. No quiero que te sientas presionada, pero es la realidad. Eres la mejor actriz que conozco. Sé que te alejaste de la actuación... Pero también estoy seguro de que a este proyecto le falta tu inmenso talento, y no pierdo nada por intentarlo. Quizá te replantees volver.

Me gustaría que leyeras el guion. Recuerdo que para ti eso siempre fue lo más importante. Te juro que no te aburro más. Me quedo a la espera de tu respuesta con una emoción que hacía tiempo no experimentaba.

Confío en que estés bien, Del. Saluda a Hepburn de mi parte.

P. D. ¡Felices fiestas!
P .D. 2. Lo siento, otra vez. Ya sabes por qué.

Se despide,

Tu Heathcliff

Me había olvidado de respirar. Y, cuando volví a la realidad, a mi casa en la penumbra, al último tronco consumiéndose en la chimenea, sentí un leve mareo que me llevó a sentarme en una silla. Me coloqué una mano en la frente y suspiré. ¿Por qué me latía de ese modo el corazón? Era un pájaro que había vivido enjaulado, apacible, pero que ahora empujaba con fuerza contra las rejas. Plaf. Un golpe. Plaf. Otro golpe. Ahí estaba la prueba de que ese órgano,

al igual que el pájaro, quería ser libre para vivir. Para sentir y experimentar. Para emocionarse. Para moverse por puro instinto. Y yo solo quería preguntarle: «Corazón, ¿a quién lates?».

En medio de aquella vorágine de sensaciones que se despertaban con un grito de guerra, agarré el paquete y me levanté para dirigirme a la cocina sin querer reparar en aquella caja. La guardé en el primer cajón que abrí. Era en el que guardábamos los manteles, las servilletas y algunas manoplas de horno. Cerré con un golpetazo que reverberó en las ventanas y rápidamente hurgué en mi bolso hasta que encontré el móvil. Me senté con los pies temblorosos en uno de los taburetes altos. Yo sabía que Ronan estaba bien, que había logrado mucho más de lo que se había propuesto, que tal y como yo había predicho al principio, se había convertido en una estrella dispuesta a brillar para siempre. Entonces, ¿por qué esa carta había borrado de un plumazo el tiempo en el que él y yo nos habíamos distanciado?

Deslicé mis dedos por la pantalla y abrí la aplicación de mi correo electrónico.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 26 de diciembre, 20:07
Asunto: He recibido tu carta

La respuesta es NO. Gracias por tu propuesta, Ronan. Espero que cumplas el sueño de hacer tu película, pero yo no voy a formar parte de ella.

P. D. Felices fiestas para ti también.
Delilah

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)

Enviado el: 26 de diciembre, 20:21
Asunto: RE: He recibido tu carta

Del, no sabes cuánto me alegra tener noticias tuyas. Para mí, es todo un logro leerte de nuevo por aquí, dadas las circunstancias.

Solo una pregunta: ¿has leído el guion?

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 26 de diciembre, 20:49
Asunto: RE: RE: He recibido tu carta

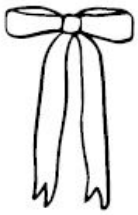
No.

De: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Para: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Enviado el: 26 de diciembre, 20:54
Asunto: RE: RE: RE: He recibido tu carta

Lo imaginaba. Solo te pido (de rodillas, además) que leas el guion.

3

CON FALDAS Y A LO LOCO



Delilah

«Bueno, nadie es perfecto».

Aquel había sido el último diálogo de la película de ese viernes. Después de dos horas inmersa en una comedia con escenas inolvidables, me dolía la mandíbula de mantener la sonrisa. Cuando los créditos aparecieron en la pantalla, reparé en la cálida mano que me acariciaba el pelo. Estaba tumbada en el enorme sofá del salón de mi abuela, con la cabeza apoyada en sus piernas mientras compartíamos risas.

Me giré y la miré desde abajo.

—¿Es este el mejor papel de Jack Lemmon? —pregunté absorbida por el talento descomunal de ese actor.

—Ay, niña —mi abuela suspiró—, no digas eso si es la única película que has visto de él.

—También he visto *El apartamento*. Pero... ¿podemos ver todas las que faltan?

—Las veremos.

Me levanté y me senté con los pies en el sofá, quedándome enfrente de ella. Las arrugas de su ceño cada vez eran más profundas y, lejos de robarle el atractivo, a mí me parecían el reflejo del regalo que era la vida.

—Abuela.

—Dime, cariño.

—¿Tú crees que si mi padre hubiera estado vivo yo hubiese sido actriz? —Fui consciente de que el volumen de mi voz había disminuido debido a la timidez que me embargó de repente.

Los hombros de mi abuela se tensaron y se llevó la mano de un modo instintivo hacia la pulsera que había sido el último regalo de su hijo.

—¿Por qué dices eso? —La pena le había arañado los ojos.

—No lo sé... Supongo que a veces fantaseo con el hecho de que él no hubiera muerto y... —No sabía cómo continuar.

—Y no hubieras pasado toda tu infancia de la mano de esa mujer... Yo también te fallé, Delilah. Te pido perdón por eso. Caí enferma y al principio ni siquiera podía verte, porque eras su vivo retrato.

Me encogí y recordé a duras penas esos años en los que mi abuela también había estado ausente para mí.

—Lo entiendo, de verdad —afirmé, comprensiva—. A veces echo de menos algo de lo que nunca he disfrutado. No sé si tiene sentido...

—Yo tampoco sé si tendrá sentido o no. Pero pienso a menudo en cómo sería si él te viera ahora. Te quería con locura, Lilah. Siempre quiso tener hijos y, cuando naciste, todo en él cambió. A mejor.

—Apenas había cumplido cuatro años cuando murió, pero tengo imágenes de él en esa playa regalándome aquella cinta blanca.

—Esa cinta de seda natural que mandó hacer para ti.

Las dos sonreímos con los ojos. Y yo quise seguir indagando en los recuerdos, quise seguir hablando de mi padre, de su hijo.

—¿Crees que estaría orgulloso de mí?

Mi abuela dobló la boca y los iris, del mismo color que los míos, le brillaron. Alzó una mano y volvió a acariciarme el pelo.

—No tengo ninguna duda de eso, cariño —dijo—. Yo estoy más orgullosa de ti cada día que pasa. Y me alegra verte tan bien y saber que vas encontrando poco a poco tu camino...

—Pero hay momentos que echo tanto de menos actuar que incluso veo algunas de mis películas —la interrumpí con el miedo de que aquellas palabras nunca se atrevieran a salir de dentro de mí—. ¿Tú lo echabas de menos cuando te retiraste?

—Si te soy sincera, no. —Ella sonrió con pesar—. Mi vida era tu padre y, cuando él murió, me sentí culpable por todo el tiempo que no había compartido con él cuando era pequeño... Me sentía perdida, y también me olvidé de mi profesión. Nunca quise regresar después de aquello.

—Lo sé.

—Y, volviendo a lo de antes... —empezó a decir mientras me cogía de la mano—, creo que si tu padre no hubiera muerto tú te habrías dedicado a esto. Tal vez el camino hasta llegar hubiera sido otro, pero serías una actriz igual de maravillosa. Lo amas tanto que forma parte de quien eres.

La emoción se me subió a la garganta, porque desde que había encontrado el paquete en la cocina, me pasaba horas y horas pensando en ese guion. En volver a sumergirme en una historia y olvidar todo lo demás. En habitar un nuevo personaje en el que quizá me reconociera.

—Me ha llegado un nuevo proyecto —confesé.

—¿Y lo vas a valorar? —preguntó, sorprendida.

No supe qué responder. Solo sabía que me latían las yemas de los dedos. Que mi corazón era un imán que se sentía atraído hacia ese cajón cada vez que entraba en la cocina.

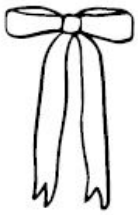
—No sé si este es el mejor momento... —respondí por fin.

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo de querer volver.

4

LA SANGRE ARDIENDO



Delilah

La luz del sol resbalando por el rostro siempre era una manera de mitigar las preocupaciones. Al menos en los últimos tiempos, en los que siempre había encontrado un rato para mirar hacia arriba, cerrar los ojos y dejar que el mundo cayera sobre mi piel. Pero ahora... Ahora esos intensos rayos de luz también me incomodaban. El invierno en el lago había dejado como esqueletos a los árboles, que lucían sus ramas desnudas y sus hojas concentradas como un manto marrón a lo largo de la orilla. Hepburn se paseaba entre ellas con su crin al viento.

Hacía un mes que, al llegar a casa, había encontrado aquel paquete en la mesa del comedor. Varias semanas en las que me desvelaba siempre a la misma hora, de madrugada, con los ojos muy abiertos y esa carta del demonio rondando por mi mente. Cada vez que pasaba por la cocina para prepararme el desayuno o para cocinar un nuevo plato, sentía un fuego diminuto en la garganta.

Apenas era una llama que se prendía en mi interior y que iba quemando más y más a medida que me acercaba al cajón que contenía *su* guion.

Esa mañana ni siquiera me había atrevido a entrar allí. Había bajado las escaleras directa a los establos, preparada para buscar a Hepburn y cabalgar hasta agotarme. Pero en el último momento, agarrada al pomo de la puerta, había vuelto sobre mis pasos y había corrido hacia el cajón, como si la rapidez de mis movimientos pudiera borrar lo que estaba a punto de hacer.

Hepburn relinchó desde la orilla del lago llamando mi atención y comenzó a pastar en un lateral algunos hierbajos que habían sobrevivido al frío. Había sentido una llamada debajo de mis costillas, y sabía que no había nada que hacer. Tan solo rendirme ante aquello que tanto amaba, a pesar de haberlo metido en la escotilla y haberlo cubierto con una alfombra de hormigón. Alcancé el bolso que reposaba a mi lado y saqué el paquete, dispuesta a desenvolverlo. Detrás del papel de estraza encontré un manuscrito con hojas de color vainilla perfectamente encuadernado. En la primera página del guion, solo un título: *Leyes del submundo*.

Debajo, su nombre.

«Escrito por Ronan O'Connell».

Suspiré con la cabeza puesta en el horizonte y los dedos empezaron a hormiguearme cuando pasé la primera página. Luego, la siguiente. Y la siguiente. Y ya no pude parar hasta que llegué a la última. Un par de lágrimas se derramaron sobre la página final y transparentaron el papel. Creí que el corazón se estaba saltando varios latidos, porque me sentía tan sobrecogida que el mundo exterior desapareció a mi alrededor. No me había percatado del viento boscoso que se colaba por el valle y que creaba suaves ondulaciones sobre la superficie del lago. Tampoco de que Hepburn

estaba ahora descansando cerca de mí. Todo se había esfumado, menos la historia que tenía entre las manos. La historia de una madre y su lucha contra la adicción. El estigma que la perseguía y el frágil equilibrio entre amar a un hijo con las mismas entrañas y sucumbir a una vida que no te ofrecía la más mínima oportunidad. El guion estaba narrado a través de la mirada del chico de diez años que solo tenía en el mundo a su madre, y las escenas estaban descritas de una forma tan brutal, tan honesta y desgarradora que me había quedado sin palabras. Estaba llorando y suspirando entre el orgullo que sentía por Ronan y la emoción que se desbordaba en mi interior como si una flor brotara sobre una colina por la obra que él había escrito.

La vocación era algo que, una vez que te encontraba, nunca te dejaba escapar. Podías acallarla durante un tiempo, yo lo había hecho. Podías llegar a demonizarla cuando tu vida se convertía en algo que te hería a diario. Podías esconderla cuando intentabas no pensar en la adrenalina que fabricaba tu cuerpo al entrar en un set de rodaje. Al leer un guion. Al internarte en la mente de un personaje. Pero lo cierto era que la vocación era inmortal. Era la reina de la paciencia esperando el momento oportuno para aparecer. Y mi vocación empezó a crecerme por dentro ese día, como si fuera un enorme monumento al que siempre tendría que rendirle culto. Como un gigante que había invernado. Como ese monstruo que se levantaba y destruía los rascacielos de una ciudad entera. Porque yo amaba actuar, a pesar de que durante un tiempo odié todo lo que rodeaba aquella industria.

Un rato después, a lomos de Hepburn, galopando con el viento gélido estrellándose contra mi piel, lo comprendí por fin. Siempre habíamos sido mis personajes y yo. El amor por esa disciplina

artística flotando sobre la esencia de quien era. Ese fervor que nunca me abandonaría, que me eligió y que decidió quedarse.

De vuelta en casa, me adentré como si el suelo quemara a mi paso y subí corriendo por las escaleras. Disfruté de una larga ducha caliente que convirtió mis músculos en algo gelatinoso, algo que existía lejos de mi cabeza. Me tumbé en la cama con la piel enrojecida y la respiración acelerada. Observé el techo, suspirando como si no me quedara más remedio que hacer lo que haría a continuación. Él me conocía demasiado bien. Porque yo era incapaz de rechazar un papel como ese. Porque, sencillamente, era el mejor personaje que me habían ofrecido jamás. Alcancé el móvil, que estaba en la mesita de noche, y toqueteé la pantalla notando esa emoción de las primeras veces.

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Ronan O'Connell (ronanoconnellhere@mail.com)
Enviado el: 27 de enero, 12:39
Asunto: Cambio de planes

Estoy dentro de *Leyes del submundo*.

5

UNA EXTRANJERA EN IRLANDA



Ronan

El mundo era eso que intentabas sostener en las manos cuando te embarcabas en la tarea de producir una película. Hacía meses que trabajaba trece horas diarias. Me levantaba temprano, me acostaba de madrugada. Me sumergía en el guion técnico, una y otra vez; confabulaba con el director de fotografía todo lo que englobarían la estética, la puesta en escena y la atmósfera de la cinta. Llamaba a horas intempestivas a Eliza Grey para rogarle cualquier consejo que pudiera ofrecerme o para desahogarme e intentar aplacar los nervios. Pensaba que la preparación más absoluta, el afán de controlar hasta el último detalle, supliría mi falta de experiencia en el campo de la dirección. Y tenía razón. Hasta cierto punto. Porque los rodajes siempre eran impredecibles; eran demasiadas las cosas que debías tener bajo vigilancia y era demasiado fácil que algo se torciera. Y, además, que ese algo ni siquiera dependiera de ti.

A todo ello se sumaba la joya de la corona. El mayor regalo que me habían hecho nunca: que Delilah Williams fuera a protagonizar mi ópera prima. Un obsequio que había marcado mi descenso a la locura porque necesitaba que todo fuera perfecto. Por ella. Y para ella. Desde que meses atrás me había llegado su compromiso para participar en el proyecto, no habíamos hablado. Nada de llamadas, nada de mensajes, nada de correos electrónicos. Todo se había organizado a través de su agente, que seguía siendo Tim, y de su asistente personal. Jane continuaba siendo una pieza fundamental en su equipo, aunque en esta ocasión trabajara a distancia.

La dinámica de angustia que me hacía desvelarme cada noche con el cuello empapado de sudor se debía llana y sencillamente a no querer defraudar a Delilah. El rodaje se iba a llevar a cabo como una producción independiente. Eso significaba que contaríamos con menos medios, menos tiempo, menos localizaciones y con una mayoría de escenarios reales en los que grabaríamos. No contaría, ni de lejos, con las mismas comodidades que habíamos tenido en *Heights*. Los demás actores, a excepción de Delilah, eran principiantes. Fueron varios los meses que habíamos pasado concretando el casting final, y fue titánico el trabajo de ensayo para que adquirieran cierta experiencia antes de que empezáramos. Si era totalmente sincero, debía decir que solo quería que lo poco con lo que contábamos fuera para lo verdaderamente imprescindible, las necesidades básicas de la producción, y también para brindarle la mayor de las comodidades a Delilah. Ella iba a estar instalada en el mejor hotel de Dublín e iba a incorporarse la última. Y habíamos adaptado el plan de rodaje a todas sus exigencias, que, ahora que lo pensaba, habían sido pocas... Diría que ninguna, en realidad. Ni siquiera había pedido un camerino. Pero yo quería que todo fuera destinado a que ella se sintiera acogida y valorada.

Porque... Delilah Williams estaba a punto de protagonizar mi primera película como director.

Precisamente por todo eso, llevaba varios días sin descansar bien. Llegaba la noche y los ojos se me abrían dándole vueltas y más vueltas a cómo sería reencontrarme con ella. Aún quedaban otras dos semanas para que apareciera y pusiera mi corazón del revés, pero yo ya estaba sumido en una agitación temblorosa que me desbarataba las madrugadas.

—¡Eh! ¡Guapo! —Alguien me llamó la atención—. ¿Otra vez aquí?

—Eso parece —contesté a Erin mientras me colaba tras la barra del pub—. Es que os echo de menos.

—Ya... —reaccionó ella con cierta sorna—. Hoy tampoco puedes dormir, ¿eh?

—¡Sal ahora mismo de mi sitio, capullo! ¡Tú ya no eres camarero! —gritó Finn desde el otro extremo, a la vez que pasaba una bayeta por una de las mesas.

—¡Qué va, tío! Ahora simplemente soy el dueño del bar.

—Puto engreído de los cojones —bufó con los cachetes encendidos.

Erin se rio a mi lado y me tocó el hombro con cariño. Aquella mujer era una de las personas más importantes de mi vida. Ella había sido quien me había dado trabajo cuando casi no tenía experiencia y apenas había cumplido la mayoría de edad. La que me había ayudado y tendido una mano cada vez que había estado perdido. Y era la única persona entre mis allegados que había conocido a mi madre. No habían sido amigas íntimas, pero habían vivido cerca la una de la otra y habían frecuentado los mismos ambientes. Así que Erin también era la única que me podía contar cosas de ella, y la única que me aclaró, muchos años después, cómo había sucedido todo.

Por eso y porque ella y Finn eran mi familia, el año anterior yo había comprado el antiguo pub y lo había reformado por completo. Iba bien. En Irlanda este tipo de locales no tenían otra opción. Además, en los últimos tiempos se había convertido para mí en un lugar de peregrinación al que regresaba cada vez que disponía de tiempo para estar en Dublín. Y, gracias a Dios, los últimos seis meses había sido así casi todo el tiempo debido a la preparación de la película.

—¡¿Sabes de qué soy dueño también, Finn?! —grité mientras me servía una pinta fría directamente del tirador.

Mi amigo me fulminó con la mirada y atravesó el local hasta posarse a mi lado. Solo tuve que girar la cabeza para decir, sin gritar:

—Exacto, Finn —me pavoneé—. Del piso que compartíamos antaño. Del piso en el que duermes hoy.

—Mi piso.

—¿Pagas el alquiler?

—No.

—¿Por qué no pagas alquiler, amigo mío?

—Porque eres una estrella que caga billetes de quinientos euros. ¿Te parece un buen motivo?

—Me parece el mejor motivo, la verdad. Lo único que quiero es que me respetes un poco, tío.

—¿Yo? ¿Respetarte a ti? ¿Por qué no estás en otro de tus rodajes, Ronan?

—Joder. Me has hecho la misma puta pregunta las últimas veinte veces que he venido.

Con un movimiento profesional, Finn cogió mi vaso de cerveza y lo colocó al otro lado de la barra, frente a un taburete. La indirecta fue clara y concisa.

—Fuera de mi barra. —Lo obedecí y, un momento después, salí por la puertecilla lateral para ocupar mi lugar. Finn sonrió satisfecho —. Y ahora cuéntale a tu amigo qué es lo que te trae por aquí.

Nunca se lo diría a él, pero echaba demasiado de menos nuestras conversaciones absurdas en las que el objetivo principal consistía en reírnos de ridiculeces y fingir que éramos el más iluminado de la mesa.

—¿No puede un tío tomarse una cerveza cuando termina su jornada?

—Me enloqueces al personal —apuntó oteando las mesas que estaban al fondo, en las que la gente pasaba el rato mientras charlaba—. Eres demasiado famoso para estar aquí.

—Me he puesto un gorro, Finn.

—Tampoco quiero que vuelvas a ser el favorito de Erin —confesó por fin el muy desgraciado—. Ya te tiene en una estima lo suficientemente alta desde que has triunfado.

Le dediqué un gesto que vaticinaba violencia. Una muerte lenta y dolorosa.

—Nunca vas a ser el favorito de Erin —le aseguré yo, antes de tomar otro trago.

—¿Que no?

—¿Erin? —la llamé por encima del jaleo.

Desde la lejanía, la mujer giró la cabeza para mirarnos mientras apoyaba el brazo en una de las neveras.

—¡Dime, Ro!

—¿Quién es tu chico favorito de los dos?

—¡Ronan! —gritó ella poniendo los ojos en blanco.

Cuando me encontré con el semblante de Finn, mi sonrisa le pintó una expresión asqueada que, a su vez, era graciosísima. Teníamos veintisiete años. Y él, por lo visto, se había quedado suspendido

entre los catorce y los quince. Pero siempre sería mi adolescente favorito. Y eso tampoco se lo confesaría.

Empezó a secar vasos y a colocarlos sobre la repisa. Al cabo de unos minutos, me volvió a mirar con esa tiranía pretenciosa que tanto me sacaba de quicio.

—¿Y qué? —preguntó, como si no fuera conmigo—. ¿Cómo llevas esa película tuya en la que no me has querido ofrecer ningún papel?

—Lo llevo mejor que si te hubiera ofrecido algún papel. Es un avance.

—¿Qué te perturba tanto? ¿Por qué no paras de dar vueltas por el bar para distraerte?

«Me aterra la idea de reencontrarme con ella de nuevo».

—Nada. Simplemente quiero desconectar un poco antes de irme a la cama.

—Ya.

—¿Qué?

—Estás nervioso. Porque Delilah va a ser la protagonista. Y eso te acojona.

Tampoco le diría nunca a Finn que era la persona que mejor me conocía en el puto mundo. Eso le agrandaría el ego aún más. Le sostuve la mirada en una lucha silenciosa hasta que las campanillas de la entrada anunciaron que un grupo de tíos se adentraba en el local entre gritos y vítores. Los ojos de Finn se despegaron de los míos y, de pronto, se abrieron desorbitados antes de que el vaso que tenía en la mano se cayera al suelo y se rompiera en mil pedazos.

—Mira —reí—, el barman experto sigue partiendo vasos. Te voy a despedir de mi pub.

Finn fijó su mirada arrogante de nuevo en mí y percibí algo desconocido en la sonrisa de idiota que tenía reflejada en toda la cara.

—Y dime, Ronnie... —me enseñó todos los dientes—, ¿qué sería lo primero que le dirías a Delilah después de...? ¿Cuántos años hace que no os veis?

—Tres —contesté. Tres y nueve meses para ser más exactos...

—¿Y qué vas a hacer cuando la tengas delante, Ronnie? —preguntó acercándose a mi cara.

—¿Saludarla, pedazo de idiota?

—Pues ve a saludarla entonces, porque acaba de entrar por la puerta.

Esbocé una mueca de incredulidad y me concentré en estudiarle las pupilas con detenimiento porque quería asegurarme de que no se hubiera pasado con la marihuana. Hasta que mi amigo se hartó, me tiró del pelo y me giró la cabeza tan fuerte que el propio movimiento me mareó. Cuando la bruma de mi mente se diluyó, me concentré en el ruido del ambiente, en las copas apoyándose sobre las mesas, en la música que afloraba de los altavoces. Mis ojos recorrieron toda la estancia hasta llegar a la puerta de la entrada, que era de madera oscura decorada con una vidriera de flores. A un lado, estaba la mismísima Delilah Williams. El color abandonó mi piel. El corazón se posó sobre mi nuez de Adán. Y de repente la lengua no encontraba el espacio dentro de mi boca. Me aferré al asiento del taburete para anclarme al mundo, que en ese instante empezó a girar. Enfundada en un chubasquero de charol blanco, también llevaba puesto un gorro de lana en la cabeza. Y tenía la mano apoyada en el asa de una maleta. Lo primero que pensé fue: quizá ya han pasado dos semanas y yo no me he dado ni cuenta. Lo segundo: ¿dónde está su melena larga y dorada? ¿Por qué las puntas del pelo solo le llegaban a los hombros? Lo tercero: está buscando a alguien. Me está buscando a *mí*. Lo cuarto no fue un

pensamiento, sino un ruido. De otro vaso impactando contra el suelo. Esta vez se trataba del mío.

Atraída por el estruendo, la cabeza de Delilah giró hacia donde estábamos apostados en la barra. Reparó en mí mientras ella, una extranjera en un pub de Irlanda, recibía todas las miradas curiosas de la clientela reunida dentro del local.

Nos miramos mientras un universo de sensaciones detonaba en mi interior y se desbordaba a cada segundo.

Delilah y yo nos estábamos reencontrando después de tres años y nueve meses.

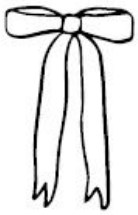
Le sonreí.

Me sonrió.

Y la vida se me escapó por la boca.

6

UN PUB EN DUBLÍN



Delilah

El bar donde trabajaba Finn era un antro irlandés de los de toda la vida. Un pub con paredes revestidas de madera, cuadros con fotografías antiguas del barrio donde se encontraba el local y robustos taburetes de madera con cojines tapizados en cuero rojo. Pero todo estaba nuevo y reluciente. Y en el ambiente se mezclaba la música folk que sonaba por los altavoces con las conversaciones de la gente reunida en ese rincón de Dublín. Cuando encontré a Ronan al fondo del recinto, sentado a la barra, me quedó claro que Jane finalmente me había hecho caso y no le había informado de mis planes. La palidez de su semblante fue un claro termómetro para medir su cara de desconcierto. Pero entonces me sonrió. Con todo su magnetismo. Y los nervios que me habían acompañado desde que me había bajado del avión desaparecieron sin más.

Ahora estábamos sentados en una de las mesas de una sala interior que se había añadido al local por si alguien buscaba

intimidad para charlar. Al menos eso era lo que me había contado Erin, la gerente del lugar, que se había presentado con una amabilidad mayúscula y con una frase que en ella me había sonado sincera y determinante: «Ronan me ha hablado mucho de ti. Cosas buenas. Increíbles». Y yo le había sonreído mientras la seguía y sentía a Ronan caminando a mi espalda.

—¿Qué vas a tomar, cariño? —me preguntó la mujer sosteniendo la libreta en una mano y el bolígrafo en la otra.

—¿Whisky irlandés? —sugerí.

Ella alzó una ceja y luego su sonrisa me iluminó.

—Estoy orgullosa de ti —dijo con efusividad—. Para ti lo mismo, ¿no?

Ronan la miró y asintió a la vez que tomaba asiento frente a mí. Había llegado la hora de afrontarlo y, a pesar de que había comprobado que aún era una experta en manejar la incomodidad y la inquietud, quizá él seguía leyéndome por dentro. Lo observé unos segundos mientras me quitaba el gorro y lo dejaba sobre la mesa. Ronan tenía el pelo despeinado, los pómulos más delgados y los hombros más anchos. Y, si yo aún lo leía a la perfección, como hacía tres años y algo más, estaba a punto de hablar.

—¿Qué haces aquí, Del? ¿Ha pasado algo? —quiso saber penetrándome con la mirada.

Aquello no parecía muy alentador.

—¿Es que no te alegras de verme?

Entonces sonrió despegando un poco los labios y yo me permití mirarle esa separación entre los dientes que una vez había sido mía.

—No es eso. Pero estás aquí dos semanas antes de que empecemos a rodar y... ¿es que hay algún problema?

La mueca de preocupación que esbozó me hizo reparar también en las sombras grises bajo sus ojos. Jane ya me había comentado

que Ronan estaba estresado, preocupado y con un grado de exigencia que llegaba a la estratosfera...

—No ha pasado nada —dije para que pudiera relajarse—. Simplemente recuerdo que a ti siempre te gustaba ir más allá del texto. Repetías todo el rato que eso era el cine... Ir más allá de las palabras. Colarse dentro. Acampar sobre el corazón.

Se mordió el labio inferior posando su atención en mis ojos.

—No tienes que modificar nada de tu metodología. Ya es perfecta. Y no estás acostumbrada a trabajar así —replicó con seriedad.

—Quiero hacerlo. Esto es algo diferente, algo que no he hecho nunca. Mi instinto me lo pide.

En ese momento, Erin apareció con las bebidas sobre una bandeja y nos quedamos en silencio. Depositó un grueso vaso de cristal delante de cada uno y nos sirvió una copa.

—No os interrumpo más. —Su mirada bailó entre nuestros gestos serios—. Si me necesitáis, solo alzad la voz.

La mujer se marchó con cierta premura y yo acaricié el borde del cristal antes de tomarme un trago.

—Ya sé que es diferente... —comenzó a hablar él con voz firme—. Empezando por la producción... Sé que no es una película de un gran estudio, gigante y rompedora. Te prometo que he hecho todo lo que he podido, pero algunas productoras se han terminado echando para atrás. Todo lo que te concierne a ti estará a la altura. Te lo juro. Y tienes poder de decisión, ¿vale? El mismo que el mío. No sé si encajarás en algo así, tan alternativo, tan alejado de lo clásico de este arte, pero que sepas que me voy a dejar la piel para que así sea... No sé si podré darte alguna indicación en cuanto a la actuación...

—Tú eres el director.

—Y tú vas a ser el rostro de mi primera película. Y eres la jodida Delilah Williams regresando después de tanto tiempo...

El marcado ritmo de la respiración de Ronan me indicó que estaba alterado, y dejó constancia de ello cuando alcanzó su vaso y vació todo el contenido en su estómago de un trago. Comprendía la presión a la que estaba sometido, sí. Pero no quería ser una carga. No tenía que preocuparse por mí y necesitaba que lo supiera.

—Ronan.

Él tenía la mirada gacha sobre sus manos, dos uñas se rozaban con fuerza.

—Ronan —lo volví a llamar.

—¿Qué?

—Quiero hacer esta película porque Mona es el mejor personaje que he leído jamás. —Sus ojos se entrecerraron ocultando su brillo —. Confío en este proyecto, confío en esta historia y confío en tu talento.

Estaba segura de que, si remábamos en la misma dirección, todo saldría bien. No tenía ningún atisbo de duda, menos aún después de que Jane me hubiera ido mandando los avances del proyecto y todas las cuestiones más técnicas. Porque en el fondo... yo quería estar implicada en él. Por mí. Pero también por Ronan.

—Gracias, Del... —Resopló enterrándose las manos en el pelo—. Voy a dejarme el puto corazón. Lo sabes, ¿verdad?

Percibí en él el temor a defraudar, pero también el amor que seguía sintiendo por el cine.

—Lo sé. Solo necesito pedirte una cosa, Ronan.

—Lo que sea. —Ronan se echó hacia delante, cuadrando los hombros y apoyando los antebrazos en la mesa—. Lo que sea, Del.

—¿Puedo quedarme en vuestro apartamento en vez de en ese hotel...?

El ceño se le arrugó y el autocontrol de mi fachada titiló, y de pronto solo fui una chica que echaba de menos al chico que estaba sentado delante de ella. Que tenía su aroma pegado en la memoria, su sabor en la sangre y sus manos grabadas por toda la piel. Torcí la boca antes de añadir:

—Es que creo que la mejor manera de prepararme el personaje es haciendo una vida completa aquí, ¿sabes? Quiero conocer la ciudad, empaparme de sus costumbres, mezclarme con su gente, practicar el acento... —Ronan me miraba muy atento—. Además, tampoco sé si quiero pasar tanto tiempo en un hotel. Ya me he acostumbrado a la vida en la granja y...

—Por supuesto, Del —me interrumpió él—. Es solo que ya no vivo en ese apartamento. Ahora Finn vive solo, y el muy imbécil no me paga el alquiler. —Se le escapó una pequeña sonrisa que me hizo saber que bromeaba—. Compré nuestro apartamento, que está a tres pasos de aquí, y luego me compré uno más grande en el centro de Dublín.

Me reí y el ambiente se relajó entre nosotros. Lo cierto era que tampoco quería quedarme en ese hotel de cinco estrellas porque prefería que ese dinero fuera destinado a otras partidas de la producción o a los contratiempos que seguro que surgirían. Aunque no le iba a confesar aquello a Ronan.

—Pero puedo llevarte al apartamento donde vivo ahora. Tengo tres habitaciones de invitados y te aseguro que te sentirás cómoda allí —me ofreció—. ¿Te parece bien?

Solo pude asentir antes de volver a tomar otro trago de aquel whisky irlandés.

7

BAJO UN MISMO TECHO



Ronan

Mi apartamento estaba ubicado en un edificio antiguo a dos pasos de Grafton Street, en el puro centro de Dublín. Se trataba de un dúplex que había comprado hacía un año y que había reformado antes de empezar a vivir en él. El inmenso salón, de amplios ventanales y cocina abierta, desprendía un estilo industrial por los cuatro costados. O al menos eso era lo que me había dicho el decorador de interiores. Supongo que era el resultado de haber juntado sofás de cuero envejecido, muebles de madera sin tratar y paredes con el ladrillo al descubierto. Con Delilah en el centro de aquella estancia, de pronto el lugar me pareció insuficiente. Su presencia me tenía desestabilizado. Estaba más delgada, tenía la misma piel blanquecina y ahora sus ojos dominaban por completo su rostro, pues el corte de pelo por debajo de la barbilla provocaba que su aguamarina brillara sin fin.

Estaba perdido. Lo había sabido desde que la había visto aparecer en el bar.

Estaba perdido. Y seguía enamorado.

Pero era evidente que ella no quería saber nada de mí más allá de lo profesional. Había sido lo bastante directa como para atravesarme con sus palabras: «Confío en tu talento». Confiaba en mi talento, por supuesto que sí, por eso estaba allí. Pero eso había sido lo mismo que gritarme: «Confío en tu talento. No en ti». Lo peor era que me lo merecía por la vez que le había fallado y no había vuelto a buscarla.

Delilah empezó a moverse por la estancia con sus andares elegantes y yo... Yo la seguí como si fuera un extraño en mi propia casa, sintiendo todo el calor en la sangre, sintiendo que me iba a asfixiar si no la tocaba.

—Es muy bonito, Ronan —comentó ella—. Y es bastante grande. Espero que no te moleste tener a alguien por aquí...

Sonreí intentando fingir normalidad, que mi cuerpo no estaba a punto de desvanecerse, que mi mente me gritaba que la alcanzase y continuásemos donde lo habíamos dejado tres años atrás.

—Eres mucho mejor compañera de piso que Finn, eso seguro —bromeé—. Y puedes molestarme todo lo que quieras. A partir de ahora, esta es tu casa. Mañana compraré todo lo que necesites, pero ahora... ¿Me acompañas arriba para enseñarte tu habitación?

Me siguió por las escaleras hasta que alcanzamos la tercera puerta del pasillo. Me había decantado por ofrecerle la habitación más grande, la que contaba con unas preciosas vistas a un tranquilo parque. La estancia se componía de una cama extragrande, un armario que ocupaba toda la pared frontal, dos mesitas de noche y un escritorio encajado bajo una ventana. Un par de vigas se expandían del techo al suelo justo en el centro de la habitación, las

mismas que había acondicionado para que hicieran las veces de librerías verticales. Entre ellas, el decorador me había propuesto colocar un sillón rojo de estilo *vintage* que era la última moda en comodidad. Y, a primera hora de la mañana siguiente, le mandaría un mensaje para darle las gracias por aquello.

—La cama tiene sábanas nuevas y aquí nunca se ha quedado nadie, así que hay mucho espacio en los armarios. El baño está equipado y, al lado de la ducha, tienes un mueble con las toallas —la informé, intentando no reparar en que se había quitado el chubasquero—. ¿Se me olvida algo?

—Creo que no... —Delilah se sentó en la cama y estiró el cuello de un lado a otro.

—Bien, te dejo descansar. Estoy en la habitación de enfrente. Cualquier cosa que necesites, me llamas —le dejé claro a la vez que caminaba de espaldas hasta la puerta.

—Descansa tú también, Ronan —se despidió ella atravesándome con la mirada.

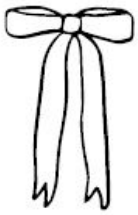
—Buenas noches.

—Buenas noches.

Cerré la puerta detrás de mí y salí de aquella habitación sintiéndome más despierto que nunca. Estaba convencido de que iba a ser otra de esas noches sin dormir. El corazón no paraba de retumbarme en el pecho al pensar que Delilah, en carne, hueso y piel, se encontraba de nuevo bajo mi mismo techo. Solo a unos metros de distancia.

8

YA NO SOMOS LOS MISMOS



Delilah

Los débiles rayos de sol que entraban por la ventana dibujaban sombras geométricas sobre el armario. En el segundo parpadeo del nuevo día, recordé dónde me encontraba. Con quién. Esa era la habitación de invitados del nuevo apartamento de Ronan. Cerré los ojos un par de veces más, estirando todo lo posible ese momento de paz bajo las sábanas, aún con el cuerpo empachado por el sueño y el *jet lag*. Aquella cama me había engullido y el descanso me había alcanzado a pesar del reencuentro de la noche anterior.

Había vuelto a ver a Ronan O'Connell.

Mi corazón lo reconocía aún, como esa vieja golondrina que regresaba a su hogar por primavera. Con un aspecto más curtido y vestido con una chaqueta negra diferente a la que siempre llevaba, estaba más silencioso de lo habitual. Su aire melancólico se había acentuado en todo este tiempo, pero sus ojos eran los mismos. Dos esferas oscuras que suplicaban atención.

Pero yo estaba allí con un único propósito: actuar en *Leyes del submundo*.

Y no quería que nadie me desviara del camino, menos aún alguien que ya me había decepcionado en el pasado.

Llevaba meses preparándome para mimetizarme con el personaje de Mona, documentándome a base de lecturas, películas y estudios, buceando en todas las emociones que se entrelazaban para dar luz a esa historia. Estaba más motivada que nunca, dispuesta a encarar la interpretación desde otro lado. Y sabía que en el fondo también me había estado preparando para el encuentro con Ronan.

Pero cuando esa mañana salí de la ducha enfundada en mi ropa de hacer deporte y con una cinta que me recogía el pelo hacia atrás, no esperaba que él estuviera detrás de los fogones, al lado de una mesa ya dispuesta con un abundante desayuno. Tostadas, zumos de diferentes sabores, café, sandía, cruasanes, galletas, y... cerezas. También había cerezas. El pulso empezó a bombearme en las venas y me recreé un poco más en observarlo de espaldas. Lucía un pantalón de chándal que le resbalaba por las caderas, una camiseta blanca, y en la parte posterior de la cabeza destacaba su típica mata de pelo desordenada. Y tenía dos opciones: hablar o abrazarlo por la espalda y hundir la nariz en su cuello.

—Buenos días —saludé al final—. Huele de maravilla.

Ronan se sacudió en un espasmo antes de girar la cabeza para mirarme por encima del hombro.

—Ey, Del. ¿Qué tal has dormido?

—Mejor que bien en esa cama que te abraza y te atrapa en sus garras.

—Me alegro —dijo él, contento—. Sírvete lo que quieras, estoy haciendo unos huevos revueltos.

—Esto es mucha comida, Ronan. ¿Esperamos a alguien más?

—Solo tú y yo. Pero como no sabía lo que te apetecería he puesto un poco de todo...

Alcancé una cereza de uno de los boles, me la metí en la boca y ese fue justo el momento que Ronan eligió para darse la vuelta. Me pilló con la boca llena y sus ojos se posaron en mí para recorrerme de arriba abajo. Fue algo espontáneo, lo supe. Se quedó quieto, la nuez se le movió un par de veces como si estuviera tragando aire y el plato se le resbaló cuando estaba a punto de dejarlo en la mesa.

—Siéntate, Del... —me ofreció con un hilillo de voz. Obedecí y tomé asiento frente a él—. Estás muy guapa con el pelo corto. Diferente, sí, más adulta, ¿quizá? Bueno, es que evidentemente ahora eres tres años más mayor... No sé ni lo que digo. ¿Quieres un poco de café?

Agarró la cafetera y la sostuvo ante mí mientras yo acercaba mi taza y le sonreía fingiendo que lo tenía todo bajo control y que no notaba como si un ejército de hormigas me estuviera devorando los pies.

—Sí, por favor —pedí educadamente—. Solo café, fruta y huevos. Estoy siguiendo una dieta estricta.

—Ah. Vale.

—Y me he cortado el pelo porque Mona lo lleva así. Lo escribiste en tu guion.

Ronan se sirvió café, pero dejó la taza olvidada sobre el mantel mientras se recostaba en el respaldo de la silla y me miraba de un modo intimidante.

—No te pedí nada de eso... Quiero decir, en todas las reuniones que tuvimos con Jane, con Tim y con todo el equipo, nunca puse ninguna condición.

—Lo sé, Ronan, pero he querido hacerlo. Ayer me dijiste que tenía libertad, ¿no?

—Toda la que quieras. Confío más en ti que en cualquier persona.

—Gracias por las cerezas, por cierto.

Ronan bajó la vista a su taza, posó un dedo en el asa y gruñó por lo bajini:

—Estamos a mediados de junio. Es el mes de las cerezas.

—Ya.

Subió la cabeza de nuevo y me enfrentó con ojos atentos y demandantes.

—¿Qué tal estás, Delilah? —Su voz sonó como si solo hubiera escrito aquel guion para tener la oportunidad de hacerme esa pregunta.

Y entonces fui yo la que desvió la mirada y la dirigí hacia mi plato. Pinché un trozo de sandía, me lo metí en la boca y me detuve más tiempo del necesario en masticar y tragar.

—Estoy bien —solté notando aún cómo sus ojos me inspeccionaban—. Han sido unos años en los que he aprendido mucho, ¿sabes? He vivido bien y he intentado encontrarme a mí misma.

—¿Qué has aprendido? —quiso saber, todavía en la misma posición, sin ninguna intención de comer su desayuno.

—Que, a veces, tienes que olvidarte de los sueños y empezar a vivir la vida. Y que tienes que tratarte a ti misma igual que tratas a los demás. Con respeto, con cariño y entendiendo que hay algo más debajo de la superficie.

—*Madurez* —dijo él de pronto—. Esa era la palabra que buscaba antes. No te veo mayor, sino más madura.

—Creo que madurar es entender que nadie es perfecto. Entenderlo de verdad.

Ronan entrecerró los ojos sopesando mis palabras. Una cara que merecía ser observada. Él poseía un temple que me ponía el vello de

punta. Se cruzó de brazos, dispuesto a volver a la carga, pero esta vez yo fui más rápida que él.

—¿Qué tal te ha ido en los últimos años? ¿Cómo te ha tratado la industria, Ronan?

Al fin alcanzó su taza, se la llevó a la boca y dio un largo sorbo al café. Volvió a recostarse sobre la silla y comenzó a hablar:

—Ha ido bien, Del. Tan bien que he superado todas mis expectativas. Menos mal que Tim me ha acompañado y me ha sabido aconsejar. También me ha dejado tomar mis propias decisiones. Digamos que me he rodeado de los mejores, es decir, de tu equipo. —Me miró de nuevo y yo solo asentí—. He triunfado. He participado en películas con las que ni siquiera soñé. He conseguido vivir de esto, que es, sin duda, el mayor logro de todos... Pero de algún modo no ha sido suficiente para sentirme pleno.

Sus ojos sonrieron de tristeza y yo sacudí la cabeza con un asentimiento de comprensión.

—Es que cuando las metas se alcanzan dejan de importar —señalé, me llevé otra cereza a la boca y arranqué el pequeño tallo.

—Siento que no debería ser así.

—Que sea así no significa que deba ser así, Ronan.

El silencio que siguió a aquella revelación dejó paso al ruido lejano de las calles que se colaba por las grietas de las ventanas. Un camión que frenaba en un semáforo en rojo, unos niños que reían, el canto de los pájaros que poblaban los árboles de los alrededores.

—Del... —Levanté la cabeza, dispuesta a enfrentarlo porque sabía lo que venía a continuación—. Quiero pedirte perdón por aquello... Lo siento. Lo siento mucho.

Encogí los hombros restándole la importancia que había tenido para mí tiempo atrás. Pero él me leía, seguía descifrándome en cada gesto, seguía escuchándome como nadie...

—Te juro que creí que lo entenderías —se excusó él, inclinándose sobre la mesa.

Suspiré esbozando una media sonrisa que me recordó el orgullo que se escondía dentro de mí.

—Entender algo no implica que no te duela si te dejan plantada. Si no te eligen como...

Me quedé callada de repente, asustada por que hubiera sido tan fácil para él que volviera a abrirle mi corazón. Apenas había bastado un día. Ni siquiera eso. Una noche, una mañana. Nada. Y no lo podía permitir. Quería hacer ese proyecto y marcharme con una nueva película bajo el brazo y un nuevo objetivo cumplido. Estaba empeñada en lograrlo. Nada más que eso. Comencé a recoger mi plato y mis cubiertos, y me levanté con la intención de llevarlos a la cocina.

—Del, déjalos ahí; recojo yo. —Su mirada me atrajo como la sangre fresca a un tiburón hambriento—. Intenté arreglarlo, pero ya no contestabas... Tampoco tenía tu teléfono y Tim... Bueno, Tim te es muy leal, ya lo sabes. No quiero que dudes de que yo habría preferido estar contigo más que en cualquier otro lado. Mucho más que en esa fiesta del demonio donde solo fingía no estar fuera de lugar...

—Ronan —lo detuve—, déjalo. Olvidémoslo y centrémonos en tu película. Es por eso por lo que estoy aquí.

Él asintió, serio, determinante, renunciando a una conversación que yo sabía que no nos llevaría a un buen lugar. Él había elegido. Yo había elegido. La vida había seguido su curso. Los dos estábamos vivos, respirando bajo un nuevo cielo. Eso era todo. No pedía nada más. Lo sencillo y lo inevitable. Brotar como brota la hierba libre sobre un campo abierto.

—Voy a salir a correr por el parque. —Me abroché la sudadera y nos miramos de nuevo. ¿Acaso habíamos despegado los ojos del otro en algún momento?—. ¿Te parece bien que a la vuelta hagamos una lectura de guion?

Él aceptó con un gesto de diligencia mientras yo me dirigía a la puerta. Recuerdo que al salir pensé que ya no éramos los mismos. Pero también comprendí lo necesarios que habíamos sido el uno para el otro para acompañarnos en aquellas habitaciones vacías de esos hoteles solitarios.

Cuando los dos cerramos el guion, ya había oscurecido. Nos habíamos pasado toda la tarde buceando en la historia, haciendo algunas modificaciones de diálogos que yo había propuesto y que Ronan había secundado. También habíamos hablado de su madre. Yo le pregunté por esos recuerdos concretos que su mirada de niño había guardado durante tanto tiempo, y él habló sin parar. Las horas pasaron mientras habitábamos aquella dinámica. Pero ahora habíamos terminado y el silencio se impuso entre nosotros.

—¿Cómo te sientes después de tanto tiempo sin hacer una lectura de guion? —Fue él quien habló, sentado en el sofá de enfrente, con sus ojos atentos de siempre.

—Me siento real... —balbuceé—. Interpretar a Mona me hace sentir real, y no siempre me he sentido así.

—Claro que eres real, joder. Y lo vas a hacer genial, Del.

Asentí dejándome mecer por su mirada mientras me hundía en el cojín.

—Y, ya sabes, si necesitas cualquier cosa...

—Sí. Ya. Te llamo.

—Esta noche he reservado en un japonés de la zona. —Torcí la boca ante su invitación, y él me leyó—. ¿Qué pasa?

—Hoy he quedado con alguien, Ronan. —Su ceño se frunció—. Tim ha organizado una reunión con una profesora de idiomas, porque quiero trabajar bien el acento dublinés.

Él se inclinó hacia delante para estar más cerca de mí. Por suerte la mesa baja aún nos separaba.

—Yo podría haberte ayudado con eso.

—Tú tienes otras cosas en las que centrarte. Y quiero que hagas tu vida, Ronan...

—Mi vida ahora es hacer esta película y pasar tiempo contigo.

El tono de su voz y la electricidad que invadió el aire me dieron a entender que él estaba lleno de ese anhelo tan nuestro. De esa necesidad de permanecer cerca. Siempre al alcance del otro.

—Ronan.

—¿Qué? —preguntó él con sus preciosos ojos entornados.

—No nos hagas esto, ¿vale? Estoy aquí para actuar. Estoy feliz y agradecida de poder estar en tu película, pero lo nuestro fuera de la relación director-actriz no existe.

Él enterró una mano en su mata de pelo y yo me erguí en mi asiento para mostrar seguridad.

—Una vez lo intentamos. No funcionó y pasó el tiempo.

Su bufido desesperado rajó el ambiente.

—No, joder, Del. No lo intentamos —replicó.

—Es verdad. No lo intentamos. Por ti.

Ronan tuvo que contener su desacuerdo escondiéndolo detrás de una respiración que dilataba las aletas de su nariz. Detrás de unos ojos que me miraban con un coraje que no se iba a permitir verbalizar. Porque él sabía lo que había pasado.

—No quiero que te sientas mal —le expliqué—. Somos adultos. Y tengo muchas ganas de hacer esta película. ¿Estamos en el mismo barco, Ronan O'Connell?

Observé cómo todo él se envolvía en una capa de resignación. Y por fin pude apartar la mirada de esa boca que me llamaba cada vez más y más fuerte.

—Lo estamos, Del —respondió él al cabo.

9

TRABAJO DE FONDO



Ronan

—Tim —grazné—, ¿sabes ya algo de Delilah?

El hombre carraspeó a través de la línea telefónica.

—No, Ronan —contestó, molesto—. Aún no sé nada. Eres consciente de que me has llamado hace cinco minutos, ¿no?

—Lo soy, pero estoy la hostia de preocupado. Se fue por la mañana y aún no ha llegado. Son las once.

—Ya te di su número, chaval.

—¡La he llamado diez veces y sigue apagado! ¿Seguro que es ese?

—¿Por quién me tomas? ¿Eh? —exclamó elevando el tono—. Además, ya es mayorcita, Ronan.

El sonido de la llave entrando en la cerradura se coló entre la tensión del momento y prácticamente volé hacia la puerta.

—Te dejo.

Colgué a Tim y fui yo quien tiró del pomo para abrir de par en par. Delilah, vestida con su chubasquero blanco empapado y con la

capucha puesta, estaba frente a mí. Le recorrí el rostro buscando algún tipo de daño o alguna señal diferente, pero me choqué con su sonrisa ladeada. Tenía las puntas del pelo mojadas y varias gotas de lluvia se deslizaban por el puente de su nariz.

—Hola.

—¡¿Se puede saber dónde estabas?!

—Eh... —Me aparté para que entrara y la seguí hasta el comedor —. Se me ha hecho un poco tarde...

—¡Te he llamado al menos diez veces!

Se plantó enfrente de la cocina y observé cómo se sacaba el teléfono móvil del bolsillo. Pulsó la pantalla, pero esta no se iluminó.

—Se habrá quedado sin batería —dijo mientras se quitaba la capucha—. Lo siento.

—Del... —Me peiné el pelo con los dedos de un modo compulsivo —. Estaba preocupado, joder...

—Solo estaba haciendo trabajo de campo.

—¿Trabajo de campo? —¿Qué cojones quería decir?—. ¿Dónde estabas?

—He ido a Ballyfermot —me dijo como si nada.

—¿Qué tú has ido *adónde*?

Nos sostuvimos una tensa mirada durante un rato que me pareció el verdadero infierno. Estaba a un paso de perder los nervios de manera definitiva.

—He ido a Ballyfermot —repitió, presa de una calma que a mí me hacía arder—. Necesitaba documentarme y visitar ese tipo de barrios para comprender a mi personaje. Nunca había estado en un lugar así, no sé nada sobre la dinámica de la gente ni de los jóvenes. Es trabajo de fondo, tú eres el del *método.* ¿Acaso no entiendes que un actor necesita investigar y observar?

Los ojos se me iban a salir de las órbitas. Me llevé una mano al pecho y fui directamente hasta el fregadero para servirme un vaso de agua. Intenté calmarme, de veras que lo intenté. Pero cuando me volví hacia ella y la vi con todo su cabello corto y dorado, sus pendientes de oro y esa expresión inocente en el rostro, mi contención se piró de vacaciones.

—¡¿Me estás diciendo que has ido a uno de los barrios más peligrosos de Dublín para prepararte un personaje?! —grité.

Y ella no se encogió.

—¡Sí! —exclamó Delilah con un gesto amenazante—. ¡Eso es exactamente lo que he dicho!

—Puedo tolerar que te pases la mayor parte del día en esa habitación, bebiéndote libros y viendo documentales de testimonios reales sobre las drogas. ¡Sí! Puedo tolerar que me rehúyas cuando te quiero invitar a salir. Que prefieras estar sola, pasear sola, almorzar sola. Que quieras estar tú y el guion por encima de todo lo demás. Oh, claro que puedo tolerarlo. Aunque tu indiferencia me esté matando por dentro. Porque en cierto modo me lo merezco, joder. ¡Pero que te vayas a un lugar tan peligroso y lejos de aquí, no! ¡Y menos sin avisar!

Delilah se quedó paralizada a unos metros de distancia, la misma distancia que comenzó a restar dando pequeños pasos hasta que nos quedamos enfrentados a cada lado de la isla.

—¿Se puede saber quién te crees que eres para decirme lo que tengo que hacer? —preguntó.

Lástima que a esas alturas ya me diera absolutamente igual todo. A la mierda.

—Soy el que está al mando de este proyecto. Y de ti. Eres una de las personas más famosas del mundo... ¿Qué crees que habría pasado si te hubieras cruzado con la persona equivocada? ¡¿Eh?!

—¡Los vecinos me han abierto sus puertas y han sido muy amables conmigo!

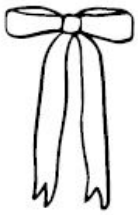
—¡¿Que qué?! —Aluciné y empecé a hiperventilar.

—¡Y ya soy mayorcita para tener a un puto niñero a mi alrededor todo el tiempo! ¡No te conviertas en Tim, coño! —protestó apuntándome con un dedo—. Eres el director de la película, así que céntrate en hacer bien tu trabajo, que yo haré el mío.

Me dejó sin palabras, al borde de la mayor discusión que habíamos tenido nunca. Porque lo cierto era que estaba hastiado de que Delilah no reparara en mí, de que no me mirara siquiera. De que no quisiera incluirme en su pasión por esto. De que no me dejara expresarle el cariño que yo le seguía profesando. Que no me permitiera, ni siquiera abriendo un solo resquicio de su confianza, confesarle mi amor. Ese que no había desaparecido y que estaba fuera de control desde que la había visto entrar en el pub. Desde que se alojaba en mi casa y convivía con su puto aroma a canela impregnando cada rincón.

10

VOLVER A CREER



Delilah

De: Delilah Williams (DWilliams@mail.com)
Para: Jane Brown (Jane.Brown.pa@mail.com)
Enviado el: 17 de junio, 23:17
Asunto: Una experiencia inolvidable

¡Jane!

Todo va genial por Irlanda. Ayer no pude contestar al teléfono. Estoy dentro de un proceso creativo muy intenso y le dedico muchas horas, ya sabes...

Te escribo para contarte que hoy he tenido una de las experiencias más locas de mi vida. Para documentarme y experimentar de primera mano, he visitado un barrio marginal de Dublín... Me he visto rodeada de vecinas cotillas que me han contado (con todo lujo de detalles) las vidas truncadas de muchos de los jóvenes que viven en el barrio. Ha sido intenso, emocional y bastante crudo. Pero cuando volvía en el taxi he sentido muy dentro de mí que estaba haciendo lo correcto. Quiero dar voz a esas personas que no pueden alzar la suya. Y este es el mejor personaje para conseguirlo.

¡Hablamos pronto!

P. D. Ronan se ha pillado una rabieta porque no le avisé de que llegaba tarde. Tampoco le conté adónde iba...

Bs,

Delilah

11

AL PACINO, Y ELLA



Ronan

Toc, toc, toc.

Llamé a la puerta de su habitación después de haberme pasado la última media hora dándome auténticos puñetazos mentales. Era evidente que me había propasado con la reprimenda. Ella era mayor de edad y, además, no quería saber nada de mí más allá de lo meramente profesional. ¿Por qué iba a informarme entonces de sus planes?

—Pasa —me invitó su voz desde el interior.

Cuando abrí la puerta me la encontré tumbada en el sillón rojo con el guion en la mano. Las páginas estaban separadas y manoseadas, por lo que el manuscrito parecía tener un grosor mucho mayor. Y admito que me pellizcó por dentro comprobar que Delilah no se separaba de algo que yo había escrito.

—Lo siento mucho —me disculpé cortando el hielo—. De verdad, me he pasado. Lo siento.

—Vale.

Delilah cerró el guion y lo dejó sobre la mesita de al lado.

—¿Te apetece...? ¿Te apetece ver una película? —Me miró en medio del silencio y yo me arrugué por dentro—. En realidad, es una de las referencias que tengo a la hora de hacer esta película...

—Vale. —No le hizo falta saber nada más para saltar del sillón y apresurarse a salir por la puerta para seguirme.

Al llegar al salón, yo también me di prisa en coger el mando y poner *Pánico en Needle Park*, de Jerry Schatzberg. Nos sentamos en el sofá y dejamos que la película pasara por nosotros mientras la oscuridad nos sumergía en su quietud. Ya me sabía la cinta de memoria, cada escena, cada plano, cada diálogo entre los protagonistas... Así que me concentré en observar cómo Delilah reaccionaba a cada una de esas cosas. Por fin comprendí que no era que no la hubiera olvidado en todos esos meses en los que no habíamos sabido el uno del otro, sino que ahora, al tenerla frente a mí, junto a mí, me estaba enamorando todavía más. Y, al parecer, estaba cayendo de un modo demasiado profundo, porque cuando su hombro rozó el mío sin ninguna intención temblé como una hoja ante una ventisca. ¿Qué cojones iba a hacer?

—¿Qué...? ¿Qué acabo de ver? —murmuró Delilah un rato después ante una pantalla negra que indicaba que la película había terminado.

—Al puñetero Al Pacino en el mejor papel de su vida.

Ella me miró con una perplejidad desbordante surcándole ese ceño que yo me quería tatuar en el puto corazón. Le brillaban los ojos. Le temblaba un poco el cuerpo.

—Ha sido increíble —reconoció—. Pero creo que necesito recuperarme.

La sorpresa me trepó por la garganta y me obligué a permanecer callado durante el rato que le llevó calmar su respiración mientras yo... mientras yo la observaba sin más.

—He echado de menos esto —solté—. Tú y las películas...

—Yo también.

Y ya no pude reprimirme más. En un impulso lento, alcancé su mano, la acogí entre las mías y empecé a acariciarla con la punta de los dedos. Su piel estaba fría, la mía ardiendo, y solo quería que sintiera todo mi amor sobre la palma de su mano.

—Ronan... —sus dedos apresaron los míos deteniendo mi vaivén —, es mejor no mezclar las cosas cuando tenemos tanto entre manos. Estamos al mando de un gran proyecto.

Con un movimiento temeroso, me aparté de ella y me recosté contra el respaldo del sofá. No podía mirarla. En parte porque tenía razón. En parte porque su rechazo me había arañado el corazón.

—Está bien —cedí—. Solo déjame decirte que para mí esta película lo es todo. ¿Sabes por qué la escribí? ¿Por qué siento la inmensa necesidad de llevarla a la pantalla?

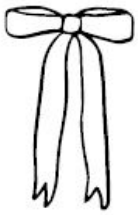
—¿Por qué? —Sus ojos me escuchaban, atentos, preciosos, de ese verde o de ese azul aguamarina.

—Porque creo que la mejor manera de honrar a alguien es convirtiéndolo en arte. Y quiero convertir a mi madre en arte.

Delilah me abrazó antes de que mis párpados se plagaran de lágrimas.

12

LOS OJOS MÁS TRISTES DEL MUNDO



Delilah

En el interior, el centro de acogida no tenía nada que ver con el edificio bajo de color amarillo y rodeado por un jardín que habíamos visto a la entrada. Dentro, el color gris de las paredes se había impuesto y las ventanas escaseaban. Era la primera vez que estaba en un lugar como ese, por eso pensaba que era imprescindible conocerlo para saber más sobre mi personaje. Tragué con pesadez cuando recordé el poco entusiasmo que había mostrado Ronan cuando el día anterior le había pedido que me llevara allí. Él me había dicho que no hacía falta, que con los recuerdos y las vivencias que había compartido conmigo era más que suficiente. Pero le insistí, tanto que terminó por aceptar y acelerar nuestra visita.

No es que el sitio estuviera mal o descuidado, pero sí me pareció que era un sitio desprovisto de identidad, de esas cosas indefinibles e invisibles que determinan lo que es un hogar. Allí no había un aroma propio, solo un olor lejano a humedad que, junto con la poca

luz que se filtraba del exterior, le atribuía al lugar una atmósfera desoladora.

Las paredes del pasillo por el que avanzábamos Ronan y yo estaban vacías y el ruido de fondo que nos llegaba de las otras estancias me hacía suponer que allí el silencio no tenía cabida. Nunca había estado en un centro de acogida, pero aquel me pareció un establecimiento frío en el que ningún niño desearía vivir.

Cuando llegamos a un recibidor que salvaguardaba un par de despachos conectados por cristaleras, Ronan me buscó con la mirada. Debió de verme la desazón reflejada en el semblante porque antes de llamar a una de las puertas me dijo:

—No es tan malo como parece, Del.

—Fue aquí donde estuviste, ¿verdad?

—Sí —admitió—. Y sé que no es acogedor, ni cálido, y que obviamente es difícil adaptarse a un entorno como este, pero me trataron bien...

La noche anterior, Ronan me había contado que había pasado algo más de un año en uno de esos centros en su adolescencia antes de que una familia lo acogiera, y que aquella etapa no había sido nada fácil para él. Pero ya no era ese niño, ahora era un hombre exitoso a punto de llamar a la puerta de un despacho, aunque yo podía vislumbrar la tristeza invisible que se le había instalado en los ojos.

Una voz nos invitó a pasar desde el interior y lo seguí hasta que estuvimos sentados frente a una mujer mayor que miraba a través de unas gafas de las que colgaba una correa de sujeción.

—Ronan —lo saludó atenazando sus arrugas con una sonrisa centelleante—, ya me comentó Sophie que ibas a venir hoy.

—Hola, Bertha —respondió él—. Ella es Delilah, la actriz que va a protagonizar mi película.

La mujer me tendió la mano por encima del escritorio y yo se la estreché con amabilidad.

—Encantada de conocerte, Bertha.

—Muy bien, contadme, chicos —dijo con ganas—. ¿Qué os trae por aquí?

—Delilah quería conocer de primera mano cómo funcionan este tipo de centros en Irlanda, para tener una idea más clara del contexto de la historia y de mis primeras vivencias aquí...

—Bueno... —comenzó a hablar la mujer—. Tengo que empezar diciendo que en este país el sistema de protección de menores está muy controlado y que normalmente el modelo que se prioriza por encima de los demás es la acogida familiar del menor, pero también existen centros residenciales como este donde los menores se instalan mientras su situación se regula y se normaliza. Aquí contamos con un equipo de trabajadores sociales muy profesionales que se aseguran del cuidado de los chicos, de velar por su seguridad y sus derechos. También ingresan niños que tienen otro tipo de problemas y para los que es un poco más complicado buscar un hogar...

—¿Qué tipo de problemas? ¿Y cómo ayudáis a esos niños desde aquí? —me atreví a preguntar.

Con el rabillo del ojo, vi que Ronan me miraba.

—En todo el tiempo que llevo trabajando en el centro, y ya son muchos años..., nos hemos encontrado con todo tipo de situaciones. Hay menores que vienen de un entorno familiar muy inestable pero que bajo ninguna circunstancia quieren separarse de sus padres, por lo que es complicado hacerles entender, a esas edades, que aquí velamos por su bien... —Asentí, atendiendo a Bertha con los cinco sentidos—. A veces nos llegan niños y niñas que han estado en situaciones traumáticas y de cambios constantes a lo largo de su

vida y, por eso, acaban llenos de inseguridad. Y un porcentaje bastante alto de ellos arrastran problemas psicológicos durante toda su vida. Luego tenemos a menores que se quedan huérfanos y no tienen la opción de que un familiar los acoja, como era el caso de Ronan... —Lo miró con una sonrisa prudente mientras yo me preparaba para preguntar de nuevo.

—¿Y trabajáis mano a mano con psicólogos que ayuden a los menores a afrontar esas dificultades?

—Por supuesto. Estamos en constante contacto con médicos psiquiátricos, psicólogos y abogados que velan por su salud y sus intereses. Y su trabajo resulta fundamental.

—¿Es duro despedirse de esos niños que durante un tiempo han dependido de vosotros?

—En parte, sí, tal vez... Siempre nos ponemos contentos cuando acogen a los niños, por supuesto. Es cierto que te quedas con la pena de no saber más de ellos, como con Ronan. —Bertha se quitó las gafas y se miró las manos, pensativa—. Pero es mucho peor ver cuando un chico de dieciocho años, que aún no está preparado para afrontar la vida, pierde toda la ayuda pública y tiene que salir por esa puerta...

Hasta ese momento no había pensado en aquello. En esos niños que de repente se veían lanzados a una vida en soledad sin ningún apoyo. Y miré a Ronan, que había fijado su atención en uno de los tablones que bañaban aquel despacho. Quizá su pasado seguía con él. Seguro que así era, igual que el mío aún me perseguía algunas noches. Y de pronto caí en la cuenta de que, para aquella película, Ronan estaba rememorando cada episodio de su desafortunado pasado. Un pasado que le dolía, que había significado tanto para él, que lo había moldeado de un modo atroz. Para él, esa experiencia había sido real. No como para mí, que quería indagar más y más,

conversar y curiosear al borde de unas vidas que me resultaban lejanas. Pero Ronan había tenido que bucear mucho en su interior, en sus recuerdos, descubrirse sus capas una a una. ¿Cómo le habría afectado eso?

Alguien llamó a la puerta y, un segundo, después, abrió. Una mujer de mediana edad con un uniforme celeste buscó a Bertha con la mirada.

—Bertha, nos necesitan dentro de un rato para un nuevo ingreso —anunció soplándose el flequillo para aliviar su sofoco.

—Muy bien, Kristin. Termino de enseñarles rápidamente las instalaciones y estoy con vosotros. —Bertha se levantó de la silla y nos habló directamente a Ronan y a mí—. ¿Me acompañáis, chicos?

Durante un rato, seguimos a Bertha con diligencia mientras nos mostraba los entramados de aquel centro y su funcionamiento. Nos condujo a través de un gran comedor donde almorzaban y cenaban los que vivían allí, hasta que llegamos a una sala con varios sofás viejos y mesas de tamaños desiguales repartidas por la estancia. Nos dijo que aquella era la sala de estar, donde jugaban, donde se reunían a descansar y donde veían la pequeña televisión que colgaba de lo alto de una de las paredes. También nos enseñó un par de aulas con pupitres verdes y una pizarra en el frente, que era donde se impartían algunas clases y talleres. Atravesamos los pasillos donde se encontraban los baños y que conducían a las habitaciones. Bertha nos mostró un par de ellas que en ese momento estaban libres. Se trataba de unos pequeños habitáculos con una ventana, varias literas, un par de escritorios y un armario compartido.

Mientras Bertha y Ronan continuaban hablando y poniéndose al día, se me iba formando un nudo en la garganta que cada vez sentía más y más enredado. Más y más grande a cada minuto que pasaba allí dentro. Los chicos y las chicas con los que me había cruzado eran diferentes entre ellos, en cierto modo. Pero todos tenían algo en común que me había llamado la atención: parecían mucho mayores de lo que eran. Y de aquello se trataba todo. La vida golpeando fuerte a alguien cuyo cuerpo aún ni siquiera ha terminado de estirarse.

Me pareció injusto.

Y notaba cómo algo rugoso e incómodo se fraguaba lentamente dentro de mí.

Lo siguiente que supe fue que estábamos en la puerta y que Bertha se despedía de nosotros. Tuve que reaccionar poniendo buena cara y volviendo a la carga con otra de mis preguntas:

—¿Cómo era Ronan de adolescente, Bertha? —dije con un amago de sonrisa que no sentía.

—Era especial —contestó—. Igual que todos nuestros chicos.

La mujer se despidió con premura y nos dejó en el exterior de aquel centro, delante de la fachada de color amarillo. Ronan no tardó más de un segundo en percatarse de que algo me sucedía.

—¿Del? —me llamó, quedándose frente a mí y mirándome a los ojos—. ¿Estás bien?

—Sí... —murmuré—. Es solo que... No sé, nunca me he parado a pensar en nada de esto, y me siento mal por no haber sido consciente.

—No es tu culpa...

—Ya lo sé, Ronan. Pero es injusto. Lo que te pasó también lo fue.

Ronan me miró con el ceño fruncido mientras una preocupación naciente me aceleraba la respiración, hasta que me percaté de que

estaba a punto de hiperventilar.

Aparté la vista y observé el horizonte que encerraba una calle secundaria en la que había un par de coches aparcados. Necesitaba hacer desaparecer el nudo. El nudo que lo contenía todo. El nudo que sabía que podía ser útil para interpretar a Mona. Un nudo que tal vez no olvidaría jamás. Enterré la mano en mi bolso y saqué un cigarro. Lo encendí, le di una calada y empecé a negar.

—Voy a traer el coche, ¿vale? Tú espérame aquí —me avisó Ronan.

Yo ya me había olvidado de él, caminando de un lado a otro como me encontraba, perdida en mis propios pensamientos. Las caladas me hacían permanecer en una realidad a la que no estaba sujeta, y poco a poco me fui calmando.

Apoyé la espalda en la pared de la fachada y respiré hondo durante un minuto. Cerré los ojos y, cuando los volví a abrir, un coche se detuvo en la carretera frente al jardín. Pero no era el de Ronan. De él se bajaron un par de policías y una mujer trajeada y con el pelo recogido que sostenía varias carpetas en la mano. Los observé mientras sacaban a alguien de aquel vehículo. Se dirigieron hacia el centro mientras la mujer miraba hacia atrás para comprobar que ese alguien la seguía. No fue hasta que estuvieron a unos metros de mí cuando lo vi.

Y el nudo se me hizo más grande.

Un niño de unos cinco o seis años, con unas piernas demasiado delgadas y con el pelo demasiado largo, caminaba con la cabeza agachada y con un cabestrillo envolviéndole un brazo. El cuerpo se me tensó contra la dureza de la pared y el nudo ya era gigante. Tanto que parecía un collar de hierro fundido apretándome el cuello. La mujer sacó un papel de una de las carpetas y empezó a leerlo mientras continuaba caminando.

—Vamos, chico, ya casi estamos —le apuró con cariño.

Entonces el niño levantó la cabeza y lo vi. Gran parte de una de sus mejillas estaba de un color morado casi negro, y su labio inferior estaba hinchado y enrojecido. El collar me apretó el cuello aún más cuando me pregunté quién podría haberle hecho eso a aquel niño. Era diminuto, tan diminuto que sus zapatos parecían cinco tallas más grandes que sus pies.

Cuando los adultos que lo acompañaban llegaron a mi altura y se pararon ante la puerta de entrada, aquel niño giró la cabeza en mi dirección y me clavó su mirada vacía y ausente. Y el collar sobre mi garganta, que no paraba de apretar más y más, se convirtió en unos preciosos y enormes ojos azules, unos ojos que eran un vistazo al fondo del mar y que también eran los ojos más tristes del mundo.

13

SOBREVIVIR ES UN ARTE



Ronan

Verla así me tenía jodido. Delilah estaba tumbada en el sofá, encogida en una postura que la hacía parecer vulnerable, abatida. Desde que habíamos llegado a casa, me había estado martirizando por dentro por haber cedido a su idea de visitar el centro de acogida que había sido mi hogar hacía años. Cuando regresé en el coche, la había encontrado en un estado lamentable, con la cara pálida y el cuerpo tembloroso, al borde de un ataque de pánico. A partir de entonces, no habíamos cruzado más de dos palabras. Escuchar de boca de una trabajadora social las dificultades y las situaciones a las que se enfrentan algunos niños podía desestabilizar a cualquiera, sobre todo cuando era la primera vez que te enfrentabas a algo así. Aunque para mí no era la primera vez, yo incluso había estado en una situación similar, y aún me afectaba. Siempre me iba a afectar. Sin embargo, de cara al exterior, tenía que mantener la compostura.

Por Delilah. Tenía que tranquilizarla, atenderla, intentar que estuviera bien y que aquello se quedara solo en un mal trance.

Saqué la botella de agua del frigorífico y llené un vaso. Me acerqué al sofá y me senté en el extremo, recogiendo sus piernas para colocarlas sobre mi regazo.

—¿Estás mejor, Del? —le pregunté mientras le ofrecía el vaso de agua.

Delilah ladeó la cabeza y me miró intensamente. Asintió con un movimiento suave, casi imperceptible y, cuando bebió un trago, se irguió y se sentó frente a mí. Dejó el vaso en la mesita de al lado y yo empecé a acariciarle la pierna porque quería cuidarla y ofrecerle todo mi cariño. Porque ella había estado tan rota como yo. Ella sentía tanto como yo. Ella era empática hasta un nivel que yo no conocía. Y porque sus ojos estaban quebrados, como ausentes.

Tres noches después, la encontré en la cocina, asomada a la ventana mientras se fumaba un cigarrillo. Últimamente me costaba horrores conciliar el sueño, porque el rodaje estaba cada vez más cerca. Y también porque no había cruzado más de tres saludos con Delilah desde la visita al centro. No quería verme. Ni tenerme cerca. Era una situación que me superaba y que no sabía cómo solucionar. No tenía ni idea de cómo dinamitar el puñetero muro que había alzado de nuevo ante ella.

—Ey —la saludé en medio de la silenciosa madrugada.

—Ey.

Llegué hasta el fregadero, abrí el grifo y volví a cerrarlo. Apoyé la cintura en la encimera y la observé. En su pijama claro, la delgadez se atenuaba más, y la mirada que tenía clavada en el cielo mientras

daba una calada me decía que por su mente pasaban profundos destellos.

—¿Qué haces aquí tan tarde? ¿No puedes dormir? —le pregunté, rezando por que contestara con más de una palabra.

Ella se giró y se recostó en la pared, mirándome. Estaba tan preciosa que no pude evitar quedarme contemplándola más de la cuenta.

—Estoy terminando de ajustar algunas escenas —anunció ella mientras empezaba a recoger los papeles esparcidos por la isla—. Han sido unos días un poco intensos.

—¿Por qué huyes de mí, Delilah?

A esas alturas, veía imposible arreglar nada, así que quise atajar aquello de raíz.

—¿Por qué dices eso?

—Casi no nos hemos cruzado en estos días. Y, cuando lo hemos hecho, no me has hablado más allá del saludo. Como si fuéramos dos putos desconocidos. —Ella apartó los ojos de mí y ya no quise parar, porque tenía un nudo en la tráquea—. No quiero que estés mal aquí, Del. Ni que te veas obligada a hacer algo que no quieras hacer. Ni siquiera soportas mirarme.

—No es eso, Ronan... —balbuceó con nerviosismo—. Solo...

Genial. Ahora me estaba mirando, pero no sabía qué decir. Y ella nunca se quedaba sin palabras.

—Si quieres abandonar el proyecto, lo entenderé —logré soltar por fin, porque aquello llevaba días carcomiéndome por dentro.

—¿Qué? No. No —negó ella con decisión—. Solo es que estoy muy comprometida con todo esto, tanto que me estoy olvidando de lo demás...

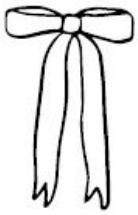
Entonces sus ojos reclamaron los míos con un atisbo de ese brillo inquieto y omnipresente tan característico de Cathy. Y algo denso y

caliente me tocó el vientre.

—Quiero hacer esta película. Y quiero hacerla contigo, Ronan.

14

BAILAR DESNUDA BAJO LA LUNA



Delilah

Actuar era como recorrer un sendero sin mirar atrás. Un manto de flores deslizándose lentamente por la superficie de un río. Actuar era como invocar unas alas. Blancas, aterciopeladas, imposibles. Y volar con ellas convertida en otra persona. Era tener fe, creer en algo, resistir cuando todo se derrumbaba a tu alrededor. Era preguntarse por qué y no encontrar una respuesta. Era una reunión de cicatrices. Las suyas y las tuyas, solapándose para que encajasen.

Actuar era la propia vida colocándote al borde de un descomunal precipicio. Era la ausencia de red debajo de él.

Y saltar de todas formas.

Era vivir. O morir.

Era crear un canto dirigido a la niña que un día habías sido.

Actuar era un abismo. Internarse en él.

Al entrar en el set, todos me saludaron con un respetuoso silencio. Pero yo ya no recordaba quién era. Me había cosido dentro otro

corazón, y notaba una sangre distinta inundando cada una de mis arterias. El personaje había conquistado mi mente, y todo mi ser.

Había tenido que alejarme de eso para comprender cuánto lo amaba.

Porque yo amaba, amaba, *amaba* actuar.

Tal vez ese era mi «para siempre».

Mi pedazo de eternidad llamando a la puerta.

15

COMO LA SEDA



Ronan

Llevábamos una semana de rodaje y todo iba como la seda. Los plazos se cumplían. El equipo de cuarenta y siete personas funcionaba como un verdadero engranaje bien engrasado, se entendían entre ellas y habían establecido conmigo, el director, una relación cercana. Todos remábamos en una misma dirección. Todos perfectamente compenetrados. Todos entregados a la historia que queríamos contar. La cantidad de horas que le había dedicado al proyecto en los últimos meses había merecido la pena. Porque estaba rodando *Leyes del submundo* y se estaba convirtiendo en la mayor terapia para comprender la soledad y el vacío que me había dejado mi madre al morir.

Estaba transitando un viaje que hablaba del duelo y también de cómo la compañía de las personas adecuadas podía empujarte a superarte cada día. Había dejado atrás el temor y la desconfianza provocados por la inexperiencia y sencillamente estaba *haciéndolo*.

Tirándome a la piscina con el riesgo de estrellarme. Lo hacía con dudas. Lo hacía con inseguridad. Lo hacía con miedo. Lo hacía con el corazón expuesto a constantes imprevistos y sobrecargado por las emociones. Pero lo hacía, al fin y al cabo, y me sentía orgulloso cuando cada noche caía exhausto sobre la cama.

Pero entonces, Delilah había llegado al set y todo se había enredado dentro de mí. El equipo la había acogido con un cariño directamente proporcional a como ella los trataba en el día a día. Su puñetera profesionalidad me ponía los pelos de punta a cada instante. Sus ojos conquistando cada plano que yo observaba a través de mi pantalla me hacían sumirme en un estado de embriaguez difícil de sobrellevar.

Porque sí. A cada día que pasaba, yo la deseaba aún más. Yo la quería aún *más*.

A pesar de que ella no hubiera intercambiado ninguna palabra conmigo desde aquella madrugada.

En los últimos días, solo habíamos cruzado un par de comentarios técnicos dentro de la marabunta que era la grabación de una película: «Sí», «Muy bien», «Esa toma ha estado increíble», «Cuidado con ese foco al pasar», «Muchas gracias, Del». En cada una de las escenas, ella estaba llevando a cabo un trabajo magistral. Todos nos encontrábamos encandilados por cómo estaba afrontando su personaje, por cómo lo habitaba. Cómo a veces no tenías ni idea de a quién te estabas refiriendo cuando hablabas: si a Delilah o simplemente a Mona. Y eso en parte me preocupaba, porque ella siempre solía salir del personaje cuando la cámara dejaba de grabar. Pero esta vez... esta vez yo sabía que había algo diferente.

Aunque al final todo se terminaba escondiendo detrás de la increíble actuación que nos estaba ofreciendo. Porque cuando un actor se transformaba en otro ser, sabías que había encontrado la

grandeza. Y yo me sentía feliz. Feliz por ella. Por su regreso. Por la enorme pasión que Delilah experimentaba por la interpretación. Pero eso no impedía que mi corazón sufriera por su indiferencia.

Ella se mantenía lo más alejada posible de mí. En casa, ni siquiera desayunaba conmigo, sino que bajaba a una cafetería del barrio. Tampoco habíamos compartido ninguna película más. Quizá Delilah las seguía viendo en su habitación. Yo, desde luego, no lo hacía. Y en el set simplemente se había encargado de apoderarse de cada rincón y de no quejarse cuando las cosas costaban un poco más y perdíamos demasiado tiempo entre secuencias. Y de establecer las mejores de las relaciones con Declan, el otro gran protagonista de la película.

Declan era el niño de diez años que interpretaba al hijo de Mona. Dicho de otro modo, me interpretaba a mí cuando era pequeño. Lo había elegido entre los miles de participantes que asistieron al casting que habíamos llevado a cabo para la película. Su picardía y la tremenda fotogenia de un rostro infantil plagado de pecas, combinado con la profundidad de su mirada, habían puesto las cosas fáciles a la hora de decidir. Él no había actuado nunca, por lo que todo aquello le parecía algo descomunal y desconocido. Así que yo había dedicado la mayor parte del tiempo a hablar con el chico, a ofrecerle las instrucciones como si se trataran de auténticos juegos, a explicarle una y otra vez las escenas más difíciles de enfrentar. Había entablado una relación estrecha con él, y también con su familia, para que todo fuera más cercano. Pero había llegado Delilah y se había convertido de la noche a la mañana en su favorita.

Ella se había implicado en ayudar al niño a dar lo mejor de sí, a que aquello no pareciera un trabajo, sino un lugar al que ir a pasarlo bien. Como el buen profesional que también era, yo ya le había dado las gracias por ello. Lo cierto era que mantenían una dinámica que

ayudaba a reflejar con realismo esa relación especial entre madre e hijo en la pantalla.

Resultaba que Delilah también había demostrado ser una experta en eso.

Pero quizá ese día me habían echado sal a mi primer café, porque, en medio de un descanso de menos de una hora para preparar el siguiente decorado, me escamaba de un modo distinto que ni Declan ni Delilah tuvieran ojos para mí. Los dos se encontraban en una esquina de la estancia jugando a piedra, papel o tijera, y alardeando de su buena relación. Y yo solo era un puto viejo cascarrabias sentado en su silla de director, colocándose a cada tanto las gafas sobre el puente de la nariz.

¿Estaba celoso de un niño de diez años? Probablemente.

Llegó un momento en el que el cansancio de las semanas me cayó encima como una plaga de langostas.

—¡Eh! ¡Del! —la llamé alzando la voz por encima del ruido que provocaba el equipo al trabajar—. ¿Puedes acercarte un momento?

Ella ni siquiera tuvo la decencia de mirarme, pero debió de escucharme alto y claro porque en dos segundos se plantó frente a mí.

—¿Y bien? —preguntó.

Los ojos gigantes, el pelo echado hacia atrás, las marcadas ojeras que eran características de su personaje y los labios pintados de rosa. ¿Con quién tendría el placer de hablar esta vez?

—Sabes que no tienes por qué estar todo el rato con Declan, ¿verdad? Dispone de un asistente de dirección que está pendiente de él todo el tiempo.

—No me molesta, Ronan. Quiero hacerlo.

—Cuando hay un descanso, tú también tienes que descansar —la informé—. Veo lo duro que estás trabajando, Delilah. Es increíble, de

verdad, pero afloja un poco el ritmo. Aprovecha los espacios de tiempo para desconectar. Es un personaje difícil.

—¿Ya has terminado? —me preguntó, con una sonrisa plantada en la cara. Y ahora sí que parecía que era el propio personaje el que hablaba—. Voy a estar en la sala del fondo jugando al ajedrez con Declan. Seguro que te has dado cuenta del bien que nos hace mantener esta relación cercana para que la cámara capture la verdad.

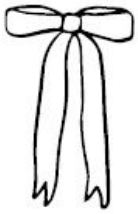
—No es necesario, Del. Te lo digo en serio.

—Tú a lo tuyo, que yo me encargo de lo mío, director —remarcó dándose media vuelta y mirándome por encima del hombro.

—¡Mi trabajo también es velar por ti y por todo el equipo! —exclamé trepando por la silla—. ¡No lo olvides, Del!

16

EL FUTURO



Delilah

Conocer a Declan y pasar tiempo con él había dado alas a esa idea futura de construir una escuela de interpretación para niños. Desde que había leído el guion de Ronan, entendí que el aspecto más importante de la historia era la relación entre madre e hijo. Por eso me había acercado tanto a aquel niño. Por eso estaba ayudándolo en el proceso de actuar por primera vez delante de una cámara. Por eso era tan importante para mí que Declan lo viviera como un juego, una jornada divertida, en lugar de un trabajo con presión y premura. Por eso y porque así yo también lo disfrutaba. Ese niño era la persona más avispada del planeta y aquello me mantenía en movimiento de una manera bastante demandante.

—El caballo se movía así, ¿verdad, Lilah? —quiso cerciorarse él con sus mejillas cubiertas de pecas.

—Justo. Aprendes muy rápido.

Observé el tablero de ajedrez que teníamos delante. Declan también era inteligente, según se podía apreciar por sus últimos movimientos. Deslicé uno de mis peones por las casillas para volver a cederle el turno a mi contrincante.

—Ayer le pregunté a mi madre si tú podías ser mi segunda madre, ¿sabes?

Me reí. Porque aquel chico era todo un portento.

—¿Y qué te dijo?

—Que si tú estabas conforme podías ser incluso la primera. —Me reí a carcajada limpia mientras él aprovechaba para hacer su próximo movimiento—. Mira, acaba de entrar el director. Te está mirando, aunque intenta disimular hablando con Abby. ¿Es verdad eso que me contó mi madre de que antes estabais juntos?

Casi me reí de nuevo. Porque la cara de Declan era una mezcla entre tener estiércol como plato principal y pasar veinticuatro horas recogiendo basura de un vertedero.

—Dile a tu madre que de eso hace muchísimo tiempo —logré responder, tragándome la sonrisa—. Él es tu director y el jefe de todo esto. Hay que respetarlo.

—¡Lo respeto, Del! —exclamó él con los ojos muy abiertos—. Pero me pone muy nervioso cómo te mira siempre. Me parece que sigue colado por ti.

—Jaque mate, Declan —le informé.

—¡¿Qué?! —Su grito repentino llamó la atención de todos los que estaban a nuestro alrededor.

17

ATRAVESAR LA FRONTERA



Ronan

Siempre existía un momento sagrado durante el rodaje de una película. Era cuando se grababa la escena más emblemática que aparecía en el guion. En el caso de *Leyes del submundo*, esa secuencia mostraba el regreso de Mona a su piso para caer en la tentación después de varias semanas sin consumir, no sin antes luchar contra ella misma durante unos aterradores minutos para intentar reprimirse. Era una escena difícil, bastante cruda, que además se iba a rodar en un plano secuencia largo y opresivo. La cámara seguía por todo el apartamento a Mona, en medio de un ataque de mono, y se quedaba anclada en su rostro, hasta que la locura ascendía a lo más alto y terminaba inyectándose un chute de heroína.

El operador de cámara estaba preparado, los eléctricos en sus posiciones bajo los focos de luz, y el ayudante de dirección esperaba una orden mía para llamar a Delilah. Pero yo quería darle todo el

tiempo que ella necesitara, a pesar de que ya había pasado más de media hora desde que se había encerrado en el camerino. Y empezaba a preocuparme. La tensión y el silencio que reinaban dentro del set por el respeto que profesábamos hacia esa escena tampoco ayudaban. Cuando me disponía a levantarme para ir a buscarla, la puerta se abrió y Delilah caminó hasta colocarse en su primera posición. Intercambió un par de palabras con el operador de cámara, asintió con la cabeza, y yo mandé prepararse a todos los demás.

Antes de gritar «¡Acción!», me detuve a observarla unos segundos y la garganta se me cerró. No podía tragar. Me impactó tanto su aspecto físico que me llevé una mano al pecho para intentar que mi corazón se tranquilizara. Las clavículas se le marcaban sobre la piel como si quisieran huir de su cuerpo, y tenía los pómulos más afilados que nunca. Era evidente que había adelgazado, pero hasta ese momento no había vislumbrado cuánto. La aguamarina de sus ojos estaba tan perdida dentro de ella que me pareció otro color, otro universo, algo lejano que ninguno de los que estábamos allí podía alcanzar.

Delilah esperaba que yo gritara la orden, clara y concisa, para comenzar a rodar la primera toma. Lo hice. Y los demás recibieron mis instrucciones y empezaron a llevar a cabo lo que habíamos ensayado hacía unas horas. Pero la desazón que notaba en mi estómago no se difuminó. En lugar de eso, se acrecentó mientras contemplaba a Delilah dentro del proceso interpretativo de aquella escena. Cuando en un set de rodaje la cámara empezaba a grabar, había un único mantra: el silencio. Pero en este caso el silencio, que solo era violado por los gruñidos, los aspavientos y las maldiciones de Delilah, se volvió algo demasiado abrumador para poder sentirse cómodo dentro de él.

La actriz iba de un lado a otro, con la cámara tras ella, abandonándose al movimiento enloquecido de su cuerpo, a la desesperación expresada en sus jadeos. Unos ojos desorbitados que buscaban un elixir que la dejaba al mismo filo de la muerte. Delilah abrió un cajón de golpe y luego se tiró del pelo como represalia. Cerró el cajón. Volvió a abrirlo. Volvió a cerrarlo. Se acostó en la cama y empezó a patalear, a gritar desesperada. Se cayó al suelo y se llevó una mano al cuello en un intento por asfixiarse mientras unas gruesas lágrimas se le desbordaban de los ojos.

Yo sencillamente me había quedado petrificado, sin poder reaccionar, asistiendo a ese momento en el que una actriz conseguía conectar con el trasfondo de la película y se lanzaba a un vacío del que no regresaba. Observé apesadumbrado cómo su mano se alzaba hasta el cajón y lograba alcanzar la cajita. Cómo luego empezaba a prepararse un chute con las manos temblorosas y el llanto mojándole la piel. Eché una ojeada a mi alrededor. Todos los integrantes del equipo estaban boquiabiertos, absorbidos por la escena tan potente que se estaba desarrollando ante nuestros ojos.

No me había dado cuenta de que mi respiración funcionaba a trompicones hasta que la aguja atravesó la trampa de piel que le habíamos maquillado en la cara interna del codo. Tenía ganas de caerme al suelo, de llorar yo también, de gritar. De volver atrás en el tiempo y pegarme un tiro en la mano para no escribir nunca este guion. Para no ver nunca a Delilah en esa situación. Porque yo la había puesto allí. Era tan real que el silencio se mantuvo después de que ella se desconectara de la escena y se quedara con la mirada fijada en el suelo.

Ni siquiera emití un «¡Corten!», solo caminé hasta donde estaba sentada con la espalda recostada a un lado de la cama y caí de rodillas. Sus ojos me miraron y yo perdí la razón de ser.

—Joder... —murmuré, absolutamente perdido—. Del... Eso ha sido... ¿Estás bien?

Estaba tan jodidamente preocupado que de repente todo encajó en mi mente: Delilah estaba yendo un paso más allá en este proyecto. No lograba salir del personaje y se estaba consumiendo. Ella asintió ante mi gesto de preocupación.

—Ha sido increíble —le dije—. ¿Te has lastimado? Déjame revisarte el brazo, te has pegado un buen golpe.

—No es nada —comentó ella con una voz que no era la suya—. Déjame cinco minutos para recuperarme y volvemos a hacer la toma dos.

—¿La toma dos? —Mi desconcierto sonó sincero—. No vamos a rodar otra toma. Ha sido perfecta. Y Mark está revisando el vídeo por si ha habido algún error con el foco. Pero ha sido inmejorable, Del.

Delilah levantó la cabeza y me arrolló con sus ojos enloquecidos.

—Vamos a hacer todas las tomas que necesite. Aún puedo dar mucho más, Ronan.

Tal como lo dijo, se levantó y desapareció de nuevo dentro del camerino. Y yo no pude replicarle nada. Después de aquello, hicimos otra toma más. Y otra. Y otra. Y otra más. Hasta que perdimos la cuenta. Todas eran espectaculares. Incluso algunos miembros del equipo me pidieron salir fuera porque no podían soportar un minuto más observando aquello. Yo les dejé porque no sabía qué hacer. Delilah había desaparecido y no sabía cómo hacerla regresar.

Entonces, en la última toma, repitió la misma danza enloquecida encima de la cama y, cuando le tocó tirarse al suelo, su frente impactó contra el pico de la mesita de noche y se desplomó sobre la alfombra.

Salté de la silla y, en menos de un segundo, tenía mi mano bajo su cabeza.

Sangraba.

Se había abierto una brecha en el nacimiento del pelo y tenía los ojos cerrados.

—¡¿Del?! —la llamé—. Tranquila, estoy aquí, ¿vale?

La chica de producción que se había convertido en la sombra de Delilah se sentó a nuestro lado. Los demás asomaron sus cabezas preocupadas por encima de nosotros, congregándose a nuestro alrededor en un silencio sepulcral.

—Toma. —Me tendieron una toalla que le presioné sobre la frente.

—¿Del? —la llamé de nuevo, y grité hacia atrás—: ¡Hay que llamar a una ambulancia!

Sus ojos se abrieron y se posaron sobre los míos. El alivio que me inundó rivalizó con mis ganas de empezar a destrozar todos los muebles de aquel lugar. Se había puesto en peligro. Yo la había puesto en peligro. Y ni siquiera había sido capaz de parar esa locura. ¿Qué mierda de director era?

—Tranquila, ya viene la ambulancia.

—¿¡Qué!? —gritó alzando una ceja y arrugándose por el dolor—. ¡No voy a ir al hospital! ¡Hay que hacer una toma más, Ronan! Esta puede valer porque el golpe habrá quedado increíble en cámara, pero no tenemos grabado el final...

El mundo se derrumbó bajo mi cuerpo y seguí presionando la toalla contra su frente. ¿Acaso se había vuelto loca...? Aquello tenía que parar, joder.

—Nos vamos a ir al hospital ahora mismo, Del. Digas lo que digas.

—¡Me dijiste que tenía poder de decisión!

—Sí. Lo tenías. Hasta que has decidido que es más importante una puñetera escena que tu propia seguridad. Te has dado un buen

golpe.

—¡Déjame levantarme ahora mismo!

—No es buena idea, Del... —la avisaron desde atrás—. Podrías marearte y caerte de nuevo.

—Entonces podría utilizarlo en la propia escena.

—¡¿Quieres parar, joder?! —le pedí con el tono más duro que había utilizado hasta el momento.

—Pero, Ronan...

—Voy a cogerte y voy a llevarte al hospital para que te examinen ahora mismo. Y, como te atrevas a contradecirme, no vuelves a entrar por la puerta de este set. ¿Lo has entendido?

Movió la cabeza levemente para asentir y luego, arrugando los labios, se llevó un dedo hacia donde se encontraba la herida.

Tres horas después, aparqué en el garaje de mi edificio. Saqué las llaves del contacto, me recosté sobre el asiento y suspiré profundamente, como si me hubiera quitado de encima un bloque de cemento.

—¿Ves cómo no era para tanto, señor director? —ironizó Delilah desde el asiento del acompañante—. Solo han sido tres puntos y ni siquiera me va a dejar cicatriz... Y, como está justo debajo del pelo, tampoco habrá fallos de rácord ni nada por el estilo.

Giré la cabeza y me encontré con esa sonrisa suya tan espectacular, a la que obviamente no correspondí con ninguna de las mías.

—¿Qué? —preguntó ante mi evidente animadversión.

—Tú y yo tenemos que hablar.

—Vale, subamos entonces.

Delilah se apresuró a abrir la puerta, pero yo le puse una mano en la rodilla para detenerla.

—Ah, no. —Negué con la cabeza—. Vamos a hablar aquí, dentro del coche, porque no quiero que *en casa* corras a esconderte detrás de una puerta huyendo de las verdades.

En ese mismo momento, Delilah se encogió sobre su asiento percibiendo la tensión que habitaba dentro del vehículo. No es que quisiera reprenderla, pero había llegado demasiado lejos. Yo había tenido bastante tiempo para reflexionar durante las pruebas médicas que le habían hecho y que, afortunadamente, habían salido bien. Solo quería dejarle claras un par de cosas. Como por ejemplo que, para mí, ella era lo más importante. Porque era evidente que caminaba en una dirección muy diferente, encantada de autoengañarse cada día un poco más.

—¿Eres consciente de que hemos estado a punto de tener un auténtico disgusto? —dije en medio del silencio. Ella no contestó, así que le pregunté directamente—: ¿Qué es lo que estás haciendo, Del?

—¿Actuar? —Ah, no. No me iba a salir con esas.

—¿Por qué estás haciendo todo esto? ¿Por qué estás yendo mucho más allá del texto con este papel? ¿Por qué estás haciendo esa dieta del demonio con la que pierdes peso cada día, joder?

—Porque Mona es una adicta, Ronan. Está delgada, demacrada; es una actuación bastante física, y lo sabes.

—¿Te he puesto yo en algún momento esas condiciones? —quise saber casi susurrando, porque teníamos un verdadero problema si Delilah se estaba perdiendo en pos de una excelente interpretación —. Estoy enamorado de tu trabajo, de cualquier papel que hayas interpretado, confío plenamente en ti. ¿Acaso quieres demostrar algo?

—Amo actuar, Ronan —reconoció ella—. Quiero darlo todo. No quiero dejarme fuera nada.

—Yo también amo actuar, Del, pero hay un límite. Hay una línea que no podemos traspasar. Lo de hoy no puede volver a ocurrir. Y yo no estoy de acuerdo con que te autoexijas de ese modo tan destructivo.

—Creía que eras del *método*.

—Antes de ser del *método*, soy una persona, ¿sabes? Y resulta que me importas más que esta puñetera película.

—Pero... —Casi no llegué escuchar su hilillo de voz—. Es tu película, Ronan. Es tu sueño. Todo lo que amas.

—¡Tú eres más importante que todo eso, joder! —exclamé alterado—. Tú eres más importante que cualquier película, que cualquier escena, que cualquier cosa, Del... Y lamento mucho si alguna vez te hicieron creer lo contrario.

—Pero, Ronan...

—No sigas. —Me llevé las manos a la frente y me la froté, molesto con el hecho de que Delilah creyese que mi prioridad fuera otra jodida cosa antes que ella—. Voy a ser muy claro, ¿vale? Si no cambias esta dinámica, no me va a temblar el pulso a la hora de cancelar el rodaje. Viéndote con esa herida, lo haría ahora mismo.

—No te atreverás...

—¿Por qué eres así? —la interrumpí—. ¿Por qué te haces esto? Superaste toda la mierda a la que te sometió tu madre para que fueras actriz de pequeña... No tienes que maltratarte para lograr la excelencia, Delilah. Ya eres perfecta. Lo eres, joder.

Busqué su mirada y por fin, *por fin*, encontré en ella esa compresión que fluía como algo esencial entre nosotros. Pero quería asegurarme de que lo entendiera de verdad.

—Ella nunca tuvo razón, no necesitas sufrir para brillar.

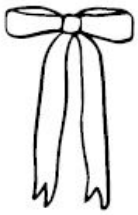
Me quebró observarla con ese aspecto, porque no sabía quién era, si era Mona, si era Delilah, o si sencillamente era alguien que se había perdido y al fin veía algo de luz.

—Ahora deberíamos descansar —sugerí, dando por terminada la conversación.

Salimos del coche y subimos a mi apartamento en el más absoluto de los silencios. Como era de esperar, ella se encerró en su habitación. Yo, en cambio, me quedé sentado en el sofá con una copa de whisky entre las manos, rememorando una y otra vez el momento exacto en el que Delilah se había golpeado la cabeza y se había desplomado sobre el suelo. Aquella fue la única ocasión que pensé que quizá no había sido buena idea ofrecerle ese papel.

18

ME FASCINAS



Delilah

Y entonces, días después, estaba sentada al lado de Declan con la cámara posada a un par de metros de nosotros. Terminamos de decir las últimas líneas de diálogos en un set que estaba envuelto en un silencio sepulcral.

Un «¡Corten!» emocionado trepó por la sala.

Porque resultaba que ese era el último «¡Corten!» que se iba a cantar. Y porque también resultaba que habíamos acabado de rodar *Leyes del submundo*.

Los aplausos ensordecedores, combinados con los vítores y los silbidos que provenían de los miembros del equipo, no tardaron en alcanzarnos, y de pronto, Declan se abrazó a mi cintura. Lo apreté con fuerza mientras la gente nos rodeaba y nos daba la enhorabuena.

Cuando levanté la cabeza para buscar a Ronan, vi que entraba en la sala con un enorme ramo de rosas blancas para mí. Después de

tanto tiempo, aún recordaba que eran mis favoritas. Me derretí ante su aspecto. Todo vestido de color negro, con el pelo revuelto por la ansiedad que lo había llevado a despeinárselo una y otra vez, y esas gafas redondas que recalcaban lo que era: un joven director de cine.

Cuando se detuvo delante de mí, me abalancé sobre su cuerpo. Nos abrazamos. Respiré contra su pecho y el olor de las rosas nos inundó cuando las estrujé entre nosotros. Noté que algo me mojaba la mejilla y, al alzar la vista, observé a un Ronan emocionado, con las lágrimas escapándose de sus ojos. Y me contagió tanto su felicidad que terminó por brotar en mi boca una sonrisa también llorosa.

—Estoy tan orgullosa de ti, Ronan... —balbuceé temblando.

—Eres lo mejor que me ha pasado en la vida. Me fascinas.

Iba a abrazarlo de nuevo, pero su cuerpo desapareció como por arte de magia y lo siguiente que supe de él fue que volaba por los aires y que casi se rompía la crisma contra el suelo. Algunos miembros del equipo lo habían cogido y lo estaban manteando con una fuerza descomunal.

Estaba dentro del camerino quitándome el maquillaje cuando llamaron a la puerta. La alegría desbordante que había experimentado hacía un rato me había dejado las articulaciones blandas y la cabeza pesada. Alzando la voz en medio de la solitaria habitación, le pedí que pasara al que esperaba fuera.

Era Ronan. Él también tenía un aspecto cansado que le había hinchado los párpados inferiores, dotándolo de unas facciones aún más atractivas. Se posó detrás de mi silla y encontramos nuestras miradas en el espejo.

—Vamos a tomar algo por aquí cerca con todo el equipo —me informó—. Te apuntas, ¿no?

Ahora que todo había terminado, ¿dónde quedábamos él y yo? Ahora que ya no había una cámara por delante, ni una mentira que seguir..., ¿qué éramos? En el brillo de sus ojos percibí un toque de esperanza que me atravesó el estómago como un relámpago.

—Le he prometido a Declan que iríamos al parque de atracciones. —Arrugué la boca en una sonrisilla y él asintió mientras asimilaba la sorpresa.

—Puedo ir con vosotros...

—No, Ronan. Tienes que estar con el equipo —insistí pasándome un algodón por el pómulo para limpiarme los restos del colorete—. Esta noche nos vemos en la fiesta, ¿vale?

—Está bien. Te veo esta noche.

19

UN PROPÓSITO



Ronan

Habíamos terminado el rodaje.

Y el mundo se había detenido para mí como un castillo que cierra sus murallas.

Todo el trabajo había merecido la pena, a pesar de que casi me había quebrado por el camino.

Así que el final sabía a gloria.

Y a los rollos de canela que habíamos repartido entre todo el equipo.

Era cierto que aún quedaba el proceso de editar la película, pero sabía que el material que habíamos grabado era increíble. Y todo gracias a ella.

A la mujer que era Delilah Williams, y que ahora mismo observaba reflejada en un espejo. Al contemplar cómo respiraba, cómo sentía, cómo simplemente existía, comprendí que algo había cambiado en mi vida. En los últimos años, yo solo había vivido para abrirme

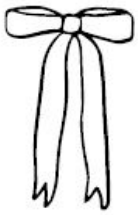
camino en el mundo del espectáculo y para hacer la película sobre la historia de mi madre.

Y ahora aparecía ante mí un único y divino propósito: recuperarla.

A ella. Siempre a ella.

20

UN TEMPLO AL QUE VOLVER



Delilah

El castillo medieval se alzaba sobre la tierra apuntando hacia la extensión azul eléctrico que era el cielo. Me recogí el bajo del vestido para atravesar el césped que conducía hasta la entrada de piedra. Sentía el peso del día y del mes entero sobre mis hombros. La intensidad emocional a la que me había sometido había dejado huella en mi mente y, a pesar de todo, sabía que la nostalgia se colaría en mi interior y anidaría, echando raíces. Me había sentado tan bien volver a actuar que reconocí la felicidad al instante. Algo vivo, algo blanco, unos destellos que acompañaban a todo lo demás.

Pero también estaba triste porque aquella noche sería la última que pasaría en Dublín, acompañada por aquella gente que había sido mi familia durante un breve espacio de tiempo. Y por Ronan, que había permanecido a mi lado desde el principio. Era consciente de que teníamos pendiente una conversación, aunque dudaba de que aquel fuera el momento indicado, justo en la fiesta de fin de

rodaje de su primera película. Pero lo cierto era que... ¿alguna vez había sido nuestro momento?

Me adentré en un pasillo solitario que desembocaba en un enorme salón repleto de ventanales altos con vidrieras de colores. Esa combinación perfecta entre piedra, ambiente medieval y suelos marmolados le confería al lugar el aspecto de una catedral, de una iglesia antigua, de un templo en el que rezar. Las conversaciones se quedaron en pausa cuando puse un pie sobre las baldosas. La multitud dirigió su mirada hacia mí, que ya estaba luciendo una de mis características sonrisas. Aunque esta vez no había nada impostado, solo verdad y agradecimiento. Gisele, la ayudante de cámara, fue la primera que me interceptó ofreciéndome una copa de champán. Y, después, me vi arrastrada de un grupo de personas a otro, entre anécdotas del rodaje y esperanzas ante el futuro próximo y ante lo bien que pensábamos que le iría a la película.

No fue hasta unas horas más tarde cuando logré encontrarlo entre la gente reunida en aquel castillo. Ronan también me estaba mirando, disimulando bastante bien mientras continuaba atento a su conversación. Pero yo sabía que no era así. Que toda su atención estaba puesta en mí y, tal vez también, en mi vestido de corte griego y de color blanco. Sabía que él iba a aprovechar esa fiesta para hacer negocios para el futuro estreno de la cinta. Necesitábamos distribuidores, publicidad y cierta presencia en festivales si queríamos que se hablara de la película. Y Ronan lo sabía, por eso estaba desempeñando aquella función esa noche. Sentí un poco de pena por él, porque se merecía disfrutar, olvidarse un rato de las cámaras, de la intensidad de su historia personal y de su pasado.

El tiempo empezó a correr y me descubrí saliendo a una de las terrazas que bordeaban el castillo. Allí fuera no había nadie, solo la

belleza de la luna, que brillaba sobre una oscuridad absoluta. Las luces que se escapaban por los cristales formaban figuras coloridas por encima de la balaustrada de piedra. Respiré el aire limpio y fresco de las afueras de Dublín en ese verano que se había convertido en un regalo para mí. Y, justo cuando estaba en mi cuarta inspiración, noté su presencia a mi espalda. Solté todo el aire de golpe. Ya sabía que era Ronan, pues el aroma a menta que flotó en el ambiente me advirtió de que esa noche había estado masticando las hojas que tanto le gustaban.

—Delilah —me saludó posándose a mi lado, y los dos miramos al frente.

—Ronan.

—Pareces un poco cansada. ¿Quieres que nos marchemos ya a casa?

—Tú no puedes irte, Ronan —le recordé—. Tienes que estar hasta el final. Es tu fiesta... y siento tener que decírtelo, pero necesitamos muchos de los contactos que andan por ahí dentro.

—Lo sé —admitió con cierta pesadez—. Aunque reconozco que, si me hubieras dicho que sí, me hubiese ido de todas maneras.

Su cabeza se ladeó y sentí cómo clavaba la mirada en mi perfil, intensa, abrumadora, a menos centímetros de los que yo podía soportar sin sucumbir.

—Te has quemado la nariz —me avisó, posando la yema de su dedo sobre la punta.

No sabía que aquel gesto tan banal, tan sencillo, pudiera estar lleno de tantísima intimidad.

—Pensé que el sol de Dublín no pegaba con tanta fuerza, la verdad —apunté—. Es lo que tiene pasarse horas recorriendo el itinerario al completo de un parque de atracciones.

Ronan soltó una carcajada.

—¿Os lo habéis pasado bien al menos?

—Mucho. A Declan le auguro un futuro prometedor si es que dentro de unos años sigue siendo igual de tozudo.

—Me hubiera gustado acompañaros —reconoció mientras se llevaba una mano al cuello para rascarse con cierta incomodidad.

—Tenías que quedarte al lado del equipo, Ronan... Es la última vez que estás con ellos.

—Ellos se quedan en Dublín. Tú no. Mañana te vas.

Perdí la mirada en el horizonte y un poco más arriba, donde la luna estaba enmarcada por un recuadro de estrellas. Supe que había llegado la hora. Él y yo, y lo *nuestro*. Él y yo, y esa relación que de nuevo pasaba a ser indefinible.

—Mañana me voy —confirmé.

Ahora fui yo quien giró la cabeza y observó todo lo que él era. Su pelo rodeaba un rostro de rasgos severos que capitaneaba el negro profundo, como un dique, que eran sus ojos. Era tanto lo que él me había hecho sentir que el recuerdo dolía. A veces, las personas encontrábamos en la complicación un resquicio para soñar. Y Ronan era eso. Una complicación. Un sueño. Un instante de perfección ante el devenir de los días.

—Tenemos que hablar —anunció Ronan—. Tú y yo.

—Quiero que sepas que he sido muy feliz aquí, a pesar de los pequeños baches por los que hemos atravesado. —Sonreí—. Esta ha sido mi mejor experiencia profesional. Así que gracias por ofrecerme este personaje, por dejarme ser el rostro de este proyecto, Ronan.

Una mirada podía significar muchas cosas. Esa vez era el reflejo de dos buenos amigos que eran importantes para el otro. Había tanta conexión, tanta comprensión y apoyo entre nosotros que la piel se me puso de gallina al ser consciente de que lo tenía a mi lado esa noche.

—De nada, Del. Pero no es de eso de lo que quiero hablar.

—¿No?

Intenté apartar la mirada, negando débilmente, para que nos lo pusiéramos fácil. Pero Ronan no menguó en su decisión, porque él representaba esa lealtad que uno debe tenerse a sí mismo.

—Solo necesito que sepas que lo que sentía por ti no ha desaparecido —declaró—. Te admiro, te escucho, te leo, me fascinas y te quiero, Del. Todo a la vez.

Fue difícil respirar después de aquello.

—Pero ha pasado el tiempo, Ronan. Ya no somos los mismos que se encontraron en esa gira. Las cosas se superan. Debemos superarlas —dije.

—Cuando algo es real, nunca se supera. Y ese último día en la granja, debí insistir en que lo intentáramos, pero no lo hice.

Sí que debió hacerlo, porque yo estaba tan jodidamente consumida por él que lo hubiera permitido. O quizá no. Quizá lo hubiera obligado a perseguir ese sueño, a labrarse una carrera, al igual que había hecho ese día tiempo atrás. Porque, en aquel momento, Ronan era lo más importante para mí y solo quería que fuera feliz.

—Así que quiero que sepas que sigo enamorado de ti —confesó, dando un paso hacia delante, observándome desde arriba con la mandíbula apretada—. Que quiero estar contigo. Y que quiero que encontremos la manera de hacer que funcione.

Algo encajó en lo más profundo de mi ser. Algo que se percibió como un chasquido, una quiebra. Ese era el motivo por el que no había querido escuchar lo que Ronan acababa de confesarme. Yo no quería asumir el amor que me profesaba, porque no estaba preparada para confiar en nadie. Tal vez nunca lo estaría. Había encontrado el equilibrio perfecto creyendo solamente en mí misma.

Había hecho de mi soledad la mayor de mis fortalezas y no estaba preparada para que alguien entrara de nuevo.

—Ronan —jadeé.

—Uf, eso no ha sonado muy bien.

Intentó reírse, pero terminó siendo solo un ruido en su garganta.

—No es eso.

—¿Entonces?

—Es solo que ahora valoro mucho mi vida. —Hablé por fin, alto y claro, mientras lo miraba a los ojos—. Me encanta la vida que he construido, me gusta mi soledad. No necesito a nadie que me acompañe de manera casi enfermiza como antes. He encontrado mi equilibrio y... he descubierto una paz que se parece mucho a ser feliz, ¿sabes?

—¿Ya no me quieres? —La timidez que encerraba su pregunta me sacudió, y a punto estuve de rendirme.

—Claro que te quiero, Ronan. Tú me enseñaste a amar. Pero es complicado. Tú vives aquí, viajas todo el tiempo, tienes tu propio estilo de vida con el que estás familiarizado. Yo vivo en otro continente, me he obligado a poner en pausa mi vida y ahora no tengo prisa por hacer las cosas. Más bien quiero que las cosas me encuentren a mí, como me ha encontrado esta película...

—Puedo mudarme a Nueva York.

—No. No puedes —le aseguré—. Necesitas estar aquí, necesitas esto. Necesitas a tu gente. Y aún te quedan unos meses intensos en los que vas a estar enfocado en el montaje y en la posproducción de la película.

—Por favor, Del... —murmuró con la respiración acelerada—. Vamos a intentarlo esta vez.

Con un movimiento veloz y tierno al mismo tiempo, Ronan encajó sus dos manos en mi cuello. Unió nuestras frentes y nuestras narices

se acariciaron.

—Somos la persona del otro. —Su aliento me calentó los labios cuando habló.

—Quizá en otro universo.

Estábamos a punto de besarnos. La promesa de un beso a veces era más intensa que la propia hazaña de besar. Respirar la esencia de alguien en ese instante previo podía significar más que el sabor de una boca. Más que caer en la tentación. Más que tocar el cielo. A veces, quedarnos a las puertas nos hacía clavarnos la gran estaca de lo que podría haber sido. Y aquello sí que no obedecía al olvido. Sentía la menta en el paladar, su cuerpo apretando el mío contra la suave tela de mi vestido y sus ojos rogándome una oportunidad. Sentía todo su amor tan profundo, tan dentro de mí, que la emoción me tiraba de la punta de los dedos. Me gritaba que uniera nuestros labios. Y nada más. Pero la madurez era eso. Entender que había cosas imposibles, más bien improbables. Entender que la vida seguiría, que se abriría paso de nuevo. Y que él siempre sería mío. Porque estaba encerrado en todos los momentos que habíamos vivido y en todos los que no compartiríamos jamás.

21

LEJOS, OTRA VEZ



Ronan

El despertador sonaba en algún lugar, y su runrún se convirtió en dos placas tectónicas presionando a cada lado de mi cerebro. Abrí un ojo, luego el otro, y la vida se me tiró encima sin aviso previo. Estaba destrozado. Mi cuerpo era un recipiente magullado que no obedecía a las órdenes que le mandaba mi cabeza. Estar inmerso en el proceso de llevar a cabo tu primera película, donde también eras el productor ejecutivo y el máximo responsable, era precioso. La experiencia más hermosa de toda mi vida. Pero también había sido un viaje agotador, un dolor de muelas constante y una pérdida de control absoluta. Un paseíto de unos veintiséis días por el mismísimo centro del infierno.

Ahora que había acabado, solo era un ente ineficiente postrado en la cama. La fiesta había durado hasta altas horas de la madrugada y mi batería social se había agotado hasta decir basta. Ni siquiera recordaba cómo había llegado hasta mi puerta, ni cómo había

conseguido introducir la llave en la cerradura. Pero lo había hecho. Y, por lo visto, ni siquiera me había parado a ponerme el pijama, sino que me había desnudado por completo y había caído como un peso muerto sobre las sábanas.

Cuando la cabeza empezó a aclarárseme, un solo pensamiento, claro y centelleante, atravesó mi mente.

Delilah.

Joder.

¿Qué hora era?

Salté de la cama como si me hubieran quemado el culo y alcancé el pantalón que estaba tirado por el suelo. Lo primero que hice tras enfundármelo en un tiempo récord fue dirigirme hacia su habitación. El colchón estaba al descubierto, sin las sábanas, y una de las ventanas se encontraba abierta de par en par. El sillón que ella había conquistado semanas atrás se encontraba vacío. El pulso se me aceleró y enfilé el pasillo apresurándome para llegar al salón.

—¡¿Delilah?! —la llamé elevando la voz y posando la mirada primero en la cocina y luego en los sofás—. ¡¿Del?!

La cabeza me dolía una puñetera barbaridad mientras me preguntaba si ella había sido capaz de irse sin despedirse por segunda vez en nuestra historia. Giré la cabeza y algo blanco me llamó la atención. Había un papel pegado en el borde de la televisión y el estómago me rugió anticipando que pronto conocería la respuesta a mi pregunta y que, quizá, esa respuesta no me iba a gustar una mierda. Me acerqué a paso lento, retrasando algo que tenía miedo de experimentar. Al final, alargué la mano y arranqué el papel. Estaba doblado en tres y, cuando lo desenvolví, la elegante letra de la actriz protagonista de mi película apareció ante mis ojos.

Querido Ronan:

Ayer te oí llegar tarde y hoy no he querido despertarte antes de irme. Pero no quería marcharme sin despedirme, como esa vez al final del rodaje de Heights*. Me gustaría pedirte perdón por eso, porque por aquella época estaba atravesando un momento demasiado raro en mi vida y no me porté bien contigo.*

Pero ahora... ahora quiero darte las gracias por ofrecerme esta oportunidad tan bonita. Y también quiero que sepas que me has cuidado como nadie, que me he sentido como en casa en tu apartamento, en esa habitación donde seguramente le haya abierto un boquete con el trasero a ese sillón rojo tuyo. Gracias, Ronan. Por todo.

Sobre la conversación de ayer... Yo también pienso que somos la persona del otro. Algo así como una mezcla extraña entre un alma gemela y una némesis. No sé si existirá alguna palabra para definir eso... «Delan», ¿quizá?

Hablamos pronto. Te llamaré en cuanto baje del avión. Mantenme informada de los avances de la película, por favor, y mucho ánimo para lo que viene ahora. ¡No te olvides de disfrutar por el camino!

P. D. Gracias por las películas.

Se despide,
tu Cathy

Joder. El corazón dolorido se retorció entre mis costillas.
Ella.
Yo.
Delan.
¿Cómo podías vivir habiendo dejado escapar al amor de tu vida?

QUINTA PARTE
Los afortunados

Un año y medio después

¿Seremos nosotros esos afortunados
a los que cantaba Lana del Rey?

Post viral difundido en una conocida red social

CinemaMagazine0:
¡¡DELILAH WILLIAMS nominada al Óscar a MEJOR ACTRIZ por *Leyes del submundo*!!

1

LA GLORIA ESTÁ EN TI



Ronan

El móvil no dejaba de sonar. Las llamadas se encadenaban unas con otras. Después de recuperarme de la noticia y de que mi mente empezara por fin a asimilarlo, alcancé el teléfono para ignorar a todas aquellas personas que deseaban hablar conmigo y buscar entre mis contactos el de *ella*.

Marqué y no tardó en contestarme.

—¡¿Ronan?! —Su grito me sacudió el tímpano, pero incluso eso me sentó increíblemente bien—. ¡Ronan! ¡Lo hemos conseguido!

—¡*Tú* lo has conseguido! ¡Enhorabuena! ¡Es impresionante!

El llanto de felicidad que me atravesó el oído hizo que yo también me uniera a aquella emoción. Joder. Iba a llorar. *Estaba* llorando, ya con las mejillas completamente mojadas.

—Gracias, Ronan... —gimoteó ella—. Esto es increíble...

—Tú eres increíble, Del. El orgullo no me cabe en el puto pecho ahora mismo —me rendí ante la evidencia de la pureza de su

talento.

El mundo del cine había acogido tan bien *Leyes del submundo* que los últimos meses habían sido una auténtica locura. Había ganado los galardones más importantes en algunos festivales europeos y había algo en lo que todos coincidían: aquella era la mejor actuación de Delilah Williams. Y se merecía arrasar en el circuito de premios.

Los días iban pasando y yo los iba viviendo desde lo alto de una nube, sentado, disociándome de algo que nunca había esperado. Me encontraba en un momento demasiado dulce de mi carrera y... y ahora simplemente estaba centrado en otra cosa.

—¿Estás llorando? —oí que me preguntaba su voz sacándome de la ensoñación—. ¿Ronan...?

—¿Tú qué crees? —Solté un vergonzoso jadeo—. ¡Joder, Del! ¡Vuelves a los putos Óscar! ¡Y vas a ganar esa estatuilla!

Su risa fue como si en aquel momento yo ganara la mía propia.

—Esta vez sí que vendrás, ¿no? —preguntó ella—. Si quieres, puedes quedarte unos días por aquí, en la granja.

Había un motivo por el que me preguntó aquello: porque más de la mitad de la gira de promoción la había hecho ella sola. Sin mí. Le había querido ceder todo el protagonismo en un proyecto en el que era la estrella absoluta. Pero también había otra razón oculta, y es que deseaba alejarme de la atención mediática, porque el último año y medio había sido tan exigente para mí que necesitaba espacio. Tiempo para pensar. Y para tomar decisiones importantes.

—Creo que deberías ir solo tú —admití—. No quiero que nada ni nadie le haga sombra a tu trabajo.

—Es tu película, Ronan. Ya faltaste a varios actos de promoción.

—Lo sé, lo sé. —Casi podía ver cómo Delilah arrugaba el ceño en medio de su cocina—. Además, también tengo algo que hacer en esas semanas y no puedo posponerlo.

—¿Qué hay más importante que apoyar tu primera película en los Óscar?

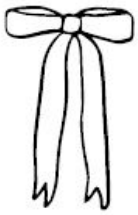
—Créeme, Del. Hay cosas más importantes.

—Vale... —Percibí la duda en su tono y aquello me provocó un pinchazo en medio del corazón.

—Sé que vas a ganar tu primer óscar, Delilah Williams —le advertí —. El mundo no puede mirar hacia otro lado. No puede no sentirse deslumbrado ante tu talento. La gloria solo está en ti, cariño, en el fondo de todo. Así que encuéntrala.

2

UN VESTIDO COLOR AGUAMARINA



Delilah

Los fotógrafos solo veían a la gran estrella envuelta en ese vestido largo palabra de honor que replicaba el color exacto de sus ojos. Los largos guantes de gasa blanca cubriéndole los brazos más allá del codo. Y ese lazo encajado en la parte posterior de la cabeza, sobre la melena de ondas doradas, que se convertía en un suave velo que caía por el suelo a unos metros tras ella.

Todos observaban a la actriz. El brillo que era la fama. La importancia del instante y de la pose adecuada. Una sola cara de la moneda.

«¡Delilah, aquí!».

«¡Esta noche estás espectacular!».

«¡Suerte, Delilah!».

Yo sonreía.

Les devolvía los mejores ángulos para que me retrataran sirviendo al espectáculo.

Ellos veían a la mujer que tocaba los cinco picos de una estrella. Porque así funcionaba el mundo. Lo que quedaba sobre la superficie nos deslumbraba, nos hechizaba los ojos, eran imágenes que interiorizábamos como la verdad más absoluta. Como lo verdaderamente *real*. Pero una imagen solo era un destello. Era algo material, y también algo que estaba destinado a perdurar. Era algo bello, bellísimo, como esas estatuas de mármol helenísticas, como la *Victoria de Samotracia*. Pero no era algo auténtico. Porque lo real era lo que se escondía debajo, en el submundo de nuestro cuerpo. Eran el alma, las emociones y esos sentimientos que nunca se podrían definir. Lo real era tan perecedero que precisamente ahí residía su poder más absoluto. ¿Quién no creía en la magia de que un momento pudiera convertirse en el último? Lo real era esa pulsión entre hueco y hueco de las costillas, la voz que a veces no alzábamos, un corazón solitario retumbando en las madrugadas.

Ellos veían a la gran Delilah Williams en una cima construida sobre oro, fama y poder. Pero yo solo era una chica más, emocionada porque su abuela la acompañara en un momento tan especial como ese. Odessa se había quedado a un lado, tan elegantemente vestida que incluso la animé a que posara conmigo. La tomé de la mano y las arrugas que palpé con la yema de los dedos me recordaron cuán efímero era todo. Las dos sonreímos colmadas de felicidad y nos abrazamos ante los estallidos de los flashes. Con un gesto de veneración absoluta, la señalé para otorgarle el protagonismo que merecía. Y sentí vibrar sobre mi cuello el collar de diamantes que me había regalado esa misma tarde. Su collar, su bien más preciado, el que también había sido el favorito de su hijo, de mi padre.

La luz de su semblante eclipsaba todo lo demás, también el hecho de que esa noche estaba viviendo mi segunda nominación a los Óscar, en esa ocasión como mejor actriz protagonista. Pero no

importaba. Nada importaba porque yo me sentía real. Y ese era el mayor logro de mi vida.

Cuando mi abuela se apartó y me pidieron una última pose, pensé en él. Lo cierto era que yo también echaba de menos a Ronan en las alfombras rojas, al igual que me había dicho él que le sucedía conmigo en uno de sus correos electrónicos. Lo buscaba como cuando el frío llamaba a la nieve, como si fuera un acto trascendental. Pero él me había asegurado que esa era *mi* noche y que nadie me podía impedir disfrutarla. Ni siquiera ese pensamiento invasor que se repetía en mi cabeza una y otra vez. Que, para él, ahora existía alguien mucho más importante que yo. Y que su propia carrera.

El auditorio se quedó en completo silencio. Un remolino de nervios me trepó por todo el cuerpo y, antes de que pudiera controlarlo, me vi postrada ante una cúspide desconocida a la que solo tenía acceso la voz del presentador.

—Y el Óscar es para... —el sonido de la rasgadura del sobre se coló entre los huecos de expectación— ¡Delilah Williams!

La cúspide desapareció bajo mis pies y caí entre los aplausos, los vítores y el estallido por entero del teatro. Me arrojé a los brazos de mi abuela, que lloraba, que sonreía, que, con labios temblorosos, me susurraba al oído: «Estoy tan orgullosa de ti, niña bonita... Te lo mereces».

Caminé hacia las escaleras que conducían al escenario en medio de la ovación de compañeros actores, directores y trabajadores del gremio. Intentaba controlar la satisfacción que sentía por haberle dado a *Leyes del submundo* la oportunidad de brillar gracias a este increíble reconocimiento. Y no sabía el motivo, pero, antes de subir

los siete escalones y aceptar la mano que me ofrecían, recordé ese día en el que Ronan y yo habíamos visitado los páramos de Yorkshire. Aún no nos conocíamos, pero ya por ese entonces orbitábamos alrededor del otro. Yo, tirada sobre la tierra húmeda y manchada de fango. Él, sacándome una instantánea con su cámara de fotos.

Y ahora sostenía la estatuilla de oro entre mis manos.

3

LA ESTATUILLA DORADA



Ronan

Las lágrimas no tardaron en aparecer al observar a Delilah abrazar a una emocionada Odessa antes de subir a recoger su premio. Todos la ovacionaron durante varios minutos impidiéndole empezar a recitar su discurso, y el corazón se me inundó de un orgullo desmedido, y de un amor tan inalcanzable como esa gota de lluvia que desaparece sobre el asfalto.

Mi Del.

Lo había alcanzado.

Ese punto en el que se sentía valorada.

Ese punto en el que se sentía feliz con la vida que llevaba.

Ese punto en el que yo me sentía pletórico por esa mujer.

Porque ella era la vida, el arte y la muerte.

Y eso era lo que se reflejaba en aquella instantánea con su boca manchada de tierra mirando a la cámara, *mirándome*, en medio de los páramos de Yorkshire. Esa fotografía que estaba magullada por

los bordes porque la llevaba doblada dentro la cartera. Esa fotografía a la que había acudido demasiadas veces en los últimos años.

Al final, tuve que obligarme a rebajar la adrenalina, a llorar en silencio en medio del salón, porque ahora había alguien al otro lado del pasillo, durmiendo. Y no quería que se despertara.

Último vídeo viral de Delilah Williams

9 millones de visualizaciones
770.078 «me gusta»
61.231 comentarios

Delilah Williams, emocionada y con la mirada brillante, se acerca al micrófono mientras los aplausos resuenan por todo el teatro.
DELILAH: Eh..., uf..., guau... Perdón, estoy temblando un poco. [...] Gracias, gracias y gracias a la Academia por este premio. Gracias a todo el equipo que trabajó tan duro, día y noche, para que pudiéramos contar esta historia. A los valientes que se unieron después para distribuir esta película y mostrarla al mundo. Gracias a todas esas personas que han mirado desde el lado de la empatía el gran personaje que es Mona. [...] Solo espero haber estado a la altura de esa madre que llevaba dentro tantos demonios..., pero que cada día se levantaba dispuesta a luchar contra ellos.

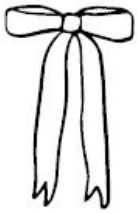
Las artes atraen a esa gente que se siente silenciada, que no dispone de las herramientas para que su voz sea escuchada. También a quienes tienen un punto de vista distinto. A quienes sienten que tienen algo que decir y a todos aquellos que creen que no pertenecen del todo a este mundo. Y quizá esa sea también la razón por la que los actores nos dedicamos a interpretar personajes... Para encontrar ese resquicio, ese hueco que aún no existe. Para crearlo, incluso. Eso fue lo que me dijo una vez Odessa Williams, mi abuela, que durante estos años ha sido el faro que me marcaba el camino. Gracias por quererme, gracias por hablarme siempre de mi padre. El amor por esta profesión empezó en ti.

Y ahora quiero dar las gracias a quien me ha llevado a estar hoy aquí recibiendo este premio. Ronan O'Connell es la persona con más talento que conozco, y tuve la enorme suerte de que me quisiera para su película. Gracias por todo. Por las cerezas. Por las películas. Por ofrecerme tu mano. Y, sobre todo, gracias por enseñarme que la actuación es un acto de amor. Por enseñarme cómo es el amor, sin más. Porque el amor es admiración mutua. El amor es que un hijo convierta en arte la historia de una madre a la que echa de menos cada día de su vida. El amor es alguien velando por ti en los detalles más insignificantes. El amor es mirarte en el espejo y aceptar la persona que eres. Todos nosotros, los seres humanos, necesitamos creer en algo para darle un sentido a nuestra existencia.

Y, puestos a elegir, yo elijo creer en el amor.

4

CORAZÓN, ¿A QUIÉN LATES?



Delilah

Los últimos días de febrero habían sumido la granja en una especie de letargo arrugado. Parecía una postal que encerraba las ramas desnudas de los árboles y un conjunto de montículos blancos que la última nevada había dejado en algunos rincones. Esa mañana, el despertador no había sonado, porque era el primer día de descanso después del ajetreo mediático que acarreaba ganar un óscar. Eso había sucedido tan solo quince días atrás. Así que se me habían pegado las sábanas y había bajado más tarde de lo habitual a servirme el primer café. Pero ahora, ataviada con una gruesa chaqueta de pana, caminaba por el sendero en dirección a la linde de la propiedad, donde un par de trabajadores arreglaban el vallado que se había visto afectado por la nieve. A pesar de las frías temperaturas, el sol brillaba con fuerza en el cielo, derritiendo los últimos resquicios del hielo.

—¡Hola, muchachos! —los saludé con ese ánimo renovado que proporcionaba la cafeína—. Podéis pasar, os he dejado café recién hecho.

—Gracias, señorita —me agradeció Juan, el encargado.

—Delilah —lo corregí.

—Eso. Delilah. —Sonrió, un poco abochornado—. Cuando terminemos aquí, entramos.

—Fenomenal.

Había trazado un plan para las próximas semanas: dedicarme a pasar tiempo en la granja, prepararla para el verano —estaba emocionada por las semanas que mi abuela pasaría aquí en agosto— y disfrutar de películas al lado de la chimenea con una taza de chocolate caliente. Estaba pensando en cómo podía recompensar a los trabajadores que habían cuidado de la casa mientras había estado de gira cuando las ruedas de un coche acercándose me hicieron volver la cabeza. Entonces observé cómo un jeep oscuro enfilaba el último tramo del camino de arena y se detenía en el apartado destinado al parking, bajo un conjunto de pinos que ahora apenas ofrecían sombras.

Empecé a caminar hacia allí, intentando averiguar quién se encontraba al volante, pero los reflejos del sol me lo impidieron. Hasta que la puerta se abrió y me quedé paralizada cuando divisé una mano cubierta de anillos que apareció antes que su cuerpo.

Antes que *él*.

Ronan salió del coche con una determinación que a mí me hizo temblar de sorpresa. Llevaba una chaqueta oscura y un gorro de lana en la cabeza, y sus ojos ya estaban puestos sobre mí antes de que yo me alzara hacia ellos.

¿Qué hacía él *ahí* en mi granja?

¿Podían aparecer las mariposas al final del invierno? En mi interior, desde luego que sí.

Ronan vino hacia mí, con pasos seguros y una sonrisa ladeada en los labios. Unos labios que ni siquiera podía soñar con olvidar. Me sumergí en su magnetismo, en los años que habían pasado por él con tanta gloria, en lo bonito que me estaba mirando en ese momento, en todo lo que un día habíamos sido juntos caminando por estas tierras.

No tardó en estar a un solo paso de mí.

Y yo solo pude abrir los brazos, para esperarlo, para volver a tocar su cuerpo después de tanto tiempo. Y para confesarle con mis manos cuánto lo había echado de menos, a pesar de que habíamos mantenido el contacto con llamadas, videollamadas y... también a través de emails.

—Delilah —jadeó él antes de enterrar su boca en mi cabello.

—Ronan... —Mi voz fue una plegaria—. ¿Qué...? ¿Qué haces aquí?

Seguimos abrazados, rodeándonos, respirando el aroma del otro, sintiendo cómo nuestros cuerpos encajaban y se sostenían.

—Yo solo... —empezó a decir, separándose apenas un poco para observarme desde arriba— necesitaba verte.

En los últimos meses, habían sido muchas las veces que le había propuesto que viniera a pasar unos días en la granja. Pero él siempre lo había rechazado amablemente. De lo único de lo que estaba segura después de todo ese tiempo era de que necesitaba tenerlo cerca. Lo echaba tanto de menos que incluso dolía. Y ahora estaba ahí, al alcance de mi mano. No me lo esperaba, pero el chute de felicidad me había hecho que me olvidara del frío y de todo lo demás.

—Antes de entrar, quiero decirte algo.

Su cuerpo se irguió frente al mío. Sus ojos eran un reflejo de la importancia del momento.

—Vale —contesté yo.

Tan solo quería volver a abrazarlo, y si para eso tenía que escucharlo, lo iba a hacer, de buena gana y con la misma pasión de siempre.

—He vivido este sueño, Del —comenzó a hablar—. Lo he disfrutado, lo he agradecido al cielo cada día. Me encanta esta profesión, aunque también hay momentos duros, caóticos e incluso sacrificados..., pero ha merecido la pena. ¿Cómo no lo iba a merecer? Para mí, actuar significa lo mismo que para ti. Es un antídoto. Un antídoto contra el dolor. Y también es un instrumento para alzar la voz, como dijiste en tu discurso... Pero lo que quiero decirte es que poder dedicarme a esto en primera línea es más de lo que un día me atreví a soñar. —Su mirada brillante estaba sobre la mía, mi respiración a punto de alcanzar una cima—. Pero... también quiero cumplir otros sueños, ¿sabes? —Entrecerró los ojos y estudió mi semblante. Yo estaba muy quieta, esperando que el calor que notaba en el estómago no fuera indicador de algo atroz teniendo en cuenta el frío que hacía.

Justo cuando me disponía a decir algo, Ronan abrió mucho los ojos y gruñó:

—¡Mierda! —Miró hacia el coche y se ajustó el gorro en la cabeza con cierta frustración—. Joder... Te he visto y me he olvidado de todo lo demás.

—Eh... Gracias, ¿supongo?

—Del, hay otra cosa que tengo que contarte antes. He venido con alguien.

Lo soltó de pronto, como si no fuera a dinamitar de un plumazo mi puñetera esperanza de volver abrazarlo, de sentirlo más cerca.

Cuando me había dicho que no iba a poder asistir a la gala porque tenía cosas más importantes, me había extrañado. No había querido pararme a pensarlo, pero lo hice. ¿Esa *cosa* era alguien nuevo en su vida a quien había colocado en primer lugar esta vez? No pude fingir que me estaba descomponiendo poco a poco, a pesar de que era una actriz ganadora del Óscar.

—No es eso, joder... —soltó él mientras hacía un gesto con la mano hacia el coche—. Es solo que... Es mejor que lo veas tú misma. Estoy bastante nervioso.

Contemplé su ceño fruncido sembrado de un terror anormal en él. Sorteé su cuerpo para tener una vista completa del jeep y entonces... entonces alguien salió del asiento trasero.

Alguien no. Un niño.

Un niño delgado con el pelo moreno y unos ojos azules casi transparentes con los que me había cruzado una sola vez a la salida de aquel centro.

Me llevé una mano a la boca, impresionada, al tiempo que daba un par de pasos hacia delante.

—Ronan... —lo llamé, conmocionada.

—Sí —contestó él—. Han sido muchos meses de entrevistas y papeleo para poder adoptarlo. Ya lleva un tiempo viviendo conmigo en Dublín y nos va tan bien que le han dado permiso para viajar. Se llama Cian.

—¿Dónde están sus padres? —pregunté, sin poder despegar mis ojos del niño.

—Su madre murió cuando él era solo un bebé —dijo Ronan—. Y su padre lo maltrataba... Ahora está en la cárcel.

—Por Dios, solo tiene...

—Sí, seis años.

Lo miré y noté como la rabia anidaba en mi interior.

—¿Por qué...? —No me salían las palabras mientras observaba cómo el niño se dirigía hacia nosotros con pasos lentos y vacilantes —. ¿Por qué...?

—¿Por qué no te lo he contado antes? —adivinó él—. No era el mejor momento con todo el tema de la película. Pero ahora la cosa se ha calmado un poco... Ayer llegamos a Nueva York porque tenía una reunión con Tim y, no sé, esta mañana me ha parecido buena idea conducir hasta aquí para verte y contártelo y... —Lo miré, a punto de llorar—. Él está solo, igual que lo estaba yo. Y quiero ayudarlo, estar para él... En este tiempo ha estado viendo a psicólogos, pero aún tiene que procesarlo todo. Es verdad que ha mejorado, pero quiero llevarlo a un especialista en ese tipo de traumas que encontré en Nueva York.

Una lágrima solitaria descendió por mi mejilla, pero me la sequé de un tirón con el dorso de la mano, porque Cian ya estaba frente a nosotros y no quería asustarlo de ninguna de las maneras.

—Ey, Cian —lo saludó Ronan con la voz más dulce del universo—. Esta es Delilah. Te he hablado mucho de ella...

Él no contestó y, por el fugaz gesto de comprensión que crucé con Ronan, supuse que no hablaba. Me arrodillé delante de él y le sonreí de la manera más cálida y más real que conocía. Y entonces el niño me miró fijamente y asintió con un movimiento casi imperceptible de su cabecita.

—Estoy muy contenta de que hayáis venido a verme, Cian.

Él seguía contemplándome y me fijé en el peluche de un cocodrilo que llevaba en una mano.

—¿Te gustan los animales? —le pregunté, con un interés vital.

El niño asintió de nuevo después de mirar a Ronan para recibir su aprobación.

—¿Sí? Pues esto es una granja, y hay caballos y todo —le conté—. ¿Te gustan los caballos?

Cian volvió a mover la cabeza en un gesto afirmativo, en esta ocasión con más atención, abriendo sus grandes y preciosos ojos de par en par. Y creo que esa fue la primera vez que me sentí en absoluta plenitud con la vida. Cuando le saqué aquella ilusión naciente a un niño que había sufrido tanto. Aquello me estaba destrozando por dentro, pero sabía que me iba a esforzar por convertir ese día en uno de los mejores de su existencia.

—¿Sabéis, chicos? —los llamé poniéndome en pie y dándome unas palmaditas en los muslos. Cian se acercó a la pierna de Ronan y le cogió de la mano—. Dentro tengo masa preparada para hacer repostería. ¿Os apetece que cocinemos galletas rellenas de chocolate?

—Eso suena de muerte, Del —añadió Ronan—. ¿A que sí, chico? Delilah debería saber lo mucho que te gusta el dulce, ¿eh?

El niño volvió a asentir otra vez.

Y los tres empezamos a recorrer el camino que conducía a la casa.

5

LAS NUEVAS ILUSIONES



Ronan

Algo de una fuerza abrumadora me arrastraba a pensar que aquello había sido una idea excelente. La primera señal había llegado cuando observé cómo Delilah se ganaba poco a poco la confianza del niño. Mientras ella inventaba todo tipo de juegos trajinando enérgicamente sobre la encimera cubierta de harina, azúcar y chocolate, Cian había sonreído más de una vez. Incluso había participado en muchos de los pasos para hacer la receta que ella le había ido indicando. También era cierto que había sido un monólogo de Delilah, con alguna que otra intervención por mi parte, pero era más que evidente que mi hijo se sentía feliz de estar aquí.

Sí. Mi *hijo*. Porque resultaba que ahora tenía un hijo y mi vida había adquirido una dimensión diferente. Otro tempo, otra perspectiva, otras ilusiones. Una persona más caminando a mi lado. Y tenía la sospecha de que la decisión de adoptarlo había sido la mejor que había tomado nunca, a pesar de que el proceso había

sido agotador. Meses inmerso en reuniones eternas con los servicios sociales, psicólogos y tutores legales que se aseguraban en la medida de lo posible de que todo fuera a ir bien en un futuro. Semanas enteras ultimando los trámites antes de que Cian por fin pudiera vivir conmigo. Y el compromiso de darle una vida estable, lo que también implicaba sacrificar ciertas cosas. Pero si algo me había enseñado la vida era que siempre se seguía adelante cargando una mochila en la que guardábamos el cariño y la ayuda que te ofrecían los demás. Al fin y al cabo, sobrevivíamos a base de amor.

Y un amor naciente era lo que sentía al notar caliente la parte de mi costado en la que Cian se había dormido un rato antes. La mesa baja estaba cubierta de los platos vacíos de la cena. Delilah había cocinado unas hamburguesas espectaculares con una salsa de pepinillo con la que me había chupado los dedos. Habíamos cenado los tres sentados en la alfombra, rodeando la mesa frente al televisor, en el que emitían un concurso musical donde versionaban canciones antiguas. Cian miraba la pantalla con ojos atentos y nosotros nos habíamos involucrado en aquella dinámica la mar de dispuestos al percatarnos de que al niño le encantaba la música. Luego llegaron las galletas, y los tres nos acoplamos en el sofá hasta que los minutos fueron pasando y Cian sucumbió a todo aquel ajetreo.

Cuando el presentador se despidió de la audiencia deseándole buenas noches, busqué el mando. Estaba en la mano de Delilah, que lo sujetaba mientras nos observaba de medio lado con una sonrisa tranquila y satisfecha iluminándole la cara.

Joder. Era preciosa. Y yo estaba tan agradecido porque nos hubiera invitado a pasar allí unos días...

—Será mejor que suba a acostarlo —anuncié mientras alzaba al niño con cuidado y lo cargaba con su cabeza apoyada en mi hombro.

—Te acompaño.

Apagó la televisión y anduvimos por aquel camino que ya habíamos surcado tantas veces años atrás, uno al lado del otro. El silencio que nos envolvía estaba resucitando esa electricidad fiera que habíamos desatado al reencontrarnos y que nos habíamos visto obligados a aparcar por Cian.

A oscuras, me adentré en la habitación que Delilah había preparado para él, con una cama individual, una ventana y un gran escritorio encajado debajo. «Yo creo que aquí puede estar bien. ¿Te gusta, Cian? —le había preguntado al niño un rato después de nuestra llegada, a lo que él había asentido muy tímidamente—. Si quieres, mañana podemos ir a comprar algunos juguetes o juegos de mesa».

Y yo me había quedado anclado en aquella frase, porque nos había incluido en su *mañana*.

Delilah destapó las sábanas y coloqué a Cian sobre el colchón. Lo tapé y me detuve a observarlo. Parecía frágil, pero también parecía en paz, sereno. Un punto de luz cálida se encendió y vi que Delilah estaba de pie junto a la mesita de noche.

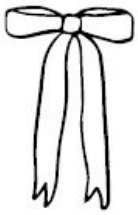
—Podemos dejarle esta luz encendida, por si se despierta por la noche —propuso.

—Buena idea.

Después, salimos de la habitación y cerré la puerta. Recuerdo que sonreía mientras la seguía por las escaleras. Recuerdo también que hasta ese momento no me había parado a pensar en que ella podía tener otros planes. Porque ahora Delilah tenía una vida en la que yo no estaba incluido.

6

OTRO SUEÑO: TÚ



Delilah

Temblaba de los pies a la cabeza. El corazón me latía en la garganta porque su cuerpo me llamaba. Porque Ronan estaba ahí y eso me hacía feliz. Habíamos recogido la cocina en completo silencio, encontrando nuestras miradas y sonriéndonos antes de que las apartáramos. Él se había movido por el lugar como si recordara dónde estaba cada cosa, y ahora me ofrecía el cuenco de madera que acababa de secar. Lo cogí con manos apresuradas y lo guardé en el mueble. Cerré mientras notaba su mirada en la nuca. Penetrante. Intensa. Era la prueba de que él me estaba esperando.

Cuando me di la vuelta, Ronan estaba junto a la isla con las manos apoyadas en la encimera. La cocina estaba envuelta en una luz cálida que contrastaba con la oscuridad del resto de la casa. La intimidad en la que me vi sumida de repente me provocó un escalofrío. Contemplé a Ronan, el negro de sus ojos pidiéndome permiso de algún modo, y no tuve más remedio que apretar mi

cintura contra el mueble. Nos mirábamos de frente. Rostro con rostro, ojos con ojos. No había ninguna escapatoria, y yo tampoco quería huir a ninguna parte. Solo quería hacer estallar la distancia que nos separaba...

—Tenemos una conversación pendiente —dijo entonces él en voz baja.

Sí. La teníamos. Pero yo no podía dejar de observarlo, de soñar con su boca ahora que la tenía al alcance. Nada ni nadie me hacía sentir como él, con esa pulsión desquiciada que me empujaba a entregarlo todo. Y sonreí por sentir algo tan libre cabalgando dentro de mí.

—¿Por qué sonríes? —quiso saber, con las cejas levantadas.

—Es que estás muy guapo.

El trazo de la vergüenza se posó sobre sus mejillas y yo sonreí aún más.

—No me lo estás poniendo fácil...

—Y me gusta mucho verte con Cian.

—Por favor, Del. —Él se tapó la cara con una mano y soltó el aire por la boca de un tirón—. Necesito decirte algo.

—Vale, ya paro —señalé—. Voy a fingir que no me hace feliz verte en mi cocina de nuevo...

En ese instante fue él quien sonrió, negó con la cabeza y aprovechó mi silencio para comenzar a hablar.

—Perdona, pero antes no he podido decirte todo lo que quería.

—No pasa nada. Ahora estamos solos.

Y yo estaba a punto de reventar, porque quería pegarme a él y besarlo. Respirarlo. Agarrarlo fuerte antes de que se fuera.

—Hace un rato te decía que estoy jodidamente feliz con mi vida, con todo lo que me ha pasado en los últimos años. Pero a mí también me han crecido dentro otros sueños, ¿sabes? Estar contigo,

tenerte al alcance de mi mano, ser el hilo... Sigo deseando ser el hilo con el que coses la herida, Del. Y quiero estar a tu lado para compartirlo todo. Las películas, los guiones, los días, las sábanas. Despertarme aquí o en Nueva York, o en los putos Hamptons. —Me reí, a pesar de la dimensión que estaba adquiriendo todo aquello—. Pero ahora...

Mi corazón se quejó, porque yo estaba a punto de lanzarme por fin a sus brazos y otra vez habían aparecido los peros.

—Pero ahora soy uno más. Somos Cian y yo. Él va donde yo vaya. Y quiero darle una oportunidad en la vida y ofrecerle un hogar. Sé que va a ser muy difícil y que es una responsabilidad enorme, pero estoy dispuesto a dejarme la piel en esto, y tú ya conoces mi compromiso con las cosas que me importan. Y es que sé que todo esto es tan nuevo para ti... Entiendo que tienes tu propia vida, que no estoy en ella y que has conseguido ser feliz, Del. Estoy tan orgulloso de ti por eso... Y supongo que hoy he venido hasta aquí para decirte que aún te quiero. Que estoy dispuesto a todo por ti. Pero sé que ahora las cosas son aún más complicadas y diferentes y...

No lo dejé acabar. Me abalancé hacia él con todo el deseo contenido y me deslicé sobre sus labios. Quería que esa boca siguiera hablando contra la mía, pero con caricias. Su sorpresa inicial no le impidió apresarme el labio inferior y morderlo con ganas mientras cerraba los ojos. Gemí y él volvió a la realidad. Me miró con sus manos aferrándose a mis caderas.

—Mierda... No me has dejado terminar, Del, y se me está nublando la mente. Quiero besarte por todas partes.

—Tienes dos segundos antes de que empieces a hacerlo.

Ronan posó sus manos en mis mejillas y me acercó a él todavía más. Respirar su mismo aire. Eso era lo que me faltaba. Nada más

que eso.

—El resumen sería... —No pudo aguantarse y me dio otro lametón en el labio—. Joder... El resumen sería que el sueño es el que sea, pero contigo. El sueño eres *tú*. A mi lado.

Mi interior se convirtió en un jardín de rosas blancas recién florecidas. Una promesa de primavera. Y la ilusión me llevó a pegar mi frente a la suya y a sonreírle con los ojos brillantes.

7

CUANDO ES REAL



Ronan

Ella estaba ahí, con un jersey de lana demasiado ancho, con unos ojos demasiado preciosos, con ese recogido demasiado desordenado..., besándome con un deseo que se había apropiado de todo el aire de la casa. Nadie sabía leerla mejor que yo. Por eso supe que ese golpecito del pie contra el suelo significaba impaciencia. Que esos ojos entrecerrados y desbordantes de pupila tenían sed. De mí.

Delilah se lanzó de nuevo hacia mis labios como un pájaro se lanza hacia arriba para volar. Encajé una mano en su cadera, la otra sobre la vena que le latía enloquecida bajo la piel del cuello, y entonces nos propusimos saquear al otro. Me adentré en su boca deseando marcar cada hueco que tocaba con mi saliva, y ella hizo exactamente lo mismo con la suya. Con temple, con pasión, con un ansia que nos llevó a gemir y a dar pequeños pasos trastabillando con nuestros pies en dirección a las escaleras. Empezamos a subir

sin separar la boca del otro. Su puño se cerró sobre mi camiseta con fuerza cuando le mordí una de sus comisuras. Me había olvidado de todo. De todo lo que no fuera su sabor dulce en mi lengua y el aroma a canela que ya se había apropiado de mi mente.

Aquello iba tan rápido que ni siquiera me di cuenta cuando me choqué contra el marco de la puerta. Aproveché para sostenerla allí y sentirla contra mi cuerpo. Delilah me miró desde abajo, y yo quise vivir y morir al mismo tiempo, porque todo ardía. Todo estaba caliente. Y el aire había desaparecido.

Volví a comerle la boca.

Ella me quitó la camiseta.

Yo le arranqué el jersey y suspiré cuando contemplé sus pezones endurecidos marcándose bajo el sujetador blanco.

Y ya no hubo más control por mi parte.

La alcé con impaciencia, me rodeé la cintura con una de sus piernas y, entonces, mi dureza fue a parar a su humedad. Temblamos compenetrados y el sudor empezó a humedecernos la piel de la cara, de los hombros, de todo el cuerpo. Caímos sobre la cama y nos despegamos un solo segundo que me supo a todo el mal del mundo concentrado en una pincelada de tiempo.

La contemplé erguido sobre su torso. Un puto ángel sobre la cama. Sin necesidad de alas, sin necesidad de nada. Tan solo de su corazón, ese corazón puro que yo sabía que habitaba bajo su carne caliente.

—¿No estás nervioso...? —preguntó dubitativa con la voz ronca.

Me arrodillé ante ella y enterré mi boca en su vientre desnudo. Inhalé y después subí la cabeza.

—Hoy no —respondí yo, sediento.

—¿Por qué?

—Porque recuerdo todo lo que te gusta, Del. Nunca podría olvidarlo.

Estiré los brazos y mis manos recorrieron el camino hacia sus pechos. Se metieron por debajo de la tela del sujetador y empezaron a acariciarla mientras su espalda se arqueaba. Sentía la dureza de sus pezones en las palmas y fue demasiado. Fue tanto que tuve que frenar para serenarme.

—Uf, Ronan... —gimió mi nombre, y su mirada se me clavó como una flecha.

—Las personas pueden marcarte más allá de la amistad, el sexo o el amor, Del. Aunque nosotros también hemos tenido mucho de eso, ¿no crees? —Le aticé un mordisco al hueso que sobresalía de su clavícula—. Tú me marcaste ese día en aquella cafetería. Supe que todo iba a cambiar en cuanto nos entrelazáramos. Supe que pasaría. Supe que *seríamos*. Y míranos: dos desquiciados anhelando la carne del otro.

—Ronan —rogó, antes de volver a posar sus labios sobre los míos —, ¿hay alguien más?

La sorpresa me cruzó el semblante y entonces comprendí que ella había encontrado el alivio en mi negación. Aun así, quise aclarárselo de todas maneras.

—Siempre he estado demasiado ocupado acordándome de ti como para fijarme en alguien más.

Su sonrisa fue lo último que vi antes de tener su lengua de nuevo en mi boca. Algún cable tuvo que desconectarse en mi cerebro, porque emití un gruñido de satisfacción a la vez que mis manos se colaban por el dobladillo de su pantalón y empezaban a bajárselo.

—Espera... Espera...

Subí la cabeza en medio de una locura que amenazaba con soterrarme bajo esa casa.

—De verdad que no puedo más —supliqué mientras la miraba.

Entonces ella me recorrió entero con unos ojos encendidos por el deseo.

—Solo quiero mirarte un poco más —confesó—. Te has cortado el pelo...

—Una vez me dijiste que estaba *mucho* más atractivo así.

—¿Sí? —Mi cuerpo no iba a soportar mucho más restregándose contra el suyo—. También te has puesto los anillos de siempre.

—Creo que inconscientemente he venido con todo...

—Con todo, ¿para qué?

—Para recuperarte.

—Nunca me has perdido, Ronan. —Percibí en ella la verdad más absoluta.

—Sí que lo hice. Por no elegirte esa vez, joder.

—No, Ronan. No. Tenías que hacerlo. Y yo tenía que quedarme.

—Pero ahora... Ahora quiero volver. Quiero volver a ti.

Se alzó sobre los codos y me besó de nuevo. Entrelazó su mano con la mía, se la llevó a la boca y comenzó a besarme la yema de los dedos. Todo lo que yo era explotó en ese instante y se transformó en algo que necesitaba saciarse.

—En este momento estoy un poco fuera de mí, Del, y tú estás chorreando... —conseguí pronunciar entre jadeos—. Voy a follarte, ¿vale?

—Pensaba que te gustaba ir despacio.

—Me gusta, sí. Contigo me gusta todo. Pero hoy no puedo ir despacio... a no ser que quieras que me muera.

Ella se rio y me fijé en la cortina de pelo rubio que parecía una aureola dorada sobre las sábanas claras.

—A la antigua Del le habría entusiasmado esa idea.

Me tragué una carcajada y, sin dejar de mirarla, empecé a descender por todo su cuerpo dibujando una senda húmeda con mi lengua que culminó en el monte de Venus. Cuando soplé ahí, a ella le desapareció la sonrisa. Y a mí se me ensanchó la mía.

—Espero que esto también le gustara a la antigua Del.

Mi boca se enterró en ella y ya no me detuve hasta arrancarle la última gota de su sabor. Era un meteorito estrellándose contra el mismo centro de mi corazón. Era todo lo que nunca había soñado. Era ella rindiéndose al placer. Era ese deseo suyo que nacía por mí.

Éramos nosotros, siguiendo el instinto.

Era yo, cayendo enamorado un día más.

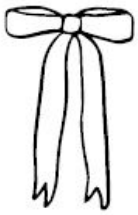
Cuando Delilah se liberó sobre mis labios, subí a buscarla. Sus ojos desbordados de luz me pedían que me hundiera en ella, así que lo hice. Y, mientras estaba deslizándome entre sus paredes, nos pusimos intensos, posando nuestras manos febriles en el cuello del otro y provocando a nuestros labios mientras yo me retiraba y me volvía a hundir en ella. Una vez, y otra, y otra, y otra...

—Entonces..., ¿no me has olvidado? —murmuró ella entre jadeos entrecortados que a mí me sonaban al mismísimo Edén.

—Cuando el amor es real, nunca se olvida, Aguamarina.

8

ERES LO QUE AMAS



Delilah

No podía dejar de mirarlo. Su rostro estaba ahí, a solo seis centímetros del mío. Alcé la mano y la deslicé por su mandíbula, acariciándola con mimo, hasta que me detuve sobre el pelo húmedo que le nacía en la nuca. Ronan comenzó a trazar todos los contornos y los valles de mi rostro con sus labios calientes. Notaba su olor dentro de mí. El eco de lo que habíamos hecho aún flotaba entre las paredes y yo deseaba quedarme así para siempre. Porque habíamos estado lejos el uno del otro, pero ahora su cuerpo se apretaba contra el mío y el tiempo se había detenido para los dos.

—Creo que ya sé cuál es mi sueño, Ronan —solté en voz alta al cabo de un rato.

—¿Sí? —Su aliento me calentó la mejilla.

—Me gustaría montar una escuela de interpretación para niños en Nueva York. —Ronan se separó lo justo para observarme con atención. De repente, sus ojos soñolientos se abrieron—. Ya he

empezado con las primeras reuniones y conversaciones... Y Tim se ha subido al barco. Jane también. Solo quiero que los niños enfoquen la actuación desde otro punto de vista, ¿sabes? Alejarlos en la medida de lo posible del camino que me hicieron recorrer a mí.

Ronan asintió mientras esbozaba una sonrisa.

—Me encanta la idea, Del. ¿Puedo sumarme yo también?

—¿Te gustaría impartir algunas de las asignaturas o qué?

Solté una risita que lo hizo sonrojarse y enterrar la cabeza en mi cuello.

—Cuidado. Me estás subiendo mucho el ego.

Mis manos regresaron a su particular danza de caricias sobre su nuca. Cuando su cuerpo se separó del mío, sentí cómo el ambiente se cargaba de una tensión distinta. Aún estábamos cerca, muy cerca. Tumbados de costado en el colchón con su rostro frente al mío. Y sus ojos de pronto me parecieron temerosos del futuro.

—En tu discurso dijiste que yo te enseñé lo que era el amor —murmuró él.

—Así es.

—Tú también me lo enseñaste a mí, Del —declaró acariciándome el labio con el pulgar—. Y nunca he dejado de sentirlo por ti.

El pecho se me hinchó y posé una mano sobre la piel que le cubría el corazón.

—Yo tampoco. Te quiero, Ronan.

De un modo inevitable nuestros labios fueron al encuentro del otro. Y en la pausa y la ternura de esa unión cabían todos los días, todos los meses y todos los años que habíamos estado lejos.

—Antes... —susurré sobre su boca sin dejar de besarlo.

—¿Antes qué?

—Antes has dicho que tu sueño era yo. *A tu lado*.

—Lo eres. —Estábamos tan cerca que solo podía centrarme en el negro infinito de su mirada—. La cosa es... ¿Tú quieres que me quede a tu lado?

En ese instante estaba más allá de las palabras, aunque sabía que él podía leerme. Yo era un espejo para Ronan. Al igual que él lo era para mí. Siempre lo habíamos sido, en realidad. Así que solo lo miré con amor y con una aceptación que no hacía nada más que crecer.

—Quiero que te quedes. Y Cian también. Quiero ayudarlo. Quiero que os quedéis todo el tiempo que os queráis quedar, Ronan.

Lo vi reflejado en sus ojos. La felicidad de sentirse en el lugar correcto, en el momento adecuado. Esa felicidad que nacía de sentirse parte de algo.

—Podría volver a Irlanda a por nuestras cosas —soltó con la boca pequeña.

—¿Sí?

—Nada me apetece más, Del.

—¿Cian estará bien? —pregunté con la preocupación expandiéndose fuera de mí.

—Estará bien, cariño. Iremos poco a poco con él, día a día. Me gustaría que descubriera lo que es tener un hogar.

Ronan sonaba tan decidido que, por un momento, pensé que seguramente él me llevaba días o semanas de ventaja reflexionando acerca de ese futuro compartido y de las decisiones cruciales que ahora estábamos exponiendo en voz alta.

—Nos merecemos esta oportunidad, Ronan.

—Y todas las que queramos darnos.

En un arrebato de instinto y corazón, junté nuestros labios hinchados mientras entrelazaba nuestros dedos. Cuando nos separamos, Ronan me sujetó la barbilla con una delicadeza que contrastaba con la intensa mirada que me estaba dedicando.

—Lo único que necesito que sepas es que estoy aquí para quedarme. Por ti. Solo por ti.

Aquello despertó una de mis lágrimas, que bajó solitaria por mi mejilla hasta mojarme el cuello. A veces la persona correcta no se quedaba. Pero, si lo que te unía a ella era algo real, algo instintivo, devoto, sincero, y terrenal, siempre terminaba por volver.

Porque Ronan estaba ahí.

Mi mano al alcance de la suya.

Su corazón latiendo sobre mi piel.

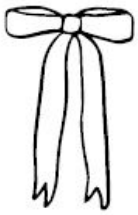
Y tenía el presentimiento de que no se iría.

—Eres lo que amas, Ronan O'Connell —susurré.

—Yo te amo a ti, Del.

9

EL EPÍLOGO



Delilah

Varios meses después

El horizonte era una promesa abierta. La llanura soleada, un canto al verano. Y el sol en lo alto del cielo, la prueba de que era un día excelente para montar a caballo. Espoleé a Hepburn para indicarle que siguiera a trote lento por el sendero de tierra. Cian aún se estaba acostumbrando a montar conmigo, aunque ya confiaba tanto en mí que a veces incluso se atrevía a tomar la iniciativa con las riendas. Tenía el cuerpecito menudo del niño delante y, aunque yo solo veía su casco de equitación cuando bajaba la mirada, algo me decía que estaba contento de estar ahí.

Cian se había adaptado a la granja mucho mejor de lo que habíamos esperado en un principio. Le gustaba la naturaleza. Le gustaban los animales. Y también ver en familia concursos musicales. Él ya sabía que a finales de verano tenía que empezar en

una escuela en Nueva York. Un colegio que estaba cerca del apartamento que habíamos alquilado para que viviéramos allí entre semana. Éramos conscientes de que aquello supondría todo un desafío para él, pero íbamos paso a paso. Las cosas terminaban encauzándose cuando nos tomábamos el tiempo para pensarlas, para procesarlas, para vivirlas...

Y Cian ahora también era mi hijo.

Semanas después de que los dos llegaran a la granja en invierno, una de las muchas noches en las que Ronan y yo nos habíamos quedado despiertos hasta la madrugada, me atreví a proponérselo con el miedo de que fuera demasiado para él. Y lo cierto es que fue demasiado. Demasiado para que pudiera contener las lágrimas por la alegría que lo embargó. «Compartiremos este viaje, Ronan», le había dicho mientras le secaba las mejillas. Él solo me contestó: «Sí... Claro que sí, Del».

La decisión de vivir en Nueva York también había traído condiciones. Por su parte, la de pasar todos los fines de semana posibles en la granja, para no despegarnos de algo que nos hacía conectar con nosotros mismos y sentirnos plenos. Por mi parte, la de pasar todas las vacaciones de Cian en Irlanda, visitando a Finn y a Erin y procurando que no olvidara sus raíces. Confieso que aquello había sorprendido tanto a Ronan que incluso se había atragantado con la carne que estaba almorzando. «Pensé que no te gustaba Irlanda», había dicho él ante mi amenazante ceño. «Pensé que sabías leerme mejor», le había replicado yo. La sonrisa que se le había formado en la cara me hizo feliz más allá de lo que nunca había creído posible.

Y así estábamos ahora, disfrutando de cada día que nos quedaba del verano, de cada segundo que pudiéramos exprimir. Viviendo una vida lenta, una vida sin más.

—Cian, ¿qué te parece si este fin de semana vamos a la playa? ¿Has estado alguna vez en el mar?

Ya estaba más que acostumbrada a mis soliloquios en torno a Cian. También me sabía de memoria el sonido exacto de los asentimientos o negativas que hacía con la cabeza.

—O, si lo prefieres, podemos quedarnos en el lago —propuse—. Eso sí que te gusta, ¿eh?

Seguimos trotando por el sendero, disfrutando del aire puro y de la temperatura tan agradable que nos envolvía.

—Delilah.

El corazón se me detuvo, y mi yegua con él cuando percibió mi repentina rigidez sobre la montura. Aquella voz aniñada, tímida y aflautada era el sonido más bonito que había escuchado jamás. Su voz. Mi nombre saliendo de su boca. La emoción se me subió a la garganta, toda de golpe, pero tuve que encontrar la voluntad para conservar la calma porque Cian había dicho mi nombre y había hablado por primera vez. Y eso era, sin duda, el mejor regalo que me habían hecho nunca.

—Dime, Cian —alcancé a contestar manteniendo la serenidad.

Recé para mis adentros durante unos segundos para volverlo a escuchar.

—Me gustaría ir a la playa —reconoció con un marcado acento dublinés—. Aunque esto también me gusta. Estar aquí con vosotros me gusta.

Sin poder contenerme más, empecé a llorar. Y luego le indiqué a Hepburn que diera media vuelta.

—Te prometo que iremos, amor —le aseguré cuando encontré un respiro en mitad de las lágrimas.

—¿Por qué volvemos, Delilah?

—Porque me duele mucho el estómago. Algo debe de haberme sentado mal.

—¿El bizcocho de naranja? —preguntó él—. Esta mañana te has comido un trozo muy grande.

Me reí en medio del llanto y atraje su cuerpecito hacia mi pecho.

Diez minutos después, estábamos enfilando el camino de entrada y yo aún no había parado de llorar. Las lágrimas caían en cascada, incontenibles. Miré hacia el frente y vi que Ronan nos esperaba cerca de la casa, con las manos apoyadas en las caderas. Nos saludó antes de acercarse a nosotros. Cuando estuvo a un par de metros, sus ojos me escrutaron atentos. Obviamente había reparado en lo mojada que tenía la cara, en lo rojas que se me habrían puesto las mejillas y en cómo me temblaba todo el cuerpo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó sin perder la calma mientras se ponía al lado de Hepburn y alzaba a Cian para bajarlo al suelo.

Me limpié las lágrimas y desmonté ante la atenta mirada de Ronan.

—Cian, amor, ¿puedes ir a la cocina a buscar los ingredientes para la pizza que vamos a comer?

Él sonrió y corrió hacia la casa. Y entonces me derrumbé sobre los brazos de Ronan, que me sujetaron con fuerza. ¿Había algo más importante en el mundo que el hecho de que un niño recuperara la sonrisa?

—¿Qué pasa, Del...?

—Ha hablado —solté sin más—. Ha hablado, Ronan.

—¿Qué?

Sus ojos se abrieron tanto que me sumergí en ellos, sonriendo y llorando aún con más intensidad. Siempre era mejor que la felicidad se te escapara de dentro, llegar incluso a llorar de alegría, que fingir una sonrisa. Ronan me secó las mejillas con las manos y entonces...

—¡Eh! —gritó Cian antes de llegar a la puerta.

Contemplé la sorpresa más bonita dibujada en el rostro de Ronan y cómo giraba la cabeza para mirar al niño.

—¡Como no le pidas que se case contigo pronto, lo haré yo! —Su voz, otra vez su voz. Esta vez más alta, clara e igual de preciosa.

Solté una carcajada enloquecida y rodeé el torso de Ronan con mis brazos. Lo atraje hacia mí y volví a decir:

—¡Ha hablado, Ronan!

—Y también ha tenido el valor de amenazarme. —Abrió su boca en una grandiosa sonrisa sobre mi cuello.

Nos separamos y nos quedamos mirándonos. Mi interior gritaba que esa era la esperanza por fin convertida en realidad. Que alguien se quedara. Algo real. Ellos dos. Sueños que vienen, sueños que se transforman, y otros sueños que se van.

—Yo que tú me lo tomaría muy en serio —me descubrí diciendo en cambio.

Sus pómulos marcados y su mandíbula se endurecieron mientras me estudiaba con detenimiento, con la atención y dedicación de siempre, y sentí cómo el destello de felicidad en sus ojos se replicaba en mi corazón.

—¿Sí, Del? —Me contempló con cierta premura, pues los dos éramos conscientes de lo que en realidad estaba preguntando.

—Sí —respondí, sonriendo por fuera, y también por dentro, justo por encima del alma.

—Sí.

—Sí.

—Sí.

—Sí...

AGRADECIMIENTOS

Con esta historia me ocurre algo curioso. No soy capaz de recordar cuándo fue la primera vez que pensé en ella. Quizá algo de su esencia comenzara cuando era solo una niña que se quedaba prendada viendo películas frente al televisor. O cuando esa niña se convirtió en una adolescente que aprendió a lidiar con las emociones cada vez que se reconocía en alguna escena. Quizá el principio estuviera en esa primera canción de Lana del Rey, en la que comprendió que también era importante hablar de la tristeza. Sea como sea, hace algún tiempo me senté a intentar plasmar todo lo que tenía dentro. Con muchísima ilusión y con unos personajes con los que he crecido por el camino.

Escribir esta historia ha sido un proceso largo, y también solitario. Sin embargo, he estado rodeada de gente que me ha brindado su cariño y su apoyo, y que se ha convertido en una parte importante de este viaje. Y quiero dejarles por aquí un agradecimiento especial.

A mi editora, Lola Gulias. Gracias por apostar por esta historia cuando apenas era una idea y unas pocas páginas. Y gracias por todo el aprendizaje y por esas conversaciones sobre libros.

Gracias a todo el equipo de NdeNovela, por el gran trabajo que hay detrás y por dar siempre lo mejor para que las historias crezcan.

A Javi, porque desde el principio tu compromiso con el trabajo me inspiró para ser mejor.

A todo el equipo de Abismo Films, porque sois los mejores.

A Álvaro y Marjorie, gracias por el interés que mostráis siempre por mi trabajo y por esos viajes increíbles que compartimos.

A Sol y Mariano, por todos estos años de cariño y generosidad, y por abrirnos siempre las puertas de vuestro hogar.

A Marta y Julieta, mis motomamis favoritas. No cambiéis nunca, sois una dosis de inspiración constante.

A Teresa. Gracias por interesarte siempre, por tu atención, por tu empatía, y por el cariño de todos estos años.

A Ana, porque desde el principio te involucraste y cuidaste de mis historias como si fueran tuyas. Gracias, una y otra vez, por tu apoyo infinito.

A Irene, porque has estado a mi lado desde el principio de esta novela. Gracias por todas tus soluciones... Pero, sobre todo, gracias por tu amistad y por tu criterio. Y recuerda: hablar con ese amor de los personajes, ese es el camino.

A mi hermano Enrique, por todas aquellas películas que me enseñaste.

A Álex y Germán, porque con ellos me divierto y vuelvo a ser una niña que vive en Cádiz.

A India, porque es la niña más especial que conozco. Estoy deseando que crezcas para que podamos compartir el amor por los libros y la lectura.

A mi madre. Gracias por ser esa última red que me separa del suelo.

A mi padre, porque en esta historia hay mucho de esa emoción que le envolvía cuando veía aquellas películas que le encantaban. Siempre que encuentro *Cadena Perpetua* en la televisión, la veo hasta el final. Me acuerdo de ti cada día.

A los lectores, siempre, porque sois los que estáis al otro lado y los que le dais sentido a todo.

A Jacobo, por ser mi compañero de vida, una vida repleta de cine. Gracias por no soltarme nunca y por aparecer con esa lista de películas en aquella clase.

Y, por último, a mi hermana Amalia. Gracias por cuidarme cuando era una niña. Siempre has estado a mi lado y me has enseñado lo que es la generosidad y la valentía. Gracias también por ser la primera persona que me apoyó cuando decidí estudiar cine. Ojalá siempre nos reencontremos en ese rincón del sur.

Un amor inventado
Amy Jean

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.
En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar, escanear, distribuir o poner a disposición algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño
Ilustración de la cubierta: © Javier Aquilué

© Amy Jean, 2026

© Editorial Planeta, S.A., 2026
NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.ndenovela.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2026

ISBN: (epub): 978-84-10140-68-4

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta